

Acerca de la vida
y de la muerte



Justo Andrés
Concha Abarca



Acerca del autor

Justo Andrés Concha es ingeniero en sonido y licenciado en educación. En el año 1996 se integra al Movimiento Humanista, corriente filosófica que promueve el humanismo universalista inspirado en los estudios del filósofo argentino Mario Rodríguez Cobos, Silo.

Desde un comienzo se aplicó en el sector alto de la comuna de Peñalolén en Santiago de Chile, desarrollando proyectos artísticos, culturales y de educación. Por cerca de 10 años fue uno de los coordinadores del proyecto Taller de educación humanista Laura Rodríguez, cuyo objetivo era preparar a gente adulta a terminar sus estudios primarios y secundarios. Junto a sus amigos, funda el frente artístico Arteactivo en el año 2007 a partir del cual, ha desarrollado diversas iniciativas con el afán de promover la cultura de la no violencia a través del arte. Esta es su ópera prima y en ella plantea una serie de situaciones asociadas con la vida y la muerte a partir de su propio desarrollo personal.

En la actualidad, se declara siloista y esta novela se enmarca desde ese emplazamiento en el mundo.







ACERCA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

©Justo Andrés Concha Abarca

Registro de propiedad intelectual N°: 213228

Autorizada su reproducción parcial citando la fuente

I.S.B.N. 978-956-345-927-2

Diseño y Producción gráfica: Miguel Ángel Concha

Editora: Mónica Acevedo

Primera edición impreso en Febrero de 2012

Santiago de Chile



Palabras del autor

Estimado lector

A continuación encontrarás un cúmulo de plagios e ideas desgastadas acerca de la vida y de la muerte, pero que representan una reflexión profunda y sincera en relación a este tema del que la mayoría de nosotros huimos. Las tres historias que se cuentan son ficticias pero inspiradas en sucesos reales, accidentes que suelen pasar y que son los únicos momentos que nos ponen en tema.

La primera parte, fue escrita en 1993. Fue un flachazo de inspiración. En unos cuantos días aparecieron personajes y su historia. Escrita a mano con un portaminas al dorso de una tesis de titulación, fue leída por unas cuantas personas que la elogiaron por su simpleza y su agilidad narrativa.

La segunda parte comenzó a ser escrita casi de inmediato. Pero quedó inconclusa. La inspiración no fue suficiente y los desvíos de proyecto dificultaron el trabajo creativo. Tuvieron que pasar cerca de diez años para que fuera terminada. Pero el tiempo no había pasado inexorablemente. Había aprendizajes y experiencias nuevas. El acercamiento al siloismo se hizo patente en el cierre de esta historia, que nació de manera independiente de la primera. Sin embargo, entre estas historias había un aspecto en común, un tema repetitivo, la muerte. De pronto, la imagen de una obra mayor, donde éstas no fueran más que dos de sus partes, comenzó a tener sentido. Era necesario un cierre. Es así como nació la tercera y última parte.

La obra estaba terminada, pero condenada a permanecer en una carpeta de un computador personal. A comienzos de 2010, una nueva etapa de vida hace reevaluar dicha situación. Desafiando la vergüenza y la timidez, estas páginas llegaron a manos de un personaje mítico, trascendente, un maestro. Con humilde atrevimiento, este libro llegó como regalo al maestro Silo, quien en un correo electrónico muy escueto respondió con agradecimiento y felicitaciones instando a la pronta difusión. La sentencia era definitiva y negarse sería un absurdo. Es así que esta obra sale de su claustro electrónico.

La técnica es básica, el lenguaje rudimentario, espero que recibas como un regalo estas simples palabras.

Indice

Prólogo



6

Estado de coma



9

Víctor



53

Acerca de la vida
y de la muerte



119

Acerca de la vida y de la muerte



Justo Andrés
Concha Abarca



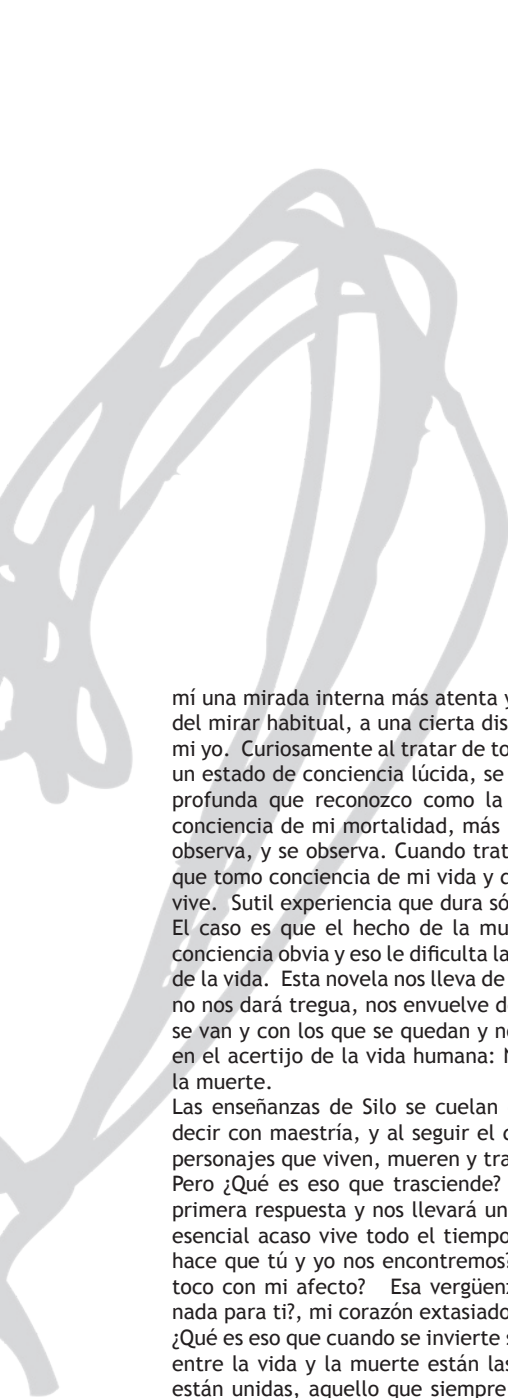
Prólogo

Cuando recibí este libro en mi computador, venía en sus primeras páginas un corazón dibujado a mano alzada entre las palabras vida y muerte. No reparé ni en el título, ni en ese difuso corazón que también acompañaba la numeración de las páginas, hasta que terminé el libro. No sé como será la edición que tú leas, pero la que llegó a mis manos tiene ese diseño. Muy pronto fui parte de los personajes del libro, en varias páginas me pregunté si se trataba de una novela acerca de mi vida, o era la pluma del autor la que nos abre una puerta al mundo de las coincidencias significativas, en donde todo se une, se asemeja, y la casualidad trata de ocultarnos el Sentido disfrazándolo de azar.

Este libro habla de cosas simples. No había reparado que lo simple es también sinónimo de esencial. Lo esencial es lo más importante y si me pregunto por lo más importante de mi vida, la respuesta no es inmediata, me requiere de un esfuerzo y me requiere ir descartando montones de cosas que son las que ocupan la mayor parte de mi tiempo. Tengo mi vida ocupada con montones de cosas, pero ¿Cuáles de ellas son las verdaderamente importantes? ¿Cuáles efectivamente tienen sentido y cuáles no? ¿Cómo saberlo, cómo distinguirlo?

El caso es que no podemos saber lo que es importante si no consideramos el hecho de la muerte. Cómo puedo saber qué es lo fundamental de un libro o de una película si no llego hasta el final. Es más, cómo puedo conocer lo esencial de un libro si creo que el libro tiene tantas páginas que lo hacen interminable. El hecho de la muerte, mi muerte, es indispensable para conocer lo esencial de mi vida. La conciencia de la finitud de la vida humana es lo que me permite distinguir que es lo fundamental de ella. Cuando nos enfrentamos a ella, por un accidente, una enfermedad o por la partida de alguien muy querido, algo cambia adentro de nosotros y desarrollamos una nueva sensibilidad para comunicarnos con las personas, para mirar el fluir de la vida, en el alba, en la flor, en el espacio infinito, un mundo nuevo se abre ante nosotros como el capullo con el sol. Lo que estaba allí todo el tiempo, mi pareja, mis amigos, mis hermanos, mis padres, mis hijos, esa piedra y el rumor del río, lo que me parecía simple, de pronto encierra la maravilla de todo el universo.

No conozco un estado de conciencia de la muerte, si en este momento tomo conciencia de mi muerte, de que ocurrirá sin duda y en un tiempo preciso, si trato de ponerme en ese estado de conciencia de mi finitud, sucede que despierta en



mí una mirada interna más atenta y que observa al mundo a una cierta distancia del mirar habitual, a una cierta distancia de mis ojos y a una cierta distancia de mí yo. Curiosamente al tratar de tomar conciencia de mi finitud, voy adquiriendo un estado de conciencia lúcida, se despierta en mí una mirada no habitual, más profunda que reconozco como la mirada interna. No puedo decir que tengo conciencia de mi mortalidad, más bien tengo conciencia de una mirada que me observa, y se observa. Cuando trato de tomar conciencia de mi muerte, sucede que tomo conciencia de mi vida y de algo en mí que me conecta con todo lo que vive. Sutil experiencia que dura sólo un instante pero muy reveladora.

El caso es que el hecho de la muerte es algo simple y cotidiano que nuestra conciencia obvia y eso le dificulta la distinción entre lo fundamental y lo superfluo de la vida. Esta novela nos lleva de un modo hermoso a esos momentos extremos; no nos dará tregua, nos envuelve de amor, nos identifica con los personajes que se van y con los que se quedan y no nos dejará en paz hasta que profundicemos en el acertijo de la vida humana: No hay sentido en la vida si todo termina con la muerte.

Las enseñanzas de Silo se cuelan en toda la obra con pedagogía, quizás deba decir con maestría, y al seguir el drama vamos transformándonos junto con los personajes que viven, mueren y trascienden.

Pero ¿Qué es eso que trasciende? Este cuento no nos dejará tranquilos con la primera respuesta y nos llevará un poco más allá del final de una novela. Y eso esencial acaso vive todo el tiempo, o quizás vive sin tiempo. ¿Qué es eso que hace que tú y yo nos encontremos? ¿Qué ese rubor que nos envuelve cuando te toco con mi afecto? Esa vergüenza por descubrirme ante ti, ¿Y si no significa nada para ti?, mi corazón extasiado se descontrola cuando siente tu aceptación. ¿Qué es eso que cuando se invierte se vuelve resentimiento y destrucción? Porque entre la vida y la muerte están las personas y sus vínculos, aquello con lo que están unidas, aquello que siempre está y que une, que liga, que vuelve a unir, ahora, después, después de después.

Muchos nos formamos, con la lectura de La Náusea, El Extranjero, Demián, Siddhartha... pido para que nuestros profesores también recomienden a sus alumnos de hoy y de mañana esta sencilla historia de amor de Justo Concha.

Dario Ergas

Estado de Coma



Es de noche y llueve. Escucho gritos y llantos, pero no logro saber de quién. Estoy tirado en el suelo boca arriba mirando el cielo. No siento piernas ni brazos, sólo escucho. Hago esfuerzos por moverme, pero mi cuerpo ignora toda orden de mi cerebro.

¿Y Victoria? ¿Dónde está Victoria? Lo último que escuché de ella fue su llamado de atención cuando aparecieron las luces, el encandilamiento y la tragedia. Trato de girar la cabeza, pero no puedo. ¡No puedo! Insisto en mi intento y lentamente mi cuello comienza a moverse a mi izquierda. Veo gente corriendo hacia mí, pero corren tan lento que demoran en llegar. No puedo girar más la cabeza, y observo el panorama disponible. Apenas distingo la cola del automóvil, aunque es suficiente para darme cuenta que está boca arriba al igual que yo, y que su techo está al mismo nivel que los asientos, absolutamente abollado. En un plano más distante logro divisar un bulto. Creo que es una persona, pero está a contraluz y no puedo distinguir si es hombre o mujer, qué ropa tiene, si es o no Victoria. Deseo levantarme, correr y verificar quién es, pero apenas puedo volver mi cabeza a su posición original. Espero unos segundos por si ese cuerpo se mueve, mientras los que corren todavía no llegan.

¿Qué pasó? Recuerdo que veníamos de un restaurante, acabo de comprometerme en matrimonio con Victoria y la llevaba a su casa. Reíamos, no cabíamos en nuestra emoción. Victoria aprovechaba de

burlarse de mi nerviosismo al hablar a sus padres, ¡Si hasta derramé el vino en la mesa! En ese momento, en una curva, aparecen dos luces precipitándose hacia nosotros velozmente. ¿De dónde salieron? No lo sé. Lo único que atiné a hacer fue tratar de evitar la colisión con el vehículo al que pertenecían las luces, pero no fue suficiente y el impacto se produjo igualmente, producto del cual comenzamos a girar como trompo hasta que topamos en la cuneta de la vereda lo que provocó el despegue del automóvil. Estando el auto en el aire, las puertas se abrieron, produciéndose la expulsión tanto de Victoria como de mí al exterior. Todo esto ocurrió en instantes de segundos, dentro de los que intentamos sujetarnos el uno al otro en un esfuerzo postrero por evitar esa inesperada y súbita separación.

¡Si eres Victoria, por favor muévete! Al pensar esto, recién me doy cuenta que estoy rodeado por los que hace un momento corrían y corrían. Ahora sólo miran. No me explico hacia dónde corrían tan apurados, por qué demoraron y por qué sólo miran.

Se aprecian unos destellos de luces de colores, puede ser la policía o la ambulancia, y como no sentí la sirena creo que ahora no escucho. Ya no veo a Victoria, me tapan los mirones de entre los cuales alguien se abre camino alejándolos de mí. Es un policía, se hinca, me toma de la muñeca, me queda mirando y al parecer me pregunta cómo me siento. Sólo lo miro, intento pronunciar palabras infructuosamente por lo que me indica silencio con su dedo en mis labios, diciéndome al parecer que ya viene la ambulancia y que no me preocupe. Sólo quisiera preguntarle por Victoria, pero lo único que logro es llorar de impotencia.

Surgen nuevos destellos. Debe ser la ambulancia. Lo compruebo porque aparecen dos enfermeros con una camilla. No siento mi cuerpo, es como si estuviera flotando. Debo estar totalmente fracturado. Me suben a la camilla sin mucho cuidado, el cual se pierde totalmente al introducirme a la ambulancia cuyo chofer planta rauda carrera. Estoy seguro de que no debe pensar que lo último que querría en este momento sería chocar nuevamente. Uno de los enfermeros me acompaña, el que me toma la mano y me habla cosas que no puedo traducir, aunque debe ser algo como “no se preocupe, ya va a estar bien”, porque esto es lo que les enseñan en primeros auxilios.

No parece que hayamos viajado mucho cuando nos detenemos. Se abren las puertas y me bajan, siempre en camilla enfilando hacia el acceso del hospital o servicio de urgencia. La gente corre al lado de mi camilla, y recorremos pasillos y pasillos, hasta que arribamos a una sala donde nos detenemos. Me ubican justo bajo una lámpara de cuatro focos, de los cuales sólo dos están encendidos y son tan potentes como las luces del choque. Ahora creo escuchar, pero sólo murmullos, los que se alejan, se alejan cada vez más...



–El paciente sufrió un politraumatismo severo y pérdida del conocimiento, producto de un accidente automovilístico.

Éstas son las palabras de una de las personas de blanco que rodean mi cama. Me extraña que diga que estoy inconsciente si logro escuchar y ver todo, sólo no puedo moverme.

–¿Ya avisaron a su familia?–pregunta otro.

–Sí, sus padres están afuera–contesta el primero.

–Bueno, en seguida los dejan entrar–dice el que parece ser el jefe.

Se reparten una ficha y comentan su contenido, mientras espero que mencionen al menos algo de Victoria. Espera en vano, ya que se retiran de la sala dando instrucciones a la enfermera, las que no puedo escuchar.

Al quedar solo, me queda tiempo para observar mi rededor. Es una sala mediana de unos cinco por seis metros. Sus paredes se ven amarillentas, notándose que algún día fueron blancas. En el umbral de la puerta, se observan grietas, huellas de algún terremoto de éstos que suelen sacudir a este país. Su aspecto general es más bien frío, aunque sólo su aspecto, pues debo confesar que siento una agradable temperatura. Hay una lámpara encendida en el cielo, a mi derecha existe una ventana cubierta por unas tapas de madera que impiden ingresar la luz natural, por lo que es imposible imaginar si es de noche o de día. Inmediatamente alrededor de mi cama, logro captar una serie de aparatos electrónicos con muchas lucecitas y figuras, y a los que parece que estoy conectado. Recién ahora me doy cuenta que me encuentro lleno de mangueras.

Ha pasado un tiempo desde que se fueron los médicos, el que no puedo dimensionar. En esto, entran lentamente mis padres, mis viejos queridos. Caminan despacio como si no quisieran que me percate de su presencia. Se ven asustados, y mi vieja está pálida y demacrada. Ella me toma la mano y comienza a sollozar.

–Mi niño ¿Por qué mi niño?



Llueve y estoy en cama. Mamá trata de convencerme de que tome su sopa, asegurando que la fiebre pasará si lo hago.

–Vamos, Ricardito, tiene que tomar vitaminas o ¿Cómo va a mejorar?

–¡No quiero, Mami!–exclamo casi balbuceando–no me gusta esa sopa.

–Mi amor, por favor ¿Ve que ni habla siquiera?

–Por favor mamá, no quiero.

Los padres y su incansable labor de cuidado y dar cariño a sus hijos. Mi padre es un viejo choro que siempre juega conmigo, me lleva al parque los domingos y a veces, al estadio. La verdad es que el partido es lo que menos veo, me gusta mirar a las barras como gritan, saltan, aplauden y silban. Lo más increíble es la bulla cuando uno de los equipos mete un

gol. Muchas veces me pierdo los goles por estar distraído. Y eso que no he nombrado el maní o los helados del entretiempo. Luego, al llegar a casa, mamá nos espera con la once preparada y un rico pan tostado que me encanta.

Al día siguiente, a la escuela. Mi mamá me lleva de la mano y me deja en la puerta del colegio, para después irme a buscar a la salida. Hace un par de meses entré a la escuela. Al comienzo no me gustaba, porque la profesora gritaba mucho y había unos niños que me hacían burla, porque cada vez que mamá me dejaba en la puerta me daban ganas de llorar y entraba a la sala con los ojos rojos. Pero ahora lo encuentro entretenido porque juego, hago dibujos, me enseñan canciones y tengo a mis amigos, al Lucho y al Jaime. Con ellos juego y molestamos a las niñas que son unas pesadas. Mi mejor amigo es el Lucho, porque me ha invitado a su casa y me presta sus juguetes. Lo único malo es que su hermano chico me pasa mordiendo, pero su mamá siempre lo reta y lo castiga.

Ahora estoy enfermo de gripe. Aunque no sé lo que es la gripe, eso fue lo que le dijo mamá a mi tía que vino de visita ayer.

—Bueno, ¿Se va a tomar la sopa?—insiste mamá.

—No.



—Hola, Tía ¿Está Ricardo?

—Sí, pasa—mamá hace entrar a Lucho a la casa y me grita— ¡Ricardo! ¡Lucho vino a verte!

Vengo saliendo de la gripe y estoy un poco débil. Estuve tres días en cama con fiebre y romadizo. No fui al colegio y hoy es mi primer día en pie.

—Hola, Lucho.

—Vine a jugar contigo—me contesta mi amigo.

—¿A jugar? No sé si mamá me deje—digo dudando.

—Si quieres no salimos y jugamos en tu pieza.

—¡Mamá! ¿Puedo salir al patio?

—Bueno, pero primero te pones un chaleco—me dice mamá desde la cocina.

—Espérame, vuelvo al tiro—le digo a Lucho.

Con Lucho las tardes son interminables. Si no es porque tenemos que dormir y hacer las tareas, estaríamos juntos todo el día. Incluso, como vamos en el mismo curso, jugamos en los recreos y nos sentábamos uno al lado del otro en la sala, hasta que la profesora nos separó diciendo que juntos no lográbamos concentrarnos y distraíamos a los demás.

—Ya, estoy listo, salgamos.

Lucho y yo salimos al antejardín de mi casa. Es un jardín grande, con plantas y pasto. Una reja separa la casa de la calle

-¿A qué jugamos?—pregunta Lucho.
 -No sé. ¿A qué quieres jugar?
 -A la pelota.
 -No. No puedo. Mamá dijo que no corriera porque no debo transpirar.
 -¡A la guerra!—propone Lucho.
 -¡Ya! Mira, aquí hay dos palos que nos pueden servir como rifles.
 -¡Ya sé! Juguemos a una guerra mundial. Nosotros seremos los defensores del mundo.
 -Sí—replico—va a haber una invasión de marcianos y nosotros debemos evitarlo.
 -Que los marcianos sean enanos.
 -Los niños chicos serán los enanos. ¡Escondámonos!—grito.
 -¡Ahí viene uno! ¡Viene uno!—advierte Lucho.
 -¡Vete, enano maldito! ¡Bang! ¡Bang!—el niño nos mira asustado.
 -¡Amigo, me están disparando!—grita Lucho desesperado.
 -¡No te preocupes, yo te cubro! ¡Viene otro! ¡Bang! ¡Bang!
 -¡Me dieron!—me dice Lucho y cae al suelo haciéndose el muerto.
 -Amigo ¿Cómo estás? Toma esta medicina y te vas a mejorar.
 -Gracias, amigo—dice gimiendo.
 -¿Ya estás bien?
 -Sí—dice Lucho mientras se levanta—¡Acabemos con los enanos! ¡Bang! ¡Bang!
 Los enanos invasores son pocos, y de guerra esto no tiene nada. Ganamos la batalla, pero el aburrimiento comienza a aparecer.
 -¿Qué hacemos ahora?—pregunta Lucho.
 -¡Mira! Mamá botó a la basura unos juguetes míos. ¡No! ¡Este camión está bueno aun!—me lamento.
 Reviso una a una las cosas que ha botado mamá y separo algunas para rescatarlas.
 -¿Qué es esto?—pregunta Lucho levantando unos papeles.
 -Son de papá y no los ocupa.
 -¡Un tarro! O ¿Es un tambor?
 -Es un tambor. Pero no lo usemos porque Fabiancito está durmiendo y nos va a retar mamá.
 -¿Y esto? ¿Son pañales?
 -Parece, pero tienen sangre.
 -¡Uy, qué asco! ¿Estará enfermo tu hermano?
 -Que yo sepa, no.
 -¡Ricardo!—grita mamá desde la puerta de la casa—¡Qué hacen en la basura! ¡Salgan de inmediato! ¿No saben que pueden agarrar alguna infección? ¡Ya, éntrense!
 -Sí, mamá—digo resignado.



Mamá está mudando a Fabián. Él es mi hermano menor, es guagua y usa pañales porque todavía no sabe ir al baño.

—Mamá—la interrumpo.

—¿Sí?

—¿Está enfermo Fabián?

—¿Qué dices?—preocupada de poner bien los pañales.

—Si está enfermo Fabián.

—No ¿Por qué?—extrañada.

—Porque hoy encontramos unos pañales con sangre en la basura.

—No, Fabián está muy sanito ¿De qué estás hablan...—mamá se queda callada y luego exclama— ¡Aaaah! Ya sé de qué hablas. ¿Son unos pañales chiquitos así?—muestra una distancia con el dedo pulgar y el índice—¡Esta Gabriela! ¡Tan descuidada! Esteee...espérame y te explico.

Al terminar con Fabián, sale de la pieza con él en brazos y se demora un tiempo. Vuelve con la mamadera y acuesta a Fabián en su cuna dándole la leche.

—Bien, ahora podemos conversar—dirigiéndose a mí con tono serio—Sucede, que todos nosotros a medida que vamos creciendo sufrimos cambios físicos y de conducta, lo que permite que nos vayamos transformando de niños a mayores. Tú, en algunos años más, comenzarás a tener esos cambios. Te saldrá bigote, se te va a enronquecer la voz y vas a hablar como el papá, y otras cosas más.

Hasta el momento no entiendo nada.

—Bueno,—continúa—uno de esos cambios es que las mujeres, todos los meses, nos preparamos para ser mamás y formamos un huevito en el interior. Si este huevito no se convierte en una guagüita, es eliminado por la vagina con un poquito de sangre. Pero esto es algo normal, es sangre que tiene que salir. Para eso son esos pañales como los llamaste tú, y se llaman toallas higiénicas, y se ponen para no manchar la ropa interior—sigo sin entender—Así, todos, y tú también, tenemos esos cambios ¿Entendiste?

—Más o menos.

—Bueno, ahora vas al baño y subes a tu pieza para acostarte.

—Sí, mamá—respondo con ganas de hacer más preguntas pero se retira de inmediato de la pieza.

Mientras camino hacia el baño me pregunto ¿Por qué los cambios? ¿Y cuando van a suceder? ¿Me saldrá sangre a mí también? ¿Qué voy a hacer si se dan cuenta mis amigos? Me pondré papel higiénico para no mancharme.



Comienza a aburrirme la famosa maquinita que reproduce los latidos de mi corazón. Cuántas veces vi esta misma escena en el cine y la televisión. Jamás pensé que alguna vez estaría en la misma situación.

Siempre los mismos intervalos, siempre la misma intensidad. No para nunca. Por un instante quisiera estar en silencio absoluto. ¡No, mejor que no! Eso indicaría que mi corazón ya no funciona y que he muerto. Me arrepiento, quiero seguir escuchando ese sonido, al menos por el momento, ya que espero salir de aquí pronto.

La enfermera está sentada frente a mí leyendo el diario. Cada cierto tiempo cabecea en muestra de cansancio y sueño. He perdido la noción del tiempo y no sé si el accidente fue hace unas horas, ayer, semanas o meses atrás. Me gustaría hablar de esto con la enfermera para evitar que se duerma en horas de servicio.

En este momento ella mira su reloj, deja el diario y se acerca a la mesita que está al costado de la cama. No alcanzo a observar lo que hace, hasta que se arrima hacia mí y veo cómo cambia la bolsita de líquido blanco que cuelga de un pedestal y que deja caer un hilito de él a través de una delgada manguera, llegando a una aguja clavada en mi brazo izquierdo. Hecho esto, gira a la mesita nuevamente, ordena algunas cosas y regresa a su silla. Luego de unos segundos en que no despega sus ojos de mí, vuelve a su lectura y a cabecear de vez en cuando.

Todo es calmo y silencio ¡Perdón! Casi silencio, todavía vivo, todavía mi corazón funciona.



-¡Pégale, Ricardo! ¡Pégale!

-¡Sepárenlos, lo va a matar!

-¡No! ¡Deja que peleen! ¡Sácale la cresta!

El griterío es ensordecedor. Frente a mí está el guatón Arancibia, el odiado y temido por todos. Es el malo del curso y del colegio. Es desordenado, enojón y muy flojo. Se da el gusto de molestar a todos, ya que debido a su corpulencia, nadie se atreve a decirle algo.

Esta vez no soporté más. Habíamos terminado de jugar un partido de baby-fútbol con el equipo de otro curso, el cual perdimos en el último minuto. Yo como defensa, no pude hacer nada por evitar ese gol postrero. El guatón comenzó a increparme y a empujarme diciendo que por mi culpa habíamos perdido. ¡Huevón penca! ¡Imbécil! ¡Saco e´ huea! Era lo más suave que me decía. Me contuve lo más que pude, pero me molestó y me molestó hasta que le di un golpe en las costillas que lo hizo caer y retorcerse en el suelo, sin pensar realmente en lo que estaba haciendo. El guatón cuando se recompuso, se paró y cual energúmeno se lanzó sobre mí. Hay que imaginar una masa enorme de carne sobre mí, delgado y medio debilucho. Con sólo el hecho de caer con él encima quedé nocaute. Luego, se convirtió en una máquina de tirar golpes. Y en

eso estoy, siendo golpeado como saco `e papas.

-¡Ya basta!-es el profesor de Educación Física-¡Dejen de pelear!

Nos separa, no con poco esfuerzo, es decir, me quita de encima al Guatón, y respirando más calmadamente nos queda mirando y dice:

-Tú, Arancibia, anda al baño, te limpias y pasas a la oficina del Director. Y tú-dirigiéndose a mí-ponte algo en la nariz y ve a enfermería para que te curen las heridas.

¿Heridas? Debo estar desfigurado. Mi nariz es un plato de puré y la sangre, la salsa de tomate. La verdad es que la sangre me sale a borbotones y parece que el corazón se me subió al pómulo, porque lo siento latir. La cara me arde, en especial mis orejas.

-Toma este pañuelo y sécate la sangre.

¿Y esa voz tan dulce? Me parece conocida. Una mano delicada me estira un pañuelo blanco, que si no fuera por la sangre que me impide respirar por la nariz diría que huele exquisito. Levanto la cabeza y veo la cara de Carla Hagen, una de las niñas más lindas del colegio. Nunca había conversado con ella y me sorprende su gentileza, así como me embelesan sus ojos.

-Gracias, pero te lo voy a ensuciar-le respondo.

-No te preocupes. Es obvio que lo vas a ensuciar, pero te estás desangrando--continúa con la mano estirada.

-Gracias.

-Después me lo devuelves ¡Limpio, sí!--sonríe, lo que es suficiente para aliviar todos mis dolores-¿Te acompaño?

-¿Si quieres? Aunque ya te molestaste mucho.

-No es molestia-replica.

Caminamos rápido. Evito mirarla mucho para que no se dé cuenta de mi extrañeza. Al llegar a la enfermería, Carla se queda afuera. Apenas me asomo por la puerta, la enfermera que atiende me dice:

-¡Dios santo! ¡Qué te hicieron, niño!

-Algo así como un atropello-le contesto.

-Ven, lávate la cara en el lavamanos, te sacas toda la sangre. Luego, te sientas en la camilla.

Hago lo que dice, sintiendo el agua helada como un alivio para mi enrojecida cara. Luego, me siento en la camilla y la enfermera me pone un torniquete de algodón en la nariz que parece que me llega hasta el centro del cerebro.

-No te lo saques en un buen rato. Si ves que se te pasa en sangre, te pones otro, untándolo antes en agua oxigenada.

Dicho esto, comienza a curarme uno por uno los rasguños. Para terminar, me da un analgésico, sin duda que para el dolor de cabeza que vendrá después.

Al salir, Carla todavía está ahí.

-¿No debieras estar en clases?-le pregunto.

-Debiera, pero el profesor no vino y nos dejaron salir de la sala un rato, y yo estoy aquí.

-Gracias, otra vez. Sinceramente te pasaste. ¿Qué hago con tu pañuelo?
-No te preocupes por eso. Insisto, otro día me lo devuelves—Hace una pausa y un leve suspiro— Bueno, debo irme. Me alegro que estés mejor. Y no te metas en problema—me advierte.
-Yo no me meto en problemas, los problemas se meten conmigo.
-Chao—se va sonriendo.
-Chao.
-¡Fuentes!—Es el profesor otra vez.
-¿Sí profesor?—acercándome.
-¿Ya está bien?
-Algo.
-Bueno, ahora se me va derecho a dirección.
-¡Pero profesor, yo no empecé!—le suplico.
-Si tiene algo que decir, lo hace directamente al Director.
¡Oh no! Pienso para mí. No sé que me asusta más, el reto del Director o el encontrarme otra vez con el Guatón Arancibia.



-Te asienta el morado—bromea Carlos.
-Por favor, Carlos, no te rías de mí. Te imaginarás que no pude dormir con los dolores.
-Estuviste al borde de convertirme en puré.
-No trates de hacerme reír, porque no resultará. Una, porque no estoy de humor, y otra, porque cuando me río me duelen hasta los dientes.
-Está bien, está bien. Cambiaré de tema—Carlos se acerca y me dice bajando el volumen—¿Irás al zócalo?
-No lo sé—respondo.
-¡Cómo que no sabes!—responde sorprendido—Hoy estará la fraternidad en pleno y es la oportunidad de que nos admitan. Por lo demás, ayer hablé con Alberto quien patrocinará nuestra solicitud de ingreso y me dijo que si íbamos, de seguro se agregaría a la tabla.
-Realmente no sé si sea importante ingresar a la fraternidad—digo no muy seguro.
-¡Cómo! ¿Te estás echando para atrás? Después de que hemos soñado con entrar a la hermandad desde que pasamos a séptimo. No puedes decirme ahora que no te interesa. Pertenecer a la fraternidad, te da cierto estatus, prestigio. Además, es como un espacio de libertad, donde podemos hacer todo lo que se nos prohíbe.
-Mis padres no me prohíben casi nada—replico.
-¡Tú lo dijiste! ¡Casi nada! O sea, algo te prohibirán.

-Pero, ¿Qué pasará con mi semana de suspensión por la pelea con el guatón? ¿No dijiste que se fijaban en tu hoja de vida?

-¡No me digas que tienes miedo de ser rechazado!

-¡No, no!-me apuro en negarlo, aunque algo de eso había en mi indecisión--Pero no puedes negar que es un problema.

-Sí, pero no te preocupes. Yo hablaré con Alberto para que si se presenta algún problema, él intervenga por ti ¿Está bien?

-De acuerdo, iré--digo no muy convencido.

-¡Bien, Ricardo! ¡Así se habla!--Carlos aplaude-- Entonces, nos vemos en el zócalo, ¿Sí?

-Sí, nos vemos allá.

-Chao--se despide y se aleja.

-Ojalá no se burlen de mis moretones--hablo solo.



-En nombre de los dioses se abre la sesión.

Con estas palabras comienza cada una de las reuniones de la fraternidad San Patricio, detrás de las cuales existe toda una atmósfera de solemnidad que es respetada por todos los asistentes.

La fraternidad es un grupo de elite dentro del colegio donde participan los mejores. La idea es que todos los que sobresalen gracias a su capacidad y esfuerzo tengan un espacio de libertad y recreo lejos de las presiones familiares y sociales de ser superiores. Así, es requisito indispensable para pertenecer a ella tener un comportamiento intachable dentro del colegio, lo que implica un rendimiento académico y una hoja de vida sobresalientes. De hecho, su nombre y su creación se deben a que años atrás, un estudiante llamado Patricio Basaure, que ostentaba el mayor número de honores académicos y deportivos que la historia del colegio consigne, fue expulsado por una broma de aniversario que sólo los patricios (nombre que reciben los integrantes de la fraternidad) conocen y en la cual fue sorprendido.

Hasta aquí, todo va bien, creo.... incluso se podría hablar de una labor loable, el rescatar a estos niños modelos del egoísmo de los mayores, pero.... sí, hay un pero, que para algunos son varios. Muchos piensan que esta fraternidad tiene una concepción clasista. Los detractores denuncian estas tendencias y además dicen que no todos los buenos o los mejores tienen cabida dentro de sus filas, ya sea por razones económicas o por ser parte de algún grupo étnico. Por otro lado, en estos días de liberación femenina, cabe mencionar que la San Patricio sólo acepta hombres, y si las mujeres sobresalientes quisieran integrar algo parecido tendrían que crear su propia fraternidad. Por último, se pueden tener todos los merecimientos que se pidan, pero si uno no le cae bien a los dioses, no ingresará jamás.

Los dioses son los personajes de mayor rango dentro de la organización y son elegidos de entre todos los integrantes por la asamblea de dioses. En total son cinco dioses, dos de séptimo y tres de octavo los que se van reemplazando a medida que se gradúan del colegio. Existe una secretaría y una presidencia que rota entre los integrantes comunes y los dioses respectivamente.

El zócalo es un lugar abandonado, cercano al colegio donde hace algún tiempo funcionaba una fábrica. Es una gran bodega que está llena de chatarras. Al centro de ésta, hay un rectángulo cuyo piso está a un nivel más bajo que la superficie, de ahí el nombre de zócalo y es el lugar exacto de las asambleas plenarias.

Los dioses se sientan en una fila, uno al lado del otro. Los demás lo hacen en dos filas paralelas perpendiculares a la de los dioses, de manera de quedar de frente unos a otros y de costado a la de los dioses, formando un rectángulo sin uno de sus lados. Carlos y yo vemos la situación de lejos. Pronto nos llamarán para discutir nuestro ingreso.

–Le pedimos al hermano Juan José que lea la tabla para la sesión de hoy–dice el dios del centro, quien preside la asamblea.

–Gracias–se levanta el aludido– Para hoy hay tres puntos en tabla: primero, se someterá a decisión de la asamblea el ingreso de los señores Carlos Sepúlveda y Ricardo Fuentes apadrinados por el hermano Alberto Fuenzalida. Segundo, se discutirán las actividades de la fraternidad durante el aniversario del colegio que se celebra en tres semanas más. Tercero, se dará paso a momentos de esparcimiento si la asamblea no determina discutir algún tema en especial.

–Gracias, hermano Juan José, puedes sentarte–dice el dios presidente–Si nadie se opone a la tabla, podemos comenzar.

Nadie pronuncia palabra alguna. Todos están muy serios y compuestos. Nadie emite un ruido sin antes pedir permiso.

–Bien, comencemos–prosigue el presidente–Hermano Juan José vaya a buscar a los novatos.

Este hermano Juan José, secretario de turno, cruza todo el zócalo llegando hasta nosotros y nos invita a seguirlo. El ambiente es tal, que esto semeja más un juicio que una admisión. Nos detenemos frente a los dioses sin entrar al rectángulo incompleto descrito anteriormente.

–Hermano Alberto, puede dar lectura a los antecedentes de los novatos–indica el presidente.

Alberto se pone de pie y camina hacia el centro quedando de frente a los dioses y de espalda a nosotros.

–Carlos Andrés Sepúlveda Sainz, hijo de padre chileno y madre española. Ingresó al colegio hace cuatro años al nivel de tercero básico y actualmente cursa el séptimo. Tiene 12 años de edad, su promedio de notas es 6,5, y en su historia académica, jamás ha tenido una nota roja en ramo alguno. Su única anotación negativa es por llegar atrasado–hace una pausa, toma aire y prosigue–Ricardo Felipe Fuentes Herrera, hijo

de padres chilenos. Hace ocho años que ingresó al colegio al nivel de kinder. Tiene 12 años, su promedio de notas es de 6,5 y nunca ha tenido nota roja en ramo alguno. No tiene anotaciones negativas.

Termina de hablar Alberto y un brazo se alza pidiendo la palabra. ¡Tate! Hay problemas.

–¿Hermano Rodrigo?

–Pido perdón a los dioses, pero creo que mi deber antes de que la votación se realice, es hacer una corrección a los antecedentes de los novatos.

–Aquí está–digo para mí.

–Resulta que el señor Ricardo Fuentes en estos momentos cumple una sanción de suspensión por haber sido sorprendido peleando en el gimnasio del colegio.

–¿A ver? ¿Qué nos puede decir hermano Alberto?

– Es cierto señor, pero ruego me permitan exponer el caso con mayor detalle–el presidente asiente– Es verdad que el novato fue sorprendido en una riña, pero no es menos cierto que su actuación fue impulsada en defensa propia ante la agresión verbal del mal afamado Alexis Arancibia.

–¡Uhhh!–se escucha el murmullo despacio.

–Todos conocemos al señor Arancibia y sabemos que sus actuaciones sacan de quicio a cualquiera. La provocación de este individuo fue la gran detonante de la reacción del novato. Además, cabe mencionar que Ricardo no está al tanto todavía de las normas que un patricio debe respetar dentro del colegio, por lo que pido que este asunto sea obviado al momento de realizar la votación.

–Pero, dígame hermano Alberto–interviene otro dios–¿Por qué se omitió el hecho en la presentación? ¿Acaso se trató de engañarnos?

–No, por favor, no piensen eso. Lo que pasó es que estos acontecimientos sólo pasaron ayer, y el informe había sido preparado con anterioridad. Si no hubiese sido mencionado por el hermano Rodrigo lo habríamos hecho nosotros. No hubo ninguna intención de engaño, se lo aseguro.

–Bien, escuchadas las excusas,–dice el dios presidente–si nadie se opone, puede comenzar la votación.

Nadie alza la voz. No hallo la hora que termine esto luego.

–Levanten la mano derecha si aceptan el ingreso de las personas aquí presentes.

La cosa era difícil, se requería que a lo menos tres de los cinco dioses votaran a favor y que el cincuenta por ciento más uno de los demás lo hiciera también.

Comienzan a levantarse las primeras manos, luego que uno de los dioses lo hace, unas más tímidas que otras. Luego, los otros dioses, y por último el dios presidente. ¡Sí! Es unánime.

–No hay dudas,–dice el presidente, y dirigiéndose a nosotros–ustedes ya son miembros de la fraternidad San Patricio. Ahora, ¿Juran cumplir con

todos los deberes y reglas de la fraternidad y obedecer el mandato de los dioses hasta las últimas consecuencias?

–Sí, juro–respondemos al unísono.

Todos irrumpen en un aplauso cerrado, y el alivio nos hace respirar normalmente otra vez. Luego, vienen los abrazos y los palmoteos en la espalda y los estrechamientos de manos de los desconocidos. De inmediato, aparecen dos sillas más para que podamos incorporarnos a la asamblea. La celebración termina y la reunión prosigue, ahora, tenemos derecho a voz y voto.



De vuelta al colegio. Ya cumplí la semana de suspensión y hoy regreso a clases. Voy entrando por la puerta principal cuando diviso a Carla en un pasillo. Corro hacia ella para devolverle el pañuelo y le toco el hombro. Ella se da vuelta y me mira con esos ojos grandes que tiene.

–Toma, tu pañuelo–le digo tímidamente.

Me mira asombrada primero, luego su rostro dibuja una sonrisa.

–¡Qué bueno! Ya lo estaba echando de menos. Es broma–dice al verme preocupado.

–No sabes cuánto me molestaron en mi casa por causa de tu pañuelo. Que de quién era, cómo se llama, dónde te conocí. Me decían que era la primera vez que tenía un pañuelo blanco en mis manos y que lo había ensuciado en seguida, etc. etc. Pero ahí está, aunque ya no huele a perfume.

–¿Por qué no le echaste uno tuyo?

–No tengo.

–Pues, compra uno. A las mujeres nos gustan los hombres que huelen bien.

–Los perfumes se regalan, ¿Pero acaso no huelo bien?–hago el gesto de olerme bajo el brazo.

–No, pero...

–Pero ¿Qué?

–No, estás bien. No te preocupes. ¿Cómo estuvieron tus vacaciones?–cambiando bruscamente de tema.

–¿Vacaciones? Estuve castigado toda la semana sin ver televisión. ¡Ni hablar de usar el teléfono! Pude salir sólo dos veces de la casa. Una, para comprar en el supermercado, y otra, me arranqué a ver a un amigo un ratito.

La verdad es que ésta última había sido para asistir a la reunión de la fraternidad.

–¡Qué lata!–exclama ella–Pero ya estás aquí y ya pasó todo.

Luego de un silencio, me pregunta...

—La próxima semana es el aniversario del colegio ¿En qué vas a participar?

—En el concurso literario, creo.

—¿Eres escritor?—pregunta sorprendida.

—Tanto como escritor... no, pero he escrito unas historias locas.

—¿En serio! Y ¿De qué se tratan tus historias?

—De jóvenes, niños como nosotros con sus problemas y tonteras.

—Me gustaría leer una de ellas.

—Me da vergüenza—me ruborizo y bajo la mirada.

—Pero ¿Cómo vas a participar en el concurso literario si te da vergüenza que otra persona lea lo que escribes?

—Que lo leas tú me da vergüenza.

—¿Y por qué?—dice riendo coquetamente.

—No lo sé. Es que jamás pensé que podíamos llegar a ser amigos.

—Bueno, y ¿Algo más?

—¿Algo más qué?

—¿Participarás en algo más que en el concurso literario?

—No, creo que no.

En realidad, mis actividades durante el aniversario serán más que eso. En la asamblea de la fraternidad se discutieron las actividades de la agrupación. Para empezar, si cualquiera de nosotros participa en cualquier concurso, debe ocupar los primeros lugares, si no seremos sancionados según el reglamento de la fraternidad. A lo más, podemos ser superados por otro patricio. El caso es que debemos ser los mejores siempre.

Otra actividad, es el ataque a la casa del Director del colegio en memoria de Patricio Basaure. Recién ahora sé el motivo de su expulsión. El ataque consiste en ir a su casa, pinchar los neumáticos de su auto, rociar el jardín con basura descompuesta y rayar su portón con pintura en aerosol.

Durante los primeros días de la semana festiva, cada patricio rayará el banco de uno de los porros de porros del colegio, es decir, esos niños que han repetido varias veces y que no dan una en los estudios. A cada patricio se le asignará un porro y habrá que dibujar un cerdo y un burro con la respectiva firma de la fraternidad.

Por último, está el tradicional robo de la campana. Claro, esto no se lo puedo contar a Carla, ya que estas actividades son totalmente secretas.

—Bueno, ¿Y tú, qué harás?—le pregunto.

—Yo estoy en la comisión organizadora de la fiesta final.

—Pero, eso no es una competencia.

—En el fondo sí lo es, porque cada año tiene que resultar más bonita, entretenida y perfecta. No todo es ganar o perder. Yo me sentiría satisfecha si la gente sale diciendo que ha sido la mejor fiesta que ha habido.

-Tienes pocas pretensiones. Siempre es bueno ganar y ser el primero en algo.

-Hablas como un patricio—dice haciendo un gesto de desprecio con la boca.

-¿¡Qué!?!— le pregunto asombrado, debido a que el círculo que rodea a la fraternidad es muy reducido y misterioso.

-Sí, mi hermano mayor estuvo en esta escuela y fue un patricio y me cuenta que todos son nazis, racistas y clasistas.

-¿Y tú crees eso?

-No tengo porqué no creerlo. Es mi hermano quien lo dice.

-Pero, todos quisieran conocer a un patricio.

-Yo no. No me interesa. Me importan las personas simples que piensan por sí mismas, que disfrutan haciendo lo que les gusta y no lo que un grupo de personas los obliga a hacer.

En este momento, aparece un hermano que me saluda efusivamente y me entrega un papel arrugado sin que Carla se dé cuenta, mientras suena la campana.

-Bueno, nos vemos—dice Carla.

-Sí, hay que entrar a clases.

-Chao—comienza a alejarse.

-¡Oye! Espera—le digo y tartamudeo—Esteeeeee...

-¿Sí?

-Me da un poco de cosa.

-¿Cosa por qué?

-Eeeh...

-¡Ya pues! Entraremos atrasados.

-Yo también iré a la fiesta.

-¡Qué bueno! ¿Y?

-Y me preguntaba si quisieras ir conmigo—salió como con un tirabuzón, y deseo no escuchar para no oír una negativa.

-¡Claro! Me encantaría—responde con una enorme sonrisa.

¡No lo puedo creer! ¡Iré a la fiesta del colegio con Carla Hagen!

-Entonces,—le digo—nos ponemos de acuerdo.

-Sí, hablamos de ahí. Chao—y arranca rauda.

-Chao.

Cada uno enfila a su respectiva sala. Yo vuelo sobre nubes. Todavía no lo puedo creer. En eso, me acuerdo del papelito que tengo en el bolsillo. Antes de entrar a clase lo abro y lo leo: "TU PORRO ES LUIS BASCUÑAN DEL 6ª B".

-¡No!—me lamento—¡Lucho no! ¿Cómo le voy a hacer esto? No puedo. ¡No puedo!



—¿Eras tú el del pañuelo azul en la cara, verdad?

—Te prometo Lucho, que no quería hacerlo. Les rogué una y otra vez que me asignaran a cualquier persona menos a ti, pero me amenazaron con echarme de la fraternidad si no acataba una orden de los dioses.

—Entonces ¿La fraternidad era más importante que nuestra amistad?

—En ese momento sentía que la fraternidad era todo lo que había soñado desde hacía mucho tiempo y no podía echar abajo todo eso de un viaje. Después me di cuenta que había sido un error.

—¿Imaginaste por un momento, la humillación de todos aquellos denominados porros? No sólo la mía sino la de todos. Para mí, más que la humillación, más que la vergüenza, lo realmente triste fue el desilusionarme de un amigo. El derrumbe de todos los momentos hermosos que pasamos en nuestra infancia, desde que entramos al jardín hasta que repetí de curso. Tú, en vez de apoyarme, me hundiste más.

—¡Por favor, Lucho!

—¿¡Por favor!? ¿¡Por favor!? ¿Acaso me diste la oportunidad de pedirte por favor que no lo hicieras? No sabes cómo me gustaría desconectarte de todas estas máquinas, pero te veo tan indefenso, tan a la mano de Dios, el verdadero Dios, que me das pena. Además, no soy como tú que sin quitarme la vida, me quitaste la ilusión.

—¡Perdóname, Lucho!—digo como tragándome las palabras. Se me llenan los ojos de lágrimas y se me nubla la vista. La enfermera se levanta, se acerca, me mira y vuelve a su asiento. No ha visto nada. Lucho no estuvo aquí, ni yo puedo pedirle perdón.



—¡Vamos, Ricardo! ¡Apúrate! ¡Ya vienen!

Carlos vigila por si viene alguien y nos pueda sorprender. Yo no logro dominar mis nervios. Con mucho esfuerzo saco el plumón de mi chaqueta. No sólo mis manos tiemblan sino todo mi cuerpo. Y con un pulso muy débil comienzo a escribir, mientras Carlos insiste:

—¡Si no te apuras nos pillarán!

—¡Ya, ya está!—y pongo mi dedo índice en mis labios haciéndolo callar. Trato de dominar el plumón para poder dibujar algo con sentido, aunque nada de esto tenga sentido.

—¡Vámonos! ¡Tocaron la campana!—me apura Carlos.

Me pongo el pañuelo en la cara, mientras Carlos se la tapa con una careta. Salimos corriendo con tan mala suerte que al enfilar por el pasillo, tropiezo frente a frente con Lucho, con lo cual caemos de espalda. Al restablecernos, nuestras miradas se cruzan. Creo que me reconoció. Con esto ya no podré mirarlo más a la cara. He perdido un amigo. Mañana renuncio a la fraternidad.



-¿Te llevo a casa?

-Está bien. Voy a buscar mi abrigo y nos vamos.

Carla está preciosa esta noche. Luce un vestido blanco de seda muy elegante. Desde que entramos al salón se convirtió en la reina de la fiesta, al menos para mí. Podía sentir la envidia en la mirada de todos. El hecho de que Carla no se despegara de mí en toda la noche, incluso rechazando invitaciones a bailar, me hace sentir muy bien, mi ego está en las mismísimas nubes.

-¿Vamos?-me dice, ya lista.

Carla vive cerca del colegio, por lo que decidimos irnos caminando. Lo hacemos lento y coordinados. No se me ocurre qué hablar, y creo que a ella le pasa lo mismo. Me atrevo a romper el silencio con una pregunta muy inteligente y original:

-¿Cómo lo pasaste?

-Bien, muy bien.

El silencio se reanuda, sólo se escuchan nuestros pasos. Luego de un momento, con mucho esfuerzo me armo de valor y le digo:

-¿Puedo hacerte una pregunta?

-Acabas de hacerme una-sonríe.

-Sí, pero quiero hacerte una pregunta de verdad-insisto.

-Si no me compromete... puedes hacerla.

-Bueno, y ¿Qué te compromete?

-Es por decir algo, estoy bromeando.

-Es una forma de hacerte la interesante ¿No?

-¡Soy interesante!

-Sólo quiero preguntarte algo y tú lo complicas todo--me quejo.

-Bueno, bueno. No te molestes. Dime.

-Está bien, ahí va--tomo aire-¿Por qué no quisiste bailar con nadie más que conmigo?

-¡A ha!--se larga a reír y yo me siento un tonto.

-Si no quieres, no respondes--siento mi corazón en la cara.

-Lo que pasa es que esperas que yo te diga que bailé contigo porque sólo quería bailar contigo. Eres un vanidoso. Tú me invitaste y tenía que estar contigo ¿No?

-Es verdad--digo un poco desilusionado ante una respuesta tan correcta-¿Y por qué aceptaste mi invitación?

-¡A ha, otra vez! Tú quieres que te diga que me gustas mucho y que sólo quiero estar a tu lado

-¿Te has dado cuenta que eres muy complicada? Sólo era una pregunta--respondo un poco fastidiado.

-Tú me gustas.

Nos detenemos. Ella me mira fijamente, yo me atrevo y no huyo de su mirada

A pesar de que era eso lo que deseaba escuchar, no me dejaba de sorprender. Todo este juego de palabras y preguntas sin responder

me confundió. Su actuar me confunde, su mirada me confunde. ¿Estará bromeando una vez más? No sé qué hacer, si reírme, abrazarla, besarla o arrancar. En el pequeño lapso de tiempo que transcurre y pienso esto, ya hemos llegado a su casa.

–¿Puedes repetir eso?–le digo.

–No.–se acerca y me da un pequeño beso en la boca–Adiós, debo entrarme. Nos vemos en la escuela.

Se da vuelta, se aleja y entra a la casa sin esperar mi respuesta. Si lo que dijo me sorprendió... lo que acaba de hacer me sorprendió más aún. Ahora parezco un estúpido parado frente a su casa siendo que ya entró. Luego de unos segundos, decido irme.

–¿Estará jugando?–hablo solo porque nadie me responde.



Mi madre y mi hermano entran del brazo a la habitación.

–Buenas tardes–saludan a la enfermera.

–Buenas tardes–contesta ella.

Al menos ya sé que podemos estar entre mediodía y noche.

–¿Cómo sigue?–pregunta mamá casi susurrando, pensando quizás, que me va a despertar.

–¿No ha conversado con el doctor?

–Acabamos de llegar–responde Fabián.

–Bueno, él está estable dentro de su gravedad. Continúa en su estado de sopor sin dar signos positivos, salvo algunos cambios en el ritmo cardíaco, a pesar de lo cual pareciera que tuvo una noche tranquila. Debe haber tenido un sueño placentero.

Mi madre se ve pálida y descuidada. En todo momento Fabián la afirma del brazo, pareciendo que si la suelta se desploma ahí mismo.

–Bueno,–prosigue la enfermera--los dejo solos un momento. Cualquier cosa me buscan. Estaré cerca.

–Gracias–contesta mamá.

Ambos se acercan despacio a mi lado. Mamá me toma la mano y la acaricia suavemente, mientras caen lágrimas por sus mejillas. Cómo hacerle notar que me doy cuenta de todo lo que pasa, que no estoy dormido aunque mis ojos al parecer permanezcan cerrados. Los suyos, humedecidos, no se despegan de mí.

–¡No puedo perderlo, Fabián!–dice angustiada.

–Por favor, mamá. No lo vamos a perder, hay que tener esperanzas. Se va a recuperar, ya verás.

–No lo soportaría.

–Mamá–le digo–Si no me escuchas, siente mi corazón, escucha sus

latidos. No estoy muerto.

-¿Qué pasa, hijo? ¿Qué te ocurrió?

-¿Abuelo? ¿Qué haces aquí?

-Me enteré que estabas aquí y vine a verte. Me preocupaste.

-Tuve un accidente y estoy postrado aquí sin poder moverme. Por favor, dile a mamá que no llore.

-Deja que se desahogue, le hará bien y descansará un poco.

-Pero, abuelo ¿Por qué demoraste en volver? Yo siempre supe que volverías, por lo menos en sueños. En ellos, tú te sentabas en mi cama antes de dormirme, me tapabas bien, me dabas un beso diciéndome que no me preocupara, que tú estabas bien.

-¡Y estoy bien! ¡Mejor que nunca! Sólo fue un alejamiento.

-Mamá, no llores.-dice mi hermano-Él va a estar bien, acuérdate de mí.



-¡Ricardo!-grita la tía-¡Te vienen a buscar!

-¡Ya voy!

Arreglo mis cosas, mis lápices, los cuadernos, mi cotona y meto todo como puedo en el bolsón. Ése era uno de los momentos más esperados del día. Eso no quiere decir que lo pase mal en el jardín, pero siempre es mejor estar en casa con mamá. Tomo el bolsón y me despido de la tía. Al llegar hasta la puerta espero ver a mamá, pero... no es ella, es Gabriela, la empleada de la casa quien me dice:

-Vamos, Ricardito. Ya es tarde.

-¿Y mi mamá?

-La mamá tuvo que hacer, así que me pidió que te viniera a buscar.

-¿Qué tuvo que hacer?

-Fue a ver al abuelito que está enfermo.

-¿Qué tiene el abuelo?

-No lo sé, pero no es nada grave.

-¿Cómo dices que no es grave si no sabes lo que tiene?

-Esteee... lo que pasa es que cuando llamó por teléfono tu mamá, estaba preocupada pero no asustada.

-¿Y Fabián?

-Ahí está, en la puerta en su coche.

-¿Qué hiciste de almuerzo?

Ya hemos enfilado hacia la casa que no está muy lejos. Gabriela lleva el coche y yo me afirmo en él también.

-Bueno, hay ensaladita, corbatitas con salsa y un postre de frutas ¿Te gusta?

-Sí. ¿Mamá vendrá a almorzar?

-No creo, pienso que va a acompañar al abuelo todo el día.

-¿Puedo ir a ver al abuelito?

-No, lo niños no pueden estar con los enfermos.

-¿Por qué no?

-Porque ellos necesitan silencio y tranquilidad, y tú eres muy bullicioso.

Al fin y al cabo, el hecho de que viniera Gabriela por mí fue para mejor, porque mamá nunca me compra algo diciendo que después no almorzaré. En cambio, Gaby me da gusto en todo. Por eso aprovecho de pedirle un chocolate y me lo compra al tiro. Me lo como con calma hasta que llegamos a casa.

-¡Llegamos!-dice Gaby-Subes a tu pieza, dejas tu bolso en el escritorio, te cambias ropa, luego bajas y te lavas las manos para almorzar.

-Tú das más órdenes que mamá-me lamento.

Subo a mi pieza y encuentro mi ropa ordenadita en mi cama. Lentamente me cambio. La verdad, es que todavía me falta práctica para esto, sobre todo con los pantalones y suelo caer. ¿Y los calcetines? ¿Dónde están los calcetines?

-¿Estás listo?-grita Gabriela.

-¡No! Todavía no.

En ese momento, escucho al auto de mi mamá que mete un ruido inconfundible. Trato de apurarme lo más que puedo. Una vez listo, comienzo a bajar. Mamá ya entró y Gabriela la abraza diciéndole:

-Lo siento mucho, señora.

-Gracias, Gaby. Aunque lo esperábamos, siempre nos pilla mal parados. Yo no he terminado de bajar. Miro entre la baranda de la escalera la situación con mamá de un lado a otro buscando papeles y Gaby observándola.

-¿Trajiste a Ricardo?-pregunta mamá.

-Sí señora, está cambiándose ropa en su pieza.

-Bueno, voy a hacer una llamada telefónica en el estudio. Puede servirle el almuerzo al niño.

-Sí, señora.

Gaby se va a la cocina y mamá entra al estudio de papá. Yo no entiendo nada. Termino de bajar la escalera y me paro en la puerta del estudio.

-¿Aló? ¿Me puede comunicar con don Ricardo Fuentes, por favor? De parte de su señora-espera un rato-¿Aló? ¿Ricardo? Hola. Vengo llegando del hospital. Papá murió.

Mamá dice esto y comienzan a caer lágrimas de sus ojos y su voz se torna temblorosa.

-¿Podrías venirte antes?-continúa-dejo a los niños con Gabriela y me voy a casa de mis papás. Está bien. Te espero allá. Chao.

Cuelga el teléfono y se seca las lágrimas cuando se percata de mi presencia.

-¡Mi hijito! Venga-me dice.

- Mamá ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?
- Ricardo-me dice con voz serena-El abuelito se nos fue.
- ¿Se nos fue? ¿A dónde?
- Al cielo. Él estaba muy enfermo, y para que no sufriera más, Dios se lo llevó con él.
- ¿Dios lo va a curar?
- Sí, hijo. Él lo va a curar.



Caminamos por calles estrechas tras mi abuelo a quien lo pusieron en un cajón. Un caballero de uniforme tira un carrito sobre el cual está este cajón, mientras otro lleva otro carrito lleno de flores. Venimos de la iglesia donde hubo una misa, y en la cual el curita habló de mi abuelo. Luego, cargaron el cajón hasta una camioneta y en una gran fila india de autos llegamos hasta este lugar lleno de monumentos y cruces.

Nos detenemos. Todos rodean al cura y al cajón. A un costado hay una tapa de cemento abierta, dejando un hoyo desde cuyo interior se escuchan unas voces.

-Ha llegado el momento de dar el último adiós a nuestro hermano Pedro,-dice el cura-quien nos ha dejado momentáneamente para reunirse con el Padre santísimo. No debemos estar tristes, al contrario, debemos alegrarnos porque Pedro va camino a la verdad divina. Con nosotros se queda su recuerdo, su alegría, su amistad, su amor. El cura pide que recen el Padre nuestro, mientras los hombres de uniforme toman el cajón y lo cargan hasta el hoyo. Ahí comienzan a bajarlo.

-¿Por qué lo meten ahí?-pregunto, pero nadie me responde.

Mamá y otras personas lloran mientras miran la acción. Papá me tiene de la mano y la gente tira flores hacia dentro del hoyo de donde salen unos ruidos extraños.

-¿Por qué lo meten ahí?-insisto.

Al no obtener respuesta comienzo a asustarme. ¿Qué va a hacer el abuelo ahí adentro? ¿Dónde está Dios? ¿Cómo se lo va a llevar?

-Vamos, Ricardo-dice mamá y me toma en brazos.

-Mamá ¿Cuándo va a venir Dios a llevarse al abuelo?

-Más tarde.

-Pero no lo va a ver ahí dentro.

-Sí, lo va a ver.

-¡No lo podemos dejar solo!

-Por favor, Ricardo.

-¡Mamá! ¡Va a quedar solo!

-Te dije que no lo trajéramos-dice papá molesto.
-No está solo, están esos caballeros ¿Ves?-dice mamá.
-¡No! ¡Dios no lo va a ver! ¡No lo dejemos solo! ¡Quiero despedirme de él!
-¡Ricardo! ¡Cállate!-ordena papá con voz de mando.
-¡No! ¡No! ¡Abuelo! ¡Abuelo!



Han cambiado a la enfermera y no me di cuenta. Ésta parece más joven y bonita. Está sentada frente a mí, mirándome fijamente. Quizás, su mente ni siquiera esté aquí. Digo, debe estar pensando algo importante como en qué hará cuando termine su turno, o se preguntará qué estará haciendo su pololo en este momento. En esto, se levanta y camina hacia mí, siempre mirándome. Sí, estaba pensando en mí. Se sienta a mi lado y apoya sus brazos en la cama.

-Cada vez que estoy en una situación así-habla en voz alta-me pregunto qué estará pasando en esa cabecita ¿Estará soñando? ¿Recordando? o ¿Será todo oscuridad?-se queda en silencio unos segundos-También me pregunto qué estoy haciendo con mi vida ¿La estoy desperdiciando? ¿Cómo un ser tan poderoso y maravilloso como el ser humano puede tener un envoltorio tan débil, tan frágil? Podría ser yo quien estuviera así, en algún momento.

Se acerca más como si quisiera hablarme al oído y me toma la mano.

-Eres joven,-me habla-como yo. Se te apaga la vida ¿Te das cuenta? Desearía poder hacer algo más que cuidarte, pero no puedo.

Me conmueve y me angustia. Me dice que se apaga mi vida sin que pueda hacer algo ¿Y yo? ¿Puedo hacer algo?

-Si me escuchas-prosigue-Si sientes mi mano, apriétala con la tuya con fuerza ¡Vamos!

Yo se la aprieto con toda mi alma. Nunca pensé lograr tal grado de intimidad con una persona desconocida.

-No me escuchas ¿Verdad?-me dice-Está bien, duerme, sólo duerme tranquilo...

Se aleja y vuelve a su asiento.



-Disculpa, ¿Ésta es la fila del 1º H?-le pregunto a un gordito chico.

-Sí-me responde.

-Gracias.

La fila es larguísima y avanzo hasta el final. El colegio es enorme, parece

un regimiento haciendo filas. Todos muy compuestos, todos muy serios. Es mi primer día en mi nuevo colegio. Es imponente y atemoriza. Yo que vengo de un colegio pequeño donde hay apenas cuatro cursos por nivel, y cada uno no tenía más de 30 alumnos, conocía a medio colegio. Acá con suerte me aprenderé los nombres de mis compañeros de curso. 1ºH ¡Qué horror! Que conste que no es el último del nivel.

—Hoy damos inicio a un nuevo año escolar, y por supuesto las estrofas de nuestro Himno Nacional inauguran la jornada—dice el locutor.

Nuestro Himno Nacional. Dicen que en un festival de himnos salió segundo después de la Marsellesa. Faltaba más, siempre segundos. Aunque también dicen que la bandera ganó otro concurso. ¿Será verdad? Lo cierto es que la gente siempre encontrará que el Himno Nacional o la bandera son las más lindas aunque no conozcamos las otras, y a pesar de que el himno merece un acortamiento.

El Orfeón de carabineros también es una novedad. Siempre había cantado sobre un disco muy gangoso y ruidoso. Un colegio lleno de tradición e historia, el más antiguo del país, el que más presidentes ha dado a Chile, el primer foco de luz de la nación. Mucha pompa para ser el día más desagradable del año, sobre todo después de un verano inolvidable. Más encima, hay que escuchar al Rector cuyo fraseo militarizado me hace reiterar la comparación con un regimiento.

—Damos la bienvenida—dice el Rector—a nuestros nuevos estudiantes. Los recibimos con los brazos abiertos y den por seguro que este colegio será su segundo hogar, lo que nos obliga a responderles y lo que los obliga a ustedes a respondernos. Aquí, tendrán deberes y obligaciones y una responsabilidad enorme. Pero, a la vez, un privilegio porque han sido elegidos de entre lo mejor del país y deben demostrarlo. Bienvenidos. ¿Bienvenidos? ¡Qué palabras! No basta con la arquitectura del recinto, sino que agregan un discurso perverso, aterrador, casi diabólico. Por lo menos sé que fui elegido de entre lo mejor del país ¿De entre lo mejor? ¿Como los tomates?

—Hola, me llamo Fernando.

El flaco de adelante se ha dado vuelta y espera mi respuesta, mientras los cursos comienzan a pasar a las salas.

—Hola, yo soy Ricardo.

—Parece que este curso es totalmente nuevo.

—Parece.

—Si gustas podemos sentarnos juntos—propone.

—¿No has visto las salas? Los bancos son individuales.

—Bueno, sentémonos al lado.

Harto insistente resultó el cabeza de libro abierto, pero es amistoso y necesitaré de alguien con quien hablar.

—Está bien, sentémonos al lado.



–¿Echas de menos a tu colegio anterior?–pregunta Fernando.

–Mucho.

–Yo también.

Fernando es muy preguntón, pero se las arregla para entretenerme y hacerme contestar todas sus preguntas. Ya ha pasado una semana de clases, y ahora estamos en recreo.

–Apuesto a que era más pequeño–me dice.

–Cualquier colegio es más pequeño que éste.

–¿Ves a tus amigos todavía?

–No, nuestros horarios no coinciden. Además, como mi colegio era básico todos quedaron en liceos distintos.

–¿Por qué entraste a este colegio y no a otro con tus compañeros?

–La verdad es que yo no entré a este colegio, me hicieron entrar. Tú sabes que nosotros todavía no tenemos poder de decisión. Mis papás pensaron que sería lo mejor y ya está.

–¿Son muy autoritarios?

–No, lo que pasa es que todos los papás, al tratarse de tu futuro, son un poco autoritarios ¿No te pasa lo mismo?

–Algo. La diferencia está en que yo estuve de acuerdo con entrar a este colegio. Somos una familia pobre, mi mamá es sola y mis hermanos no terminaron la escuela porque tenían que trabajar para ayudar en la casa. Soy algo así como la esperanza de la familia. Siempre tuve las mejores notas en mis cursos y mis hermanos pensaron que no podía terminar como ellos. Así que decidieron que yo terminara mis estudios sea como fuere. Éste es el mejor colegio fiscal del país y de seguro entraré a la universidad. Ellos no pudieron hacerlo y se sienten frustrados, y por eso me hacen sufrir–sonríe.

–Pero ¿Tú lo quieres así?

–Sin duda. Yo quiero ser un profesional para poder devolverles a mis hermanos y a mi mamá todo lo que han hecho por mí. Algún día los sacaré de esa población.

–¿Crees que es justo que te hayan dejado toda esa responsabilidad a ti?

–¿Te parece justo que no todos puedan estudiar y tener un título aunque tengan la capacidad? Si no tienes plata, arréglate como puedas.

–¿Y si entras a la universidad que harás?

–Ya veremos, falta mucho todavía por recorrer.

Realmente esto es otra cosa en todo sentido. Jamás había conocido a una persona como Fernando, y nunca había pensado siquiera en lo que dice. Lo peor es que tiene razón y yo no me había dado cuenta antes.



Todos están ahí sentados en el suelo frente a mí, mirándome y escuchando lo que digo ¿Serán unos cien o doscientos? Lo único que sé es que esto es algo totalmente inédito en este colegio.

–Nuestro colegio no puede ser municipalizado. La tradición, la historia, la excelencia son cosas que están en juego. Este proceso representa el primer paso a la privatización de la educación y al predominio del poder del dinero por sobre el rendimiento escolar. Se ha hablado de despidos de profesores y funcionarios. Se ha hablado de reducción de presupuesto. No cualquier profesor puede hacer clases en este colegio. Si se quiere que se mantengan los resultados académicos logrados por el colegio a lo largo de su historia, no se puede reducir su presupuesto. ¿Acaso la intención es que paguemos cuotas como en un colegio particular?–se escuchan silbidos.–Nunca este liceo ha parado sus actividades, pero si es necesario ésta puede ser la primera vez y haremos todo lo que está en nuestras manos por terminar con estas medidas arbitrarias y autoritarias.

Los aplausos me interrumpen. Cada vez se han ido sumando más oyentes, y ya cubrimos todo el patio central.

–Hoy,–prosigo–en el Ministerio de Educación, habrá una reunión con todos los rectores de los colegios involucrados y el ministro, entre ellos nuestro Rector. Ahora, exigimos que nuestro Rector nos diga cuál va a ser su postura. Queremos saber qué hará por nuestro colegio.

–¡Síiii!–contestan todos a coro.

Y como por un resorte se levantan del suelo y enfilamos juntos hacia el despacho del Rector, gritando, cantando y aplaudiendo.

–¡Queremos al Rector! ¡Queremos al Rector!

El número de manifestantes es tan grande que la mayoría sólo puede quedarse en el hall central. En una comitiva liderada por mí, nos dirigimos a las oficinas de rectoría.

Todavía no cruzamos el pasillo, cuando la secretaria nos dice que el Rector no nos recibirá porque está muy ocupado.

–Señorita, por favor–hablo yo–Es de suma urgencia hablar en este momento con el Rector.

–Ya le dije señor que el Rector está muy ocupado y no los recibirá ahora. Si quiere le puedo arreglar una reunión con él recién para tres días más.

–¡Tres días!–exclamamos todos casi al unísono.

–Además,–prosigue ella–¿Qué representación tienen ustedes?

–La representación de la asamblea de estudiantes que nos eligió como su directiva, ya que todavía no podemos tener una Centro de Alumnos elegido por votación universal, y un centenar de compañeros que gritarán hasta que se les acabe la voz.

En este preciso momento, sale de su oficina el Rector y pregunta molesto.

–¿Qué pasa, señorita Natalia?

–Los señores aquí desean hablar con usted, pero yo ya les dije que...

-Déjelos pasar-la interrumpe y vuelve a entrar.

-Está bien, señor -un poco ruborizada, la secretaria nos mira y dice-Ya oyeron, pueden pasar.

-Gracias.

Somos cinco y entramos de a uno calmadamente. La oficina es imponente. Destaca un gran escritorio añoso, pero brillante. El estandarte nacional en una esquina, un sofá también antiguo, me imagino para invitados, varios cuadros en las paredes, al parecer Ex-rectores, y la foto del General Pinochet observando la situación completan la escena.

-Tomen asiento jóvenes-nos dice el Rector.

En silencio aceptamos la invitación y con todo sincronismo nos sentamos en el gran sofá.

-Me imagino a lo que vienen. Los gritos se escuchan desde aquí. Miren-sin dejarnos abrir la boca-La situación es difícil, créanme que yo soy la persona más interesada en que nuestro colegio no sea municipalizado, y por lo tanto no duden que haré todo lo posible para que ello no ocurra. El Ministro me ha invitado a una reunión esta tarde para analizar el problema. Hasta el momento, nuestro colegio se ha regido con un estatuto totalmente distinto al de los otros, a mí entender, con toda razón. Este establecimiento tiene un funcionamiento tal, que lo hace uno de los más exigentes del país, y no se le puede comparar con los otros colegios fiscales, con todo el respeto que tengo por ellos. Yo soy partidario de que eso se mantenga. Ahora, con gritos y cánticos... no solucionaremos nada. Por lo que les ruego, y creo que he sido muy deferente con ustedes, y les pido la misma deferencia, que les traspasen mis intenciones a sus compañeros y que se retiren tranquilos a sus casas, porque este colegio tiene una historia sin mancha.

-Señor ¿Me permite?-pido la palabra-Creo que nuestros compañeros no se irán si nosotros contamos lo que nos ha dicho. Ellos quieren oír de sus propios labios lo que piensa del asunto. Es cierto que no debemos dar espectáculo, pero todavía no hemos salido del recinto, nadie de la calle sabe lo que pasa. Los estudiantes se van a ir, pero cantando y gritando por las calles, y nadie quiere que pase eso.

-¿Me está amenazando?-el caballero aprieta los puños y está a punto de golpear el escritorio.

-Por favor, señor. Yo no...

-¿Sabía que está hablando con su Rector y que lo puedo hacer responsable de todo lo que pase y echarlo de patitas a la calle?-¡Uyuyuy! Se está poniendo pesada la cosa.

-No lo dudo, pero ¿Podrá expulsar a todo un colegio?

El Rector no me despegaba los ojos de encima, pudiéndose ver el fuego que le brota por todos lados. No le he dejado salida y su acorralamiento es casi una humillación.

-Señor-en tono conciliador-son pocas las oportunidades que lo vemos y menos las que lo oímos. Sólo queremos escuchar palabras de aliento, de

tranquilidad de su parte.

El ceño no cambia, y yo no hallo como seguir mintiendo para alivianar la situación y convencerlo.

–Está bien, está bien. Hablaré con sus compañeros–dice por fin.

Se levanta y se abrocha la chaqueta saliendo primero de la oficina seguido por nosotros.

–Grande, Ricardo–me dice uno de mis acompañantes al oído.

El Rector camina acelerado con ganas de salir de esto luego. El vocerío va in crescendo a medida que nos acercamos al hall. Al divisar al Rector algunos callan y otros silban.

–Compañeros–me dirijo a ellos–Por favor, hemos conversado con el señor Rector y él ha accedido a decir unas palabras. Escuchemos con respeto, por favor. Señor Rector...

–Queridos alumnos, al parecer ya se han enterado del consejo de rectores de hoy. Qué les puedo decir. Mi posición, mi deseo más ferviente y el de todos nosotros es mantener a nuestro colegio independiente bajo la tutela directa del Ministerio. La municipalización representa un obstáculo para nuestro desarrollo. Si hoy, el Ministro me pide la opinión yo le responderé: La municipalización no sirve para nuestro colegio. Yo no quiero esta municipalización.

Se escuchan algunos aplausos tímidos.

–¡Créanme!–prosigue–¡Haré todo lo que esté en mis manos para impedir este cambio de administración! Y si de mí depende, la medida no tocará a este establecimiento.

Ahora los aplausos son más nutridos, logrando estas palabras aquietar los ánimos.

–Ahora,–dice el Rector–les pido que se retiren a sus casas con calma, muchas gracias–da media vuelta y se va.

–Buen trabajo–me dice un amigo.

–Fue un triunfo, Ricardo–dice otro.

–¡Bien, Ricardo!–se oye de abajo y un dedo pulgar hacia arriba me saluda.

–Esperemos a ver lo que pasa–digo con cautela.

La evacuación es lenta y en el trayecto a mi casa rebobino todo lo que pasó y me asombro de lo que hice, de lo que fui capaz de hacer. Al llegar a casa, justo está la televisión prendida con las noticias de la tarde.

–”Hoy se firmó el decreto que establece que los últimos colegios en manos del Ministerio de Educación, deben quedar bajo la administración de las municipalidades respectivas. La decisión había quedado paralizada, esperando ver los resultados de la primera etapa de la municipalización. El Ministro dijo que este es un paso definitivo hacia la modernización de la educación en Chile.”

No quepo en mi sorpresa. Hasta hace poco era el éxtasis, ahora la desilusión. Nos mintió, nos mintió a todos. ¡Viejo culiao farsante...!



Esta mañana no va a ser tranquila. No sé qué respuestas dar. Es raro enfrentar este día después de lo vivido el día anterior. Al llegar al colegio todos están en el patio. Nadie quiere entrar a clases. ¡Es increíble! No hubo una convocatoria, ni una orden en esa dirección. Ni organizado hubiese resultado mejor. Se siente la frustración en el aire.

–¡Ricardo! ¡Qué bueno que llegaste!–me dice mi vicepresidente–¿Qué has pensado?

–Nada.

–Tenemos que hacer algo.

–¿Qué quieres que hagamos?! ¿Tomarnos la rectoría?

–¡Qué te pasa! Tranquilo. Conmigo no es el problema.

–Lo sé.–digo arrepentido–Perdona, lo que pasa es que estoy emputecido y no tengo muy claro qué hacer.

–Vamos a hablar con el Rector.

–¿Y qué sacamos? Sólo más mentiras.

–¡Veamos qué nos dice!

Dudo de la estrategia a usar. ¿Hablar con él? Nos dirá que está igual de sorprendido que nosotros, que no sabía nada y otras burradas más. Pero la insistencia de mis compañeros me convence y subimos al despacho del Rector.

–El Rector no se encuentra–nos dice la secretaria.

–¿A qué hora llegará?–le pregunto.

–La verdad es que no llegará. El Rector está enfermo y no vendrá hasta el lunes.

Salimos raudos de la oficina hacia el patio nuevamente.

–¡Putá la hueá!–le digo a mi compañero–¿Y ahora?

–Háblales tú. A ti te escuchan.

Una vez en el patio, comenzamos a reunir a los compañeros. Estoy nervioso.

–¡Atención! ¡Atención! ¡Silencio por favor! ¡Silencio!

Los rostros comienzan a voltearse y los gritos van disminuyendo.

–Acabamos de ir a rectoría–los abucheos y garabatos me interrumpen.

–¡Por favor!–espero el silencio y prosigo–El Rector no se encuentra, se ha reportado enfermo.

–¡Enfermo de maricón!–grita uno, a lo que se suman los demás.

–¡El Rector nos mintió!–continúo–Él sabía muy bien que el consejo de la tarde de ayer no era para discutir si se aplicaba o no la medida, sino sólo era para informar acerca de la formalización del decreto que se había firmado en la mañana, mientras el Rector nos hablaba aquí. En este mismo lugar, nos dijo que haría todo lo posible por evitar esto, sabiendo que no había nada que hacer. Pues bien, ayer todos vimos por televisión en primera fila a nuestro Rector aplaudiendo y sonriendo–más pifias–Hoy le decimos: ¡Señor Rector, usted debe renunciar!

Brotan los gritos y aplausos espontáneos, mientras algunos tiran papeles al aire.

-Debe renunciar por mentirnos, por engañarnos y por no defender los intereses del colegio. Si usted no hizo nada...-dirijo mi mirada hacia el despacho del Rector-nosotros lo haremos y llegaremos hasta las últimas consecuencias. Y para ello, propongo a ustedes un paro indefinido.

-¡Sííí!-grita la masa-¡Paro! ¡Paro! ¡Paro!

-¡Llegaremos hasta el Ministerio! ¡Plantaremos nuestras peticiones! ¡Si la principal autoridad del colegio no nos representó, iniciaremos una movilización con el fin de revertir el proceso de municipalización!

-¡¡¡Bravo!!!

-¡No entraremos a clases e invitamos a los profesores a que se sumen a esta movilización, porque ellos son los más perjudicados con el plan de municipalización!

-¡¡Profe, escucha....únete a la lucha!! ¡¡Profe, escucha, únete a la lucha!!

-¡¡Manifestémonos, pero con calma!!-prosigo-¡¡Que nos escuchen todos!!

-¡¡A la calle, a la calle!!

El grupo es enorme y están totalmente decididos y excitados. Cantan, aplauden, saltan. Nunca había visto tanta resolución en el alumnado de este colegio. Todos enfilan hacia la salida sin mediar previa convocatoria. Nos cuesta salir del recinto, es mucha la gente y pocas las puertas. Llegando a la calle, la turba se desbanda. Algunos sacan sus cuadernos, les arrancan las hojas y comienzan a apilarlos. Otros, toman unos tambores de basura y los cruzan en la calzada evitando el tránsito vehicular. A su vez, los primeros empiezan a quemar los cuadernos apilados. Todos cantan y saltan.

Estamos perdiendo el control, y todo se torna en caos. Nadie escucha a nadie, cada uno hace lo que se le place. Me detengo en medio de la trifulca y siento como si todo se relentara. Miro las caras desencajadas y las acciones irracionales. Todo esto gatillado por mí y un discurso incendiario. Que fácil se desencadena la violencia. La gente nos mira extrañada, no saben si es una protesta o una celebración de aniversario. Mis compañeros corren de un lado a otro y lanzan consignas contra el Rector, el Ministro de Educación y Pinochet.

-¡Los pacos!-grita uno.

La estampida es generalizada. Algunos se refugian en el colegio, otros huyen por las calles laterales.

Es el Huáscar, el temido y odiado lanza-aguas que no respeta a nadie ni a nada. Su gran envergadura metálica se aprecia girando a dos cuerdas con sus latas abolladas por los pedrazos. Enfila contra el tránsito y comienza a tirar agua con un chorro de una presión y altura impresionantes. Un grupo, dentro de los cuales me cuento, nos protegemos en un monumento para no ser mojados con esas aguas de dudosa procedencia.

Tras el Huáscar, dos zorrillos, nombre acuñado debido a su inesperada forma de tirar gases lacrimógenos, entran en acción. La actuación de

los zorrillos es indiscriminada y el aire se torna irrespirable. Estamos totalmente ahogados. El ardor en los ojos es insoportable. Trato de correr hacia el colegio, se me cruzan varios compañeros en mi camino y caigo de bruces. Me quedo un instante en el suelo y observo el caos, en el momento en que aparecen decenas de pacos como de abajo de la tierra. Me levanto con mucha dificultad. El suelo está mojado y muy resbaladizo por la acción del Huáscar. Corro lo más rápido que puedo, estoy absolutamente ahogado. Antes de llegar hasta la entrada del colegio, me alcanza un carabinero.

–¡Vamos, cabrito! ¿No les gusta el hueveo?–me dice una vez que me ha tomado del brazo.

Me lleva corriendo a una esquina donde nos espera una cuca. Me sube a ella de un empujón. Luego, suben a otro, otro y otro más, hasta que no queda más espacio. Cierran la puerta sin que el carro se movilice.

La oscuridad es casi absoluta. Nadie habla, sólo se escuchan los gritos de nuestros compañeros desde el interior del colegio. Ahí no entrarán.

–En mi casa me van a sacar la cresta–dice uno casi llorando.

–Eso si no nos la sacan estos huevones antes–contesta otro.

–Tranquilos–digo yo–No nos harán nada. Somos menores de edad.

Yo también estoy asustado y estoy casi seguro que nadie creyó lo que acabo de decir.



–No te preocupes hermano, no te echarán del colegio–me dice Fabián.

–Yo no sé si importa mucho si me echan o no del colegio. Lo que sí me importaría es perder la confianza de los viejos.

–Oye, si todo lo que hiciste fue porque era tu deber. Los estudiantes te eligieron como su representante. Tú sabes lo orgullosos que estaban los viejos cuando se enteraron de tu elección.

–Sí, es verdad. Pero esto de caer detenido me bajoneó mucho y eso me debilita.

–Vamos, aun no han dicho nada. Si están enojados, se les pasará en seguida.

–¡Ricardo!

–¿Sí, mamá?

–¡Ven para acá!

¿Qué hice? me pregunto mientras bajo las escaleras. El tono es de regaño y sólo aparece cuando mamá está realmente molesta.

–¿Qué, mamá?–pregunto una vez frente a ella.

–¿Qué es eso de que no quieres llevar a Fabián al Happy´s?

–Mamá, yo me voy a juntar con mis amigos y no quiero andar de niño.

-Bueno, él es tu hermano menor y no debes aislarlo.
Mientras mamá dice esto, Fabián me hace musarañas detrás de la puerta.
-¿Te gustaría que te dejaran de lado?-continúa mamá-Da gracias que no fuiste el menor, y que no tuviste un hermano como tú.
-Pero mamá, siempre salgo con Fabián-me defiende-No puedes decir que lo dejo de lado. Además, siempre me mete en líos. El otro día, robó un chicle en el almacén y Don Pepe cargó conmigo.
-Ricardo,-en tono sereno y acercándose-debes entenderlo, sólo quiere estar contigo. Tú eres su ídolo.
-Pero mis amigos se enojan.
-¡Bah! ¿Y por qué tienen que enojarse ellos?-molesta-Quizás ellos no tienen hermanos o no comparten con ellos. Ustedes son dos, se acompañarán y serán los mejores hermanos que hay. Así que lo llevas y se acabó.
Fabián muestra una expresión de triunfo. Claro, todo termina en un orden. Vamos a ver en qué problema me mete Fabián.



-¡Victoria! ¡Estás aquí!
-Sí ¿Cómo quieres que no esté?
-Pero ¿Qué te pasó? ¿Cómo estás? ¿No estás herida? ¿Por qué no viniste antes?
-¡Tantas preguntas! No hablemos de mí. Yo estoy bien. Ahora sólo importa tu recuperación. Yo estoy aquí para apoyarte, acompañarte y darte ánimo y mucho amor.
-Esos ojos-digo embelesado-Esos ojos hermosos. No sabes cuánto los eché de menos.
Victoria sonríe y me toma de la mano. Luce bella y luminosa como siempre, quizás más que nunca.
-No me dejes por favor-le digo.
-Nunca. No te preocupes, no me iré nunca.
Se acerca lentamente y me da un pequeño beso apenas posando sus labios en los míos. Esos labios húmedos y suaves que son una caricia, un alivio. Un calorcito muy rico nace de mi boca y recorre todo mi cuerpo hasta la punta de los dedos de mis pies.
-Te quiero mucho-le digo.
-Yo también te quiero.



–Señor Ricardo Felipe Fuentes Herrera.

Doy un paso al frente al escuchar mi nombre. Frente a mí hay un foco muy potente que me ilumina y me impide ver al público que me aplaude y mucho menos a mis padres. La profesora se me acerca con mi diploma y me lo entrega diciéndome:

–Felicitaciones, Ricardo. Mucha suerte y que te vaya muy bien en la vida—me abraza efusivamente.

–Gracias profesora.

Posamos para los fotógrafos y examino el diploma que viene dentro de una carpeta, en cuya tapa, bajo la insignia del colegio, se puede leer: “Hoy es el primer día del resto de tu vida”.

La graduación de cuarto medio es una ceremonia que marca el término de una etapa y el comienzo de otra con más responsabilidades y decisiones determinantes en el futuro de nuestras vidas.

A pesar del foco, levanto el diploma y se lo muestro a mis padres en algún lugar del teatro. La ceremonia continúa con mis compañeros y luego con otros cursos.

–¡Ricardo! Felicidades amigo.

–Felicidades, Fernando.

–Que dejemos de ser compañeros de curso, no quiere decir que dejemos de ser amigos ¿No es cierto?

–Por supuesto—le contesto a este amigo, el primero que se dirigió a mí al entrar al liceo. Fernando y yo nos estrechamos en un abrazo apretado. Se me forma un nudo en la garganta.

–Gracias,—le digo—gracias por todo.

–Gracias a ti.

Por el pasillo se acercan mis padres. Nos unimos los tres en un abrazo que me emociona otra vez, pero ahora no puedo contener las lágrimas que caen sobre la espalda de mamá.

–Los quiero mucho.

–Nosotros también—responde papá—Estamos muy orgullosos.

–Sólo le pido a Dios,

que el futuro no me sea indiferente

es un monstruo grande y pisa fuerte

toda la pobre inocencia de la genteeeee...

–¡Bien, vieja! ¡Toca otra!—dice Fernando alentando al vieja

El viento helado golpea nuestras caras, pero la fogata es buena y su calor se siente entibiando el ambiente. Llevamos un buen tiempo cantando y riendo, y podemos estar mucho más.

Como en un rito religioso, alguien enciende un pito y lo hace correr para que dé toda la vuelta. Yo nunca he fumado marihuana y me da un poco de recelo. Uno puede lograr estados de exaltación interna sin necesidad de elementos externos, pero ésta es una ocasión especial y no sé si abstenerme o probar y ver lo que pasa. El pito se acerca cada vez más, mientras el vieja comienza a cantar otra canción. Lo tengo entre mis

dedos, lo miro con detención, lo huelo y mi voluntad es más fuerte que la tentación y lo entrego al siguiente.

–Cada uno aferrado a sus dioses...

“Los momentos”, ¡Qué canción más típica! Es como un himno de fogatas. Todos se la saben, hasta los más desafinados como yo, y a todos nos carga, pero siempre la terminamos cantando.

–¿Podemos quedarnos con ustedes?–pregunta una voz femenina.

–¡Claro!–respondemos todos casi al unísono.

Son cuatro chicas, dos de las cuales andan con acompañantes. Andan divagando por la playa y recalaron en nuestra fogata.

En estas ocasiones yo suelo perderme en las llamas pensando cosas o analizando las letras de las canciones. Esta vez hay algo que me distrae. Son dos ojos grandes y claros al otro lado de las llamas. Pertenecen a una de las recién llegadas. Es hermosa y me hace sumergir en esos ojos de mar. Ella canta sin notar mi mirada, al menos eso creo. En este momento se levanta y cruza el círculo de personas deteniéndose al lado mío.

–¿Me puedo sentar aquí?–me dice.

–Por supuesto–me hago a un lado dejándole un espacio.

–Me estaba llegando todo el humo–me sonrío, justificando su acción.

–Hola, me llamo Ricardo ¿Y tú?

–Victoria.

La fogata se refleja en sus ojos y la luz revela una piel suave, muy suave.

–¿Qué hacen?–pregunta.

–Es un viaje de estudios. Acabamos de salir de cuarto medio y estamos pasando los últimos días como curso.

–Qué entretenido.

–¿Y tú?

–Vinimos con mi hermana y unas amigas a pasar el fin de semana.

–¿No andas con tu pololo?

–No pololeo.

Mientras el canturreo continúa, aparece repentinamente como de la nada, un jinete en un caballo tan negro como la oscuridad de la noche, y se planta al lado nuestro. El susto es grande, y nos levantamos todos inmediatamente.

–Quiero que me cante una canción–dice al jinete apuntando al vieja. Su voz se oye gastada y lánguida. Al parecer es un lugareño visiblemente ebrio.

–Váyase pa’ la casa, amigo–le dice uno.

–Dije que me cante una canción–insiste en tono molesto.

–No, no. Ya nos vamos–le digo yo.

–Si no me canta, los voy a agarrar a rebencazos a todos.

–¡Ya huaso, ándate!–dice Fernando.

–¿A quién le decís huaso?

Y saca de una funda el rebenque que comienza a agitar, empezando la persecución. Todos arrancamos en distinta dirección, mientras el huaso sacude el rebenque en el aire como loco.

En eso, Victoria cae y lanza un grito. Me acerco a ella, la agarro de un brazo y salimos corriendo, pasando por al lado del huaso quien nos tira un golpe que alcancé a esquivar pudiendo escuchar el silbido de su paso contra el viento a centímetros de mi oído.

Corremos por la orilla de la playa, alejándonos cada vez más del lugar de los hechos, a pesar de que Victoria cojea visiblemente. Una vez a salvo, nos detenemos.

–Ya estamos lejos–le digo–A ver siéntate. ¿Te duele mucho?

–Un poco. Me torcí el tobillo.

–Sácate la zapatilla.

Me esmero en atenderla aunque no sepa nada de primeros auxilios. Toco su pie fino, pequeño y compruebo la suavidad de su piel. Después de examinarla profundamente exclamo:

–¡Huum! Esto se te va a hinchar–¡Mira qué novedad! pensaré ella.

–Debe ser un esguince–responde.

–Sí, eso, un esguince–¿Estará claro? Luego, le pregunto–¿Tu casa está muy lejos?

–No. Está justo al frente de aquí.

–No te preocupes, yo te ayudo.

–Gracias.

Se coloca la zapatilla y la ayudo a ponerse de pie. Comenzamos a caminar sosteniéndola con mi brazo. Le cuesta mucho avanzar por lo que la tomo en brazos.

–¡Oye! Yo peso mucho–me dice–Ahora te vas a lesionar tú.

–No te preocupes, eres súper liviana. Si me canso te bajo y descansamos un momento.

Esto sucede unos cuantos metros más adelante.

–¿Muy liviana?–pregunta irónicamente.

–Parece que te subestimé o me sobrestimé yo.

Nos sentamos frente a frente, y me quedo mirando sus ojos.

–¡Qué ojos más lindos tienes!

–¡Son para mirarte mejor!–imita al lobo.

–No me asustas. No hay luna llena–miro al cielo, mientras ella sonríe.

Luego le pregunto–¿Estudias?

–Sí, pasé a cuarto medio.

–¿En serio? ¿Y qué harás después?

–No lo sé. No lo he decidido aún. Esperaré ese después. ¿Y tú?

–Creo que estudiaré Ingeniería Civil. Estoy esperando los resultados de la prueba de aptitud.

Se ve preocupada y distraída de la conversación.

–¿Quieres seguir?–le pregunto.

–Por favor. Deben estar buscándome.

El recorrido no es muy largo. Es cosa de subir a la calle y cruzarla, ahí está su casa. Camino apenas, pero ya estamos llegando.

–¡Victoria! ¡¿Qué pasó?!–le pregunta una niña al abrir la puerta.

–Me torcí el tobillo y Ricardo me ayudó. ¡Ah! perdón, Ricardo, te presento a Vanessa mi hermana, y su pololo.

–Gracias Ricardo–dice Vanessa–Nos preocupamos al no ver a Victoria en ningún lado.

–Por nada, fue un placer.

–¿Los otros?–pregunta Victoria.

–Salieron a buscarte. Estábamos preocupados.

–¿Quieres pasar?–me pregunta Vanessa.

–No, debo irme. También deben estar buscándome.

–Oye, gracias. Te pasaste–me dice Victoria.

–No hay cuidado. ¿Puedo venir mañana a ver como estás?

–Claro, ven. Te espero.

–Chao–me despido de las dos.



–Hola. ¿Cómo está tu pie?

–Mejor. Creo.

Victoria está sentada en la terraza de su casa con su pie lesionado apoyado en otra silla. Luce pantalones cortos celestes y una polera blanca. Se ve preciosa.

–Bueno, ¿Qué pasó con los demás anoche?–me pregunta.

–Fue todo un show. El huaso persiguió a los chiquillos hasta que el caballo se encabritó y lo botó al suelo. Ahí, mis amigos lo agarraron y comenzaron a zamarrearlo, dándole vueltas y vueltas, tirándolo de un lado a otro hasta que quedó más curado de lo que estaba. Después no se podía parar.

–Qué son malos.

–Y tú ¿Qué hiciste después?

–Bueno, puse el pie en agua caliente, me hicieron masajes y luego me lo vendé.

–¿Por qué no fuiste a la posta?

–Porque de seguro me enyesarían, y eso sería una lata. ¡Imagínate! Con este calor ¿Y yo enyesada?

–Sí, pero esto se te puede complicar. Estas lesiones a veces duran mucho tiempo.

–La verdad es que no es mucho–baja la mirada.

–¿Puedes caminar?

–Sí, siempre que no haga movimientos bruscos.

-¿Puedes dar un paseo, entonces?

-Supongo.

-Te invito a caminar por la playa. Pisar sobre la arena te hará bien.

Le ayudo a levantarse y a bajar la escalera de la terraza. Camina bien, pero lento.

-¿De qué parte de Santiago eres?-le pregunto.

-¿Quién dijo que era de Santiago?

-¿No eres de Santiago?

-¡Oye! ¿Crees que Santiago es Chile?

-No, pero me pareció que...

-Soy viñamarina.

-¿Viñamarina? ¿Y por qué vienes a otra playa?

-Porque si para ti resulta aburrido vivir todo el tiempo en Santiago, nosotros también necesitamos cambiar de aire de vez en cuando. Además, en esta época comienzan a llegar todos los santiaguinos.

-¡Qué te pasa!

-Nada, es broma.

Nos sentamos en la arena frente al mar, ambos mirando el horizonte.

-Que grande es el mar-dice Victoria.

-¡Oh mar, qué grande e inmenso eres!-recuerdo un libro de geografía que tuve en el colegio cuando era chico.

-Me atemoriza un poco. Me hace sentir tan pequeña, tan insignificante. A veces pienso o me imagino que se forman olas enormes y nos inundan. La humanidad desaparece bajo ellas ¿Tú no piensas en algo así?

-La verdad que no. Pero, sí me atemoriza desaparecer.

-¿Le tienes miedo a la muerte?

-¿Miedo? ¡Pánico! Para mí, la muerte es dejar de existir, dejar de ser. Eso es terrible porque ese destino inevitable se va aproximando cada vez más. Incluso a veces, me pregunto por qué vivimos o para qué. Pero, en seguida, pienso en mis padres, en mi hermano y mis amigos y me doy cuenta que yo vivo por ellos, y creo que ellos viven por mí.

-Qué lindo lo último que dijiste. Pero, si la muerte es dejar de existir, darle un sentido a la vida en función de los que morirán algún día, resulta un poco contradictorio.

-¿Por qué?-le pregunto.

-Porque fíjate que uno vive por los demás, por ejemplo los hijos, y resulta que si ellos mueren antes que uno, ya no tendría ningún sentido la vida propia.

-Bueno es así como mucha gente no soporta situaciones como éstas-respondo.

-Yo todavía busco algunas respuestas. Debe haber un destino mayor, por el cual uno está en este mundo. No puede ser que todo termine con la muerte.

-Pero uno no puede estar eternamente buscando su destino y pensar y pensar ¿Cuál será el sentido de mi vida? Así, descartando posibilidades,

uno va viviendo y siendo infeliz porque cree que todavía no le ha dado sentido a su vida.

—¿Sabes?—continúa Victoria—Tú también estás en búsqueda, de otra manera no te harías esas preguntas y cuestionarías lo mismo que dijiste anteriormente. Me refiero a que tu argumento suena más bien a un... no quiero ni pensarlo.

—Puede ser. Quizás tiene que ver con esto del temor a la muerte. El miedo es tan grande que ni siquiera me atrevo a ponerme en situación.

—Es súper bueno que lo reconozcas. Creo que es bueno preguntarnos constantemente acerca del porqué estamos haciendo lo que hacemos.

—Quizás tienes razón y efectivamente todos tenemos una tarea que cumplir. Yo iniciaré la búsqueda del camino que me lleve a la felicidad plena.

—¿Cómo sería esa felicidad?

—No lo sé. Quizás la felicidad plena no exista, pero en la medida que uno busca y busca ya es feliz, me parece coherente. Como dices tú, debe haber un sentido. A lo mejor estoy equivocado y existe trascendencia. Por mientras hay que buscar ese sentido y vivir la vida bien.

—¿A todo dar?

—A todo dar.

—Estamos muy serios—me dice.

—Verdad. En todo caso los santiaguinos somos mejores que los viñamarinos.

—¡No es cierto...!—me da una palmada suave en el brazo y sonríe como ángel.



Es mi cumpleaños número diecinueve. Decidí celebrarlo, aunque no es mi costumbre. Están mis compañeros de universidad, ex-compañeros de colegio, amigos de siempre, primos y Victoria. Ella ha venido desde Viña sólo a mi cumpleaños. La invito a salir al patio para tomar aire y beber un trago.

—Me sorprendió que vinieras—le digo.

—¿Por qué?

—Bueno, a pesar de que Viña está cerca, no siempre se viaja más de cien kilómetros sólo por una fiesta de cumpleaños.

—Quizás, no es sólo una fiesta de cumpleaños—me responde.

—¿Y qué más puede ser?

—Pueden ser muchas cosas. Depende de nosotros cuál es el curso de nuestras vidas. Siempre los cumpleaños sirven de excusa para valorar lo que se es, lo que se tiene y lo que queda por hacer. Es un día de reflexión que uno comparte con las personas que cree más importantes en su vida.

-Tú puedes ser muy importante-le digo.

-Por eso estoy aquí.

Su mirada no se pierde. Denota seguridad y sinceridad. Me enamoré de esos ojos desde la primera vez. Ahora sé que hay mucho más detrás de ellos. Comienzo a conocerla y me entusiasma.

Mientras el silencio nos ahoga, nuestras miradas siguen diciéndonos qué hacer. Lentamente me acerco y rozo mis labios en los suyos con mucha suavidad, y es suficiente para que se produzca un camino de sensaciones, un puente que comunica nuestros corazones.

-Gracias por venir-le digo.

-Feliz cumpleaños.

Ahora, el beso es más intenso, cuando comienzan los gritos de los que están dentro de la casa, llamándome. Es hora de apagar las velas ¿Por qué apagarlas si recién se encienden?



-¿Estás aquí todavía?

-Te dije que no me iría.

-Sí, lo dijiste.

Sigue sentada en mi cama, mirándome, siempre sonriendo.

-Soñé contigo-le digo.

-¿Y fue un sueño bueno o malo?

-Fue bueno. Estaba en mi casa cuando golpearon la puerta. Me acerqué a la ventana para ver quién era. Eras tú, vestida de novia, blanca y radiante. En seguida, abrí la puerta y ya no estabas de novia y nos abrazamos. La casa desapareció y en su lugar apareció un parque enorme y hermoso. El abrazo era eterno, fue eterno.

-Eso simboliza nuestra unión-dice Victoria.

-Somos uno solo.

-Sí, uno sólo. Donde tú estés, yo estaré. Donde tú vayas, yo iré. Lo que tú sientas, yo sentiré. Lo que tú pienses, yo pensaré. Si tú me amas, yo te amaré...



Parece nerviosa, aunque decidida. Es viernes de noche. Estamos solos en mi casa. Nadie molestará, mis padres no volverán hasta mañana y Fabián fue a dormir a casa de un amigo.

A mi edad son muchos los que se vanaglorian de tener relaciones sexuales

seguido y desde hace tiempo. Es mi primera vez, y la primera de Victoria. Pero no quiero que sea como todas esas veces de mis amigos. Quiero que sea especial, un acto de amor, un rito de unión.

Yo siempre he pensado que eso de las medias naranjas algo de cierto tiene. Nosotros nacemos incompletos, no somos individuos sino sólo la mitad. La otra mitad se encuentra en algún lugar, en algún país y ciudad. Sólo esa mitad concuerda con uno. Miles de parejas fracasan, ¿Por qué? porque no son las mitades complementarias. La búsqueda es una tarea difícil, tiene algo de casualidad y algo de causalidad. Lo primero, porque la fortuna se hace presente en el momento menos pensado, y si bien somos tantos en el mundo cabe la casualidad de que podamos encontrarnos con nuestra pareja. Lo segundo, porque siempre hay un porqué, una causa y un efecto. Debemos facilitar la empatía si no el encuentro se transforma en desencuentro. Hay que ponerle intención. Si sólo se deja todo el trabajo a una de estas condiciones se puede fracasar.

La unión no es sólo genital, sino corporal en plenitud y espiritual. ¿Espiritual? ¿Qué es nuestro espíritu? Nuestro yo, nuestra personalidad, pensar, sentir, saber, gustos, principios y valores, actitudes y aptitudes, nuestra gran intencionalidad en forma de fuerza interior poderosa. Todo se complementa como el cóncavo y el convexo.

El sexo no sólo es un acto de procreación como algunos quieren convencernos. Es un acto donde esta unión se manifiesta con todo esplendor. Es espiritual, con un traspaso de humus, energía, interacción de dos esencias volátiles y abstractas. Y es corporal, a través de un contacto piel a piel, de los pies a la cabeza, manos con manos, piernas con piernas, pecho con pecho, boca con boca.

Como es un rito, y toda ceremonia debe prepararse, Victoria y yo preparamos nuestra unión. Prendemos seis velas dispuestas en círculo en el suelo de la habitación que representan límites, barreras que impedirán la difusión de la energía, concentrándose sólo en nosotros. Apago la luz y nos colocamos al centro de este círculo.

–Si no estás convencida, no te obligaré–le digo a Victoria.

–No te preocupes, lo quiero hacer.

Tomo dos pañuelos oscuros y le entrego uno a ella.

–No tenemos que vernos, sólo sentirnos. Ponme el pañuelo tapándome la vista y yo haré lo mismo contigo.

Victoria acepta el juego. Ella cree en mí y piensa igual que yo, pero me deja la iniciativa.

Una vez a oscuras, comenzamos a desvestirnos el uno al otro. Una prenda yo, una prenda ella. De a poco, lentamente desabotonamos camisas, bajamos cierres, sacamos cinturones. Tocamos y olemos nuestras ropas que también son parte de nuestra personalidad.

Ya desnudos, nos tomamos de las manos y comenzamos a descubrirnos. Deseamos reconocernos, cerciorarnos de que cada uno es la mitad del

otro. Tocamos dedos, palpamos líneas y huellas. Luego, los brazos y hombros lenta y suavemente. Nuestras manos son ojos perfectos, estamos conociendo detalles y rincones que nuestra vista no descubre con facilidad.

Continuamos con la cara, la nariz, los labios, las mejillas. De las orejas pasamos al cuello y de éste al pecho. Pechos erguidos, corazas de nuestros corazones. Ellos laten sin cesar, cada vez más fuerte y rápido. El vientre y la cintura, nuestra mitad con mucha delicadeza también es explorada.

Nos sentamos con cuidado, sin caer. Es el turno de nuestras piernas, los muslos, pantorrillas y pies. Estos últimos, al igual que las manos, también poseen huellas y líneas que son seguidas lentamente.

Sólo falta lo que para algunos es lo primero, nuestro sexo. Sin duda somos distintos, lo que demuestra que podemos ser las mitades complementarias. Esto concluye la primera etapa del rito.

La segunda etapa, es la reconstitución de lo anterior, pero usando cada una de las partes de nuestro cuerpo, no sólo las manos. Nos juntamos y hacemos coincidir nuestras extremidades y tronco. Nos quedamos así unos segundos, traspasando la energía en uno y otro sentido. Ahora nuestros corazones se sienten el uno al otro, se unen a través de nuestros pechos.

Por último, la unión total, la conformación de un solo ser. No buscando el orgasmo como término del rito, sino prolongando un éxtasis, un clímax eterno.

No es fácil, es un arte, es un sentir, es un querer.

—Te quiero, Victoria.

—Yo también te quiero, Ricardo.



—Señora Eugenia, don Gustavo, papás... Quisimos juntarlos y que compartieran esta cena con nosotros porque pensamos que si bien algunas tradiciones se han perdido, ustedes son las personas más importantes para nosotros. Don Gustavo, Señora Eugenia—me dirijo a mis suegros—No les voy a pedir la mano de Victoria, pero obviamente me gustaría contar con su bendición. Victoria y yo decidimos casarnos y esperamos que nos apoyen en todo.

Estoy un poco nervioso, más bien por el formalismo. Un restaurante sirve como escenario del compromiso que adoptamos con Victoria para llevar una vida, juntos. Los papás de Victoria me miran fijamente y no dicen nada. Luego de unos segundos don Gustavo rompe el silencio.

—La verdad, es que no es ninguna sorpresa, ya lo suponíamos. Realmente

estamos muy contentos con Eugenia que seas tú quién se lleve a nuestra hija, y por supuesto que cuentan con nuestro consentimiento.

–Y nosotros,–interviene papá–también estamos satisfechos. Victoria es una niña encantadora y sin duda el destino la puso en tu camino para bien. No cabe más que desearles toda la felicidad del mundo y mucha suerte en este camino que han elegido.

Nos levantamos todos y comienzan los abrazos y las felicitaciones. Sin duda, es un momento emotivo. Los padres, a pesar de que saben que de una u otra forma los hijos deben comenzar a guiar sus vidas solos, se resisten a la idea de dejar de ser los protectores. Aunque no lo diga, mamá está triste y alegre a la vez. Quiere mucho a Victoria, y sabe que su hijito estará bien, pero ya no será ella quien se preocupe de mi ropa, de lo que coma, y de lo que me falte. Cortaremos por fin el cordón umbilical.

–Bueno,–dice papá–brindemos.

–Por supuesto–agrega la señora Eugenia.

Comienzo a servir las copas, pero el temblor de mis manos no ha desaparecido y rocío media botella de vino en la mesa.

–¡Cálmese, mi amor!–me dice mamá ante la risa de todos–si ya le dijeron que sí.

–¡Salud por los novios!–dice don Gustavo, mientras de las otras mesas la gente saluda con las copas en alto.

–¡Salud!–respondemos todos.

Una vez sentados nuevamente, la señora Eugenia pregunta:

–¿Y cuándo sería la fecha?

–No lo sabemos todavía–responde Victoria–Lo que pasa es que aun no decidimos si nos casamos por la iglesia.

Ahí se les nubla la cara a los cuatro. Una de las cosas que más ilusiones despierta en los padres, y muchas veces lo dan por hecho, es que sus hijos se casen en una ceremonia religiosa. El problema es que sueñan con los vestidos, los trajes, el banquete, la pompa y el boato. ¿Alguno pensará cuál es el significado real del matrimonio religioso?

–Lo que pasa–intervengo–es que los dos tomamos muy en serio esto de la ceremonia religiosa. Yo en particular, no soy creyente, y ustedes lo saben–me dirijo a mis papás–pero respeto mucho a quienes sí creen.

–Y yo–dice Victoria–soy creyente pero respeto mucho a los que no lo son. Por eso, yo no quiero obligar a Ricardo a participar en algo que no tiene significado para él.

–Y a su vez,–prosigo yo–no puedo negarle esa posibilidad a Victoria. Y ahí estamos, tú me dejas, yo no quiero.

–Yo creo–dice don Gustavo–que lo más lógico es que se realice el matrimonio religioso, y perdonen si no puedo abstenerme de dar mi opinión.

Luego, dirigiéndose a mí, dice:

–El hecho de que a ti no te importe o no signifique mucho, permite

que sea menos grave que hagas algo que puedes tomarlo como un mero trámite, que Victoria actúe contra sus principios y valores.

–Pero también va en contra de los principios de Ricardo eso–insiste Victoria.

–Bueno, bueno,–trato de calmar la situación–el problema es que no puedo hacer entender a Victoria que no me importaría siempre y cuando sea importante para ella.

–Que conste que recién están de novios y ya comenzaron las divergencias–dice mamá.

–La verdad es que es para la risa, así que no creo que sea una cosa que vaya a complicar mucho el asunto–dice Victoria.

–En todo caso, sería para unos cinco o seis meses más–digo yo.

Harto complicada la discusión, pero al fin los dejamos tranquilos.

–Gustavo, ya es tarde ¿Vamos?–dice la señora Eugenia.

–Ya–contesta don Gustavo–Nos gustaría seguir aquí con ustedes, pero mañana tenemos que hacer muchas cosas.

–¿No desean un bajativo antes?–pregunta mamá.

–No, gracias. Estuvo todo espléndido, pero ya es muy tarde–insiste la señora Eugenia.

–Yo me voy con Ricardo–dice Victoria.

–Bueno–contesta don Gustavo–Pero no vayan a perderse, todavía les quedan cinco meses.

¡Si supiera! Pienso para mí.

Nos despedimos todos y cada pareja enfila a sus respectivos autos. Ha sido una noche tensa, pero la calma ha llegado.

–¡Habemus permiso!–le digo a Victoria, una vez en el auto.

–Sí, y tú ahí dándotelas de no sé qué. ¡No es que les estemos pidiendo permiso!–me imita.

–¡Oye! Estaba nervioso–me defiendo.

–Ah no, si no. Dile eso al garzón, o al que tendrá que lavar el mantel.

–Oye sí, pero fue un accidente, rocé la botella con el codo. No me fijé. La avenida está resbaladiza y el limpiaparabrisas está muy duro. Tengo mala visibilidad.

–En todo caso...

–¡Cuidado!–grita Victoria.

Son dos focos que se precipitan hacia nosotros con inusitada rapidez. Trato de evitar la colisión con el auto al que pertenecen los focos, pero no es suficiente y producto del impacto comenzamos a girar y girar hasta que topamos con la cuneta, lo que se traduce en el despegue del auto por el aire. Las puertas se abren y Victoria y yo salimos expulsados hacia el exterior, sin antes tratar de evitar aquella súbita e inesperada separación.

El vuelo parece interminable, y la caída es lenta, tan lenta que no sentí el impacto en el pavimento.

Es de noche y llueve. Escucho gritos y llantos, pero no logro saber de

quién. Estoy tirado en el suelo boca arriba mirando el cielo. No siento piernas ni brazos, sólo escucho. Hago esfuerzos por moverme, pero mi cuerpo ignora toda orden de mi cerebro.

¿Y Victoria? ¿Dónde está Victoria?

—Aquí estoy, no te asustes.

—¡Victoria! ¡Qué alivio! Por un momento pensé que era verdad.

—¿Verdad qué?—pregunta Victoria.

—Que no era un sueño, que chocamos en auto, que tú estabas en el suelo y que no te movías. Que me llevaron a un hospital y que decían que estaba inconsciente. Mi mamá me venía a ver y lloraba desconsoladamente. Vi a mi abuelo, a Lucho, yo cuando era niño. Recordé cuando te conocí, cuando te besé, cuando te amé.

—Señor, ten piedad de nosotros...

—¿Quién es él?

—Cristo, ten piedad de nosotros...

—Es un cura.

—Señor, ten piedad de nosotros...

—Pero ¿Qué hace?

—Reza.

—Padre nuestro, que estás en el cielo...

—¿Cree que voy a morir? ¿No era un sueño?

—¿Qué pasa, hijo? ¿Qué te ocurrió?

—Abuelo, dile a mamá que estoy bien.

—Dios te salve, María...

—¡Y estoy bien! ¡Mejor que nunca! Sólo fue un alejamiento.

—Señor mío, Jesucristo...

—¡Callen a este cura!

—...por tu santísima agonía y por aquella oración con que rogaste por nosotros en el monte de Los Olivos...

—¡Por la puta madre, si no quiero morir!

—...cuando te vino un sudor de gotas de sangre que caían hasta la tierra...

—No sabes cómo me gustaría desconectarte de todas estas máquinas.

—¡No, Lucho! por favor ¡No lo hagas!

—...Te suplico que ofrezcas y presentes a Dios, Padre omnipotente...

—¡No creo en Dios!

—...en satisfacción de todos los pecados de tu siervo..

—Si me escuchas, si sientes mi mano, apriétala con la tuya con fuerza ¡Vamos!

—...el copiosísimo sudor de sangre que por nosotros derramaste.

—¡Su mano!

—¿Qué?

—¡Su mano, Padre! ¡Se movió! ¡Doctor! ¡Enfermera! ¡Doctor!

—Vamos, Ricardito, tiene que tomar vitaminas o ¿Cómo va a mejorar?

—¡Doctor! ¡Está reaccionando!

- ¿Cómo está su presión arterial?
- Normal.
- Levanten la mano derecha si aceptan el ingreso de las personas aquí presentes.
- Su ritmo cardiaco aumenta.
- No te preocupes, no me iré nunca.
- ¡Siga rezando, Padre, por favor!
- Dios te salve, María...
- Somos uno sólo.
- ¡Su presión cae!
- Sí, uno sólo.
- ¡Se nos va, doctor!
- ¡Vamos, Ricardo! ¡Ya reaccionaste! ¡No te rindas!
- Padre nuestro...
- Donde tú estés, yo estaré.
- ¡El ritmo cardiaco es débil!
- Donde tú vayas, yo iré.
- Dios te salve, María...
- Lo que tú sientas, yo sentiré.
- ¡No hay actividad cardiaca!
- Lo que tú pienses, yo pensaré.
- ¡No, Ricardo! ¡Despierta! ¡Despierta!
- Si tú me amas, yo te amaré.
- Te amo, Victoria...



Víctor



–¿Te ayudo?

Daniel casi cae al escuchar esta voz tan de repente. Trataba de sacar una pelota del techo con una escoba, para lo cual acercó una mesa a la pared y puso sobre ella un tarro para subirse en él.

No conocía a ese niño y le parecía extraño que hubiese entrado hasta el patio de su casa. Parecía de su misma edad y sonreía todo el tiempo.

–¿Quién eres?–le preguntó Daniel.

–Mira, pongamos esta banca en vez del tarro, o si no te vas a caer.

–¿Cómo entraste?–insiste ante la desatención del chico.

–Si quieres, yo me subo.

–¡Pero está muy alto! Yo no alcanzo.

–Hazme caso. Pongamos la banca y deja que suba yo.

A Daniel comienza a importarle menos la extraña aparición de ese niño y le hace caso.

Entre los dos suben la banca a la mesa y, tomando la escoba, el niño se para sobre ella y empieza a mover la escoba de un lado a otro tratando de alcanzar la pelota.

–¡Ahí la toqué!–grita entusiasmado.

–¡Trata de tirarla para acá!–le dice Daniel.

–¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ya está! ¡Chuta, se me escapó!

En ese momento, el chico hace un movimiento un tanto brusco, lo que hace que la banca se corra, provocando la caída estrepitosa del niño sobre Daniel, quien al verlo precipitarse hacia él, giró cayendo de boca al suelo.

La mamá de Daniel al escuchar el estruendo salió corriendo al patio, encontrándose con su hijo tendido en el suelo sangrando profusamente de la nariz y boca.

–¡Pero Daniel, qué pasó!

–¡Es que queríamos sacar la pelota del techo y se cayó sobre mí!–contesta llorando.

–¡Te rompiste la nariz! ¡Ya, ven! Vamos al tiro al baño a lavarte esa cara. ¡Cuántas veces te he dicho que no debes subirte a ninguna parte! ¡Un día te vas a sacar la cabeza, niño!

–Pero, si fue ese niño quien se subió y cayó sobre mí–trata de justificarse.

–¡Qué niño!

–Ese.

Daniel giró para mostrarle a su mamá el niño que supuestamente también se habría hecho daño. Pero no estaba. No había rastro de persona alguna. Sólo la pelota, que alcanzó a caer producto del escobazo final.

–¿De qué estás hablando?–pregunta la mamá–Bonito sería que te pusieras mentiroso ahora. Tú no eres mentiroso.

–Mamá, un niño apareció y me dijo que él sacaría la pelota, ¡Y lo hizo! ¡Ahí está! ¿Ves?–responde Daniel afligido.

–¡Ya cállate! Limpíate la cara, le contaré todo a tu padre, incluyendo tus mentiras.

Daniel encontraba injusto que además de caerse y romperse la nariz lo regañasen, sobre todo si él no estaba mintiendo y no había tenido la culpa, a pesar de que él había comenzado tratando de sacar la pelota. En todo caso, ¿Dónde estaba ese niño? Él era su coartada, pero tal como apareció, se esfumó como un fantasma. ¿Quién entendería aquello?



—¿Ustedes son los hijos de la señora Carmen Farías?

—Sí, doctor—responde Daniel.

—Bueno, les comunico que su mamá se encuentra en estado grave. Ha perdido el conocimiento durante el trayecto al hospital, producto del fuerte golpe que se dio en la parte posterior de la cabeza. Además, se luxó la cadera al rodar por la escalera. Pensamos que lo que provocó la caída fue una repentina alza de presión arterial que le produjo un mareo y pérdida del equilibrio. Díganme una cosa, ¿Había tenido problemas de presión antes?

—La verdad es que sí, doctor,—responde Patricia—de hecho, se la estaba controlando continuamente.

—Es bueno saber eso. En todo caso, es difícil dar en estos momentos algún pronóstico de lo que pasará de aquí en adelante, pero creo que es bueno que se preparen para lo peor.

—¿Incluso a la muerte?—pregunta Patricia—¿Para qué tendríamos que prepararnos?

—Les insisto, es complicado decir algo porque puede que se recupere en forma satisfactoria, si es que no se le forma un coágulo en el cerebro. En ese caso, puede recuperarse y quedar con serios problemas motores.

—¿Hay peligro de muerte o no?—pregunta impaciente Daniel.

—Lamentablemente, sí. En forma eventual, los golpes en la cabeza pueden producir algún tipo de parálisis, pudiendo involucrar a la actividad cardíaca, comprometiendo seriamente la vida. Pero les repito, no nos aventuremos, esperemos un poco. Tenemos a su mamá en observación y cualquier noticia se las comunicaremos a través de una enfermera o personalmente.

—Muy bien, doctor, gracias.

Daniel y su hermana están consternados. No saben qué actitud tomar. Si resignarse o tomar las cosas con la gravedad de la circunstancia, sin perder la esperanza. Se quedan mirando de frente, para luego unirse en un abrazo, evitando llorar porque el quiebre de uno será el quiebre del otro.

Patricia fue quien encontró a su mamá en el suelo. Ella vive en Antofagasta con su familia, y está de visita con sus niños durante las vacaciones de invierno. Su impacto fue muy grande, por lo que después

de llamar a la ambulancia se comunicó en seguida con Daniel. Daniel estaba trabajando. Él es publicista y en ese momento trabaja en una campaña publicitaria muy grande para el lanzamiento de una nueva bebida de fantasía, y la noticia lo pilló en plena grabación de un spot. La situación era difícil y no guardaba relación alguna con la muerte de su padre, hecho que ocurrió siendo Daniel un niño de siete años. No se enteró de lo que pasaba hasta que su madre le dijo que su papá se había ido al cielo. Como un verdadero espía, miraba tras las ventanas del living cómo venía y venía gente a visitar a su mamá para informarse del estado del papá. A veces, su mamá lloraba y eso le perturbaba. No comprendía el silencio, no comprendía su aislamiento. ¿Por qué nadie le decía lo que pasaba? ¿Por qué nadie le dijo que su padre estaba enfermo en el hospital? ¿Por qué nunca pudo ir a verle y decirle al menos adiós? En el funeral fue distinto, él exigió que lo llevaran a pesar de los temores de su madre. Todavía no tomaba la real dimensión del hecho. No había conciencia de que no vería más a su padre en toda la vida, y nadie le podía asegurar que después de ella lo haría.

—¿Por qué lloran todos? Él está bien, ahora está muy bien.

Otra vez ese niño estaba a su lado. Tranquilo, sereno, tierno. Su mirada tenía una profundidad inquietante y hacía que Daniel se sumergiera en ellos buscando esa tranquilidad, esa serenidad. ¿Cómo podría él saber qué tan bien estaba su padre? No terminaba de entender cómo aparecía y desaparecía esa imagen conocida y desconocida a la vez. ¿Era la cuarta o quinta vez? Todavía no le respondía preguntas, todavía no había podido tocarle.

Daniel miró a su madre por si ella se había percatado de la presencia del niño a su lado. Ella, cabizbaja, lloraba sin hacer ruido. Una vez que Daniel volvió la cabeza, el niño ya no estaba, pero a pesar de eso quedó tranquilo pensando de verdad que su padre estaba muy bien.



La espera es eterna. Han pasado toda la noche en la sala de espera del hospital. Ximena, esposa de Daniel, y unos tíos de Patricia y Daniel, llegaron cerca de la medianoche para acompañar a los hermanos en este momento de aflicción.

Los doctores ya les informaron que la señora Carmen había entrado en crisis. Daniel, sentado en una de las bancas, mira cómo pasa gente de un lado a otro, a pesar de que el personal es menos a estas alturas de la madrugada. Se ve tranquilo, pero por dentro, la intranquilidad hace presa de él. Tiritita casi imperceptiblemente como si tuviera frío.

Patricia ya ha tomado unas diez tazas de café y camina de un lado a otro. Al contrario de su hermano, no puede estar sentada. De vez en cuando, cruza algunas palabras con los tíos y reanuda su paseo.

Ximena sólo mira a Daniel. Le preocupa, lo conoce y sabe que él no es una persona que demuestre sus emociones y está consciente de que la procesión va detrás de esa mirada casi ida. Se acerca, le toma la mano, acaricia su cabello, lo abraza, pero no le dice nada. Es inútil, Daniel no habla, ni hablará.

¿Qué estará sintiendo mamá? Piensa Daniel. ¿Estará dormida y soñando? Hoy continuará la grabación del spot y debe llamar temprano avisando que no irá. ¿Qué pasará si no va? Se las arreglarán solos.

–¡Corten! ¡Vamos otra vez, pero concéntrense por favor!–grita el director a los niños, que lo miran asustados.

El director se da vuelta hacia Daniel, mientras bebe agua.

–¡Explícales de nuevo!–le pide.

–¡Está bien, niños! No se preocupen, ya va a salir.–Daniel se agacha y los toma de los hombros–Veamos, repasemos el libreto. Tú, Carlita, dices: si me lo pides otra vez, te diré que sí. Tú, Diego, le respondes: ¡¿En serio?! Entusiasmado y sonriendo miras la cámara y te vuelves a Carla, y le dices: ¡¿Dame Splash, por favor?! Eso es todo y luego se ponen a reír. Carlita, muy coqueta y tú Diego, ansioso. ¿Bueno?

Los dos niños asienten con la cabeza, y Daniel hace un gesto de aprobación a su equipo.

–¡Está bien! ¡Todos a sus puestos!–dice la mamá.

–No te preocupes, mamá. Ahora se portarán bien–dice Daniel.

–Entonces, serviremos el postre–prosigue la señora.

–¿Qué hace tu mamá dirigiendo?–un ayudante le pregunta a Daniel.

–No lo sé. Para mí también es una sorpresa que sepa dirigir.

–¡Pero si mamá siempre tuvo dotes de cocinera!–responde Patricia.

–¡Daniel! ¡Despierta!–Ximena lo zamarrea.

Daniel no aguantó más el cansancio y se quedó dormido. Ya amaneció y el movimiento en el hospital comienza a aumentar poco a poco.

–¿Te sirvo un café?–le pregunta Ximena.

–Bueno–contesta Daniel restableciéndose–¿No ha pasado nada?

–No. Patricia se fue a casa con los tíos para descansar un poco. Yo me quedé acompañándote.

–¿No has dormido?

–No, pero estoy bien.

Daniel todavía está encandilado con los primeros rayos de sol de la mañana y se restriega una y otra vez la cara. Cuando Ximena vuelve con el café, Daniel la toma del brazo, la sienta a su lado y le dice:

–Gracias por estar aquí conmigo. Los niños te necesitan ¿Por qué no vas a casa? Yo sigo aquí.

–No te preocupes, ellos están bien con mamá. Además, tú también me necesitas en este momento.

Daniel le acaricia la cara y se le llenan los ojos de lágrimas, por ella, por él, por su mamá.

–¿Señor Correa?

Daniel se levanta ante la presencia de un cura que al ver la reacción de Daniel le dice:

–Debo comunicarle que su mamá ya descansa.–Daniel no reacciona–Alcancé a darle el santo sacramento de la extremaunción y su corazón se detuvo.

Ximena abraza a Daniel tratando de convertirse en su sostén, mientras agradece al padre.

–Estén tranquilos. La señora Carmen ya está en manos de Dios.

–Vamos, Daniel, siéntate que yo avisaré a los demás.

–Ella ahora está muy bien ¿Verdad?

–¡Mi amor!–exclama Ximena con ternura.

–¿Ahora sí está bien?–vuelve a preguntar mostrando unos ojos entumecidos que comienzan a dejar caer las primeras lágrimas.



–Lo siento mucho.

–Gracias.

–Yo estimaba mucho a tu mamá.

–Lo sé.

–Mi sentido pésame.

–Gracias.

–Es una lástima. Lo siento.

–Gracias.

La fila es interminable. Pasan y pasan personas saludando a Daniel, muchas de las cuales ni siquiera reconoce. Primos, primas, tíos, tías, amigos, vecinos. Todos se despiden y se retiran.

Ha sido un día agotador. Para Daniel la jornada ha durado toda la noche y todo el día. No ha dormido, apenas se sostiene en pie. El cansancio y la falta de sueño hacen que sólo desee salir de ahí e irse a su casa.

Es mucho protocolo y poco misticismo. Acaba de sepultar a su madre en la misma tumba de su padre. Todo un acontecimiento lleno de significado, pero donde aun no hay conciencia, el tiempo se detiene y todo gira alrededor de uno. Todos están pendientes de los deudos, si lloran, no lloran, quién los consuela, si el cura logra o no emocionar con su homilía. En los días posteriores hay más tiempo para pensar en lo que fue y lo que será la vida sin una de las personas que más se quiere, la madre. Se siente su ausencia, se tiene la pequeña esperanza de que todo sea mentira, en sueños se le ve llegar a la casa, te abraza y te dice que está bien.

Una vez recuperada la estabilidad y el ánimo, Patricia y Daniel se juntan en la casa de la mamá para ordenarla, ya que fue el lugar de recepción de toda esa multitud.

Había que ordenar los muebles, limpiar el piso, guardar la vajilla y asear la pieza de la señora Carmen.

—Esta pieza será intocable—dice Daniel.

—¿Y qué haremos con su ropa?—pregunta Patricia.

—No sé. Algunas cosas las podemos dar. Otras, deben quedar en ese closet.

—Pero se van a apolillar.

—Sí, pero es ropa que no puede usar nadie más que mamá y ella ya no está.

Cuando bajan al primer piso de la casa, Patricia prepara café.

—¿Y la casa?—pregunta Patricia.

—Quedará igual.

—¿Sola?

—No sé.

—¿Por qué no te vienes a vivir acá? Tú sabes que para mí sería muy difícil venirme de Antofagasta. Es una casa grande, con patio, lo que es muy importante para los niños. Además, tú estás arrendando ese departamento, en cambio esta casa es nuestra.

—Puede ser—contesta Daniel, mientras recibe la taza de café—Tengo que conversarlo con Ximena. Ella tiene que estar de acuerdo.

—¿Y si dice que no?

—Ahí veremos.



Daniel apaga la luz de la lámpara del velador y se queda mirando el techo de la habitación. Ximena está a su lado, y al dar las buenas noches, se voltea dándole la espalda a Daniel, aprestándose a dormir.

A Daniel le ha estado rondando en la cabeza todo el día la idea de mudarse a casa de sus padres como se lo propuso Patricia. No sabe cómo lo tomará Ximena, a pesar de que no tendría porqué molestarse.

—Ximena.

—¿Sí?—responde ella con tono somnoliento.

—Hoy estuve conversando con Patricia acerca del futuro de la casa de mamá.

—¿Y?

—Bueno, sería un desperdicio que quedara abandonada. No me gustaría arrendarla porque posee mucho valor sentimental, y no podemos dejársela a cualquier desconocido sin saber si la cuidará o no. ¿Venderla? ¡Jamás! Después que papá murió, mamá traspasó las escrituras a nuestros nombres, por lo tanto la casa es nuestra.

—¿Daniel?—Ximena se vuelve intrigada—¿A qué se debe tanto preámbulo? ¿Quieres decirme algo?

—Lo que pasa es que sería muy bueno que uno de nosotros se quedara en la casa. Patricia dice que no puede venirse de Antofagasta, y como nosotros estamos arrendando el departamento...

—¿Quieres que nos cambiemos a tu casa?

—Es una casa enorme, con un patio lindo. Los niños necesitan un patio. Cada vez que desean jugar al aire libre tenemos que llevarlos al parque y estar constantemente pendientes porque es muy inseguro. En cambio, allá jugarían a sus anchas. El problema está en nuestros trabajos, ya que nos quedaría más alejado, pero eso ya es un detalle. Incluso, todavía estamos a tiempo de cambiar a los niños de colegio.

—¿Me estás pidiendo permiso? O ¿Ya está decidido?

—Quiero saber qué opinas de la idea.

—La verdad es que suena atractivo, y si tú crees que es importante, es porque realmente lo es. Tu casa es hermosa, sin duda que es una buena idea.

—Sabía que estarías de acuerdo—dice Daniel aliviado.

—¿Y por qué no lo preguntaste directamente, entonces?

—Por tonto. A veces me dan ataques de inseguridad. Te agradezco tu apoyo.

—¿Y cuando nos iríamos?

—No lo sé. Ahí veremos. Tenemos que solucionar algunos problemas antes.



Daniel mete la llave de la puerta en la chapa y se queda esperando un momento. Desde el interior se escuchan unos pasitos apurados que se acercan a la puerta. Luego de unos segundos, abre lentamente y se encuentra con Catalina parada firme con las manos atrás.

—¿Cómo está la niña más linda del mundo?!—exclama Daniel y toma a la niña en brazos.

—Bien—responde ella.

—¿Cómo se ha portado?

—Bien.

—¿Cómo le fue en el colegio?

—Bien.

—Bien, bien, bien ¿No sabe decir otra palabra?

—¿Qué me trajiste, papá?

—¡Uhhh! ¡Qué hija más interesada tengo! Nada, mi amor. No tuve tiempo de comprarte nada. Pero, cuéntame qué hiciste en el colegio.

—La profesora me entregó todos los trabajos que hemos hecho ¿Quieres verlos?

—¡Pero por supuesto!—Daniel demuestra mucho interés.

-¡Hola!—saluda Ximena que sale de la cocina.
 -¡Hola, mi amor! ¿Y Cristóbal?—pregunta Daniel.
 -Está haciendo las tareas en su pieza.
 Mientras, Catalina trae una bolsa de trabajos del colegio.
 -Tienes que aguantarlo—dice Ximena—Conmigo hizo lo mismo cuando llegué.
 -A ver, a ver—dice Daniel mientras se sienta en un sillón del living—¿Qué es esto?
 -Son frutas. Un plátano, una manzana y una pera.
 Catalina sentada al lado de Daniel va describiendo uno a uno sus dibujos.
 -¡Qué bonito! ¿Y esto?—Daniel lee en voz alta—Pinta las orejas del conejo. Francamente hermoso. ¿Y este otro? Dibuja a tu familia. ¿Quién está aquí?
 -¿Ahí? Mi mamá. Ahí... tú, el Cristóbal y la Pancha.
 -¡La Pancha! ¿Tú quieres mucho a la Pancha?
 -Sí, mucho.
 -¿Y este chiquitito?
 -Es un enanito.
 -¿Un enanito? Y ¿Quién es?
 -Un enanito que está en mi pieza.
 -¿Y cómo se llama?
 -Gazoo.
 -¡Qué raro el nombre! ¿Es un extraterrestre?
 -No, papá, es un niño.
 -¡Daniel!—grita Ximena desde la cocina—¡Ven a ayudarme!
 -¿Qué te parece si seguimos después con más calma?—le dice Daniel a Catalina—porque ahora le voy a ayudar a la mamá a hacer la comida.
 -Bueno, pero después seguimos—dice la niña en tono de advertencia.
 -Te lo prometo.
 Daniel se levanta y camina hacia la cocina deteniéndose en el comedor para ver unos sobres apilados.
 -¡Pasó el cartero!—exclama y comienza a leer los remitentes—La financiera, la luz, el teléfono, el alcalde ¡¿No me digan que hay elecciones?!
 Deja las cartas en la mesa y entra a la cocina tomando por la cintura a Ximena.
 -¡¿Cómo está mi reina?!—le dice al oído.
 -Bien ¿Qué me trajiste?—imita a la Catalina.
 -Uhm ¿Conmigo no te basta?
 -Sí. Basta y sobra.
 -¿Oye? ¿La Catalina tiene un amigo secreto?
 -¿Gazoo? Desde hace un tiempo que empezó a dibujarlo.
 -¡Qué, linda! ¿Será un amigo imaginario?
 -No lo sé. Lo único que espero es que no sea nada malo.

-¿Por qué va a ser malo?—pregunta Daniel.
 -Porque detrás de esos amigos imaginarios siempre hay carencias, que las manifiestan así. Y si hay carencias es por culpa nuestra.
 Se quedan en silencio un momento y Daniel pregunta:
 -¿En qué te ayudo?
 -Pon la mesa.
 -¿Estás muy cansada?
 -Más o menos. El problema es que esto de llegar del trabajo a cocinar no es ninguna gracia.
 -Eso te pasa por salir más temprano que yo. De otra forma yo te tendría todo listo en un dos por tres.
 -¡Él pues! Hoy es una excepción que llegaras más o menos temprano.
 -Bueno, tú sabes como es el trabajo en publicidad.
 -¡Sí, sí! ¡Ya lo sé! Se sabe la hora de entrada pero no la de salida.
 -¡Eso mismo!
 -Lo cierto es que más que una niñera de media tarde necesitamos una empleada de tiempo completo.
 -Sí, pero la Pancha es buena chica y la Catalina se está acostumbrando a ella. Incluso la incluyó en el dibujo de la familia.
 -¡Ya, niños! ¡Está todo listo! ¡Cristóbal ven a comer!—grita Ximena.
 Cristóbal sale de su pieza y saluda a Daniel.
 -Hola, papá.
 -Hola, campeón ¿Cómo estás?
 -Bien.

El niño se ve muy serio cosa de la cual se percata Daniel quien le pregunta mientras se sienta en la mesa:

-¿Y esa cara? ¿Te fue mal en el colegio? ¿Te peleaste con alguien?
 -No, todo está bien—el niño agacha la cabeza y cuando la vuelve, pregunta—¿Es cierto que nos cambiaremos de casa?
 Daniel y Ximena se quedan mirando instantáneamente. Ximena hace un gesto de inocencia.
 -Todavía no lo decidimos—dice Daniel—Pero es lo más seguro.
 -¡Pero papá! ¡Aquí tengo a todos mis amigos!—se queja Cristóbal.
 -Lo sabemos. Lo que pasa es que la plata se hace poca y dentro de todos los gastos que tenemos está el arriendo de este departamento. Si nos cambiamos, no pagaremos arriendo porque la casa de mamá es nuestra. Entonces, el dinero del arriendo lo podemos ocupar en otras cosas, como por ejemplo, una cama nueva para la Catalina, una bicicleta nueva para ti...
 -¿Una bicicleta?

Los ojos del niño le brillan y su cara cambia de inmediato de aspecto, mientras Ximena dirige una mirada de reproche a Daniel.

-Bueno, es un ejemplo—dice Daniel disculpándose—Además, no dejarás de ver a tus amigos porque no te podemos cambiar de colegio a mitad de año y podrás invitar a tus compañeros a la casa y a los amigos del barrio

también. Después, la mamá te comprará la bicicleta.

—¿Yo?!—exclama Ximena asombrada.

Daniel le sonríe encogiéndose de hombros.



Daniel entra a la pieza de Catalina para darle las buenas noches. Camina lentamente y se sienta a un costado de la cama. Cubre a la niña hasta el cuello con la ropa de cama.

—¿Cuéntame un cuento, papá!—le pide Catalina.

—¿Un cuento? No me sé ningún cuento.

—Entonces, léeme uno—insiste ella.

—No. ¿Sabes? ¿Por qué no me cuentas algo de tu amigo Gazoo?

—¿De Gazoo? ¿Qué quieres saber?

—Por ejemplo, dime dónde vive.

—Viveee. . .—Catalina lo piensa un poco—Ahí, en el closet.

—¡Ah! Entonces debe ser muy chiquitito porque una persona muy pequeña podría vivir en el closet.

—Pero si te dije que era un enanito—la niña se ríe.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé.

—¿Y hace cuánto tiempo que vive ahí?

—¡Puuuuuu!—Catalina gesticula con los brazos— ¡Hace mucho tiempo!

—¿Y qué hacen cuando están juntos?

—Jugamos. Él me invita a su casa y jugamos.

—¿Tú te metes en el closet?!—exclama Daniel

—Sí—responde Catalina riendo.

—¡Mi hermosa!—exclama Daniel orgulloso y le da un beso en la frente. Luego, le dice—¿Sabes? Yo también tuve un amigo como Gazoo cuando era niño.

—¿Cómo se llamaba?—pregunta Catalina.

—No lo sé. Muchas veces se lo pregunté, pero no me contestaba o empezaba a decir otras cosas que desviaban mi atención. Un día que yo insistí en preguntarle me dijo: ¿Cómo te gustaría que me llamara? Yo lo pensé un momento y le dije que me gustaba el nombre de Víctor.

—¿Por qué Víctor?—pregunta Catalina.

—La verdad es que fue el primer nombre que se me ocurrió. Él me contestó: Bueno, entonces me llamo Víctor—Daniel hace una pausa y se embarca en el recuerdo—Pasábamos la tarde completa jugando y conversando. Siempre parecía que sabía más que yo. Nunca lo vi enojado o nervioso y nunca peleamos. Un día, me dijo que cuando yo ya no lo necesitara él se iría. Fue así, cuando un día que volvía del colegio se

me acercó un hombre joven que comenzó a buscarme conversación. Me preguntaba mi nombre, dónde vivía, qué hacían mis padres, cuál era mi colegio. Al comienzo, a mí no me pareció nada extraño, pero luego comencé a desconfiar con tanta pregunta. Al parecer él se dio cuenta de lo que me pasaba y me agarró del brazo y me dice: “¡Pásame la mochila y toda la plata que tengas!”. Yo me asusté mucho y no sabía qué hacer. Como estábamos a unos cien metros de mi casa, traté de gritar pero no me salía la voz. Miré hacia mi casa y vi a Víctor que estaba parado en la vereda frente a la puerta. Le hice gestos para que se diera cuenta que me estaban robando, pero él no hacía nada, sólo miraba. El ladrón se dio cuenta y me gritó: “¡Qué haces! ¡¿A quién le haces gestos?!”. Yo estaba tan nervioso y a la vez ofuscado porque Víctor no hacía nada, y entonces le di una gran patada en las canillas al ladrón. Éste me retaba mientras se quejaba de la patada. En ese momento me suelta y le quito la mochila, agarré la primera piedra que pillé y se la lancé a la cara dando justo en el blanco. Ahí, corrí y corrí hasta un almacén que había al frente de mi casa. Pedí ayuda y salió toda la gente, llamaron a mi mamá y a los carabineros. El ladrón, medio aturdido, no pudo escapar. Luego mi mamá me llevó a la casa y cuando entré a mi pieza me encontré con Víctor sonriendo, que me dijo: ¡Fue increíble! ¡Realmente increíble! Eres un héroe. Salió de la pieza y no lo vi nunca más.

Cuando Daniel terminó su relato pensó que podría haber asustado a Catalina con su historia un poco violenta. Pero al volverse hacia la niña, se dio cuenta que ésta dormía plácidamente, quizás hace rato. Se acerca y la besa nuevamente. Se levanta, apaga la luz y sale de la pieza cerrando suavemente la puerta.



—¿Qué haces?—pregunta Víctor.

—Le dejo los calcetines al Viejo Pascuero en la ventana.

—¿El Viejo Pascuero?

—Sí, ¿No lo conoces?—pregunta Daniel asombrado por la extrañeza demostrada por Víctor, mientras éste levanta los hombros—Es un viejito que recorre todas las casas dejando regalos en la noche de navidad. Es decir, mañana.

—¿Y por qué le dejas tus calcetines?

—Porque también deja dulces. Eso siempre y cuando te hayas portado bien, de otro modo deja los calcetines vacíos.

—¿Y los regalos, tampoco los deja?

—Sí, los regalos los deja igual.

Daniel pone con mucho cuidado los calcetines en el borde de la ventana colgándolos en el pestillo de ésta.

—¿Oye?—pregunta Daniel—¿Tus papás no te han contado acerca del Viejo Pascuero?

—Yo no puedo hablar con mis padres.

—¿Por qué no? ¿Están enojados contigo?

—No. Porque ellos no me conocen.

—¿Cómo es eso?

—No me conocen—reitera Víctor—Cuando nací en una noche de verano mi madre y mi padre me dejaron porque estaba enfermo.

—¿Es posible? Los papás siempre quieren a sus hijos.

—Estos padres, no.

—¿Y con quién vives?

—Vivo con mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí. Con él converso todos los días. Él me enseña todo lo que no sé y yo le enseño lo que él no sabe.

—¿Él también fue abandonado por sus padres?

—No. Él vive con ellos. Él nació sano y por eso vive con ellos.

—No entiendo—dice Daniel contrariado—Dices que tus padres te dejaron, pero vives con tu hermano quien sí vive con ellos.

—Lo que pasa es que ellos no saben que existo.

—Pero, si tú hablas con tu hermano ¿Por qué no puedes hablar con tus padres? Quizás puedan aceptarte.

—No. Yo sólo estoy con quien quiere estar conmigo.

—¿Sabes?—dice Daniel—podrías traer tus calcetines y los colocas junto a los míos, y así el Viejo Pascuero te dejará dulces.

—El Viejo Pascuero no existe.

—¿Qué dices?

—El Viejo Pascuero no existe. Si no me crees, anda a la pieza de tus papás y abre la puerta derecha del closet.

—¿De qué hablas?

—Me tengo que ir. Luego nos vemos.

—¡Víctor! ¡Espera!

Víctor sale corriendo de la habitación. Daniel no entendía mucho las palabras que Víctor había pronunciado, y por supuesto se negaba ante la más mínima posibilidad de que el Viejo Pascuero no existiera. Así todo, ese niño había logrado despertar la curiosidad en Daniel y en algún momento tendría que abrir y ver lo que hay tras esa puerta.



Daniel entra y sale de la pieza de sus padres. Está muy nervioso. ¿Qué habrá en el closet? ¿Cómo Víctor pudo entrar a esa pieza y ver lo que había dentro? ¿Se estará burlando de él? Es todo un misterio que tiene en ascuas a Daniel.

A la derecha del closet hay dos puertas ¿Cuál de ellas será? Piensa Daniel. Esto se complica porque si es la de arriba tendrá que buscar algo en qué subirse ya que es muy alto para él.

Con un poco de temor Daniel abre la primera puerta encontrando sólo ropa sucia. ¿Ropa sucia? Esto no tiene nada de especial. Debe ser la puerta de arriba.

Daniel aprovecha que su madre está en el patio para traer una silla del comedor y así poder subirse en ella.

Con cuidado se sube y abre lentamente la puerta en cuestión. ¡Ahí sí!, ¡Ahí está la sorpresa! El espacio está lleno de regalos de Navidad muy bien envueltos. Daniel sólo los mira. No sabe qué hacer.

—¿Y estos regalos?—pregunta en voz alta.

—Son tuyos—le responde Víctor que aparece tras él.

—¡Víctor! ¿Cómo sabías que había algo en este closet?!

—No preguntes lo que no puedo contestarte.

—¿Quién los trajo aquí?

—Tus padres.

—¿Por qué?

—Porque ellos son el Viejo Pascuero.

—No entiendo.

—Tus papás son los que compran los regalos y los ponen en el árbol y te dicen que los trajo el Viejo Pascuero.

—¡Pero, ¿Por qué?!—exclama Daniel apesadumbrado.

—Es una antigua costumbre.

—¡Pero si el Viejo Pascuero sale todas las noches de Navidad en su trineo a repartir los regalos!

—¿Tú lo has visto?

—Sí. En la calle. En la televisión.

—Esos no son viejos pascueros de verdad. Son caballeros que les pagan por ponerse ese disfraz. Yo me refiero a si lo has visto poner los regalos en el árbol.

—¿En el árbol? ¿A las doce de la noche?

—Sí.

—El año pasado...—Daniel trata de recordar—Mamá y yo salimos a buscarlo a la calle. Fuimos a la esquina, a la plaza, preguntamos en las casas vecinas y todos estaban en lo mismo. Cuando volvimos, el Viejo ya había pasado y el árbol estaba lleno de regalos.

—¿Y tu papá dónde estaba?

—En la casa. Él dijo que lo vio entrar por la ventana.

—¿Viste? Tu mamá te sacó para que no te dieras cuenta que tu papá era el que dejaba los regalos.

—No puede ser. El Viejo sí existe.

A Daniel lo sumerge una profunda angustia. Todavía no lo puede creer. Es demasiado bonito creer que puede pedir lo que desee y el Viejo Pascuero se lo traerá sin importar qué tan bien se haya portado durante el año y qué notas sacó en el colegio. Ese viejecito es mágico. Está justo a las doce de la noche en todas las casas. Entra por ventanas y puertas entreabiertas, incluso si están cerradas logra empequeñecerse como para caber en la cerradura. Simplemente no puede ser.

—¡Daniel!—exclama la madre al entrar en la pieza—¿Qué estás haciendo encaramado ahí?!

—¿Y esos regalos?

—Esos regalos no son para ti y por favor deja de andar intruseando.

—¿De quién son?

—Ya dije que no son para ti—repite la madre profundamente contrariada—¡A ver, a ver, salga de aquí! Usted no tiene nada que estar hurgueteando en esta pieza. ¡Ya! Salga, salga.

Daniel se siente correteado como una pobre gallina, mientras su madre cierra la puerta del closet. Se va cabizbajo a su pieza, toma los calcetines, los descuelga de la ventana, los dobla bien y los deja al fondo de un cajón mientras sus ojos húmedos dejan caer una tímida lágrima.



Han pasado ya dos días de la Navidad. Daniel juega en silencio acostado sobre su cama con un auto en miniatura. Su posición le permite ver a su auto con una perspectiva tal, que puede imaginarlo de tamaño natural. Lo hace correr, retroceder, lo estaciona y, de vez en cuando, simula las voces de sus ocupantes.

—¿Qué tal?—lo saluda Víctor.

—Hola—responde Daniel sin mucho entusiasmo.

—¿Es nuevo?—pregunta Víctor aludiendo al autito.

—No.

Daniel sigue tendido en la cama y no quita la vista en sus movimientos.

—¿Estás enojado conmigo?

—No.

—¿Triste?

—Quiero estar solo.

—Está bien, me iré.

—¡No!—se sienta Daniel—Espera, no te vayas. ¿Juguemos?

Víctor se sienta en la cama frente a Daniel. Éste permanece casi inmóvil, hace girar el dedo índice de su mano derecha sobre su muslo mientras con la otra mano aprisiona el pequeño automóvil. Luego de un silencio

prolongado, Víctor le pregunta:

—¿Qué te regalaron?

—Todo lo que había pedido.

—Eso está bien.

Se reanuda el silencio un instante.

—¿Por qué tú sabes tantas cosas que yo no sé?—pregunta Daniel.

—Porque soy un adivino.—hace una pausa y continua—Adivino lo que te pasa. Adivino lo que piensas, lo que sientes, lo que quieres. Adivino cuando quieres que venga y cuando que me vaya. Adivino cuando estás triste o contento. Adivino cuando deseas saber más de lo que te puedo explicar.

—¿Y cómo puedes adivinar?

—¿Ves? Eso ya no te lo puede explicar.

—Tú eres muy extraño—dice Daniel.

—Soy parecido a ti. Muy misterioso. A veces silencioso y otras, parlanchín. Unas sabelotodo y otras, absolutamente inocente.

—¿Juguemos mejor?—propone Daniel.

—¿Daniel?

—¿Sí?—Daniel se vuelve hacia la puerta.

—¿Con quién hablas?—le pregunta la mamá.

Una vez más Víctor ha desaparecido. Ésa es una de las cosas más extraordinarias que todavía Daniel no puede entender. Se queda congelado como si lo hubiesen pillado en algo prohibido.

—¡Con nadie!

La mamá decide entrar a la pieza de una vez y se sienta al lado de Daniel.

—¿Te pasa algo?—le pregunta.

—No.

—Estás muy callado desde hace días. No sales de tu cuarto, no invitas a tus amigos a jugar y tampoco juegas con Patricia.

—Patricia es muy chiquita—responde el niño.

—Ya sé, pero eres su hermano mayor y ella es muy juguetona—hace una pausa—Me estás preocupando ¿Echas de menos al papá?

—Sí.

—¿Y por eso estás triste?

—No sé. Sólo me gusta jugar y estar solito.

—Bueno, a pesar de eso, piensa que el papá siempre está con nosotros. Él está en este momento mirándote desde el cielo. Él sabe lo que haces y estará contento si tú lo estás también.

—¿Así como el Viejo Pascuero?

—Exacto, como el Viejo Pascuero.



Daniel juega con unas figuritas de una mesa que está en un rincón de la sala. La secretaria lo mira un poco intranquila mientras atiende el teléfono.

Daniel no comprende el porqué de esta visita al doctor. Principalmente porque no se siente enfermo y porque antes de él hicieron pasar a su mamá. La madre le dijo que lo llevaba a un doctor especial quien sólo conversaría con él. Sobre todo esto, le intrigaba mucho. ¿Qué querría saber este doctor de él?

Luego de varios minutos que a Daniel le parecieron larguísimos, se abre la puerta de la consulta y sale el doctor, quien lo llama:

—¿Daniel? Pasa, por favor.

El niño se levanta y camina hacia el doctor lentamente con un poco de recelo.

—No te preocupes. Yo no hago nada—Lo tranquiliza el doctor.

Una vez adentro, el doctor le pide a la mamá de Daniel que los deje solos, a lo cual la señora accede y sale de la habitación.

Es una sala muy cálida. No parece una sala de consultorio. De hecho no hay camillas, biombos, ni el doctor está vestido de blanco. Se parece más bien al estudio de su padre en la casa.

—¡Siéntate!—el doctor invita a Daniel, mostrándole el sillón donde sentarse—Yo soy el doctor Buneder y me gustaría conversar unas cositas contigo ¿Puedo?

—Sí—responde Daniel un poco tímido.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años.

—¿Vas al colegio? ¿En qué curso estás?

—En 3° básico.

—¿Te gusta ir al colegio?

—Sí.

—¿Cómo te va en el colegio?

—Bien.

—¿Tienes amigos?

—Sí.

—¿Son del colegio?

—Casi todos.

—¿Tienes hermanos?

—Tengo una hermana menor.

—Tu mamá me contó que este año perdiste a tu papá ¿Lo echas de menos?

—Mucho.

—¿Deseas a veces que no se hubiese ido?

—Sí.

—¿Sabes si tu hermanita también lo extraña?

—No lo sé. Ella es muy chica. Tiene tres años.

—Tu madre me contó también que tú tuviste otro hermano ¿Lo sabías?

-Sí.

-¿Cómo se llamaba?

-David.

-Mira, qué bonito—exclama el doctor—Daniel y David. ¿Qué pasó con él?

-Él murió días después de haber nacido. Nació enfermo.

-¿Era mayor o menor que tú?

-Tenía la misma edad que yo. Éramos hermanos gemelos.

-¿Sabes lo que significa ser hermanos gemelos?

-Sí. Es cuando dos hermanitos crecen en la guatita de la mamá al mismo tiempo, y son iguales físicamente.

-A veces ¿Piensas en él?

-Sí. Me hubiese gustado que creciera conmigo.

-Serían amigos.

-Sí.

-Dime Daniel—el doctor cambia el tono y se acomoda en su asiento—¿Sabes lo que es la introversión?

-No.

-Introvertido es una persona muy callada, que pasa mucho tiempo en silencio y que no cuenta lo que le pasa ni lo que siente—hace una pausa y pregunta—¿Eres tú introvertido?

-No lo sé.

-Tu madre dice que hasta hace poco, tú eras un chico muy inquieto y parlanchín y que ahora estás callado. No sales, no juegas con tus amigos ¿Es verdad?

-Puede ser.

-¿Por qué crees que pasa eso?

-No lo sé.

-¿Quizás por tu papá?

-Puede ser.

-Dime—el doctor vuelve a acomodarse—¿Qué haces cuando estás solo?

-Juego con mis juguetes.

-A veces ¿Hablas solo?

-No.

-¿Por qué tu mamá cree que hablas solo?

-No lo sé. Debe ser por Víctor.

-¿Víctor? ¿Quién es Víctor?

-Un amigo.

-¿Y por qué crees que puede ser por él?

-Lo que pasa es que cada vez que estoy con Víctor y alguien se acerca, él desaparece.

-¿Se va?

-Desaparece.

-Ahhh—exclama el doctor—¿Y hace cuánto tiempo que conoces a Víctor?

-Hace como un año.

-¿Antes o después de la muerte de tu papá?

—Antes.
—Dime ¿Qué hacen juntos?
—Jugamos, conversamos. . .
—¿Es un buen amigo?
—Sí.
—¿Es como hubieses querido que fuese David?
—Sí.
—Bueno Daniel—el doctor se levanta—Eso es todo ¿Viste que era fácil?
—¿No va a escuchar mi corazón?—pregunta Daniel extrañado.
—¡No!—ríe el doctor—Yo no soy de esos doctores. Yo sólo converso con mis pacientes para ver qué problemas tienen y cómo los puedo ayudar yo.
—¿Y yo cómo estoy?—pregunta Daniel.
—Tú eres un niño muy sano y muy inteligente además. Sólo que estás pasando por un período difícil de tu vida. Estás creciendo más rápido de lo que uno podría esperar y no me refiero a crecer en estatura sino que tú te harás hombre antes que tus amigos probablemente. Pronto todo pasará y volverás a ser ese niño parlanchín que conoce tu madre.
El doctor acompaña a Daniel hacia la puerta tomándolo de un hombro. Invita a pasar a la madre nuevamente dejando a Daniel esperando afuera. Él vuelve a la mesita de la esquina mientras la secretaria lo mira de reojo.



Es noche y Daniel se apresta a dormir. Ya fue al baño, se lavó los dientes y se puso el pijama. También le dio las buenas noches a su madre. Cierra la puerta de la habitación y al darse vuelta se encuentra de frente con Víctor quien le pregunta:

—¿Cómo te fue hoy?
—Fui al doctor.
—Lo sabía.
—Realmente no parecía un doctor. Me hizo muchas preguntas, menos si estaba enfermo.
Daniel camina hacia su cama y se sienta al centro de ésta con las piernas cruzadas. Víctor le sigue y se sienta a una orilla.
—¿Qué preguntas te hizo?—pregunta Víctor.
—Me preguntó la edad, si me gustaba el colegio, si tenía amigos, si estaba triste por la muerte de mi papá y cosas así.
—¿De mí?
—Sí. Bueno, en realidad yo le conté de ti. Mi mamá me ha encontrado hablando contigo, pero como tú desapareces cree que hablo solo.
—¿Y qué le dijiste?

-Que eres mi amigo, que jugamos y conversamos mucho.

-¿Le contaste que yo desaparecía cuando llegaba alguien?

-Sí.

-¿Y qué te dijo?

-Nada.

-¿Le diste una explicación?

-No. No me la pidió y tampoco lo sé.

Daniel aprovecha la introducción al tema para demostrar su intriga ante hechos que parecen misteriosos y fantásticos.

-¿Sabes?—dice Daniel—Yo no entiendo por qué sólo yo puedo verte y escucharte.

-Porque sólo tú debes verme y oírme.

-Pero ¿Por qué?

-Porque tú quieres que sea así. En verdad, tú no deseas que me conozca el resto de la gente, tú no deseas que alguien me escuche.

-¿De qué hablas?

-Yo estoy aquí porque tú me necesitas. Tú quieres estar conmigo. Quieres aprender todo lo que yo puedo enseñarte y deseas contarme todas esas cosas que no te atreves a conversar con tu mamá.

-Lo que pasa es que ella me trata como un bebé, como si yo no entendiera nada. Recién cuando murió papá supe que estaba enfermo de gravedad. Recién hace algunos días me contó que tuve un hermano idéntico a mí y que también enfermó y murió. Quizás, yo quisiera sentirme un poco más importante, un poco más grande. Soy su hijo mayor y debo comenzar a tener responsabilidades más grandes, quiero ser el hombre de la casa.

-Todavía eres un niño y seguirás siéndolo por mucho tiempo más. Yo estoy aquí para acompañarte y ayudarte a ser niño y crecer de a poco. Cuando tú ya no me necesites, yo me iré.

-¿A dónde?

-No lo sé. Donde tú quieras.

-¿Y si no quiero que te vayas?

-No te preocupes, ya verás que ni siquiera me echarás de menos.

Daniel abre la ropa de la cama y se acuesta tapándose hasta el cuello. Víctor lo calma, Víctor le da paz y le gusta mucho. Le hace recordar cuando venía su padre, lo tapaba bien tapado, le daba un beso y apagaba la luz. Víctor lo observa un rato, luego, se levanta, se despide y apaga la luz.



—¡Ya! ¡Manos a la obra!—Daniel dirige a su cuadrilla de trabajo que se apresta a remozar la vieja casa de la familia.

Todos están bien equipados con rodillos en mano, ropa sucia para despreocuparse de su manchado y el respectivo gorro de papel de diario en la cabeza para cubrirse de las goteras de pintura.

—¿Por dónde empezamos?—pregunta Daniel.

—Yo creo que lo más correcto es que trabajemos en parejas—dice Ximena.

—Perfecto. Los hombres y las mujeres—dice Daniel—Ustedes comiencen con la pieza de la Cata y nosotros hacemos la pieza del Cristóbal.

Cada pareja enfila a las respectivas piezas, Daniel y Cristóbal pintarán el que fue el dormitorio de Daniel cuando vivía ahí.

—Oye, Papi—dice Cristóbal—¿Qué recuerdos tienes de esta pieza?

—¡Uhhhhh!—exclama Daniel—¡Muchísimos! Muchas alegrías y algunas tristezas. Esta pieza guarda todos mis secretos, todos mis sueños.

—¿Y qué pasó con esos sueños?

—Algunos se hicieron realidad, como por ejemplo el tener una familia hermosa como la que tengo y otros fueron superándose con el correr de los años. Alguna vez quise ser médico, luego, músico. . .

—¿Músico?—pregunta Cristóbal extrañado—¡Pero si eres muy malo para la música!

—Sí, pero cuando uno es chico tiene ensueños que van más allá de las habilidades o aptitudes. Yo pasaba el día cantando e imaginándome que estaba en un concierto con miles de personas en el público. Daba autógrafos, grababa discos, iba a programas de televisión, hacía todo lo que hace un artista. Bueno, con el tiempo me di cuenta que cantaba pero no me escuchaba, y tomé esto en cuenta cuando se me ocurrió grabarme en una grabadora portátil que tenía mi papá y luego al escucharme me dio tanta vergüenza que nunca más canté en mi vida.

—¿Y hay algún recuerdo en especial?

—Bueno, el otro día le contaba a Catalina acerca de Víctor.

—¿Y quién es ese?

—Un amigo de la infancia. Un amigo que no he visto desde que tenía 8 años.

—¿Por qué tanto tiempo si fue tan buen amigo?

—No fue porque yo no lo quisiera. Simplemente no volvió nunca más. Lo que pasa es que era un amigo imaginario. Pero era tan real que yo habría jurado que realmente existía. Mi madre me sorprendió varias veces conversando solo y me llevó al siquiatra. Él le dijo a mi madre que tenía este amigo imaginario y que era una respuesta ante el impacto que me produjo la muerte de mi padre. Entonces yo necesitaba una compañía, a alguien que supliera la ausencia de tu abuelo y por la edad que tenía, entonces inventé a este amigo porque no podía hacerlo con mi madre. También dijo que como yo fui gemelo, la falta de un hermano se manifiesta en mayor grado y en cierto modo Víctor se convirtió en mi

hermano David sin quererlo.

—Bastante cuática tu historia, papá.

—Sí, pero fue hermoso. Ahora tú heredas esta pieza, estos cuentos, todos mis secretos ¿Cómo sabes si Víctor vuelve ahora a encontrarse contigo?

—No puede ser, papá, porque yo no tuve hermano gemelo y tú y mi mamá están vivos y con ni una pizca de posibilidades de que se mueran luego.

—Bueno, nunca hay que decir nunca jamás y nadie tiene la vida comprada, pero te prometo que voy a hacer todo lo posible por no morir tan luego. Ni creas que los voy a dejar solos para que hagan samba canuta.

Al decir esto Daniel siente un frío que le llega hasta los huesos.

—Oye, me dio un frío grandísimo.

—Estás loco, hace un calor increíble—contesta Cristóbal.

—A lo mejor el solo hecho de pensar en la muerte me produjo escalofríos.

Pero, Daniel no sólo sintió el frío sino la presencia de alguien más, había alguien más en la pieza. Por supuesto no había nadie, era sólo la sensación, quizá el íntimo deseo de comprobar que Víctor no fue ficticio y sí un amigo de verdad

—Bueno, avanzan o no—interrumpe Ximena—Yo los escucho conversar solamente.

—Nosotras ya llevamos la mitad de la pieza pintada ya—dice Catalina.

—No te puedo creer, mi niña linda—dice Daniel, y luego dirigiéndose a Cristóbal—¡Ya! ¡Basta de recuerdos! ¡Ganémosles a estas niñitas!



—¡Con cuidado! ¡Con mucho cuidado! Ese mueble tiene historia—le dice Daniel a los empleados de la empresa de mudanzas que contrató para cambiar las cosas a la casa de sus padres.

La mayoría de los muebles originales fueron mantenidos en sus lugares. Daniel piensa que respeta más la memoria de sus padres y la historia de la casa manteniéndola lo más parecida posible a como él la conoció desde niño.

—¡Papá! ¿Puedo salir a jugar al patio?—pregunta Catalina.

—Por supuesto. Puede andar por donde quiera. Ahora, ésta es su casa. Los empleados ya han terminado. Todo está perfecto, todo en su lugar. Cuando se retiran, Daniel y Ximena se sientan en el sofá del living agotados como si fuera una cama.

—¡Por fin!—exclama Ximena—Nunca pensé que teníamos tantos cachureos. A pesar de que ya hicimos una selección, hay muchas cosas que están de más. Ahora tendremos que acomodarnos y darle una ubicación a cada cosa.

—Cierto.

—¿Cómo te sientes?—pregunta Ximena.

—Cansado. Es harto trabajo cambiarse de casa, pero ya estamos acá. En realidad como fue mi casa toda la vida, todo esto es muy familiar, es como si nunca me hubiese ido. Echaré de menos a mi mamá, pero creo que es lo normal, de a poco nos acostumbraremos a su ausencia. Por lo demás, estoy con ustedes, mi familia hermosa.

Daniel besa suavemente en los labios a Ximena.

—Te amo—le dice Daniel al oído.

—Yo también te amo.

Ya de noche cuando todos dormían, un ruido despierta a Daniel. Es un ruido que proviene del living.

—¿Escuchaste eso?—pregunta Daniel a Ximena.

Ella no responde porque está profundamente dormida.

Otra vez se siente el ruido como si alguien estuviese hurgueteando. Con algo de temor se levanta y camina por el pasillo hacia el living lentamente.

—¿Cristóbal?—pregunta pensando que podía ser el niño desvelado.

No hay respuesta. A medida que se acerca los ruidos suben de volumen.

—¿Hay alguien?

Nadie responde. Daniel, asustado, toma un bate de baseball de Cristóbal y, sin encender ninguna lámpara, camina con la espalda pegada a la pared. El ruido se hace constante y periódico.

—¿Hay alguien ahí?—insiste Daniel.

Llegando al living asoma sólo la cabeza. No logra ver nada extraño. De a poco se atreve cada vez más y no ve nada. No hay nadie, sólo la mecedora de su madre se mueve como si alguien se hubiese puesto de pie recién. La silla se mueve cada vez más despacio hasta que se detiene.

Daniel enciende la lámpara y comprueba que la sala está vacía salvo por su presencia. La mecedora está quieta y el silencio reina.

En esto, aparece Ximena.

—¿Qué pasa, amor?

—Nada. Sólo sentí un ruido y vine a ver qué era, pero al parecer no era nada raro, quizás un gato que se quedó dentro de la casa.

—¿Y el bate?

—Precaución, sólo precaución.

Daniel apaga la luz y junto a Ximena retornan al dormitorio.



-Oye Marcelo, necesito hablar contigo.
-Dime, Daniel, toma asiento.
-Lo que pasa y como tú lo sabes, aun estoy de duelo por la muerte de mi madre y hace uno días me cambié de casa. Entonces, estoy muy cansado. Llego a la rastra a la casa y aquí no estoy rindiendo como debiera. Por eso quería pedirte una semana de vacaciones para recuperarme y luego volver con bríos nuevos.
-Entiendo tu situación. Por mi parte no tendría problemas, ahora igual tengo que consultarle a Nelson su opinión. Tú sabes que estamos llenos de pega y tú eres fundamental para nosotros, entonces debemos planear las cosas pensando en tu ausencia.
-La verdad es que te lo agradecería mucho porque hasta me estoy sintiendo mal de salud.
-¿Cómo es eso?
-A veces me vienen unos tiritones. Son como escalofríos, incluso como bajas de presión.
-Bueno ahí se pone más seria la cosa. Así que en estas vacaciones aprovecha y ve al médico para que te hagan un chequeo completo.
-Esos son mis planes.
-Ya, entonces no te preocupes porque ahí vemos cómo nos las arreglamos sin ti. Arreglaremos todo para que salgas dos semanas porque una es muy poco. Y cuídate, ¿Ya? Anda al médico.
-Gracias Marcelo.



-A ver, Daniel, por lo que me cuentas puede ser sólo un exceso de trabajo, sumado a una situación emocional muy fuerte, pero para descartar cualquier anomalía más seria te vas a hacer algunos exámenes ¿Ya?
-¿Son muchos?—pregunta Daniel al médico.
-No, sólo los rutinarios como exámenes de sangre y orina. Me gustaría que te hicieras un electrocardiograma también, porque si hay alteraciones de la presión arterial es mejor revisar la cuchara.
-Bueno, voy a pasar las vacaciones en consultorios y laboratorios clínicos.
-Es mejor prevenir. Así que bueno que estés de vacaciones porque así descansas y tienes tiempo para hacerte los exámenes. ¿Tú sabes que la gran mayoría de los trabajadores sufren de stress y depresión? Y lo peor es que siguen trabajando porque algunos empleadores no piensan que la depresión sea una enfermedad que hay que tratar y por otro lado las isapres ponen problemas en las licencias médicas porque no les creen mucho a los trabajadores. Entonces, por temor a perder el trabajo se puede llegar a situaciones más críticas.
-Espero no llegar a esos límites—dice Daniel.



—¡Pancha!—grita Daniel desde su pieza tendido en la cama mirando televisión.

—¿Sí, Don Daniel?

—Tráeme un juguito natural, por favor.

—¿De qué?

—De manzana—y luego pregunta—¿Dónde está la Catalina?

—Está jugando en el patio de atrás.

—Dile que no se ensucie mucho ¿Ya?

—Sí señor, al tiro le traigo el jugo.

Daniel ha aprovechado sus vacaciones para relajarse y no pensar en nada. Pasa el día viendo televisión en su dormitorio y de vez en cuando sale con Catalina a dar un paseo. Ya en la tarde se preocupa de atender a Cristóbal que llega del colegio y a Ximena que viene del trabajo.

Luego que la Pancha le trae el jugo, ésta le dice:

—Don Daniel, ¿Me puedo ir? Ya son las 6 de la tarde.

—Sí Panchita, ándate no más, yo veo a la Cata.

Daniel sigue acostado viendo televisión hasta que escucha la puerta de calle y la despedida de la Pancha.

—¡Hasta mañana, Don Daniel!

—¡Hasta mañana!

Daniel se levanta y va a ver lo que está haciendo Catalina. Se asoma desde la puerta del patio y ve a la niña jugando con sus muñecas.

—¿Cómo está mi reina?—le pregunta.

—Bien, papá—responde la niña acostada de espalda mirando hacia el cielo.

Daniel entra a la cocina para tomar otro vaso de jugo. Toma el jarro del interior del refrigerador, llena un vaso largo y se lo toma de una sola vez sin respirar. En ese momento, sufre un mareo que lo desestabiliza a tal punto, que debe afirmarse del mueble de cocina. Siente un frío penetrante que le pone la piel de gallina. Mira hacia el patio afligido, mientras Catalina juega sin darse cuenta de nada. Aun mareado, toma un vaso de agua pero esta vez con más calma, sorbo a sorbo. En ese momento, aprecia una sombra que cruza la ventana que da hacia el antejardín. No sin extrañeza, termina de tomar el vaso de agua y, ya más restablecido, se acerca a mirar tras la cortina. Al mismo tiempo, la sombra se repite pero en la otra ventana. Se acerca a ella y mira otra vez tras el visillo, pero no ve nada. Decide entonces salir, abre la puerta y mira para todos lados sin divisar a nadie. Camina hacia la reja de la calle y se cerciora que está bien cerrada la puerta.

—¡Papá!—grita Catalina desde el interior—¡Papá!

Daniel, sobresaltado, corre hacia el patio.

—¡Cata!—llama Daniel al no encontrar a la niña—¡Cata! ¿Dónde estás!

—¡Papá!—aparece la niña tras la espalda de Daniel mostrando su muñeca y sollozando—mira, a la Nachita se le salió la cabeza.

—¡Ahhh!—exclama Daniel con un tono de lamento, pero de alivio a la vez—No te preocupes, la vamos a arreglar.

Daniel abraza a Catalina y recupera el aire.



-Hoy me sentí un poco mal—le dice Daniel a Ximena.
 -¿Qué te pasó?
 -Me dio un mareo y parece que me bajó la presión.
 -¿Le pediste algo a la Pancha?
 -No, ya se había ido. Tomé un vaso de agua y se me pasó rápido.
 -¿Cuándo van a estar los resultados de los exámenes?
 -Mañana. Pedí hora para inmediatamente después.
 -Ya me está preocupando esto. Preferiría que la Pancha no se fuera hasta que llegara yo. ¿Qué pasa si te da más fuerte estando tú solo con la Catalina?
 -Si no es para tanto. Son sólo unos mareítos.
 -No importa, todavía no sabemos qué es y es mejor prevenir.
 -Ya, mamá—responde en tono burlón Daniel.
 -No te burles. No son cosas con las cuales podamos jugar.
 -Sí, sí. Le diré a la Pancha que se quede una media hora más.
 Daniel y Ximena se aprestan a acostarse. Daniel pasa al baño a lavarse los dientes. Se mira en el espejo y se nota un poco pálido. Se acerca al espejo y corre sus párpados con los dedos para ver la parte blanca de los ojos. Está preocupado porque siempre gozó de muy buena salud y esto de no tener nada claro lo desestabiliza. Toma su cepillo y comienza a lavarse los dientes.
 -Debes tener fe.
 Daniel se sobresalta. Una voz cerca del oído, clara y profunda se dirige a él. No deja de mirarse al espejo. Sabe que está solo, y esa voz sonó demasiado cerca.
 -Debes confiar en ti.
 Otra vez la voz profunda produce que su ritmo cardíaco se altere.
 -¡No puede ser!—exclama conversando consigo mismo frente al espejo—¿Qué me está pasando? ¿Ahora voy a empezar a escuchar voces? Me estoy volviendo loco.
 Se seca con la toalla y sale del baño. Cuando llega al dormitorio Ximena ya está acostada.
 -Parece que lo mío es psiquiátrico—le dice mientras se saca la ropa.
 -¿Por qué dices eso?
 -Por nada, son tonteras mías.
 Se acuesta y se tapa hasta las orejas.
 -Hasta mañana.
 -Hasta mañana—contesta Ximena.
 Daniel, aun un poco alterado, no cierra los ojos. Le gustaría seguir conversando con Ximena, pero se reprime porque no quiere preocuparla más. Se siente cansado y con sueño, pero a la vez, está más despierto que nunca. Comienza a repasar el episodio del mareo, una y otra vez y su mente empieza a operar con imágenes un tanto oscuras.
 ¿Y si tengo un tumor cerebral?!—Piensa y se angustia,-- o puede ser algo al corazón, o la presión arterial.

Pero al mismo tiempo se da ánimo—No, si es sólo el cansancio, el stress mental y emocional.

Y ahora sigue con el recuerdo de su madre. La recuerda en el ataúd, el velorio y a toda esa gente. Se ve oscuro, sombrío. Ve a Ximena a su lado y siente la mirada de todo el mundo.

¡Mamá! ¿Dónde estás?—le gustaría gritar, pero aprieta los dientes.

Luego piensa, la mamá está con él. En seguida, vuelve al mareo y a la cocina mientras toma el vaso de agua, sigue a la sombra que se cruza por la ventana, sale a ver quién es y sorprendentemente se encuentra en una playa. Es verano y el calor arrecia. La playa está atestada de gente tirada en la arena tomando el sol. Los niños juegan y corren mientras las señoras reclaman porque los niños tiran arena a las toallas. La gente se baña en el mar y Daniel parado en la orilla deja que las olas mojen sus tobillos mientras su atención se detiene en el primer bañista, por allá lejos, desafiando al mar. Él piensa que nunca se atrevería a alejarse tanto de la orilla. Los salvavidas están atentos a que el bañista no se escape más allá. Éste bracea y bracea. De vez en cuando se detiene y gira para mirar hacia la playa y levanta la mano como saludando a alguien. Después de un momento, ya no bracea y comienza a levantar los dos brazos. Los salvavidas se alertan y comienzan a entrar al agua. El bañista sigue haciendo señas y a veces se pierde. Los salvavidas se apuran. Ya no es sólo Daniel quien observa la situación, toda la gente empieza a juntarse.

—¡Se está ahogando!—grita una señora.

Los salvavidas llegan al lugar pero el bañista ya no está, se ha hundido. Se logra apreciar cómo los salvavidas se sumergen, aparentemente buscando al osado nadador. Llega un helicóptero del cual se tira un buzo. Logran subir al bañista con un arnés amarrado junto al buzo. El helicóptero se dirige hacia la orilla donde está toda la gente y, entre ellos, Daniel mira todo. Cuando el helicóptero comienza a bajar, el viento de sus aspas levanta mucha arena lo que ahuyenta a los mirones. De pronto el viento se hace más molesto. Ya no es sólo el helicóptero que lo genera sino es un viento que proviene del mar. Los quitasoles vuelan y la gente debe tomar sus cosas para que el viento no se las lleve. El cielo repentinamente se nubla mientras el helicóptero emprende el vuelo dificultosamente. La gente comienza a abandonar la playa. Se hace cada vez más difícil permanecer de pie. De pronto alguien grita desesperado.

—¡Miren el mar!

Daniel se da vuelta y ve cómo el mar comienza a recogerse para luego levantarse como una verdadera pared. Esta imagen provoca la huida irracional de las personas quienes se atropellan unas a otras. Daniel también empieza a correr. Hay mucha desesperación, todos gritan, los familiares se buscan entre sí. El mar sigue creciendo en forma de una ola gigante. Daniel divisa una colina que puede servir para guarecerse

y corre lo más rápido que puede.

—¡A la colina! ¡Todos a la colina!—grita desesperadamente, pero parece que los demás no lo escuchan, siguen corriendo sin ninguna dirección, alocadamente. La ola entró en su etapa de rompimiento y avanza lentamente.

Daniel casi llega a la colina.

—¡Por acá! ¡Vengan por acá!

Sólo unos pocos le hacen caso. Comienzan a subir. Están cansados, sus piernas ya no dan más. Unos resbalan en el intento y deben reiniciar la subida. La ola sigue avanzando.

Daniel cree no lograrlo. Cae pesadamente dañándose las rodillas y las manos. Se queda ahí un instante, cabeza gacha tratando de recuperar el aire y las fuerzas. Alguien lo toma por atrás cruzando los brazos en su pecho y lo levanta de un tirón y suben juntos hasta la cima. Ya la ola ha alcanzado algunas víctimas y sigue avanzando ferozmente.

Daniel y su amigo salvador llegan a la cima y tratan de ayudar a los que vienen detrás. Les extienden las manos y cuando las alcanzan los tiran con todas sus fuerzas. Cuando ya nadie más sube por la colina se quedan todos parados mirando el horror. La ola llega hasta la misma falda de la colina llevándose personas por montones.

—¿Por qué no nos siguieron?—dice Daniel afligido esperando una respuesta.

Nadie responde, ni siquiera lo miran, están en shock.

Daniel despierta angustiado. Abre los ojos y se encuentra con la espalda de Ximena quien duerme profundamente. Con un poco de taquicardia se sienta y alcanza a soltar una lágrima.

—¡Ya! Tranquilo, ya pasó—dice despacito para no despertar a Ximena.

Toma aire y cuando la agitación pasa, logra relajarse para dormir hasta el día siguiente.



—A ver, Daniel, revisemos los exámenes—dice el doctor quien toma los sobres y los abre uno a uno.

Daniel lo mira en silencio esperando alguna respuesta a lo que le está pasando. El doctor lee los informes de laboratorio y dice:

—Los exámenes son buenos. Según esto tú no tienes nada. El electro salió perfecto, la sangre está bien, la presión dentro de lo normal, la orina también. En resumen, no es nada para preocuparse. ¿Cómo te has sentido en estos días? ¿Has descansado?

—Sí, he descansado, pero ayer tuve un mareo fuerte.

—¿Tienes dolor de cabeza?

—No, sólo el mareo de ayer—Daniel duda un segundo—Bueno, he tenido algunas alucinaciones también.

—¿Alucinaciones? ¿Cómo es eso?

—El otro día escuché clarito que alguien se mecía en la silla de mi madre, que murió hace poco, durante la noche. Cuando llegué a ver lo que pasaba, la silla se movía pero no había nadie. Ayer, junto con el mareo, divisé unas sombras a través de la ventana pero tampoco había persona alguna. Por último he tenido algunas pesadillas.

—¿Cómo son estas pesadillas?

—Son de catástrofes, gente muriendo, yo me salvo con unas cuantas personas más.

—Mira, Daniel, yo no soy experto en la materia, pero creo que tú estás muy desestabilizado por la muerte de tu madre y por la carga de trabajo. Creo que lo conversamos antes, esto puede ser un cuadro de angustia y stress emocional. Así que te voy a dar una orden de atención de un psiquiatra y, a lo mejor, sería recomendable que siguieras en vacaciones.

—¿Un psiquiatra?—inmediatamente Daniel asocia la imagen del psiquiatra a la demencia—¿No será mucho doctor?

—Por ningún motivo, no te asustes, porque un psiquiatra puede tratarte mejor que yo. No es que estés loco o en vías de ello, sino que estás desestabilizado y necesitas ayuda médica. El psiquiatra es un médico más y por supuesto te va a dar respuestas más precisas. Ahora, todo esto es para que estés más tranquilo, porque según estos exámenes no presentas ningún indicio de enfermedad, entonces descartemos cosas. Confirmemos mi presunción, yo creo que necesitas distraerte y descansar, nada de trabajo y nada de recuerdos tristes. Yo te puedo recomendar algún psiquiatra amigo o tú elegir.

—Está bien.

Daniel se resigna, no tiene nada físico pero se siente muy inseguro de sí mismo y todo le da temor.

Camino a casa en su auto recuerda cada una de las palabras del doctor, pasa por la ladera de un cerro y se le viene a la mente de inmediato la imagen de la colina del sueño de la noche anterior. Su distracción llega a tal punto que se sale de su pista provocando una serie de patinadas y frenadas de los autos más próximos. Logra controlar su automóvil y decide detenerlo a un costado. Respira hondo, cierra los ojos y echa su cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo del asiento. Se baja y se queda parado mirando el cerro. Tiene unas ganas irresistibles de subirlo.

Se decide y cruza la calzada. Debe saltar un cerco de alambres para emprender la escalada, con mucha dificultad lo hace no sin dañarse los pantalones con las púas de la reja. Es un cerro no tan pequeño, agreste, con unos arbustos espaciados y algunos senderos demarcados. Es un día soleado, pero no caluroso. Daniel emprende el ascenso tranquilo mirando en todo momento hacia la cima, sin pensar, a ritmo constante. El suelo es resbaladizo, arcilloso y con muchas piedras. Se da cuenta que sus zapatos

no son los apropiados para subir, pero no se detiene en ningún momento. De pronto una planta logra sacarlo de su abstracción por su hermosa y gran flor. Es extraño que junto a esos arbustos espinosos y en esa tierra tan seca crezca una flor tan preciosa. Se agacha y tiene la tentación de arrancarla, pero se detiene. Esta flor solitaria por algo está ahí, cumple una función dentro de ese árido paisaje y a su vez ella misma se sirve de él. Se levanta y continúa su camino. En un momento mira hacia abajo, ve la avenida y busca su automóvil estacionado, lo ubica y se da cuenta que ha subido bastante, siente la distancia y no le importa. El sendero desaparece, se confunde entre las rocas y los arbustos, debe seguir por su propio camino. La ladera se hace más empinada y resbala un par de veces hiriéndose las manos al igual que en el sueño. El sudor corre por sus sienes hasta que logra llegar a la cima, un terraplén angosto y plano que cae inmediatamente hacia el otro costado. Está cansado, se seca el sudor y mira hacia los cuatro puntos cardinales en secuencia. Hacia un lado está la ciudad, moderna y bulliciosa, al otro, el valle semiverde, cultivado y más cerros. Se sienta en el suelo mirando hacia la ciudad. Las personas y los autos se ven como hormigas. El ruido de fondo es una mezcla de tráfico, perros ladrando y maquinarias, de vez en cuando logra escuchar una radio como si estuviera a sólo unos metros, luego se pierde por acción del viento. Levanta la cabeza con los ojos cerrados y siente el calor del Sol y la suave brisa del viento. Se siente tan lejos y tan cerca de eso que llaman civilización y en realidad desde ese lugar le parece tan prehistórica. Su corazón se calma, siente como el calor del Sol penetra por su cara a su interior instalándose en su pecho, recorre su cuerpo dejando una suave sensación de paz y libertad. En un momento, su mente se bloquea y se sumerge en una imagen en blanco. Pasa unas horas ahí, sin que lo note hasta que el Sol comienza a bordear los cerros que están a su espalda. Se da cuenta que es hora de bajar. El descenso es más rápido, llegando abajo salta nuevamente el cerco, cruza la calzada, se sube al auto y emprende camino a casa.



Cuando Daniel llega a casa, Ximena está preocupada y molesta a la vez.

—¿Y por qué llegas a esta hora?

—Fui al doctor.

—Pero tenías hora a las 4 de la tarde y ya son las ocho de la noche.

—Es que en el camino me detuve a descansar y se me pasó la hora.

—¿Te sentiste mal?—pregunta Ximena con un tono de arrepentimiento.

—No, fue placentero, por un momento me sentí en paz como hace mucho tiempo.

Ximena lo mira un poco extrañada, mientras Daniel se sienta en el sofá prácticamente dejándose caer.

—¿Qué dijo el doctor?

—Me mandó al psiquiatra. Los exámenes salieron buenos, no hay indicios de alguna anomalía y para estar más tranquilo me dijo que un psiquiatra me podía dar respuestas más concretas, pero que él pensaba que era sólo cansancio. Pero yo creo que no voy a ir, porque ya me estoy sintiendo mejor, además que también creo que es cansancio porque fueron semanas en las que no dormí lo suficiente, y tenía que entregar trabajo tras trabajo.

—Pero, si un psiquiatra te puede dar algo para dormir bien o simplemente darte una licencia médica para que descanses más tiempo sería bueno seguir el consejo.

—No, no, no quiero estar dopado. A uno lo tranquilizan pero no lo sacan de la crisis.

—¡Papá!—Catalina interrumpe la conversación—¿Estás enfermo?

—No, la verdad es que no, el doctor encontró todo perfecto así que no tengo nada.

—Entonces ¿Vas a volver a trabajar?—pregunta la niña con un poco de tristeza.

—Bueno, algún día tengo que volver a trabajar o ¿De qué vivimos?

—Pero ya no me vas a acompañar en el día.

—No, pero te prometo que cuando llegue en la noche voy a jugar contigo.

—No prometas lo que no vas a hacer—dice Ximena.

—¿Tú crees que no lo voy a cumplir?—responde Daniel.

Ximena niega con la cabeza y no deja posibilidad de contestar.



—¡Papá!—Cristóbal zamarrea a Daniel susurrando—¡Papá! ¡Despierta!

—¿Qué pasa?—responde Daniel abriendo sólo un ojo luego de prender la lámpara del velador.

—¡Papá! Parece que hay alguien en el patio.

Daniel se levanta, se coloca una bata y sale con el niño del dormitorio. Luego se devuelve y apaga la luz. Cristóbal camina a un costado de Daniel apoyándose en él visiblemente asustado.

—¿Dónde dices que está?—pregunta Daniel en voz baja.

—En el antejardín.

—Espérame aquí.

Daniel le indica a Cristóbal que no se mueva del pasillo, éste hace caso sólo un momento, luego nuevamente se aferra a su padre. Daniel se acerca a la ventana y mira a través del visillo. No ve nada, luego va a la

otra ventana y vuelve a mirar. Una silueta de un hombre se aprecia junto a la entrada de auto. Daniel se asusta, toma al niño y lo lleva a su pieza, lo acuesta y lo tapa con la ropa y le dice:

—Espera aquí, no hagas ningún ruido para que no despierten tu mamá y tu hermana.

—¡Papá, no me dejes solo!—suplica el niño.

—Tranquilo, yo voy a ver que pasa.

Daniel sale de la pieza y al igual que la otra noche toma el bate de baseball. Se acerca a la puerta de calle y prende la luz del patio. Mira por la ventana y la silueta sigue ahí, sin inmutarse y sin apreciarse detalles de la persona a la cual pertenece. Daniel piensa en llamar a la policía, pero no quiere crear alarma. ¿Quién será? Y ¿Qué querrá? Piensa para sí. Intranquilo se desplaza de ventana a ventana, no se atreve a salir, puede ser peligroso. La silueta se desplaza y comienza a acercarse. Daniel aprieta cada vez con más fuerza el bate, le sudan las manos y el corazón late fuerte. La silueta que a pesar de la luz no deja ver ningún detalle se para frente a la ventana, tan cerca que si no fuera por el vidrio Daniel lo podría tocar con sólo estirar el brazo.

—¿Quién eres?—pregunta Daniel, haciendo un esfuerzo para que le salga la voz—¿Qué quieres?

La sombra permanece inmóvil. Daniel camina hacia el teléfono y marca el número de emergencia.

—¿Aló? Carabineros—responde una voz de hombre.

—Señor—habla Daniel con voz temblorosa—Hay una persona extraña en mi jardín.

—¿Qué es lo que hace?

—Nada, sólo mira.

—¿Está armado?

—No lo sé.

—¿Hay alguien más?

—No lo sé—Daniel comienza a irritarse.

—No sabemos si podemos mandar una unidad, porque están todas ocupadas, ¿Cuál es su dirección?

En ese momento la sombra desaparece de la ventana. Daniel suelta el teléfono sin colgarlo y se acerca a ver. No hay persona alguna. Busca tras la cortina y no logra ver a nadie. Respira dos veces profundamente y abre la puerta de calle. Asoma levemente la cabeza, luego sale más decididamente. Recorre el antejardín de costado a costado. No hay nadie. Vuelve a la casa y cierra con doble llave la puerta. Mira el teléfono descolgado, lo toma y dice:

—Gracias por la ayuda, ya pasó todo—y cuelga.

Va a ver a Cristóbal quien está tal cual como lo dejó.

—Tranquilo—Le dice Daniel—Ya se fue. Debe haber sido un borracho.

—¿Estás seguro de que se fue?

—Sí, no te preocupes, ya se fue.

Daniel lo tapa bien, le da un beso y se va a su dormitorio. Cuando ya estaba acostado, aparece Cristóbal nuevamente.

—¿Puedo dormir contigo?

—Está bien, pero en tu cama para que tu mamá no despierte.

Los dos enfilan hacia el dormitorio del chico mientras Ximena duerme plácidamente.

Al día siguiente, Daniel despierta cuando siente movimiento. Es Ximena quien ya se ha levantado e ingresa al dormitorio de Cristóbal. Daniel se reincorpora y se apura en saludar.

—Hola, amor. Buenos días.

—Y tú ¿Por qué dormiste acá?

—Cristóbal no podía dormir y me pidió que lo acompañara pero me quedé dormido con él.

Daniel, omite el incidente de la noche anterior para no preocupar a Ximena. Más tarde Daniel convence a Cristóbal a que no cuente nada, el niño sigue asustado y le pregunta a su padre si ese hombre volverá.

—No lo sé, hijo—responde Daniel—como te dije debe haber sido sólo un borracho perdido y no creo que vuelva.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche de nuevo?

—Tranquilo, no pasará nada—Daniel abraza al niño fuertemente para infundirle seguridad y lo logra.



Fue tan buena la experiencia de la colina, que Daniel decide ir nuevamente y escalar el mismo cerro. Se sienta en el suelo de la cima en la misma posición con los ojos cerrados y la cara recibiendo los rayos del Sol. Cuando se siente en paz abre los ojos y contempla el panorama, observa detenidamente esa costra de cemento sobre una tierra fértil, escucha el bullicio y piensa en la pequeña contribución de cada una de las personas inmersas en ese cuadro a ese ruido inarmónico. El motor de los autos, los autobuses, los equipos de audio, los electrodomésticos, los ascensores, el metro, los vendedores ambulantes, los músicos callejeros, las discusiones estentóreas, todos parecen pertenecer a ese cuadro grisáceo de desesperante realismo. ¿Realismo? ¿Será eso realismo de verdad? ¿Será el empleado, empleado porque lo quiso? ¿Será el gerente, gerente porque lo quiso? Probablemente sí ¿Por qué ese brillante pintor trabaja de taxista? ¿Por qué ese muy buen profesor de castellano debe vender seguros de vida? ¿Y si no hubiese que trabajar para vivir? ¿Qué pasaría? ¿Y si nouviésemos que usar esas monstruosas máquinas ruidosas para transportarnos de un lugar a otro? ¿Y si no muriésemos?

¿Cómo cambiarían las cosas si lográsemos ver un pelito más allá del rojo y el violeta o escuchar más allá del sonido? ¿Este cielo celeste es celeste

de verdad? Creo que sí, así lo vemos y lo que vemos es lo que es ¿O no? ¿Qué pasaría si la humanidad recomenzara nuevamente el proceso de evolución y se enmendaran todos los errores que ya conocemos? No se puede revertir el pasado. Pero si el ser humano fuera respetado en su más sublime esencia como ser creador, transformador del mundo y guía de una nueva era donde él se desprende de toda imperfección corpórea y se convierte en una fuerza imparable, lejos de ese pequeño ser preocupado de pequeñas cosas, contenido en un envase desechable y que contribuye generosamente con su cuota de ruido urbano.

Daniel se levanta y con la cabeza bien erguida dice:

—Desde hoy soy un ser diferente, y hago un quiebre en mi vida.

—No, Daniel. No es así.

Daniel escucha una voz profunda al oído tal cual que la del otro día. Su sobresalto es tal, que resbala y cae unos metros hacia abajo. Al incorporarse, limpiándose la ropa trata de subir nuevamente pero hay una fuerza que se lo impide. Se agarra de unas rocas para darse impulso y luego de un jalón, sale disparado con tanta fuerza que se pasa corriendo por la cima y cae hacia la otra ladera. Daniel se levanta y nuevamente la fuerza le impide subir. Es un verdadero escudo que se ha formado, como si fuera una pared de hierro pero invisible. Hace todo lo posible por vencer a la fuerza pero es inútil y cae rendido.

—Cálmate—le dice la voz al oído—Haz una pausa y respira profundo.

Daniel está alterado y asustado a la vez. Cierra los ojos y trata de calmarse controlando su respiración. De a poco, el ritmo respiratorio y el cardíaco empiezan a disminuir. Se levanta, respira profundo y avanza lentamente, ya no hay fuerza, nada le impide recuperar el lugar en la cima de la colina. Ahí está, parado frente a la ciudad, mira a su alrededor como buscando a alguien. Está solo, de pronto siente un escalofrío y una pequeña angustia, no es una soledad inmediata sino que se siente solo en el mundo y una barrera emocional invisible se instala alrededor de él. Pero ¿Cómo? Si tiene una familia fabulosa y un trabajo estable. Jamás había estado insatisfecho con la vida que llevaba. Nunca había sentido el más mínimo sentimiento de rebeldía. Por un momento siente vergüenza de todo lo que pensó y tiene la necesidad de retractarse al acordarse de Cristóbal, Catalina y Ximena. Ya es tarde y debe volver, baja la colina lentamente, está contrariado, pasó por varios estados distintos en un breve instante de tiempo y ahora no sabe qué pensar. Sube al auto y retorna a casa.



Daniel y Ximena están acostados en el dormitorio. Ximena lee un libro mientras Daniel mira el cielo de la habitación pensando, todavía un poco confundido con la experiencia de la tarde.

—Mi amor—le dice a Ximena--¿Qué opinas de nuestra vida?

—¿Qué?—responde ella extrañada--¿Qué tipo de pregunta es ésta?

—Sé que es una manera inadecuada de empezar una conversación pero es un asunto que me ha estado dando vuelta en la cabeza. ¿Estás conforme con nuestra vida?

—Creo que sí, tenemos todo lo que cualquiera puede desear. Unos hijos lindos, una casa propia, trabajo, salud, casi ideal.

—¿Ideal para quién?

—Bueno, para mí ¿No es a mí a quien le preguntaste?

—Sí, ¿Pero bajo qué parámetros podemos medir eso? ¿Lo que normalmente la gente piensa que es estar bien? ¿Lo que nuestros padres creían que era bueno? ¿Qué cosa más?

—Todo eso. Lo que nos enseñaron nuestros padres. Lo que es costumbre y lo que queremos nosotros también. Uno va idealizando su vida y se traza ciertas metas, que las va cumpliendo de a poco.

—Es posible, ¿Pero si uno se equivoca y, es más, no se da cuenta que está equivocado?

—No sé, no me imagino la situación.

—A ver—dice Daniel sentándose afirmado en el respaldo de la cama—Uno tiene un ideario, que es el ideario que aprendió en el colegio, con la televisión, con los libros que leyó, los amigos que tuvo, etc. Ahora, ese ideario se acomoda a lo que uno va sintiendo y creyendo a medida que va creciendo y supuestamente va madurando, y luego resulta que ese ideario no es todo lo maravilloso que uno pensaba.

—¿Tú no estás conforme con la vida que llevamos?—dice Ximena.

—No es tan así. Comparto lo que has dicho respecto a los niños, a la casa, pero ¿Y? ¿Qué más hay? ¿Y así vivieron felices por siempre? Hoy subí a una colina que descubrí el otro día que fui al doctor, de ahí uno puede observar la ciudad y pensar en ese pequeño mundo que vive cada uno de nosotros, muy encerraditos, muy cómodos y tranquilos. Nadie nos molesta y nosotros creemos que somos felices. ¿Es parte del ideario trabajar 10 o 12 horas diarias y no tener fuerza ni ganas de disfrutar a tus cabros chicos y a tu casa, que pareciera lo bueno que tenemos?

—Bueno, si te refieres a la cuestión del trabajo, sin duda que es una condición injusta y súper esclavizante pero las cosas son así, tenemos que sustentar este hogar.

—Claro que las cosas son así, y a lo que voy es que lo que es, no necesariamente es lo correcto. Hoy, por primera vez, siento una real rebeldía a esta vida bonita, tranquila, cómoda, pero aburrida, sin sustancia, plana, sin sentido.

—¿Y qué se puede hacer al respecto?

—Ése es el asunto ¿Qué se puede hacer? Yo no quiero trabajar toda mi

vida como un esclavo, luego jubilar para morir. Entonces, la idea es que comencemos a conversar acerca del asunto, y darle vuelta porque la respuesta no la tengo, ni tú tampoco.

—No, no la tengo lamentablemente—responde Ximena un tanto apesadumbrada.

—¿Te molestaste?

—No.

—Mi amor, si no se trata de ningún tipo de reproche, tú eres mi vida junto con los niños y no estoy descontento con ustedes. El asunto es que creo que hay una vida mejor, en otras palabras, hay que ganarse el cielo. ¿No crees lo mismo?

—Creo que sí, pero ¿No será un poco peligroso que pienses tanto?

—En estos días sin trabajar me he dado cuenta de muchas cosas, que obviamente no se le pasan a uno por la mente en condiciones supuestamente normales. Por supuesto que, desde el punto de vista que impera, es muy peligroso que empecemos a cuestionar nuestras vidas y de ahí la organización de la sociedad y todo lo establecido. Entonces, te conviertes en un frustrado, un inconformista, un revolucionario, etc. Todos los términos que se utilizan para denominar a alguien que deja de creerse el cuento del éxito.

—Realmente es extraña esta preocupación tuya. Nunca habías cuestionado nada.

—Nunca me había sentido enfermo como ahora, y menos era consciente de mi crisis.

—¿Qué te pasó en esa colina?

—Eso mismo, tomé conciencia de mi propia crisis y con fuerzas extrañas y voces al oído empezaré a cambiar las cosas.

Ximena lo mira con desconfianza, extrañada y piensa que todo esto puede ser parte del desvarío normal debido al estado de stress diagnosticado a su marido.

—No te preocupes—le dice Daniel al sentir esa mirada—No me estoy volviendo loco aunque todavía estoy enamorado de ti.

Daniel abraza a Ximena y le da un pequeño beso. Luego apagan la luz y se acomodan para dormir.

Luego de un rato, Daniel le pregunta:

—¿Ya estás dormida?

—No, aún no.

—Te amo desde lo más profundo de mi ser—Daniel dice esto muy sentidamente, hasta la emoción—Y soy feliz por eso y por lo que me está pasando. Pienso que luego de esto, ya no seré el mismo y, por si alguna vez se me olvida, recuérdamelo, por favor.

—Estoy un tanto preocupada—responde Ximena—Te están pasando demasiado cosas en estos días, y bueno, no me gusta que cuestiones tanto nuestra vida, porque asumo que lo estamos haciendo mal.

—No, no, por ningún motivo cuestiono nuestra vida sino al sistema.

Nosotros no somos los culpables, estamos inmersos en una ola que nos arrastra a donde no elegimos. A mí me gustaría que ese lugar, aunque sea el mismo al que actualmente nos dirigimos, sea elegido intencionadamente.

—Igual no entiendo mucho. ¿Tú crees que somos manejados como marionetas? ¿Hay alguien que maneja nuestras vidas? ¿No será demasiado delirio? ¿No será que estamos sobredimensionando el asunto y al mismo tiempo subestimándonos a nosotros mismos?

—En absoluto, no es una persona sino grupos obviamente minoritarios que manejan nuestras vidas y nos dicen qué comer, qué beber, qué vestir, qué pensar. Y son muy, pero muy poderosos y que actúan tan sutilmente que parece impensable tanta manipulación. ¿Quién dijo que debíamos andar vestidos en la calle? ¿Quién creó la ilusión de la casa propia, del matrimonio y los hijos? ¿Quién decidió que un pedazo de metal tuviese valor y con él pudiésemos adquirir bienes necesarios? Y al mismo tiempo ¿Quién decide si es necesario? ¿Acaso es necesario que interrumpas una cena familiar para llamar a la señora Peta para decirle ¡Hola! ¿Dónde estás? ¿Y así aprovechar los 100 minutos gratis de tu celular?

—Creo que tienes razón, pero por otro lado no creo que sea una acción maquiavélica, programada así con tanta precisión y cálculo. Estos grupos actúan de acuerdo a sus intereses pero no creo que sean tan inteligentes para programar tantas vidas al detalle.

—Bueno, puede ser un poco exagerado como lo planteo pero lo importante es que no somos dueños de nuestras vidas y me gustaría avanzar en ese tema porque la sensación de libertad que sentí ahí arriba de la colina, como el personaje saliendo de la pantalla en la película de Woody Allen “La rosa púrpura del Cairo”, fue tan placentera que me gustaría que tú y los niños y todo el mundo la sintiese al menos una vez.

—Invítame a tu colina entonces.

—Empecemos por ahí.

Daniel le da un beso a Ximena y se quedan en silencio esperando dormirse. Ximena no puede conciliar el sueño, siente a Daniel muy tomado por la situación y le preocupa, pero a la vez le gusta que esté tan conectado consigo mismo. La conversación la estimuló y en el fondo piensa igual que Daniel.



Daniel está enfrascado en un taco de automóviles. Pasan los minutos y los autos no avanzan. El conductor del auto que le precede se baja y trata de ver qué es lo que pasa. El conductor de atrás toca la bocina indiscriminadamente.

—¡Quédate callao, huevón!—dice Daniel mirando por el espejo retrovisor.

Luego de unos minutos, los autos comienzan a avanzar muy lento. Daniel aun no sabe cuál es el problema. Luego, todos se detienen de nuevo y se escucha una sirena desde lejos que se va acercando. Daniel mira por el espejo por si viene por la misma avenida en la que está. No logra apreciar nada. Entonces debe venir por otro camino. Se escucha otra sirena más. Sin duda es un accidente o un asalto. El conductor de atrás sigue tocando la bocina y saca de quicio a Daniel quien le hace gestos por el espejo. El conductor gesticula y hace ademanes. El tránsito se activa, pero los autos se deben ir acomodando en una sola fila. Al avanzar ya se ven los carabineros ordenando la situación. Hay un auto atravesado en la mitad de una esquina. Daniel llega al foco del problema, es un atropello. Una señora de edad está en el suelo y brota sangre de su cabeza, los paramédicos la atienden. El chofer del auto causante del atropello, está de pie y tapa su cara con sus dos manos. Su auto está cruzado en la mitad de la calle.

¡Qué terrible! Piensa Daniel. ¿Cómo de un momento a otro puede cambiar la vida? ¿Pero por qué tiene que ser así tan traumático?

—No, así no quiero que mi vida cambie—dice en voz alta.

Daniel asocia lo que acaba de ver con todos los cuestionamientos que le han estado surgiendo.

—Creo que estoy desestabilizado—sigue hablando solo—Calma Daniel, estás exagerando. No puedes cambiar una vida tan buena.

Daniel se tranquiliza y sigue su camino.



—Hola, Daniel, ¡Qué bueno que volviste! ¿Cómo te sientes?—Le dice Marcelo al ver a Daniel en su oficina.

—Bien. Parece que era sólo cansancio.

—Excelente. A las 11:00 tenemos una reunión con unos clientes y me gustaría que estuvieses presente.

—¿Te parece adecuado?—pregunta Daniel—Vengo recién enchufándome. Voy a dar bote.

—No te preocupes. Tú eres súper talentoso. Sólo escucha. Se trata de que te involucres con la campaña porque probablemente te hagas cargo tú.

—Está bien—responde Daniel resignado.

Está un tanto desencajado. No sabe por donde empezar. Prende su computador y abre su correo electrónico. Se despliegan cientos de correos sin abrir. Borra todos aquellos correos spam y lee uno a uno los útiles, responde cuando es necesario. En esto, pasa las dos horas que faltaban para la reunión en cuestión.

Arregla sus cosas, toma un block de notas y una lapicera y sale hacia la sala de reuniones.

—No han llegado los clientes—le dice Marcelo—Aprovecho de contarte un poco de qué se trata.

Marcelo lo lleva a su oficina y le ofrece asiento.

—Mira. Se trata de una margarina nueva. Son unos inversionistas franceses, que tienen una cadena de productos lácteos en varios países del Mundo y quieren introducir sus productos en Latinoamérica y, para ello, quieren empezar en Chile. Ellos ya están instalados y están empezando la producción. Quieren hacer un lanzamiento grande con TV, radio, cine, periódicos, es decir, todos los medios y nos eligieron a nosotros para hacerlo. ¿Qué te parece?

—Perfecto—responde Daniel.

En esto, suena el teléfono y le avisan a Marcelo que los franceses llegaron. Salen a recibirlos. Son tres ejecutivos, dos franceses y un chileno, pero los franceses hablan perfecto español. Entran a la sala de reunión y se integran dos personas más del equipo de la agencia.

Bueno,—habla Marcelo—les presento a Daniel Correa, Ximena Ortiz y Fernando Moreno, todos miembros del staff de la agencia. Bien, queremos escucharlos y así nosotros nos ponemos a idear la propuesta.

—Gracias—toma la palabra uno de los franceses—Bueno, como ustedes ya saben, nuestra empresa se ha instalado acá en Chile, desde principio de año con grandes instalaciones y una planta en Colina. En este momento estamos listos para salir al mercado con nuestros productos, empezando con la margarina, incluyendo una versión de dieta. Hemos hecho varios estudios de mercado y nos hemos dado cuenta que la competencia es muy fuerte, así que queremos partir con una gran campaña que involucre a todos los medios de comunicación audiovisuales y escritos. También queremos publicidad estática en las calles y en el metro.

—Ok—Interrumpe Marcelo—Cuéntenos ¿Cuál es el concepto con el que debiéramos trabajar? Nos gustaría saber si aspiran a un determinado público, rango de edad, mujeres, hombres, nivel socioeconómico ¿Qué es lo distinto, a su juicio, que tendría esta margarina en relación a su competencia?

Daniel está un poco distraído y en lugar de tomar notas hace pequeñas figuras geométricas en las páginas de su block.

—¿El concepto...?—responde el otro francés—No es nada especial, es una margarina común y corriente, tiene un nombre sofisticado porque quisimos mantener el nombre que tiene en Europa para que la gente que viaja pueda consumirla sabiendo que es el mismo producto.

Daniel trata de fijar la mirada en el francés, pero le cuesta. En su cabeza hay demasiado ruido. De pronto, se le nubla la vista. Se asusta a tal punto que hace un movimiento brusco que llama la atención de todos los participantes de la reunión.

—¿Te pasa algo?—le pregunta Marcelo.

—No, no te preocupes, sentí un pequeño tirón en la pierna. Eso es todo.

—Bueno, continúe—le dice Marcelo al francés.

-Como decía...

Daniel ve una imagen absolutamente borrosa. Trata que no se note, pero empieza a sudar frío y se bloquean todos sus sentidos.

-Perdón—interrumpe al francés—no me siento muy bien ¿Me permiten? Todos asienten, mientras Daniel se para y sale de la sala rumbo al baño. Camina casi por intuición, si no conociese los rincones de la oficina, andaría dando tumbos y tropezando con todo. Llega al baño y se afirma en el lavamanos. Se mira en el espejo. Ha recuperado la nitidez de la imagen, pero aun suda. Abre la llave del agua y se moja la cara una y otra vez, restregándose los ojos con fuerza. Se reincorpora, ya se siente mejor. Se seca las manos y la cara y se apresta a volver a la reunión. Sale del baño y se da cuenta que la gente lo mira extrañado. Se acerca la secretaria y le pregunta:

-¿Estás bien, Daniel?

Daniel se detiene y la mira fijamente y se le borra todo, quedando en silencio y oscuridad absoluta.



-¡Despierta, Daniel! ¡Despierta!

Un hombre le golpea suavemente en la cara y Daniel recupera sus sentidos. No conoce a ese tipo. Se sienta lentamente.

-Con calma....no te apures—le dice el extraño.

-¿Qué pasó?—pregunta.

-Te desmayaste y caíste muy fuerte de espalda—responde el extraño.

-¿Quién eres tú?—pregunta intrigado.

-¿Yo...?—hace una pausa—Yo soy Víctor.

-¿Víctor?

--Víctor ¿No te acuerdas de mí?

-Víctor...—dice Daniel casi susurrando—¿Qué me pasa?

Daniel se angustia y comienza a llorar.

-Tranquilo, no pasa nada malo. He vuelto a acompañarte.

-Pero, si tú no existes—dice Daniel entre sollozos—Eres parte de mi imaginación.

-Eso es de lo que te convencieron. Yo siempre estuve contigo. Crecí contigo, reí contigo, lloré contigo. Estuve cerca en tu primer pololeo, estuve ahí cuando te graduaste de 4° medio, estuve cuando te casaste y nacieron tus hijos, estuve en el funeral de tu madre.

-¿Cómo es posible? ¡Tú eres mi amigo imaginario! Y los amigos imaginarios dejan de aparecer cuando uno va creciendo salvo que esté enfermo de esquizofrenia y ése sea el problema de siempre.

-No, lo siento. No eres esquizofrénico. Tú quisieras tener respuestas

lógicas a todo lo que te pasa. Por eso vine a acompañarte, para ayudarte a comprender.

—¿A comprender qué?

—A comprender los misterios de la vida.

Recién ahora Daniel se percata que no hay nadie más en la oficina. Están solos él y Víctor. Se levanta, mira hacia todos lados. No sabe qué hacer. Víctor lo toma del hombro y lo invita a pasar a la oficina de Daniel. Éste lo sigue. Cuando entran, se oscurece todo. Víctor enciende una lámpara de pie que está en el centro de la habitación, que no es la oficina de Daniel. Hay dos sillones en el centro uno frente a otro. Víctor se adelanta y lo invita a sentarse.

—Toma asiento—le dice—¿Conversemos?

—¿De qué quieres conversar?

—¿Cómo has estado?

—¡Pero, cómo! ¿No dijiste que has estado conmigo todo este tiempo?

—Sí, pero cuéntamelo tú.

Daniel continua incrédulo, piensa que es un sueño. Es el vestigio de un recuerdo del pasado que retorna al presente.

—¡Ya pues!—insiste Víctor.

—Estaba todo bien—comienza el relato—Estaba todo bien. Mi vida ordenada, una familia maravillosa, un buen trabajo. Murió mamá y algo pasó... Volví a vivir en casa de mis padres y comencé a sentir cosas extrañas. Mareos, voces en el oído, fuerzas invisibles. Como no tengo respuesta a esto y los médicos tampoco me han orientado, he empezado a cuestionar todo. Mi vida y la vida en general. Me siento mal. No sé si es stress, depresión o algo diferente. Pero definitivamente algo anda mal.

Víctor lo mira en silencio.

—El otro día—prosigue Daniel—presenció un accidente. Bueno, en realidad había ocurrido unos instantes antes. Una señora fue atropellada y vi cómo la persona que lo hizo estaba desencajada, casi como yo en estos momentos. Y pensé, si tengo que darme cuenta que mi vida está mal, que no sea de esta manera. Tan brutal, tan de sopetón.

—¿Y crees realmente que tu vida está mal?

—¡No lo sé!—Daniel levanta la voz—A veces pienso que lo único lógico es que esté enfermo, porque no puede ser que esté todo mal.

—Cierra los ojos—le pide Víctor.

—¿Qué?

—Cierra los ojos—reitera.

—¿Para qué?—se resiste Daniel.

—Sólo cierra los ojos.

Ante la insistencia, Daniel obedece. Se quedan en silencio varios minutos.

—Siente tu cuerpo—dice Víctor—Pon atención a tu cuerpo. Míralo desde el interior. Siente tu cabeza. Trata de ver si está tensa o no. Siente tus

brazos, tu cuello, tus hombros. Siente tu pecho, tu vientre. Siente tus piernas. ¿Qué parte de tu cuerpo está tensa?

—¿Lo digo?—pregunta Daniel.

—Sí.

—Los hombros. Tengo una pelota en el hombro derecho. También tengo tenso mi vientre.

—Ahora, imagina que estás en un lugar placentero. Puede ser un lugar que conozcas o un lugar que quisieras conocer. Recorre lentamente ese lugar, mira cada uno de sus rincones ¿Hay gente junto a ti? ¿Quién es?— Víctor hace una pausa.

—¿Debo responderte?—pregunta Daniel.

—No. Sólo escucha.

—Sigue avanzando por este hermoso lugar. Es un lugar muy tranquilo. La gente se ve relajada y contenta. Los niños juegan y corren alegres. Ahora estás frente a un portal muy grande. Es un gran arco estilo clásico. No se ve lo que hay más allá, pero te intriga e imaginas lo que puede haber al cruzarlo. Tienes ganas de entrar—Víctor hace una pausa prolongada.

—A un costado, está una viejecilla sentada en el suelo, pelando verduras con un cuchillo. Te detienes frente ella....ella deja de hacer su labor y te mira fijamente.

—¿A dónde vas?—te pregunta.

—Más allá del portal—dice Daniel contestando en voz alta.

—¿Qué esperas encontrar allá?

—Un camino.

—¿Un camino hacia dónde?

—Un camino a casa.

—¿Quieres volver a casa?

—Sí.

—Ve...Ve a tu casa—Víctor se queda en silencio, y luego prosigue—Abre los ojos y ve a tu casa...

Daniel abre los ojos y se encuentra con todos sus compañeros de trabajo quienes lo miran fijamente.

—¿Daniel? ¿Estás bien?—Le pregunta Marcelo quien le sostiene la cabeza.

—Creo que sí—responde Daniel e intenta ponerse de pie.

—No, no. Quédate en el suelo—dice la secretaria—Llamamos a la ambulancia y debe estar por llegar.

—No es necesario—Daniel sonríe—ya estoy bien.

—No seas porfiado—le dice Marcelo—Llamamos a tu señora también. Vamos a ver qué es lo que tienes y ya podrás reintegrarte cuando corresponda.

En ese momento llegan los paramédicos y lo suben a una camilla. Daniel está contrariado, pero tranquilo. Cierra los ojos y siente su cuerpo y se percata que no tiene un solo punto de él tenso.



Daniel es ingresado en una camilla a la habitación de la clínica. En su interior está Ximena.

—Hola—le dice ella.

—Hola.

—¿Qué pasó?

—Me desmayé solamente.

—¿Solamente? La gente no anda desmayándose por ahí.

Ximena trata de mantener la calma. No quiere mostrar susto, ni tampoco caer en el regaño.

—Bueno, me acaban de hacer un escáner. Ojalá salga algo, ya me estoy aburriendo de tener estos trastornos sin saber porqué.

—Ojalá, no sea nada.

En eso, entra el doctor a la habitación.

—¿Usted es la señora de Daniel?

—Sí, doctor—responde ella.

—Qué bueno que estés acompañado—se dirige a Daniel—Te mantendremos en observación. Pedí que me trajeran con urgencia los resultados del escáner. Me los traerán internamente, así que te quedarás acá mientras no tengamos algo concreto. Si el escáner sale bueno, te vas de inmediato para la casa.

—¿Si no es así?—pregunta Daniel.

—Lo decidiremos en cuanto estemos en la situación. Por ahora tenemos que esperar.

El doctor se despide y sale de la habitación.

Ximena se sienta a un costado de la camilla y lo queda mirando fijamente.

—¿Llamamos a tu hermana?—le pregunta a Daniel.

—¿Para qué? La vamos a preocupar innecesariamente. Mejor esperemos el diagnóstico.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora, bien.

—¿Y qué sentiste cuando te desmayaste?

—Primero, se me nubló la vista y dejé de escuchar. Es como si se me hubiesen tapado los oídos. Luego, empecé a sudar frío y, finalmente, me desvanecí.

—¿Recuerdas algo mientras estuviste inconsciente?

—Tuve un sueño.

—¿Un sueño?

—Sí. De hecho, hubo un momento en que no sabía si era realidad o sueño.

—¿Y qué pasó en tu sueño?

—Todo comenzó cuando despertaba del desmayo y me atendía un hombre joven que no conocía. Luego, él mismo me dice que era Víctor.

—¿Víctor?

—Yo te conté esa historia de chico. Yo tenía un amigo imaginario con

quien jugaba, hasta que un día dejó de aparecer. Se llamaba Víctor.

—¿Y era él? ¡Qué loco!—exclama Ximena.

—Obviamente, yo también me sorprendí. Me ayudó a ponerme de pie y me hizo pasar a la oficina, pero al entrar parecía un set de televisión, de esos programas de conversación donde el conductor entrevista a un invitado. Estaba oscuro, salvo por una lámpara de pie que iluminaba sólo los dos sillones. Me invitó a sentarme y me hizo un ejercicio de relajación, al menos eso creo. El asunto es que me sirvió mucho, porque al terminar efectivamente me sentía mucho mejor. Ahí desperté de verdad, pero estaba rodeado de toda la gente de la oficina.

—Algo tiene que ver este Víctor con tus conflictos internos.

—Definitivamente. No es casualidad que aparezca ahora cuando me siento mal.

—Bueno, pero ahora no pasa nada grave, así que tranquilo.

Ximena lo abraza y se queda apoyando su cabeza en el pecho de Daniel.



—Daniel...

El doctor se sienta al costado de la camilla. Daniel y Ximena esperan ansiosos los resultados del examen. El doctor saca de un sobre las gráficas del escáner.

—Lamentablemente no tengo buenas noticias—dice el doctor.

A Daniel y Ximena se les alborota el corazón queriéndose salir de sus pechos.

—El escáner muestra la presencia de un elemento extraño en el lóbulo derecho de tu cerebro—prosigue el doctor—Tiene todo el aspecto de un tumor.

Daniel siente como si le tirasen un balde de agua fría en la cabeza y la sensación lo recorre lentamente bajando por la cara, el cuello, el pecho, el vientre, hasta la punta de los dedos del pie. Es una pesadumbre enorme, una sensación de cargar con un peso en los hombros.

—Es de tamaño mediano—continúa el doctor—y probablemente, es el causante de todos tus malestares recientes. Lamentablemente no tenemos forma de saber si es maligno o no, si no es operando.

Inmediatamente aparecen imágenes en la cabeza de Daniel. Se ve calvo, con una tremenda herida que cruza todo su cráneo. Pálido y ojeroso, postrado en una cama sin poder moverse. La sensación es tal que, en este preciso momento, no puede mover ningún músculo de su cuerpo.

—¿Y cuándo sería esto?—pregunta angustiada Ximena.

—Lo más pronto posible. Yo voy a preparar todo para que sea de aquí a dos o tres días más.

—¿Así de pronto?—pregunta Daniel.

—Sí. No podemos perder tiempo. Existen tumores tan agresivos que se ramifican todos los días un poco. Así que hoy te vas a tu casa, descansas y te internamos en cuanto podamos. Hasta ahí no sacamos nada con tenerte aquí. Entonces, prepara tus cosas y nos encontramos en la recepción.

El doctor sale de la habitación y se quedan solos Daniel y Ximena. Ella lo toma de la mano y le dice:

—Todo va a salir bien. Vamos a ponerle fe. Al menos yo estoy segura que no es malo.

—¿Tú crees?—pregunta Daniel.

—Absolutamente.

Ximena le sonríe y eso tranquiliza a Daniel. El verla triste lo habría derrumbado, pero siente su fuerza y lo contagia.

—Está bien. Nada me pasará.



Daniel y Víctor están sentados en la pieza oscura y la lámpara de pie. Daniel mira hacia todos lados. No logra ver más allá de donde llegan sus manos. Tampoco se escucha ruido alguno. Es un lugar muy especial, otra dimensión. Un tanto perturbador, pero pacificador al mismo tiempo.

—¿Has estado en Europa alguna vez?—pregunta Víctor rompiendo el silencio.

—Sí. Una vez fui a Madrid por razones de trabajo.

—¿Qué te pareció?

—Lindo. Me han dicho que no tiene el encanto de otras capitales europeas, pero me pareció más interesante que Santiago al menos.

—¿Qué otro lugar te gustaría conocer?

—Florencia—dice Daniel, sin esconder su fascinación—La cuna del Renacimiento. He visto fotografías y es como andar en un gran museo al aire libre.

—¿Quieres ir ahora mismo?

—¿Ahora? ¿Estás loco?

—Si tú quieres, podemos ir a cualquier lugar desde aquí.

—Bueno, sé que esto es un sueño, por lo tanto debe ser posible—conjetura Daniel

—No racionalices todo—lo regaña Víctor—Cierra tus ojos y vayamos a Florencia.

Daniel obedece, y en el momento que cierra los ojos, una leve brisa golpea en su cara y el interior de sus párpados se ilumina por el brillo del sol. Daniel abre los ojos y se encuentra en una de las callejuelas

de la magnífica ciudad de Florencia. Es de día y mucha gente deambula de aquí para allá. Pareciera un día hábil. Muchos turistas paseando y tomando fotos, tantos como los transeúntes florentinos. Víctor lo va guiando y le muestra los lugares históricos. El puente Vecchio, el duomo, la Piazza D'ella Signoria, la capilla de los Medici. Todo es tan hermoso y está tan bien conservado que Daniel se siente como en la Edad Media o en el Renacimiento. Si no fuera porque la gente viste tal cual como en la actualidad o circulan automóviles por sus estrechas calles, cualquiera pensaría que retrocedió 500 años en la historia.

—¿Te gusta?—pregunta Víctor.

—¡Es precioso!—contesta Daniel fascinado.

—Ahora, sigues tú solo.

—¿Solo?—responde Daniel—¿Cómo solo?

Daniel dice esto, gira su cabeza y no encuentra a Víctor. Ha desaparecido. Y ahí está en medio de la ciudad que él tanto quería conocer. Mira hacia todos lados. No sabe qué hacer. Se acerca a un vendedor.

—Disculpe...¿Me puede decir cómo se llama esta calle?—pronuncia muy lento, de tal forma que el supuesto italiano le entienda.

Pero el individuo, ni se inmuta.

—Perdón—insiste—¿Me puede ayudar?

El hombre no hace el más mínimo gesto de aprobación o reprobación.

—¡Señora!—trata de detener a una señora que camina por la vereda.

Tampoco ella le presta atención. Intenta con una tercera y una cuarta persona. No hay duda, nadie lo puede ver ni escuchar. Apesadumbrado, comienza a caminar sin rumbo fijo. Lo hace con calma, observando todo lo que está frente a él. Se admira de los edificios. De vez en cuando, se detiene y recorre con su mirada un edificio que le parece particularmente hermoso, contemplándolo con detención. Sin darse cuenta, toma un callejón sin salida. Llega hasta el final, se devuelve hasta la primera esquina y ahí se detiene. No sabe hacia dónde enfilar. En la vereda del frente un niño le hace gestos. Daniel mira hacia los costados para ver si es a otro al que está llamando, pero no aprecia a nadie, mientras el niño continúa moviendo su mano indicándole que se acerque. Daniel cruza la calle y se le enfrenta.

—¿Me llamas a mí?—le pregunta.

—Sí ¡venire con me!—le dice en italiano.

Daniel lo sigue. El niño camina con paso firme y rápido. De vez en cuando, lo mira hacia atrás. Daniel está intrigado, pero prosigue tras el niño. Daniel comienza a apurar el tranco hasta quedar mano a mano con el niño. Caminan uno al lado del otro. De pronto, Daniel vuelve su cabeza para mirar al niño y se da cuenta que es él mismo cuando niño. Se detiene, mientras el niño sigue caminando. Al ver éste que Daniel se quedó atrás, también se detiene y lo queda mirando sonriendo.

—¿Che succede?—le pregunta a Daniel.

—Es que...—Daniel duda si decirle que lo ha reconocido—¿Quién eres?

—¿Vas a venir o no?—pregunta ahora en español.

—Pero ¿A dónde vamos?

—Ya verás. No te detengas.

El niño prosigue su marcha y Daniel lo sigue. Al llegar al final del callejón, se encuentran con una plazoleta. Tiene forma circular y está rodeada de hermosos edificios renacentistas, quizás diseñados por Miguel Ángel. En el centro, hay una hermosa fuente de agua. Es una escultura de tres ángeles superpuestos uno sobre otro, de cuyas bocas brota el agua cristalina.

—Ahí, al otro lado de la fuente—dice el niño—encontrarás a una persona.

El niño señala la fuente con la mano.

—Es una persona con la cual estás profundamente resentido. Pero esa persona no lo sabe. Ve y díselo.

El niño le toma la mano y lo impulsa a encontrar a esa persona. Daniel avanza lentamente y se le comienza aparecer una persona sentada en la baranda de la fuente. No logra ver quién es. Tiene tapada hasta su cabeza. Sigue avanzando y se detiene frente a ella. El personaje está cabizbajo y no le ve la cara.

—Disculpe—le dice Daniel.

La persona levanta la cabeza y Daniel descubre que es su madre.

—¿Sí, mi niño?—pregunta ella tiernamente.

—¡Mamá!—Daniel se quiebra y comienza a llorar.

—¿Por qué lloras?—pregunta ella.

—Porque tú estás muerta, mamá.

—¿Mamá? ¿Yo soy tu mamá?

—Sí, eres mi madre.

—¿Estás seguro? ¿Pero yo no estoy muerta? Yo estoy aquí, en este lugar maravilloso.

—Es sólo un sueño—reflexiona en voz alta Daniel.

—¿Quieres decirme algo?—pregunta ella.

—Más que decirte algo, me gustaría que me arrullaras.

—¿Necesitas cariño? ¿Tienes falta de cariño?

—Me habría gustado que me hicieras cariño más frecuentemente.

—No soy muy cariñosa, es verdad—asiente la señora.

—Sí lo eras, hasta que murió papá. Ahí te endureciste y te hiciste impenetrable. Quizás por tratar de ser padre y madre a la vez. Quizás porque el quedar viuda tan joven y con dos niños chicos, te marcó el resto de la vida. Quizás porque te sentías culpable. Fuiste una protectora distante.

—Yo estoy esperando a Héctor.

—Realmente me gustaría que estuvieras con él. Yo siempre tuve esa imagen de que papá, en algún lugar, te estaba esperando.

—Héctor está aquí.

—Me gustaría verlo también.

—¿Tú tienes hijos?—pregunta ella.

—Verdad que no me reconoces, si no sabrías que tienes dos nietos hermosos. Tal cual como yo y Patricia.

Daniel se queda pensando en la similitud de la situación. Él enfermo de gravedad, los niños pequeños, un niño mayor que la niña, una mujer joven que podría quedar viuda. Y se ve reflejado en Cristóbal. La historia se repite.

—No puede ser—dice Daniel en voz alta.

—¿No puede ser qué?—pregunta su madre.

—Que se repita la historia.

Ella sonríe y comienza a ordenarle el pelo con su mano izquierda con mucha ternura.

—Perdóname—dice él.

—¿Por qué?

—Por cobrarte sentimientos. Yo tengo sólo que agradecer todo lo que hiciste. Te sacaste la mugre para que Patricia y yo nos desarrolláramos bien, sin cargas, sin preocupaciones. Faltaron caricias, pero no cariño. Ahora lo entiendo. ¡Qué más cariño que dar todo por los hijos! ¡Y sola para más remate!

Daniel se arrodilla frente a ella y le toma las dos manos.

—Voy a dar la pelea—le dice mirándola a los ojos—No voy a dejar sola a Ximena, al menos por ahora. No estoy preparado aún. No es mi tiempo todavía.

Ella quita sus manos y las pone sobre sus mejillas.

—Eres lindo—dice casi susurrando.

—Gracias, mamita.

Daniel se pone de pie y besa a la señora en la frente y se aleja siempre de cara a ella estirando la mano hasta que se desconectan definitivamente. Daniel se da vuelta y retorna por la calle por donde llegó. Después de unos segundos se vuelve, pero su madre ya no está. A un costado se encuentra el niño, él mismo que mueve su mano despidiéndose. Daniel, levanta su mano saludándolo y emprende el retorno.



—¿Cómo te fue en Florencia?—le pregunta Víctor.

Una vez más se encuentra en la pieza oscura con las dos sillas y la lámpara de pie.

—Creo que bien. Fue un tanto perturbador el sólo imaginarme que pudiese estar resentido con mamá.

—¿Y crees que no es así?

—¡Claro que no!—responde Daniel con énfasis—¿Cómo voy a estar resentido con ella si nos dio todo? No hay nada que reprocharle.

—Pero, por algo apareció en tu sueño—insiste Víctor.

—¡Ah!—exclama Daniel—Reconoces que fue un sueño.

—Tú quieres que sea un sueño. Y mientras no haya un cambio significativo en tu cabeza, no será más que eso.

—Bueno ¿Y cuál es la próxima prueba?

—¿Prueba?—pregunta Víctor.

—Sí, me parece que me estás poniendo a prueba y aun no entiendo el punto.

—Todo comienza en el momento en que empiezas a descuidarte. Descuidas tu salud, descuidas a tu familia, descuidas tus intereses. ¿Te das cuenta que se murió tu madre y tú no le dijiste nunca, te quiero mucho? Por un lado, me dices que no tienes nada que reprocharle, pero tampoco hubo un agradecimiento. La vida pasa frente a nuestros ojos como si fuera una película y uno el espectador, pero en verdad somos los protagonistas y, a diferencia de una película en la cual hay un guionista que tiene pensado el final antes de escribir la historia, el final, en nuestro caso, depende de nosotros. Nosotros somos los guionistas de nuestra propia historia, que es nuestra propia vida. A medida que pasan los años, todo lo que nos pasa, nos va condicionando y nuestras respuestas están teñidas por nuestra experiencia.

Víctor se queda en silencio y Daniel lo mira fijamente sin pestañear.

—Si crees que esto es una prueba—prosigue Víctor—hagámoslo de esa forma y descubramos tus conflictos internos.

—Está bien—asiente Daniel.

—Cierra los ojos—Víctor hace una pausa y continua—Tienes ocho años.

Daniel se sumerge en el recuerdo, trasladándose físicamente a ese momento.

—¿Dónde estás?—pregunta Víctor.

—En mi casa. Estoy en mi habitación. Ahí está mi cama, mis juguetes, mis cuadernos.

Daniel está de pie en el umbral de la puerta de su habitación. Recorre cada rincón con su mirada. Reconoce detalles que quizás nunca notó y si alguien le hubiese pedido que describiese su pieza los hubiera omitido. Lentamente, entra y se sienta en la cama. En el escritorio hay un cuaderno abierto y un lápiz encima de él. Se levanta y corre la silla para sentarse en ella, toma el cuaderno y ve que es el de matemáticas con una tarea inconclusa. Se para y sale de la habitación caminando por el pasillo. Se encuentra con la pieza de Patricia, se detiene frente a la puerta entreabierta. La empuja suavemente, su hermana está dormida. Continúa su recorrido y llega al living. Impecable como siempre, los muebles brillantes, la alfombra mullida, cada cojín cuidadosamente ubicado en su posición. Camina hacia la cocina y asoma la cabeza mirando hacia su interior. Ahí está su madre lavando platos. Uno a uno limpia cada plato, luego los enjuaga y los deja en el secador.

De pronto, Daniel escucha que alguien juega en el patio. Se acerca hacia

la ventana y se ve a sí mismo jugando fútbol. Corre de un lado a otro, eludiendo rivales imaginarios y relatando las acciones como comentarista de radio. Mete goles y los celebra de rodillas mirando hacia el cielo con los puños cerrados y los brazos estirados. Muy silenciosamente, se desplaza buscando la puerta que da hacia el patio. Cuando la encuentra, sale sigilosamente. En eso, la pelota cae en el techo. El otro Daniel acerca una mesa frente a la ventana y se sube con una escoba en la mano tratando de alcanzar con ésta la pelota.

—¿Te ayudo?—Daniel le ofrece ayuda a su otro yo, casi sin poder controlarlo.

No lo pensó, no lo cuestionó, sólo lo dijo. Su otro yo se sorprende y le pregunta:

—¿Quién eres?

—Mira, pongamos esta banca en vez del tarro, o si no te vas a caer—Daniel no contesta la pregunta.

—¿Cómo entraste?—insiste ante su desatención.

—Si quieres, yo me subo—le propone Daniel.

—¡Pero está muy alto! Yo no alcanzo—contesta su otro yo.

—Hazme caso. Pongamos la banca y deja que suba yo.

Entre los dos suben la banca a la mesa y tomando la escoba, Daniel se para sobre ella y empieza a mover la escoba de un lado a otro tratando de alcanzar la pelota.

—¡Ahí la toqué!—grita entusiasmado.

—¡Trata de tirarla para acá!—le dice su otro yo.

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ya está! ¡Chuta, se me escapó!

En ese momento, Daniel hace un movimiento un tanto brusco, lo que hace que la banca se corra, provocando su caída estrepitosa sobre su otro yo, quien al verlo precipitarse hacia él, giró cayendo de boca al suelo.

La mamá de Daniel al escuchar el estruendo, salió corriendo al patio, encontrándose con su hijo tendido en el suelo sangrando profusamente de la nariz y boca.

—¡Pero Daniel, qué pasó!

—¡Es que queríamos sacar la pelota del techo y se cayó sobre mí!—contesta el otro yo llorando.

—¡Te rompiste la nariz! ¡Ya, ven! Vamos al tiro al baño a lavarte esa cara. ¡Cuántas veces te he dicho que no debes subirte a ninguna parte! ¡Un día te vas a sacar la cabeza, niño!

—Pero, si fue ese niño quien se subió y cayó sobre mí—trata de justificarse.

—¡Qué niño!

—Ese.

El otro yo giró para mostrarle a su mamá a Daniel que supuestamente también se habría hecho daño.

Daniel siente como late su corazón fuertemente. Su mamá mira hacia

donde está él en silencio, pero parece no verle.

—¿De qué estás hablando?—pregunta la mamá—Bonito sería que te pusieras mentiroso ahora. Tú no eres mentiroso.

—Mamá, un niño apareció y me dijo que él sacaría la pelota, ¡Y lo hizo! ¡Ahí está! ¿Ves?—responde el otro yo afligido.

—¡Ya cállate! ¡Límpiate la cara! Le contaré todo a tu padre, incluyendo tus mentiras.

Daniel es espectador de la situación. Su mamá toma a su otro yo del brazo y lo entra a la casa. El chico antes de entrar, gira su cabeza y lo queda mirando. Daniel está ahí parado en el patio, solo, paralizado, en silencio. Su vista se nubla y todo de repente se oscurece. Agacha la cabeza y cuando la vuelve, está sentado en la pieza oscura con las dos sillas y la lámpara de pie, pero esta vez solo.



Daniel abre los ojos. Está en una habitación de la clínica. Ximena está a su lado sentada en un sillón. Ésta, al percatarse que Daniel está despertando, se incorpora y se acerca.

—Hola, mi amor—dice tiernamente—¿Cómo te sientes?

—Bien—contesta Daniel—¿Qué pasó?

—Todo salió bien—contesta Ximena—La operación fue un éxito. Te sacaron esa cosa de la cabeza.

—¿Qué dicen los doctores?

—Hay que esperar la biopsia. Ahí sabremos qué tipo de tumor es.

—¿Y eso cuánto tomará?

—15 días.

—¿Tanto?

—Sí. Lo que pasa es que se cercioran bien, para no dar pasos en falso.

—¿Cuánto duró la operación?—pregunta Daniel con voz lánguida por los efectos de los medicamentos.

—8 horas.

—¡Que larga! ¿Y tú estuviste aquí todo ese tiempo?

—Por supuesto. Cada minuto, cada instante. Claro, no en el quirófano, pero sí en la sala de espera.

—¿Y los niños?

—En casa con mamá.

—Quiero verlos.

—Más tarde. El doctor dijo que descansaras y prohibió las visitas por ahora. Ya mañana podrán verte ellos y el resto de la gente.

—Tengo sed.

—Tranquilo. Llamaré a la enfermera para ver qué se puede hacer al respecto.

—¡No te vayas!—suplica Daniel.

—Sí, no te preocupes, no me iré de tu lado. Descansa.

Ximena, con su mano, le cierra los ojos a Daniel para que duerma.



Es de noche y apenas se ven destellos de luz desde la ventana y el pasillo de la clínica. Daniel está despierto y distingue una silueta sentada en el sillón.

—¿Ximena?

—No, soy Víctor.

—Víctor—dice un tanto desilusionado.

—Ximena está descansando. Le acomodaron una cama a tu costado.

Daniel mira hacia el otro lado y comprueba que Ximena duerme.

—Está muy cansada—dice Víctor—Ha estado todo el día aquí y casi no ha comido.

Daniel mira hacia el techo, le duele mucho la cabeza y, por primera vez, comienza a sentir su cuerpo.

—Ella te quiere mucho—dice Víctor.

—¿Qué?—contesta Daniel distraído.

—Ximena te quiere mucho.

—Lo sé. Me preocupa un poco. ¿Y si el tumor es maligno? No quiero ser una carga para nadie. No quiero lástima ni compasión.

—La única lástima y compasión que debes superar, es la que sientes tú por ti mismo.

—¿De qué hablas?

—No sólo ahora, sino toda la vida, has tenido lástima de ti mismo. Sientes que la vida ha sido injusta, tienes temor de la muerte porque has vivido eternamente con temor. Por eso, cuando eras niño, te dije que yo estaría contigo hasta cuando ya no me necesitaras. Y así fue, pero tuve que volver.

—¿Me dices que yo te llamé?

—Obviamente no es un llamado verbal. Es un pedido de ayuda silencioso, que sólo yo pude captar.

—¿Cuándo sabré de verdad quién eres tú?

—¿Cuándo sabes cuánto es suficiente?—contrapregunta Víctor—Cuando ya es demasiado.

—No entiendo.

—Muchas veces, las respuestas uno las encuentra no cuando las busca, sino cuando comprende la raíz del motivo que las genera.

—Debo comprender la raíz del problema entonces—reflexiona Daniel.

—Exactamente—responde Víctor—Yo estoy aquí para ayudarte.



Daniel está frente a la colina que ya ha subido en dos oportunidades. Es temprano en la mañana y el sol deja caer sus rayos con fuerza. Daniel sube por el sendero que ya reconoce perfectamente. Llega a la cima y se sienta a contemplar el paisaje. De pronto, escucha una voz muy cerca de su oído.

—Él está aquí.

Daniel se sobresalta y mira hacia todos lados y no ve a nadie. Gira en 360° y cuando vuelve a su posición original, se encuentra cara a cara con su padre.

—Hola Daniel—le dice este.

—¿Papá?

—Sí. ¿Cómo estás?

—Enfermo—contesta Daniel.

—¿Por qué?—pregunta el papá.

Daniel duda un momento y luego responde.

—Tenía un tumor en la cabeza. Me lo sacaron, pero puede ser cáncer, así que debo esperar.

—¿Y tú mamá?

—¿Mamá no está contigo?

—No.

—Ella murió hace un par de meses.

—Entonces, está bien.

—¿Eres tú... o una imagen en mi cabeza?

—¿Estás casado?—el padre no contesta la pregunta.

—Sí. Tengo dos hijos, igual que tú. El mayor se llama Cristóbal y la niña, Catalina.

—Bonitos los nombres.

El papá de Daniel mira hacia el valle y luego le pregunta:

—¿Y qué haces aquí?

—Nada. Me gusta este lugar. Me da mucha paz y, a veces, encuentro respuestas a las preguntas que me hago. Por ejemplo, qué hubiera pasado si hubiese crecido junto a ti y hubieses conocido a mis hijos. Si hubiésemos compartido los domingos una cerveza y conversado de fútbol o simplemente habernos sentado a escuchar música. Tengo toda la música que te gustaba a ti. De vez en cuando la pongo.

Daniel se queda callado y lo mira fijamente.

—¿Por qué me dejaste?—le pregunta mientras cae una lágrima sobre su mejilla.

—No te dejé. Enfermé, lamentablemente me dejaron de ver. Pero yo estaba siempre ahí. Cuando tu madre decaía, ahí estaba yo para darle fuerza. Le hablaba en sueños o mientras descansaba y siempre me hacía caso. Así es como salió adelante. Contigo también hice lo mismo.

—¿Y por qué no lo hiciste mientras vivías?

—Porque uno comete errores, se deja llevar por el inmediatezismo y no piensa más allá de lo que tengo que hacer mañana. El trabajo consume,

el sistema consume. El prestigio, el éxito, el dinero. Todo confabula para que uno esté ennegrecido.

—A mí me pasa lo mismo—dice Daniel.

—Si crees que te hice falta, no hagas lo mismo tú con Cristóbal y Catalina.

El padre de Daniel se acerca y lo abraza fuertemente. Daniel apoya la cabeza sobre su pecho y siente el calor que se transmite de un cuerpo a otro. Daniel lo ha perdonado. No fue su culpa ¿Cómo va a ser culpa de uno el enfermarse? Bueno, sí, cuando uno descuida los sentidos.

—Me tengo que ir—dice el padre de Daniel.

—No te vayas—suplica Daniel.

—Debes cuidar a tus hijos junto a Ximena. Yo estaré siempre contigo.

Daniel lo abraza y luego de unos segundos, se da cuenta nuevamente que está solo, pero de una u otra forma se siente fortalecido.



Catalina y Cristóbal entran en la habitación de la mano de Ximena. Daniel trata de sentarse, pero no puede.

—¡Mis niños lindos!—exclama.

—Denle un beso al papito—dice Ximena.

Cristóbal abraza y le da un beso a Daniel, Catalina como es más chiquita necesita de ayuda. Ximena la toma en brazos y le da un beso muy jugoso a Daniel.

—¿Te duele la cabeza, papá?—pregunta la niña.

—Un poquito, pero sólo a veces—responde Daniel—¿Cómo va el colegio?

—Bien—responde Cristóbal—ayer no quise ir porque estaba un poquito nervioso.

—No te preocupes—le dice Daniel—parece que salió todo bien, así que pronto estaremos todos juntos en la casa.

—Yo me saqué 2 setes—dice la niña.

—¡En serio!—exclama Daniel—qué bueno, mi niña, me alegro mucho.

—Ya, ya—dice Ximena—era sólo un ratito porque el papá no puede hacer ningún esfuerzo y ya conversar, lo cansa.

—¿Pueden quedarse?—pregunta Daniel—pueden ver televisión y estar calladitos. Me gustaría que estuvieran aquí.

—No, Daniel—responde Ximena—el doctor lo prohibió. Dijo que debía ser sólo un momento. Ya tendremos más tiempo para que estén acá.

—Bueno—dice Daniel resignado—Un beso grande, mis niños.

Cristóbal y Catalina se despiden y salen de la habitación. Daniel se queda una vez más, solo.



—¿Cómo estás?—Le pregunta Víctor a Daniel.

—Mal. Me siento muy mal. Tengo náuseas, pero no puedo ni siquiera ir al baño.

—Tuviste un encuentro con tu padre.

—Sí, y fue lindo, porque nunca había tenido una imagen tan nítida de él. Estaba tan chico cuando murió, que su cara sólo existía en fotos.

—¿Cómo te sentiste después de eso?

— Súper bien. En paz.

—¿Recuerdas cuándo murió?

—Sí, aunque sin detalles. Los recuerdos son borrosos.

Daniel ya no siente malestar y le pide a Víctor que levante levemente la camilla. Éste lo hace sin dejar a Daniel sentado, pero tampoco acostado del todo.

—¿En qué pensabas cuando pasó?

—¿Cuándo murió papá? La verdad es que no tenía mucha noción de lo que pasaba. Lo que sí, no me gustaba que mamá llorara. Ya cuando estaba enfermo, jamás pensé que podía ser tan grave como para que se muriese. El día que lo llevaron al hospital, llegaron mis tíos y a mí me sorprendió. Yo les abrí la puerta y me preguntaron por papá y yo les respondí “súper bien”. Luego, llegó mamá, los abrazó y se puso a llorar y ahí entendí que algo andaba mal. Al día siguiente papá murió.

Daniel hace una pausa y los dos quedan en silencio durante varios segundos.

Daniel se traslada al funeral de su padre. Se ve a sí mismo junto a su madre de la mano. Su madre está llorando mientras la gente la saluda. Daniel tiene el mismo aspecto que tenía en ese tiempo. Camina tras su otro yo, y no le pierde el paso. Lo mira y se da cuenta de su confusión. El chico mira el suelo, mira a su madre y no le suelta la mano en ningún momento.

También están sus tíos, hermanos del papá y de la mamá. Varios de ellos también lloran y, de vez en cuando, abrazan a su mamá.

Daniel se instala justo al lado de su otro yo y, nuevamente sin poder controlarlo, dice:

—¿Por qué lloran todos? Él está bien, ahora está muy bien.

Su otro yo lo queda mirando y luego vuelve la cabeza hacia la madre. Daniel se corre y se coloca al otro lado de su madre y también le toma la mano. Ella suspira profundamente y deja de llorar.



—¿Todavía estás aquí?—Le pregunta Daniel a Víctor.

—Sí.

—¿Qué hora es?

—Es de noche.

Han pasado 6 días desde la operación y ya se siente mejor. El doctor le dijo que podría irse al día siguiente manteniendo los resguardos pertinentes. Será una espera larga. Queda más de una semana para saber, a ciencia cierta, qué tipo de tumor tenía. Si bien tomó la decisión de dar la pelea, no sabe bien con quién está peleando.

—Tú que lo sabes todo—le dice a Víctor—¿Por qué no me dices el resultado de la biopsia y terminamos con esto?

—¿Quién te dijo que yo lo sabía todo? Los resultados son un tema científico. No se puede predecir ni adivinar.

—¿Qué tipo de vida llevaré ahora?

—¿Qué tipo de vida has llevado hasta ahora?—Víctor contesta con una pregunta.

—¿Mi vida...? Mi vida ha sido buena. Pareciera que no me falta nada. Me gustaría tener más tiempo para mi familia y para mí mismo. Trabajar 10 o más horas es inhumano y todo por mantener un cierto nivel de vida. Lo peor es que recién ahora puedo vivir en una casa mía y en realidad es la que compraron mis padres. Tanto esfuerzo y nada es mío de verdad.

—¿Y tú mides tus logros según los bienes que posees?

—Bueno, es un parámetro y es el que más se usa. Según lo que tienes es cómo te ha ido en la vida.

—¿De verdad crees eso?—pregunta Víctor.

—¿Importa lo que yo creo?

—Sí.

—Después de esto, tengo mis dudas. Me he dado cuenta que a mi vida le falta sustancia. Es una vida correcta, limpia. Pero...es un tanto vacía. Lamentablemente no sé lo que le falta. Porque más que una evidencia, es un sentir.

—¿Cómo registras ese sentir?

—¿Cómo es eso?

—El registro es una imagen asociada a una sensación en el cuerpo. Cada vez que recuerdas o piensas en algo, la sensación también se reproduce.

—Creo que es como un apretón de estómago. Trato de pensar en mi vida actual, se me aprieta la guata y huyo. Así que no hago nada. Prendo el televisor, trabajo y trabajo, duermo, etc.

—En estos días has tenido experiencias interesantes ¿Qué podrías rescatar de esto?—pregunta Víctor.

—Que no quería que pasase algo tan dramático como lo que me está pasando para hacer un cambio en mi vida.

—¿De qué cambio estás hablando?

—No veo a la gente. No sé lo que pasa a mi alrededor. Porque si este show

que se llama vida continúa...me gustaría llevarla de manera diferente. Me siento prisionero de lo que tengo que hacer. Yo trabajo en algo para lo cual estudié, pero no lo disfruto si se me va la vida sin darles un abrazo y un beso a mis hijos y a mi señora. Las caras de la gente en la calle son caras serias, sombrías, tristes, como creo que se ve mi cara cuando vuelvo a casa. Algo mal está pasando que toda la gente tiene el ceño fruncido, está cansada, está violentada y usa la violencia como forma de relacionarse con los demás.

—¿Te gustaría hacer algo al respecto?

—Sí. Pero...¿Y si me muero en los próximos meses?

—No depende de eso.

—¿No?

—No. Depende de la muerte, si la muerte realmente existe ¿Pero quién dice que la muerte existe?

—Si hay algo seguro, como se dice por ahí, es que todos morimos algún día.

—La muerte es algo no seguro. Por lo tanto, a pesar de ella, tú puedes tomar una decisión radical. Y esa decisión tiene que ver con la intención profunda de renovar tu propia vida y por qué no... la de los que te rodean.

—Me gustaría tener fe.

—La fe es algo que se puede madurar.

—¿Tengo tiempo para eso?

—Todo el tiempo necesario.

Daniel cierra los ojos y reflexiona acerca de este tema. Se conecta consigo mismo hasta sentir su corazón y todo su cuerpo funcionando. La sangre corriendo por venas y arterias; impulsos eléctricos transmitiéndose por los nervios, el aire entrando por sus narices y recorriendo todo hasta llegar a los pulmones, los cuales se hinchan rítmicamente. Ahí, existe vida.



—¡Con cuidado, con cuidado!

Ximena dirige a los paramédicos que conducen a Daniel en una silla de ruedas hacia la entrada de la casa. Daniel tiene su cabeza vendada y permanece sentado totalmente erguido. Los enfermeros recorren toda la casa con Daniel hasta llegar al dormitorio. Ahí lo toman en brazos y lo acuestan en la cama. Luego de esto, los paramédicos se retiran.

Cuando Ximena vuelve, lo acomoda bien usando varios cojines tras la espalda de Daniel hasta dejarlo prácticamente sentado.

—¿Te traigo algo?—Le pregunta.

—Agüita.

En esto, aparece Patricia junto a su marido.

—Hola, hermano ¿Cómo estás?

—Bien...creo—responde Daniel.

—Estás rosadito—le dice Juan, su cuñado, dándole una suave palmada en la mejilla.

—No me miren con lástima—reclama Daniel.

—No es lástima, Daniel—dice su hermana—Estamos preocupados y queremos atenderte y darte ánimo.

—Lo sé—responde un poco arrepentido.

Daniel está molesto, pero no quiere ser agresivo. Está sumido en un estado de tensión. Han sido muchas las sensaciones por las que ha pasado, incluyendo los aspectos físicos implicados en una intervención al cerebro.

—¿Hasta cuándo se quedarán?—Daniel le pregunta a su hermana.

—Juan se vuelve mañana a Antofagasta y yo me quedaré cuanto sea necesario. Quiero quedarme hasta saber bien qué es lo que tienes.

Daniel la mira con ternura y se le llenan los ojos de lágrimas. Patricia se acerca y lo abraza, también se quiebra y así se quedan varios minutos mientras Juan los mira en silencio. Ximena vuelve con el vaso de agua.

—¡Ya, amor!—dice--¿Quieres descansar?

—No—responde Daniel—quédense conmigo un rato. No quiero estar solo. Daniel sabe que estando solo puede encontrarse con Víctor. Está un tanto agotado de los ejercicios que le propone Víctor, aunque siente que ha avanzado en la comprensión de su situación.

—¿Quieres ver televisión?—le pregunta Ximena.

—No. Quiero estar tranquilo.

—¿Qué tal la vida en la casa?—pregunta Patricia cambiando de tema.

—Bien—responde Ximena—No hemos tenido mucho tiempo para descansar, porque primero la arreglamos, luego nos cambiamos y, al poco tiempo, Daniel comenzó con los malestares.

—De todas maneras pasan cosas cuando uno se cambia de casa—dice Juan—Cuesta acomodarse un buen tiempo. Uno va haciendo de su vida una rutina y el cuerpo y la mente se acostumbran. Cuando se hace un cambio de un día a otro, incluso los caminos a la pega son diferentes y uno se confunde.

—Es cierto—asiente Ximena—Todo es diferente. Hasta la cantidad de luminosidad, el lado hacia donde uno se levanta en la mañana, los tiempos. ¡Qué increíble los desajustes por un simple cambio de casa!

—A lo mejor sería bueno cambiarse de vez en cuando de casa—dice Daniel

—Es mucha joda—responde Patricia.

—No. Mira, cuando te cambias debes botar todo lo que has guardado y que no sirve para nada, debes romper con la rutina de los viajes, como dice Juan, y todo eso puede incluso llevar a cuestionar tu estilo de vida.

—¿Y ustedes han cuestionado su estilo de vida?—pregunta Patricia.
—Daniel, principalmente—responde Ximena.
—Me han pasado cosas en la cabeza—dice Daniel.
—Bueno, te sacaron una bola de carne—dice Juan.
—Cierto—responde Daniel apuntando a Juan con el dedo índice.
—A lo mejor has estado pensando tanto, que el cerebro te reclamó—reflexiona Patricia.
—Puede ser—dice Ximena—Yo pienso que las cosas no son tan casuales. Incluyendo las enfermedades. Los tumores deben tener una raíz psicológica importante.
—Yo también pienso lo mismo—dice Patricia.
Ahí están los cuatro. Las mujeres sentadas en el borde de la cama y Juan de pie junto a la puerta. Conversan horas, mientras Daniel cada vez participa menos. Al final, el mismo Daniel pide descansar. Ximena le acomoda los cojines y Daniel se apresta a dormir. Patricia y Juan salen de la habitación y Ximena se queda a un lado mirándole sin despegar sus ojos del perfil de Daniel hasta que se queda dormida junto a él.



Daniel está de pie haciendo la cola para entrar al estadio. Hoy es el recital de ese grupo que es su predilecto y que hace mucho tiempo estaba esperando. No pasó un día desde que las entradas se pusieron a la venta, y él obtuvo la suya. Algunos de los fanáticos acamparon en el lugar y otros llegaron desde tempranas horas del día para obtener la mejor ubicación. Daniel espera con paciencia la hora en que abran las puertas. Hace calor y el señor que vende bebidas heladas se hace la América y, luego de un par de paseos, queda sin una sola botella para vender.

—¡No se preocupen que luego vuelvo con más!—dice el caballero ante la demanda de más bebidas.

De pronto, la gente comienza a correr y la cola ya no sirve de nada, al parecer han abierto las puertas. Daniel corre al igual que los demás y llega a un embotellamiento de personas que se hace justo en el acceso del estadio. Ahí debe soportar empujones y pisotones. Lentamente llega hasta el control donde le cortan la entrada. Ya en el interior del recinto corre presuroso hasta llegar a un segundo control donde le cortan otra sección de la entrada, quedando con sólo un talón en la mano. Ahora la situación es más calma e ingresa a la cancha del estadio. Ahí se aprecia el escenario imponente y las largas torres de parlantes a sus costados. La gente se agolpa en la reja inmediatamente al frente del escenario. Daniel se instala más atrás donde está más despejado y se sienta en el

suelo a esperar la hora del show. Las horas pasan y el recinto se llena de a poco. Se esconde el sol y se encienden las torres de iluminación del estadio. La cancha está llena y Daniel comienza a sofocarse rodeado de gente por lo que decide ponerse de pie. Ve cómo se hacen pruebas técnicas desde el escenario, cada vez que se enciende alguno de los halógenos la gente aúlla. De pronto, las luces del estadio se apagan y el recinto queda totalmente oscuro. La gente grita y enciende sus celulares y encendedores como si fueran antorchas. Se escucha un potente sonido desde el escenario de una guitarra eléctrica ante el delirio de los asistentes y, de pronto, aparece la banda y el estadio se ilumina gracias al poderoso sistema instalado en el recinto. La gente comienza a saltar y es imposible permanecer quieto. La banda inicia el show con su canción más popular, un verdadero clásico, la cual es cantada con efervescencia por la gente. El espectáculo se desarrolla normalmente con una canción tras otra. En un momento, la banda se queda en silencio y la gente deja de saltar y queda un tanto desconcertada. Se aprecia que el cantante habla con uno de sus asistentes. Las luces bajan, salvo un cenital que gira y alumbra hacia el sector donde está Daniel.

—¡Hey, tú!—grita el cantante.

La gente comienza a mirar hacia todos lados tratando de ubicar a la persona a la cual se estaba dirigiendo el vocalista.

—¡Hey, tú!—repite el músico—¡Sí, tú, Daniel!

El foco se cierra y queda alumbrando una pequeña área alrededor de Daniel, quien se queda petrificado, mientras la gente se da vuelta y lo queda mirando fijamente en silencio.

—¡Daniel!—insiste el cantante—¡Ven! ¡Sube al escenario! ¡Te estábamos esperando!

La gente comienza a abrirse y hace un camino para que pase Daniel. Éste no entiende lo que pasa y no sabe que hacer.

—¡Ven, Daniel! ¡Sube al escenario!—sigue diciendo el cantante.

—¡Vamos, Daniel, ve al escenario—le dice un extraño dándole palmadas en el hombro.

Daniel camina por el pasillo de gente, lento, incrédulo. Se acerca de a poco al escenario hasta la reja que separa al público de éste. Dos grandulones lo toman en brazos, lo pasan sobre la alta reja y lo dejan sobre el escenario. El cantante se acerca y le da un abrazo fuerte. Y le dice al oído...

—Tranquilo, aquí tenemos sólo amigos.

El cantante lo conduce al centro del escenario y habla por el micrófono.

—¡Démosle la bienvenida a Daniel con un fuerte aplauso!

La gente aplaude con fuerza, con vítores y expresiones de apoyo tal cual como si fuera una estrella de rock.

—Los que están hoy aquí—le dice el cantante a Daniel—son tus amigos, tus familiares y toda la gente que has conocido durante tu vida.

Daniel se queda mirando a los espectadores y divisa por supuesto a Ximena, Cristóbal y Catalina, sus padres, Patricia, todos sus tíos, incluso aquellos lejanos que ve muy de tarde en tarde. Están sus amigos también, sus compañeros de colegio, sus colegas de trabajo, sus vecinos de la infancia y de grande. Todos parecen sonreírle.

—Aquí están todos—dice el cantante—Aquellos con los que has compartido buenos y malos momentos, los que te dieron una alegría y los que te ofendieron, los que tú les diste alegrías y los que alguna vez tú los ofendiste. Ahí están todos, esperando que digas lo que tienes que decir.

Daniel se acerca al micrófono y lo toma con la mano.

—¿Hola?—dice como probando si funciona o no—Hola, no sé qué decir.

Daniel se rasca la cabeza y titubea. Mira hacia sus costados y se da cuenta que está solo parado en el escenario.

—No entiendo mucho lo que pasa. Pero si están aquí para escucharme trataré de decir algo con sentido. Yo vine a ver un concierto de rock, de mi grupo favorito. De pronto, me veo frente a ustedes dando un discurso, una declaración.

Daniel suspira y luego continúa.

—Me imagino que no todos saben que estoy enfermo. Sí, estoy enfermo y puedo morir en los próximos meses. Ha sido muy difícil, porque hasta algunas semanas todo estaba aparentemente bien y todo se ha precipitado. He estado trabajando el tema con la ayuda de un amigo y creo que ésta es una prueba más de mi preparación a la muerte.

He pasado muy buenos momentos con todos ustedes y sé que en más de alguna oportunidad los ofendí profundamente también. He tratado de ser una buena persona y sin duda he sentido admiración por algunos y también envidia de otros, los he querido desde lo más profundo y a veces también los he odiado. En este momento, recuerdo los mejores momentos de mi vida y aparecen muchos de ustedes compartiendo conmigo esas alegrías. También recuerdo los momentos tristes, esos momentos que se bloquean, se esconden, se niegan y hay algunos presentes y otros que me dieron la espalda. Pero con todas esas luces apuntándome y todos ustedes mirándome, me doy cuenta que soy yo el juzgado y no ustedes. Así que más que yo dar una declaración debieran ser ustedes los que digan todo lo que me tienen que decir.

Daniel da un paso hacia atrás alejándose del micrófono y se queda en silencio esperando que algunos de los asistentes digan algo.

—¡Yo tengo algo que decir!—dice alguien levantando el brazo.

Es Manuel, un amigo de la infancia de Daniel, fue su compañero de curso y vecino también.

—¿Recuerdas esa vez que le contaste a todo el mundo un secreto que yo te había confiado? Luego de eso todo el mundo hablaba de mí y yo me sentí muy mal. Nunca te perdoné, hasta hoy. Pues bien, yo...te libero.

—¡Yo también quiero decir algo!—dice otro.

Es Juan Carlos, un primo de Daniel.

—Yo quiero agradecerte todos esos veraneos inolvidables que pasamos en la playa cuando éramos chicos. Por compartir tus sueños y tus sentimientos, muchas gracias.

—Yo—dice Mariana, su primera polola—Daniel, quiero decirte que eres una persona maravillosa, sensible, transparente. Yo recuerdo con mucha dulzura los momentos que viví contigo. Muchas gracias.

—Hijo mío—dice el padre de Daniel—Yo quiero decirte que te amo, que hubiese querido vivir más para disfrutar de ti, tu hermana y mis nietos. Lo siento por no haberte acompañado en tu crecimiento. Perdóname por favor.

—Papá—dice Cristóbal—yo quiero decir que eres el mejor papá que hubiese querido tener. A veces pienso que podrías trabajar menos y así poder jugar fútbol conmigo, pero no importa, yo te quiero igual.

—Papá—dice muy suavemente Catalina—Yo te quiero mucho.

Daniel está conmovido, no puede decir palabra alguna, si no, se quiebra y no quiere hacerlo.

—Daniel—dice una persona que no reconoce—Quizás no te acuerdas de mí, pero yo sí de ti. Porque me cagaste la vida, al menos eso creía yo. En una oportunidad me dijiste que no servía en mi trabajo y que buscara otro oficio. Yo venía recién saliendo de la escuela y me derrumbé. Pero después decidí tomar una revancha, no contigo sino con mi autoestima. En realidad, yo no era tan bueno, pero no puedes decir así las cosas. Al final, la experiencia me sirvió para creer en mí y en mis habilidades y no hacerle caso al primer pelotudo que te tira para abajo. Ahora ya no me importa.

—Daniel—interviene Ximena—Yo sé que no lo hiciste a propósito. Son las cosas de las cuales uno no se da cuenta y dañan a las personas que nos rodean. Tú has sido la persona más importante en mi vida, el padre de mis hijos, mi compañero, mi amigo, mi amor. Eres una persona maravillosa, transparente, sensible, inteligente, honesto. Gracias por quererme, gracias por existir y por hacerme ser parte de tu vida. Te amo.

Daniel le envía un beso con la mano y le sonríe.

Casi instintivamente su mirada se dirige hacia su madre, quien aun no interviene. Ella sólo lo mira tiernamente.

—Y tú, mamá ¿Qué tienes que decir?—dice Daniel frente al micrófono.

La señora toma aire profundamente y dice...

—Perdón—se queda en silencio unos segundos—Perdóname por ser tan dura, tan fría, poco cariñosa, distante. Pero bueno, me vi sola en esta vida, muy joven con niños muy chicos y tenía que apechugar y enfrentar la vida. Tú eres mi niño, mi niño lindo. Siempre tan callado y tranquilo, misterioso, excelente estudiante y un hermano amoroso. Yo no quería que sintieras mi soledad, mis preocupaciones, mis sufrimientos, quizás con esa actitud también escondí mis alegrías y nunca te dije cuánto te

quería. Estoy muy orgullosa de ti, tu familia, tu esposa, mis hermosos nietos. Y quiero que estés tranquilo, porque lo has hecho muy bien en esta vida.

Es una despedida, piensa Daniel, y agacha la cabeza, porque siente que, de esta manera, se le está avisando que su muerte es inminente.

–Voy a morir—dice en voz alta.

–La muerte no es algo seguro, como ya te dije—le dice Víctor que aparece a su lado.

–Se están despidiendo—le contesta Daniel.

–De una u otra manera, sí, pero también se están reconciliando contigo, es decir, tú te estás reconciliando con todos ellos y tú te estás despidiendo de un Daniel que dará paso a otro Daniel fortalecido.

Daniel mira a toda la gente y siente un alivio al ver que todos le sonríen, incluso aquellos que le reclamaron algo. Es cierto, se está reconciliando con todos.

–Ven—le dice Víctor y lo toma del brazo.

Daniel y Víctor bajan del escenario y caminan por el centro de la cancha, mientras todos le hacen un camino. Los más cercanos y queridos lo saludan y le estiran la mano. Daniel responde el saludo y toca casi rozando cada mano que se le acerca. Poco a poco los va dejando atrás y de vez en cuando mira hacia ellos y los ve alejarse, mientras va entrando en un camino oscuro que apenas le deja ver su destino. Unos metros más y sale del estadio y se encuentra en un lugar baldío, parece una larga pradera oscura. A lo lejos, se aprecia un destello. Víctor camina a su lado, un paso delante de él. A medida que camina, se da cuenta que el destello es una gran fogata y algunas personas bailan alrededor de ella. Parecen ser aborígenes en un rito ceremonial.

Víctor se detiene y Daniel junto a él.

–Ve con ellos—le dice Víctor, y le indica con la mano que avance.

Daniel le hace caso y camina lentamente. Cada par de pasos mira hacia atrás a Víctor. Él permanece quieto, tranquilo, sonriendo.

Daniel se acerca cada vez más al ritual. Efectivamente son indígenas, pero no reconoce ninguna etnia en particular. Cuando ya está muy cerca, los tambores se silencian y los bailarines se detienen y lo quedan mirando fijamente. Daniel rodea la fogata, los indígenas lo siguen con la mirada y giran siguiendo cada uno de sus pasos. Al otro lado de la fogata, hay un anciano sentado en el suelo. Uno de los indígenas se acerca a Daniel, lo toma del brazo y lo guía hacia el anciano y le indica en un idioma que no logra entender que se siente al lado de él. Daniel hace todo lo que le indica y se queda mirando al anciano. Su tez es oscura, el pelo largo y sus arrugas, gruesas. Su mirada está fija en las llamas y no pestañea. De pronto redirecciona su mirada hacia los ojos de Daniel. Éste se siente cohibido y baja la mirada.

–¿Quién eres?—le pregunta el indio en español.

–Mi nombre es Daniel...

—¡No!—lo interrumpe el anciano—Te pregunté quién eres.

Daniel se queda un tanto descolocado. Él creía que estaba respondiendo la pregunta. Se queda en silencio y reflexiona acerca de la pregunta.

—Soy un hombre confundido. Soy padre, marido e hijo. En realidad, no sé quien soy.

—¿Y qué haces aquí?—le dice el anciano.

—No lo sé. No entiendo. Creo que estoy buscando respuestas.

—¿Has estado revisando tu vida?—Daniel asiente con su cabeza--¿Cómo ha sido tu vida?

—Buena—responde Daniel luego de un silencio—Me he dado cuenta que mi vida ha sido buena.

—Pero no estás contento.

—Sí, estoy contento por mi familia, por mis hijos. Pero creo que mi vida ha pasado inexorablemente.

—Eso crees tú. ¿Cuánta gente había en el estadio?

—No lo sé. Había una multitud.

—Esa multitud es toda la gente sobre la cual has influido y quienes han influido en ti. Quizás, si intencionaras y estuvieses atento a eso, podrías hacer algo diferente, pero no digas que tu vida ha pasado inexorablemente.

Daniel escucha en silencio.

—Cierra los ojos—le pide el anciano.

Daniel obedece y se queda así en silencio sintiendo en su cara el calor del fuego.

—Escucha en tu interior—dice el anciano.

Daniel agudiza sus sentidos, siente cómo recorre una onda eléctrica desde su cabeza a los pies. Escucha sus latidos del corazón y cómo fluye el aire al respirar.

—¿Qué es la muerte para ti?—pregunta el anciano y se queda en silencio.

—Hasta unas semanas, la muerte era el fin de la vida. Hoy, creo que la vida y la muerte se unen una y otra vez. Por ahí alguien dijo, yo muero mil veces durante mi vida. Siento que estoy por morir y no tengo miedo.

—¿Qué es la trascendencia?—hace otra pregunta el anciano.

—¿La trascendencia?—Daniel suspira—Acabo de darme cuenta que la trascendencia no empieza con la muerte sino con la vida.

—¿Cuál ha sido el sentido de tu vida?

—No he tenido un sentido de vida específico.

—¿Cuál es el sentido de tu vida ahora?

—Dar sentido donde no lo hay, hacer el sentido, buscar el sentido. Contar la buena nueva. La muerte no existe...

—Abre los ojos—le dice el anciano—Ya estás listo.

El anciano le toma ambas manos a Daniel y le entrega un pequeño talismán. Le pone la palma de la mano derecha en la frente. Daniel

siente un calor y una fuerza potente que radia desde el personaje a su cuerpo que incluso le provoca una leve taquicardia.

—Puedes volver a tu casa.

Daniel se pone de pie y guarda el talismán en el bolsillo del pantalón. Al alejarse del anciano y la fogata se encuentra con Víctor. Éste lo abraza fuerte como quien abraza emocionado a un hermano.

—Adiós—le dice Víctor—Llegó la hora de despedirse. Así como una vez cuando eras niño, ya no me necesitas, pero esta vez será por siempre. Víctor le aprieta las dos manos con fuerza y se aleja en la oscuridad hasta desaparecer.



El doctor abre el sobre con el resultado de la biopsia. Daniel está junto a Ximena que lo tiene de la mano. Más atrás, está Patricia de pie con sus manos sobre los hombros de Daniel.

El doctor lee sigilosamente el informe.

—Buenas noticias, Daniel—Ximena le aprieta la mano a Daniel—El resultado de la biopsia es negativo. El tumor estaba encapsulado y fue extraído en un 100%, no es un tumor invasor por lo tanto podemos estar tranquilos porque no hay indicio de cáncer. Felicidades.

Ximena y Patricia abrazan a Daniel. Éste se siente contrariado, porque estaba seguro que el resultado sería positivo pero aun así está feliz.

—Es necesario, sin embargo—interrumpe el doctor—tenerte en observación. Vamos a monitorearte periódicamente para descartar cualquier rebrote tumoral. Debes seguir en reposo y pasarán varias semanas más para poder reanudar tu vida normalmente.

—Gracias, doctor, por todo—dice Ximena.

—Por nada.

Patricia y Ximena ayudan a Daniel a ponerse de pie y lo llevan del brazo. Suben al automóvil y emprenden el retorno a casa. Daniel está un tanto ensimismado, mientras las mujeres ríen y no paran de hacer planes para con Daniel.

—¿Cómo te sientes?—le pregunta Patricia a Daniel.

—Estoy feliz.

La hermana le toma la mano y le hace sentir su cariño.

Durante el resto del camino Daniel no pronuncia palabra alguna. Al llegar a casa están Cristóbal y Catalina esperando en la puerta. Reciben a Daniel con un abrazo y la niña se le cuelga al cuello.

—Mi niña, no cargue al papito—le dice Ximena.

—Está bien, déjala—dice Daniel quien la toma en brazos con esfuerzo.

—¿Ya no te vas a morir?—le pregunta la niña.

—No, mi amor, no me voy a morir. Estoy sanito y no pienso morirme aún.

Catalina lo abraza con fuerza. La familia completa entra en la casa, contenta, aliviada.

Días después, Daniel se está vistiendo y saca unos pantalones del closet. Al ponérselos siente un objeto en su bolsillo. Mete su mano y encuentra el talismán que le dio el indio anciano. Daniel está sorprendido porque siempre pensó que todas esas imágenes habían sido sueños y alucinaciones propias del estado por el cual estaba pasando. Sale al patio y se sienta mientras toma un vaso de jugo. Tiene en su mano la figurita y la inspecciona con detención. Catalina lo descubre y le pregunta...

-¿Qué es eso papá?

-Un amuleto.

-¿Para la buena suerte?

-Yo creo que sí. Al menos la voy a guardar pensando en eso.

-¿Quién te lo dio?

-Un anciano sabio.

-¿Por qué?

-No lo sé aún, pero ya lo descubriré. Víctor algún día me lo dirá.

-¿Víctor?—pregunta la niña—¿Tu amigo imaginario?

-No. Víctor soy yo...



Acerca de
la vida y
de la muerte



Rodrigo descansa en su habitación viendo televisión. Sufre de una insuficiencia cardíaca congestiva congénita. Ésta es una enfermedad crónica que se manifiesta como una incapacidad del corazón de bombear sangre a todo el cuerpo. Rodrigo fue diagnosticado a los 12 años en clases de educación física en el colegio, durante una de sus sesiones en que se desmayó. Desde ese momento ha seguido un tratamiento basado en una dieta y un plan de ejercicios aeróbicos. Pero en el último año ha sufrido varias crisis, su enfermedad le ha afectado el sistema respiratorio y su corazón se está agotando. Debe acarrear un respirador electrónico que lo asiste día y noche, el cual lo limita en todos sus desplazamientos. Ya no puede salir a cualquier parte, no puede hacer actividad física, dejó de ir al colegio desde hace un semestre y está en tercer lugar en la lista de pacientes para un trasplante de corazón. Ahora tiene 17 años, vive con sus padres y dos hermanos. La familia ha tenido que cambiar radicalmente de dinámica y costumbres. Sus padres le construyeron una habitación en el primer piso, al lado de la de ellos para que no tenga que subir escaleras y para tenerlo lo más cerca posible, sobre todo durante las noches en las cuales podría sufrir un paro cardiorrespiratorio. Su madre es quien lo cuida y se desvela. No puede dormir pensando en que Rodrigo pueda llegar a dejar de respirar durante el sueño. Su padre trabaja día y noche, necesita ganar mucho dinero para poder solventar el tratamiento de Rodrigo. Si bien muchos aspectos de su enfermedad son cubiertos por el sistema de salud, hay medicamentos, servicios y una enfermera que lo atiende durante el día que hay que financiar.

Sus amigos y vecinos, concientes de estas dificultades, organizaron un evento para ayudar a la familia y de paso apoyar y hacer sentir a Rodrigo que cuenta con todos ellos. Cerraron la cuadra y todos los vecinos han colaborado de alguna manera, ya sea prestando la cocina, donando premios para una rifa, poniendo sus automóviles a disposición para traslados. Todos pagaron su entrada y están dispuestos a consumir para aumentar el fondo. Instalaron un escenario al final de la calle, los amigos armaron el show con todos los que cuentan con alguna habilidad artística y uno de los vecinos contactó a un artista de la televisión que cantará gratis al final del evento.

Es media tarde y los amigos pasan a verlo antes del show. Son Vicente y Pablo, sus mejores amigos.

—¡Hola Rodrigo!—lo saluda Vicente—Ya está todo listo para la noche.

Los dos jóvenes le dan la mano y abrazan a Rodrigo y se sientan en la cama.

—¡Qué bueno!—contesta Rodrigo.

—Todos los vecinos se pusieron—le cuenta Pablo—Tus compañeros de curso también están trabajando. Montamos el escenario en unos minutos. Ahora están instalando las luces y el sonido para que todo salga ok.

—Excelente—responde Rodrigo haciendo un esfuerzo por tomar aire.

—Tranquilo—le dice Vicente—No hagas esfuerzos. Sólo vinimos a contarte

los pormenores de los preparativos, tú debes esperar acá, cuando esté todo listo te llevaremos para que disfrutes del evento.

—Me gustaría ayudar también—dice el joven enfermo.

—Esto es para ti—contesta Pablo—Tú no tienes que hacer nada.

Rodrigo ha sido fuerte todo este tiempo, es un chico alegre y muy inteligente. Él está seguro que ya habrá un donante y así poder realizar el trasplante que le dé una nueva oportunidad en esta vida. Pero, si esto no fuera posible, se siente preparado para enfrentar la muerte.

No sucede lo mismo con su familia. Sus padres se desvelan por él, han sufrido desde el primer día en que un doctor les dijo que la vida de Rodrigo no sería normal como la de cualquier joven de su edad. No quieren pensar ni un solo segundo que Rodrigo muera en este intento y trabajan más allá de lo que sus cuerpos resisten y no se permiten el más mínimo momento de flaqueza. Sus hermanos lo han tomado de manera diferente, su hermana mayor ha adoptado una actitud similar a la de sus padres. Postergó sus aspiraciones profesionales, pensando que el dinero que se gastaba en su universidad sería más útil en el tratamiento de Rodrigo. Su hermano menor, se ha sentido postergado. Normalmente el menor siempre es el más regalón y quien monopoliza las atenciones. Este no es el caso y su contradicción lo hace sufrir porque en más de alguna vez ha llegado a maldecir la enfermedad de Rodrigo.

La vida de Rodrigo hasta los 12 años había sido totalmente normal. En alguna oportunidad le llamó la atención las palpitaciones que se hacían notar en su pecho a simple vista. En un control rutinario, el doctor le pidió unos exámenes para ver si algo andaban mal, pero estos no mostraron ningún indicio de lo que vendría después. El día que se precipitó todo, estaba practicando el famoso test de Cooper durante la clase de educación física. De a poco fue perdiendo el aire, y sentía las palpitaciones en sus sienes, la vista se le nubló y perdió la conciencia cayendo estrepitosamente al suelo ante la mirada atónita de sus compañeros y la incredulidad de su profesor, quien luego de un par de minutos se dio cuenta que no era una broma. Llamaron a la ambulancia y lo trasladaron al servicio de urgencia más cercano. Ahí lo reanimaron y lo tuvieron en observación dos días. Los doctores le informaron a los padres que el rápido actuar de los paramédicos ayudó a evitar que el desmayo se convirtiese en una muerte súbita. De ahí en adelante, Rodrigo fue sometido a un estricto plan nutricional y físico. Le restringieron la sal y las grasas saturadas y debía caminar al menos 30 minutos todos los días. Pero la salud de Rodrigo se fue deteriorando poco a poco. A veces se le hinchaban los pies hasta límites sorprendentes, también su cara sufría las consecuencias de los problemas de circulación, sus riñones en más de alguna oportunidad mal funcionaron. Pero lo más complicado llegó hace unos seis meses cuando los pulmones comenzaron a mostrar un daño severo. Llegó un momento en que comenzó a ser dependiente de un respirador artificial. Si no es transplantado pronto también podría necesitar otro pulmón izquierdo.

—¡Ya, Rorro!—su madre entra en la pieza—Nos avisaron que ya podemos ir.
—¡Ya, mi negro, vamos!—su padre también ingresa a la pieza con un silla de ruedas.

El padre toma en brazos a Rodrigo y lo sienta en la silla, mientras la madre lo peina y le arregla la polera. Su hermana Vanesa lleva un carrito con un balón de oxígeno que reemplaza al respirador electrónico. El respirador electrónico se lo facilitaron en el Instituto de Cardiología, pero necesita de energía eléctrica para funcionar. Cuando sale de la casa usa un sistema similar al que usan los buzos en el agua, con un balón de oxígeno que también se lo dan, pero como son escasos, prefieren limitar al máximo las salidas para no consumirlo.

Apenas Rodrigo y su familia salen de la casa, los amigos y vecinos lo saludan y lo aplauden dándole muestras de apoyo. Le abren paso a través de la calle hasta llegar a la primera fila frente al escenario.

Arriba, en el escenario, está Vicente frente al micrófono.

—Querido Rodrigo—comienza a hablar—este show ha sido preparado con todo nuestro cariño porque queremos ayudarte a dar esta pelea. Aquí están tus amigos, tus compañeros de curso, tus familiares, tus vecinos, nadie se negó a estar contigo. Pero bueno, demos paso al espectáculo. Para empezar, tus compañeros de curso han formado un grupo folclórico y nos mostrarán las canciones que han preparado, dejo con ustedes al grupo ¡Los charchaleros!

Rodrigo ríe de buena gana al escuchar el nombre del conjunto que alude al grupo folclórico argentino los Chalchaleros. Los jóvenes repasan las mejores canciones de Violeta Parra, Illapu e Inti Illimani. La gente los aplaude con entusiasmo, incluyendo aquella canción que deben dejar inconclusa porque se les olvidó la letra. Cuando finalizan saludan a Rodrigo uno a uno al bajarse del escenario.

Vicente vuelve al escenario.

—Harto charcha los charchaleros, pero bueno, es lo que hay—luego de una pausa prosigue—Ahora tenemos un momento muy especial. Una amiga, muy pero muy querida por Rodrigo, quiso estar presente en esta oportunidad. Se conocen desde pequeños acá en la villa y algo pasa parece por ahí...

La gente aúlla y algunos golpean la espalda de Rodrigo quien sonríe sin decir nada.

—Ella nos mostrará un cuadro de danza moderna—prosigue Vicente-- ¡Démosle la bienvenida a...Francisca!

Sale Francisca al escenario entre los aplausos de todo el público. Viste una malla verde y unas pantys color piel. En los pies usa unas polainas de colores y zapatillas de baile. Rodrigo la mira pensando que quizá este número no haga bien a su corazón porque éste se agita. Éste es un ejemplo de esos casos de eterna atracción que no se concreta en una relación definitiva. Desde niños, Francisca y Rodrigo se miran a hurtadillas, de reojo, se saludan con timidez y apenas conversan cuando

están juntos, pero se gustan mutuamente. Esa entereza que Rodrigo ha mostrado frente a su enfermedad, contrasta con la inseguridad que demuestra frente a ella.

Francisca se mueve grácil por el escenario, fina, delicada, hermosa. Parece un ángel volando, flotando en el aire. Rodrigo la mira no con poca vergüenza pero con admiración a la vez. Cuando Francisca termina su número, el público entero grita.

—¡El beso! ¡El beso!

Aparentemente todo el mundo se da cuenta de lo que los chicos no quieren reconocer. Ella baja del escenario y se acerca a Rodrigo dándole un suave beso en la mejilla.

—¡En la boca! ¡En la boca!—insiste el público.

Francisca no acepta el juego, ríe avergonzada y se retira. Vicente sube al escenario y despide a Francisca pidiendo un nuevo aplauso para ella.

—Ahora tenemos otra sorpresa—anuncia—Don Nelson, padre de Rodrigo quiere rendirle un homenaje a su hijo. Junto al tío Bernardo nos cantará una canción compuesta por él mismo.

Nelson y Bernardo, cada uno con una guitarra en mano, se sientan frente a los micrófonos y comienzan a cantar. Es una canción que da detalles de la vida de Rodrigo desde que nació, las expectativas de los padres, de sus gustos y travesuras, de su enfermedad y sus esperanzas hoy. Se aprecia la emoción en la voz de Nelson, mientras varios de los asistentes dejan caer algunas lágrimas, entre ellas, Verónica la madre de Rodrigo. Éste permanece estoico, no se permite el quiebre y sonríe permanentemente a pesar de la emoción. Finalmente, sólo Bernardo termina la canción. El público estalla después de esto con aplausos y gritos de apoyo. Nelson se acerca a Rodrigo y le da un fuerte abrazo.

—Tranquilo, papá—le dice el joven—Muchas gracias, está muy linda la canción.

Resulta paradójal que sea el chico el que calme y tranquilice a su padre y a toda su familia. Ésa ha sido la actitud que ha adoptado Rodrigo desde el principio y en más de alguna oportunidad ha reprendido a sus padres cuando los ve decaer.

—Bueno—interrumpe Vicente—Sabemos que Rodrigo tendrá que retirarse a descansar, ya ha sido mucho rato que nos ha acompañado ¿No sé si quieres decir algo?

Vicente mira a Rodrigo y le muestra el micrófono. Éste asiente con la cabeza y pide que lo acerquen.

—Hola—dice un tanto tímido golpeando el micrófono para probar que funciona.

Los mira a todos, como pasando revista, buscando las miradas, las caras de los presentes. Toma aire con dificultad y dice...

—Quiero agradecerles a todos los que están aquí, a los que organizaron todo esto, a Vicente y Pablo, aunque sé que son muchos más los que están detrás de esta actividad. Quiero agradecer a mis padres, por sus

incansables cuidados y desvelos. A mis hermanos por su comprensión porque sé que han sufrido postergaciones por mi enfermedad. Quiero decirles a todos que mi corazón está enfermo, pero yo estoy más fuerte que nunca. Yo sé que no es una cosa de suerte o no suerte, que no es un castigo del más allá, quizá sí sea una prueba de la cual quiero salir airoso. No tengo rencor, ni cosas pendientes, tampoco maldigo esta situación y el futuro...el futuro aún no lo veo con claridad, pero sé que existe, aunque no haya transplante. Les reitero los agradecimientos y sigan disfrutando del show, mañana será un día diferente para mí. Buenas noches. El público rompe el silencio con el aplauso espontáneo, mientras Rodrigo entrega el micrófono y junto a sus padres retorna a su casa, su dormitorio y probablemente a ver la televisión escuchando de fondo la música y los gritos de sus amigos.



Es pasada la medianoche. Ya están todos acostados en la casa de Rodrigo. Han pasado dos semanas del evento organizado por la cuadra y la situación no ha tenido mayores cambios. Está todo en silencio y en oscuridad. De pronto suena el teléfono, rompiendo el silencio. La madre de Rodrigo despierta y contesta el aparato que está en el velador a un costado de su cama.

—¿Aló?—dice con voz lánguida—Sí, soy su madre.

Verónica se queda en silencio escuchando, de pronto lanza un suspiro que logra despertar a Nelson.

—¡Nelson! ¡Nelson! Vamos, hay un donante.

Los dos saltan de la cama apurados. Verónica va a despertar a Rodrigo, mientras Nelson se viste. También despiertan a Vanesa para que se haga cargo de la casa. Una vez listos, Nelson cambia a Rodrigo para que Verónica también pueda arreglarse. Tienen poco tiempo, el transplante de corazón debe ser realizado sólo unas cuantas horas después de que ha sido extraído del donante. Están preparados, en varias oportunidades hicieron simulacros y midieron el tiempo que demoraban en estar listos. El sistema de donaciones y trasplantes tiene un procedimiento definido, automáticamente se activa un operativo que involucra a doctores, anestesistas, instrumentistas, enfermeras, servicio de ambulancia. En unos minutos debiera llegar la ambulancia para trasladar a Rodrigo. Si bien estaban preparados, la situación no dejaba de sorprenderlos. Lamentablemente la primera persona en la lista de espera había fallecido, para ella todo fue tarde, la segunda persona experimentó una sorprendente mejoría ante lo cual los padres de Rodrigo no pueden evitar pensar que se trata de un milagro.

La ambulancia llega, suben a Rodrigo y junto a él, Nelson y Verónica.

El móvil emprende rauda carrera, ante la mirada asustada pero llena de esperanza de Vanesa quien se queda parada, apoyada en la reja del antejardín. Algunos vecinos corren la cortina para ver lo que sucede, aunque parezca digno de chismosos, en este caso es diferente porque todos se han involucrado y probablemente la situación provocará preocupación. El pensar que se trata de una crisis no es descabellado y no tendrían por qué saber que Rodrigo será transplantado.

En el interior de la ambulancia, Verónica aprieta la mano derecha de Rodrigo con las suyas.

—¿Qué piensas?—le pregunta Nelson a su hijo.

—Estoy un poco sorprendido, pero tranquilo. Es emocionante. ¿Y tú?—contra pregunta Rodrigo.

—Es un milagro.

—¿Tú crees?

—No puede ser tanta casualidad—interviene Verónica—Lo siento por la persona que no pudo esperar más, pero al mismo tiempo también estoy emocionada.

Paralelamente otra ambulancia traslada el corazón desde el hospital del donante usando estrictas medidas sanitarias y de refrigeración. Todo sucede según la secuencia planificada, con tiempos exactos, no hay espacio para errores. La ambulancia de Rodrigo llega a la clínica y con mucha premura lo bajan y lo sientan en una silla de ruedas emprendiendo rauda carrera por pasillos, puertas, el ascensor hasta llegar al pabellón de cirugías. Ahí el equipo de profesionales ya está listo y comienzan a preparar a Rodrigo. Los padres quedaron sólo a mitad de camino, deben esperar en un pasillo previo o trasladarse a una sala de espera. Nelson intenta mirar a su hijo por las pequeñas mirillas de las puertas abatibles, pero observa sólo el movimiento del resto del personal.

Desde otra sala aparecen los doctores ya listos para iniciar la operación.

—¡Llegó el momento, papás!—les dice el jefe del equipo.

Nelson y Verónica están confiados porque éste es el equipo que más trasplantes de corazón ha practicado en el país y con un porcentaje de éxito muy alto.

—Estaremos rezando, doctor—dice Verónica.

—Tranquilos. Ahora la tarea es nuestra.

El médico entra al quirófano y comienza la espera de los padres de Rodrigo. Será una noche muy larga.

Nelson y Verónica se trasladan a una sala de espera. Es una habitación entre pasillos, muy confortable, con sillones mullidos y un televisor encendido. A cada momento miran sus relojes, pareciera que el tiempo no avanzara. Sacan una y otra vez vasitos de café desde una máquina automática. Nelson dejó de fumar desde que le dijeron los doctores que eso dañaba a Rodrigo, pero en esta oportunidad daría cualquier cosa por tener un cigarrillo entre sus dedos. A cada rato suenan los celulares de

ambos con llamadas de familiares y amigos que se enteraron a través de Vanesa. Al menos esto los distrae, porque aprovechan de contar con detalles el ejercicio de traslado y eso les lleva varios minutos. Al finalizar cada llamada vuelven a mirar la hora.

—¿Quieres ir a rezar?—le pregunta Verónica a Nelson.

—Te acompaño.

Los padres de Rodrigo son católicos aunque no practicantes. Verónica, más que Nelson, ha retomado su fe en el último tiempo. Preguntan al personal por la capilla de la clínica. Una joven enfermera los acompaña y los guía hasta llegar a una pequeña capilla. Ambos se persignan al entrar y Verónica se arrodilla en una banca. Nelson espera más atrás, están solos en la sala. Verónica pide desde su interior a Dios que salga todo bien y que su hijo pueda salir de esto con éxito, volviendo a una vida normal como la de cualquier adolescente de diecisiete años. Nelson también pide, pero no se conecta con nadie, es como un llamado interno para sacar fuerzas en este momento.

Cuando acaban, Verónica se sienta a un lado de Nelson y se quedan allí abrazados mirando hacia el altar.

Pasan las horas y los padres de Rodrigo deciden salir e ir a consultar esperando noticias. Se acercan al mesón de informaciones, ahí les dicen que la operación continúa y que cuando esté todo listo, el doctor se acercará para informarles todo.

La pareja retorna a la sala de espera a tomar más café.

Pasa una hora más y el doctor aparece por el pasillo con su tenida normal.

—Nelson, Verónica—les dice—Hemos terminado. Hasta el momento, todo ha salido perfecto, pero debemos esperar. Las primeras horas son claves, pero más aun los días e incluso los meses posteriores porque, como ya lo hemos conversado, el riesgo de rechazo es alto. Pero por ahora, pueden estar tranquilos que hemos salido airosos de la operación.

—¿Cuándo despertará Rodrigo?—pregunta Verónica.

—Bueno, Rodrigo aun está en el quirófano, luego pasará a una sala de post-operatorio. Dependiendo de cómo vaya comportándose su nuevo corazón, lo podremos trasladar a su habitación en los próximos días. Debiera despertar a media tarde.

—¿Cuándo lo podremos ver?—pregunta Nelson.

—Tengan paciencia porque esto aun no termina del todo. En unas horas más vendrá a buscarlos una enfermera para que estén un ratito con él.

Ahora son ellos quienes toman sus teléfonos y comienzan a llamar a todo el mundo. Ya amaneció y la actividad de la clínica ha aumentado considerablemente. Una enfermera se les acerca y les advierte que a la salida está la prensa porque un trasplante es una noticia no menor y lo más probable es que salga publicado en todos los medios escritos y audiovisuales. Al mismo tiempo, les dice que pueden irse a casa a

cambiar ropa o descansar porque seguramente recién podrían ver a Rodrigo después de almuerzo.

Nelson y Verónica toman la recomendación y retornan a casa. Efectivamente ven móviles de televisión a la salida pero probablemente los periodistas aun nos los reconocen, por lo tanto pasan desapercibidos.

Al llegar a casa caen rendidos en la cama, no sólo por el desvelo sino por las largas horas de tensión que vivieron. Duermen un poco más de una hora y luego se preparan para salir nuevamente, se duchan, desayunan abundantemente y retornan a la clínica, ahora junto a los otros dos hijos.

Al llegar y bajarse del auto se les acerca un hombre quien les pregunta si son la familia Contreras Godoy. Al responder afirmativamente se acerca un grupo de periodistas y camarógrafos para entrevistarlos. Se separan en dos grupos, uno con Verónica y otro con Nelson.

—¿Ya tuvieron oportunidad de ver a su hijo?—le preguntan a Nelson.

—No, aun no, probablemente ahora nos dejen verlo.

—¿Qué les han dicho los doctores?

—Que la operación salió bien, pero ahora debemos esperar que no haya rechazo.

—¿Qué le parece que su hijo haya accedido a este transplante porque la persona que estaba antes en la lista de espera murió?

—Terrible. Si pasan más y más semanas a lo mejor Rodrigo también hubiese muerto.

—¿Cuál es su sentimiento respecto a la familia donante?

—Aun no sabemos nada de ellos, pero sin duda que hay mucho agradecimiento. Ya habrá oportunidad para manifestarles ese agradecimiento—hace un pausa y luego se excusa—Disculpen pero queremos ver a nuestro hijo.

Nelson de paso rescata a Verónica que estaba en el mismo trámite. Los cuatro ingresan a la clínica, pero Rodrigo aun está en la sala de tratamientos intermedios y no ha despertado. Más tarde llegan otros familiares, los abuelos de Rodrigo, algunos tíos y amigos. También arriba la Ministra de Salud quien se acerca a los padres de Rodrigo y les manifiesta su preocupación y satisfacción por los resultados de la operación y les ofrece toda su colaboración, aunque nada en particular. Después de esto los llaman desde informaciones y les dicen que pueden pasar a ver a Rodrigo quien ya ha sido trasladado a su habitación. Sólo Nelson y Verónica tienen permiso por el momento para entrar. Éstos ingresan a la habitación y se dan cuenta de que Rodrigo aun está siendo asistido por instrumental mecánico. Se acercan con cuidado y se colocan a un costado de la camilla. Verónica estira su mano derecha y se la pasa por la frente muy suavemente, Nelson la tiene de la cintura un paso más atrás. Rodrigo abre los ojos y los mira con una sonrisa en su cara.

—Hola, mi niño—le dice Verónica—¿Cómo te sientes?

—No siento nada—responde el chico—estoy medio aturdido.

—Los doctores dicen que salió todo bien—dice Nelson—Tu nuevo corazón ya está funcionando dentro de ti.

—¡Qué loco!—responde Rodrigo—Es muy raro siquiera pensar que uno puede vivir con el corazón de otra persona.

—Ha sido un milagro—dice Verónica—Se dio todo para que sucediese todo esto.

—¿Y saben de quién es?—pregunta Rodrigo en alusión al donante.

—No—contesta Verónica—¿Es importante para ti saberlo?

—No lo sé aún. Quizá cuando esté un poco más despierto sabré qué es lo que siento al respecto.

—Abajo está lleno de periodistas—le cuenta Nelson.

—¿En serio? ¿Tan importante soy?

—Un transplante de corazón no se da todos los días en este país—responde el papá.

—Por ahora no haré declaraciones—dice bromeando Rodrigo.

—Descansa, hijo—dice Verónica—nosotros nos quedaremos un ratito aquí en silencio.

Rodrigo asiente con un lento parpadeo y luego cierra sus ojos. La pareja permanece de pie unos quince minutos para luego tomar asiento. Más tarde ingresa el doctor y les pregunta:

—¿Ya despertó?

—Sí, cruzamos unas palabras—le responde Nelson.

—Bueno, como ya les comenté, todo hasta el momento ha salido bien.

De no mediar nada malo, Rodrigo debe permanecer unos seis días más acá. Ustedes saben que el cuerpo de Rodrigo va a reaccionar, porque este nuevo corazón para su sistema inmunológico es un cuerpo extraño, ajeno al organismo de Rodrigo y lo va a atacar con todas sus defensas. Para inhibir esta reacción le estamos dando medicamentos, pero eso tiene la desventaja que dejaremos a Rodrigo sin protección y significa que cualquier infección puede ser muy peligrosa. Rodrigo no se puede ni siquiera resfriar mientras dure su recuperación. En esto es muy importante el aporte y la aplicación de la familia. Por ejemplo, Rodrigo debiera usar una vajilla exclusiva cuando salga y a veces, en la misma casa, debe usar mascarilla. Por ningún motivo alguien puede fumar en la casa, y ojo, estoy hablando de la casa y no de su habitación solamente. No puede visitarlo nadie que tenga una enfermedad infectocontagiosa de transmisión aérea o por contacto directo, etcétera. Bueno, me parece que todo esto ustedes lo saben pero nunca está de más recordarlo.

—Muchas gracias por todo, doctor—le dice Verónica.

—No hay por qué, es mi trabajo—responde el facultativo.

El doctor les pide que dejen solo a Rodrigo un momento porque él estará bien atendido.

La pareja vuelve a la sala de espera y reproduce su encuentro con Rodrigo a todos los que están ahí. No hay júbilo, pero sí mucha expectación y conformidad con todo lo que ha pasado.



No pasaron seis días como esperaba el doctor, sino diez. Rodrigo tuvo dos severos cuadros febriles que le impidieron ser dado de alta. Pero ahora ya está listo. Toda su familia ha venido a buscarlo.

Lo sacan en silla de ruedas desde la clínica y el doctor recomendó el traslado en ambulancia.

Al llegar a su casa, se encuentra con una muchedumbre en la calle. Ahí están todos sus amigos y vecinos saludándolo. Rodrigo usa una vistosa mascarilla sobre la boca y la nariz. Los saluda con su brazo derecho y su mano extendida en lo alto. Está feliz y se siente muy bien, definitivamente más fortalecido en contraste con la debilidad y la falta de aire que le aquejaba antes de la operación. Sus pulmones también han reaccionado muy bien, la avanzada degradación de su sistema respiratorio debido a la falta de irrigación sanguínea no provocó daño permanente. Rodrigo respira como si hubiese retrocedido cinco años. Le da lo mismo que su cara esté hinchada producto de los corticoides, su apariencia física es lo que menos le preocupa en este momento.

Los saludos duran sólo hasta la entrada de Rodrigo a la casa. Los padres pidieron expresamente a los amigos y familiares que dejaran descansar a Rodrigo en su regreso a casa, lo cual fue entendido por todos y es por eso que nadie intenta salirse del protocolo acordado.

En el interior, los padres se deshacen en atenciones incomodando un poco al joven quien les reclama y les dice que no se preocupen, que quiere disfrutar de su casa una vez más. Se instalan los cinco en el living.

—¿Quieres ver la noticia de tu operación?—le pregunta Vanesa—Grabamos todas las menciones que salieron en los noticieros y recortamos los diarios.

—¿En serio?—responde Rodrigo—¡Ya poh! Veámoslo.

La chica saca unas cintas de un mueble, las selecciona y coloca una en el reproductor, encendiendo previamente el televisor.

“Satisfactoriamente se recupera el joven Rodrigo Contreras quien fue transplantado de corazón en la madrugada del día de ayer”. Una periodista relata los detalles de la noticia intercalando cuñas con la entrevista de los padres de Rodrigo y el doctor. También muestran una entrevista a la madre del donante.

—“¿Qué siente ahora que el corazón de su hijo haya permitido la vida de otro joven?”—le pregunta la periodista.

—“Nos reconforta mucho. Nos deja tranquilos que un hecho tan trágico como es la muerte de un hijo se transforme en alegría para otra familia. No nos arrepentimos de la decisión”.

—“¿Se juntarán con Rodrigo cuando éste se recupere?”

—“No lo sé. Nos gustaría saber más de la persona que porta el corazón de nuestro hijo, pero eso ya depende de él”

Rodrigo se ha emocionado un poco, cuando vio a la madre de su donante su corazón se sobresaltó y le provocó un sentimiento de mucha ternura.

—¿Qué saben de este chiquillo?—les pregunta Rodrigo a los padres.

—Se llamaba Ricardo Fuentes—Vanesa se les adelanta—Tenía 23 años y tuvo un accidente automovilístico junto a su polola. Ella murió en el lugar y él permaneció en estado de coma durante siete días. Cuando sacó documentos de conducir, él decidió especificar que donaba sus órganos en caso de accidente. Sus padres respetaron esto y aprobaron la donación.

—¿Y su polola cómo se llamaba?

—Se llamaba Victoria, pero no recuerdo su apellido—le contesta su hermana.

—¿Saben algo más?

—Se habían comprometido recién. Se iban a casar—le cuenta Vanesa.

—Me gustaría saber más de él—dice Rodrigo.

—Ya habrá tiempo—le dice Nelson.

—¿Cómo se podrá tomar contacto con sus padres?—pregunta Rodrigo.

—En el mismo canal de televisión, podría ser—le contesta su padre—Pero, imagina que esto ha pasado recién. El chico estuvo una semana en coma. ¿Te imaginas que durante esos días los padres deben haber estado esperanzados en que su hijo se salvaría? No creo que sea prudente, ni para ellos, ni para ti.

—Tienes razón—contesta Rodrigo— ¿Y tú, hermano, como has estado? Sebastián ha permanecido callado. Está contento por todo lo que ha pasado pero no quiere demostrarlo.

—¿Yo? He estado bien.

—¿Cómo va el colegio?

—Igual que siempre.

—Estás comunicativo—le dice Rodrigo.

—Igual que siempre.

—Cierto. Ya hablaremos a solas—le dice su hermano mayor.

—¡Bien!—interrumpe Verónica—el almuerzo está listo.

La familia en pleno se apresta a disfrutar de un almuerzo después de mucho tiempo. Ya en los últimos meses, Rodrigo almorzaba solo en su habitación. Ahora, a pesar de que debe respetar una estricta dieta y seguir rigurosas medidas de higiene puede compartir con sus padres y sus hermanos.

Después de esto, Rodrigo se retira a su habitación a descansar y le pide a su hermano menor que le acompañe. Una vez que Rodrigo se ha recostado, Sebastián entra a la pieza.

—Ven, hermano, siéntate aquí—Rodrigo golpea con la palma de la mano un costado de la cama.

El chico obedece, se sienta en el borde de la cama, y cruza sus manos alrededor de la rodilla de la pierna derecha. Está un tanto tenso, en el fondo no quiere tener ninguna conversación íntima con su hermano.

—¿Pasa algo?—le pregunta Rodrigo.

—No, nada ¿Por qué?

—Porque has estado tan callado. Y no sólo ahora, sino que cuando fuiste

a la clínica a verme, no me dijiste nada. Ni siquiera un “me alegro que todo haya salido bien”.

—Es que no soy muy demostrativo—contesta Sebastián.

—Pero, hay momentos y momentos. Entiendo que no vas a andar abrazándome a cada rato y cosas por el estilo, pero este momento es muy importante para mí. ¿Sabes? Con este trasplante, a lo más me aseguran unos 10 años de vida. Pero con el corazón que tenía, eran quizás un par de meses solamente. Esos 10 años son toda una vida por delante.

Sebastián escucha en silencio mirando el suelo. De sus ojos caen suavemente unas lágrimas por sus mejillas.

—Yo veo la emoción en los papás y Vanesa, pero contigo quiero pensar que estás emocionado porque en realidad no lo demuestras.

Sebastián sigue sin decir nada. Se limpia las lágrimas con las manos y cuando ya no lo puede evitar, pasa la manga de su camisa por su nariz.

—Ten—Rodrigo le pasa un pañuelo desechable que saca del velador—Suénate.

El chico se limpia con fuerza hasta dejarse rojos los costados de la nariz. El pañuelo queda hecho una pelota y lo aprieta entre sus manos.

—¿Vas a decir algo?—Rodrigo lo apremia.

—Me cuesta—contesta sollozando.

—Inténtalo.

—Estoy contento—dice después del silencio—Pero en alguna oportunidad, yo quise que murieras. Sentí que era demasiado. Tantos sacrificios, tanto trabajo, tantos cuidados. Mezcla de envidia con compasión. Pobrecito mi hermano que está enfermo y pobrecito yo que nadie lo escucha. Ni cuando me saco sietes en el colegio alguien me pesca en esta casa. Por un lado quiero atención, por otro, me odio por eso. Soy egoísta, pero no quiero serlo.

Ambos chicos quedan en silencio durante varios segundos.

—Lo siento, hermanito—le dice Rodrigo—Ha sido difícil para todos y ahora comprendo muchas cosas. También perdóname por pedirte explicaciones ahora. No sabía que estabas sintiendo todas esas cosas.

—Ese es el problema. Nadie sabe lo que siento.

—Pero, en estos casos de incomunicación hay responsabilidades compartidas. A veces es fácil quejarse de que nadie me entiende o nadie me escucha. Pero también uno debe fijarse en qué hago yo para que la gente me entienda o qué esfuerzo hago para ser escuchado.

—Yo hago esfuerzos. Pero, muchas veces cuando estoy contando algo de mí, algo te pasa a ti y salen todos corriendo y me dejan ahí, solo.

—Te entiendo.

—¿Se podrá entender lo que no se ha sentido?

—¿Tú has sentido que no te quedan más que unos meses de vida?

—No, y ahí está mi contradicción. Si yo sé que lo que estoy sintiendo no está bien. Pero es así y no lo puedo evitar.

—Mira, Sebastián ¿Hagamos algo? Ahora que tengo un poco más de

esperanza de vida ¿Te parece que seamos más amigos? Tratemos de ser menos hermanos, que es una de las condiciones que nos impuso la vida y seamos más amigos.

—Está bien.

Los hermanos se estrechan la mano y Rodrigo tira el brazo de Sebastián obligándolo a abrazarlo.

—¿Estás pololeando?—pregunta Rodrigo una vez restableciéndose.

—No—responde Sebastián.

—¿Y por qué no?

—Porque no conozco a nadie que me guste.

—Eso es algo que hay que solucionar.

Una vez más, los hermanos se estrechan la mano y Rodrigo logra que Sebastián sonría.



Vicente y Pablo visitan a Rodrigo. Éste aún no se ha cambiado y sigue en pijama desde la mañana, ya recorre toda la casa con confianza. A veces se olvida de ponerse la mascarilla, aunque en más de alguna oportunidad ha confesado que se la ha sacado a propósito porque desea sentir el aire fresco.

—¿Cómo te has sentido?—le pregunta Vicente.

—Mucho mejor que antes de la operación—responde Rodrigo—Lo digo porque igual es una molestia, tener tantos cuidados, pero al lado de lo que tenía que sufrir hace un par de semanas, esto es el paraíso.

—¿Y la herida en el pecho?—pregunta Pablo.

—Molesta mucho, pero ya está sanando de a poco.

—El día de tu operación—le cuenta Vicente—nos juntamos todos los amigos cuando nos enteramos. Algunos vecinos vieron la ambulancia cuando te vino a buscar y pensaron lo peor. Pero luego Vanesa nos contó lo que estaba pasando.

—Yo me enteré cuando me levanté—continúa Pablo—Estaba listo para irme al colegio cuando me llama Vicente. Le pedí permiso a mi mamá y nos juntamos.

—¿Y qué hicieron?

—Conversamos—contesta Vicente—Cada uno tenía alguna historia que tuviera relación contigo. Y así se nos pasó la hora cuando mamá nos llamó para que viésemos la tele. Estabas en todos los matinales. Incluso en uno de ellos tenían de invitado a un doctor que describió paso por paso en qué consistía tu operación.

—¿En serio?—exclama Rodrigo sorprendido.

—Sí—dice Pablo—Fue increíble.

—Quiero darles las gracias—les dice Rodrigo—Creo que esa reunión que

hicieron me sirvió para darme fuerza a la distancia. Me han contado de tanta gente que ha estado preocupada de mi salud, que me sorprende. Ustedes son súper buenos amigos. Basta con recordar el tremendo evento que organizaron acá en la cuadra. Me han tirado para arriba permanentemente y eso lo agradezco eternamente.

—No agradezcas—le dice Pablo—Uno recibe de acuerdo a lo que da. No creo que sea casualidad tanta preocupación o expectación. Tiene que ver contigo también.

—Yo he vivido tan poco—dice Rodrigo—Es más, he vivido sano tan poco tiempo que no entiendo tanta fuerza de parte de todos.

Los amigos siguieron conversando durante un buen tiempo. Estaban aún en la pieza cuando se escucha el timbre. Verónica sale a ver quién es. Se demora unos minutos y luego aparece en la pieza.

—Rodrigo—dice—Te vienen a ver.

—¿Quién es?—pregunta Rodrigo.

—Francisca.

Rodrigo mira de inmediato a sus amigos y luego le hace señas a su madre de que no la deje pasar. Suplica porque se encuentra feo como para recibirla.

—Ya, vamos—le dice Pablo—Si ella debe suponer que estás en recuperación.

Verónica no le hace caso e invita a la chica a pasar a la pieza.

—Ven, Francisca. Rodrigo está con unos amigos.

Rodrigo se agarra la cabeza con las dos manos y trata de bajarse el pelo que está un tanto desordenado. Francisca entra a la habitación un poco tímida.

—Hola ¿Cómo estás?—saluda desde el umbral de la puerta.

—Pasa Francisca—le dice Vicente—Acá hay una silla.

Rodrigo está muy nervioso y no sabe qué decir.

—¿Te traigo bebida?—Verónica le pregunta a Francisca.

—Bueno—contesta ella.

—Bien—Pablo se pone de pie—Los dejamos solos, ya hemos molestado hartito a Rodrigo.

Pablo le hace gestos a Vicente, quien los interpreta de inmediato.

Rodrigo les dice que no tienen por qué irse, pero los chicos no aceptan la invitación y se retiran de todas maneras.

Rodrigo y Francisca se quedan solos y en silencio.

—Qué sorpresa que hayas venido—Rodrigo interrumpe el momento.

—Te vine a ver ¿Cómo estás?

—Muy bien. Es como un renacer.

—Me imagino—dice la joven.

Los dos se miran, pero cuando sus ojos coinciden, de inmediato desvían la mirada.

—¿Has recibido muchas visitas?—le pregunta Francisca a Rodrigo.

—No tanto. El doctor nos dijo que no debo tener tantas visitas porque de

una u otra manera me alteran.

—Entonces me voy—dice la chica.

—¡No! No te preocupes—le dice Rodrigo—No hablo por ti, sino en general.

—Bueno, igual estaré sólo un ratito.

—Excelente—Rodrigo se acomoda en la cama.

—Oye, ¿Cuánto duró la operación?

—Creo que alrededor de 8 horas.

—¿En serio? ¡Qué larga!--exclama la joven.

—Sí, pero yo no me di ni cuenta. Estuve como 16 horas dormido.

—¿Qué pasa con uno en ese estado?

—Nada. Es un sueño profundo. No es que tengas imágenes o recuerdos del trance. Es como esas dormidas cuando uno está raja y no sabe de nada hasta el otro día. Igual uno amanece apaleado.

—Pero ahora estás mejor.

—Sin duda. Imagínate que antes dependía de una maquinita para poder respirar. Ahora, me muevo con libertad, aunque no pueda salir a la calle. Otra molestia son las drogas que tengo que tomar para evitar rechazos.

—¿Cómo es eso de los rechazos?—pregunta Francisca.

—El cuerpo reacciona como si el corazón fuera un elemento extraño y lo ataca. Además, los otros órganos también reclaman, como el hígado, los riñones, el páncreas, etc.

—¿Y las drogas qué hacen?

—Inhiben las defensas. Por eso no me puedo enfermar de nada o si no, puedo morir de una pulmonía y no del corazón.

—Qué complicado.

—Es complicado, pero al final es una nueva oportunidad. Si me cuido, mis expectativas de vida aumentan cada vez más.

—Eres súper fuerte—dice Francisca—Lo más probable es que yo ya me habría muerto, pero de la desesperanza.

—Lo que pasa es que yo siento que tengo mucho que dar en esta vida—dice Rodrigo—Quiero aprender, quiero enseñar, quiero dar y recibir, quiero querer y ser querido, quiero ayudar a los que sufren, quiero apoyar a los que están enfermos, quiero resolver mis conflictos, quiero ayudar a mi hermano, mi hermana, a mis padres. No estoy solo en este mundo y eso me impone una misión.

—¿Cuál es esa misión?

—Yo aún estoy muy cerca de la muerte y por otro lado he vivido muy poco, pero tengo una visión distinta de la vida y de la muerte que me gustaría compartir con todo el mundo.

—¿Hubieses querido haber tenido otra vida?—le pregunta Francisca.

—Por supuesto, pero quizá estos cuestionamientos y propuestas de futuro no las tendría, porque los plazos son otros. Es cierto que cualquier persona puede llegar y cruzar desprevenidamente una calle y ser atropellada, pero es distinto saber cuándo te vas a morir. Imagina a este chiquillo

cuyo corazón ahora porto yo. Se acababa de comprometer con su polola, debe haber tenido sueños y muchos planes, pero de un momento a otro, un error, un descuido y la vida se acaba. Pero todo eso ha permitido mi vida.

—Me conmueve cómo hablas.

—Qué bueno, porque quiero transmitir lo que siento y lo que pienso. No quiero actuar, ni disfrazar las cosas.

—Igual te ves súper tranquilo, pero además se siente esa calma.

—Estoy contento, me siento fuerte y muy en paz conmigo y con todos. Lo único que me descoloca eres tú.

—¿Yo?—Francisca se sorprende.

—Sí. No lo puedo controlar. De hecho te confieso una cosa. Hasta ahora me había dado lo mismo mi apariencia ante las visitas, pero bastó que mi mamá mencionara tu nombre para que casi saliera corriendo al baño a peinarme y verme en el espejo. Por primera vez me preocupé por la cara de chanco que tengo.

—No debieras preocuparte. Yo sé que no es tu apariencia normal y yo vine sabiendo que tuviste una tremenda operación y me da lo mismo cómo te ves. Y de verdad, estoy muy contenta de haber venido porque te siento bien.

—Sí, estoy bien—Rodrigo baja la vista y se queda en silencio un momento—Te quiero pedir un favor.

—Lo que quieras.

—¿Me acompañarías a visitar a la familia de mi donante?

—Claro. ¿Pero estás seguro que eso será bueno?

—No. No estoy seguro, pero quiero hacerlo. Voy a esperar unas semanas más que pase un poco la vorágine y obviamente el permiso del doctor para salir a la calle.

—Está bien—le dice Francisca.

La chica se queda unos minutos más, planifican la manera de tomar contacto con la familia del joven del corazón de Rodrigo para luego despedirse y retirarse dejando solo a Rodrigo.



Francisca y Rodrigo fueron a un canal de televisión a averiguar la dirección de Ricardo Fuentes. Ahí los atendió el periodista que cubrió la noticia del trasplante quien les dio la información a cambio de la primicia de estar ahí cuando se juntaran. Pero Rodrigo no cumplió, fue precisamente el día anterior acordado con el periodista. No quería importunar a la familia y si se encuentran frente a las cámaras de televisión será de mutuo acuerdo y no por decisión arbitraria de una de las partes. Tampoco les mencionó nada a sus padres, pensando en que ellos podrían no estar de acuerdo.

Ahí están, Francisca y Rodrigo esperando frente a la reja de la casa de los Fuentes. Francisca observa a Rodrigo quien titubea antes de tocar el timbre. Después de unos minutos, Rodrigo se atreve. Se demoran en abrir, finalmente sale una empleada.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, buenas tardes. Mi nombre es Rodrigo Contreras quería saber si ésta es la casa de Ricardo Fuentes.

—Sí, ésta es la casa—responde la señora.

—Quisiera saber si puedo conversar con alguien de la familia.

—Sólo está la señora. Espere un rato.

La señora entra a la casa, aparentemente ha identificado a Rodrigo. Éste mira impacientemente hacia la ventana de la casa desde donde se aprecia que alguien se asoma tímidamente.

La señora sale nuevamente y dice...

—Puede usted pasar, la señora lo recibirá.

Rodrigo toma de la mano a Francisca casi instintivamente, quizá buscando fuerza. Los dos caminan detrás de la empleada por el pasillo del antejardín. Es una casa linda de clase media emplazada en un barrio muy tranquilo. La señora los hace pasar y los invita a toma asiento en el living. Unos minutos después aparece la empleada nuevamente con una bandeja y dos vasos con bebida. Los chicos reciben los vasos y agradecen la atención. Nuevamente se quedan solos. No conversan entre ellos. Rodrigo se frota las manos en clara muestra de nerviosismo.

De pronto aparece una señora bien arreglada desde un pasillo interior. Rodrigo y Francisca se ponen de pie de inmediato.

—Hola—les dice ella.

—Buenas tardes—responden casi al unísono los visitantes.

—Disculpen la demora, pero estaba sumamente desordenada y no quería recibirlos así.

—No se preocupe—contesta Rodrigo.

—Tú eres Rodrigo—dice la señora mirándolo fijamente.

—Sí—responde el chico un tanto ruborizado—Quiero pedirle disculpas por haberla visitado sin avisarle. Ésta es una de mis primeras salidas a la calle y le pedí a mi amiga que me acompañase.

—No hay problemas—contesta ella—Yo sabía que este momento llegaría. ¿Cómo te has sentido?

—De maravillas—responde Rodrigo—La verdad es que quería venir a darles las gracias porque de no ser por su generosidad, probablemente yo estaría frente a una inminente muerte.

—En realidad, nosotros no hicimos nada. Ricardo especificó cuando sacó licencia de conducir que era donante. Nosotros no hicimos más que respetar su voluntad.

—Bueno, eso es mucho. Yo sé que ustedes podrían haberse negado a esta situación.

—No ¿Para qué?—responde la mamá de Ricardo—El cuerpo yace inerte

en un cajón y se descompone. El corazón de Ricardo en tu cuerpo ha renacido. Y no sólo su corazón, hubo otros dos transplantes. Una chica recibió el hígado y un señor las córneas. Yo sé que ese cuerpo que está en el cementerio no es Ricardo, ni siquiera el corazón que recibiste tú. Ricardo está en mi corazón, está en esta casa, en cada rincón, en su habitación, está en la mirada de su hermano menor, Fabián.

—No quiero traerle recuerdos tristes, pero me gustaría que me hablara de su hijo.

—¿Mi hijo?—la señora levanta la vista y cierra los ojos unos segundos—Mi hijo era un ser maravilloso. Era un joven lleno de vida, muy inteligente y cariñoso. Estaba en su último año de universidad y estaba haciendo planes de casamiento con su polola.

—¿Qué estudiaba?—pregunta Francisca

—Estaba estudiando ingeniería civil. Era un excelente estudiante.

—¿Tiene alguna foto de él?—pregunta Rodrigo.

—¡Claro!

La señora se levanta y se acerca a una mesa de arrimo. Toma un portarretrato y se lo muestra a los chicos.

—Ése es mi niño.

Rodrigo y Francisca miran con atención la fotografía en la que está junto a su novia.

—¿Ella es Victoria?—pregunta Rodrigo.

—Conoces su nombre—la señora sonríe—Sí, es ella.

—Era muy linda—dice Francisca.

—Se ven muy bien los dos—agrega Rodrigo.

—Sí, eran una linda pareja. Se conocieron en una gira de estudios cuando Ricardo salió de 4° medio.

—¿Cuánto tiempo pololearon?—pregunta Rodrigo.

—Casi cinco años.

—¿Cómo está la familia de ella?—pregunta Rodrigo.

—Muy mal. Victoria era la hija menor.

—¿Se ven las dos familias?—Interviene Francisca.

—No mucho. De todas maneras ha pasado muy poco tiempo. Ellos viven en Viña del Mar.

—¿Ustedes siempre han vivido aquí?—pregunta Rodrigo.

—Sí. Cuando nos casamos con el papá de Ricardo compramos esta casa y desde ahí hemos vivido aquí. Tuvimos dos hijos, Ricardo y Fabián. Fabián también está en la universidad y llega tarde todos los días.

—No sé si deba preguntarle esto, pero me gustaría saber más ¿Cómo fue el accidente?—dice Rodrigo.

—Era un viernes en la noche. Estaba lloviendo relativamente fuerte. Nos juntamos los papás de Victoria, nosotros, Ricardo y Victoria a cenar en un restaurante. En la mitad de la cena, los chicos nos contaron que querían casarse. Todos estábamos muy felices. Yo quería mucho a Victoria, era una niña estupenda. Cuando nos fuimos, Ricardo se fue con Victoria.

A mitad de camino, se cruzaron con otro tipo que venía borracho y se quedó dormido cruzando la línea de la calzada embistiendo el auto de Ricardo. El auto giró como trompo y luego se volcó. Ricardo y Victoria salieron disparados. Victoria murió en el lugar, antes que llegara la ambulancia. Ricardo en un principio estaba conciente, pero luego entró en un estado de sopor profundo. Estuvo siete días en coma. El último día tuvo una reacción, le estábamos practicando la extremaunción y él movió las manos, parecía que estaba despertando, pero sufrió un paro cardiorrespiratorio y murió frente a nosotros.

La señora baja la mirada y se queda en silencio. Rodrigo y Francisca no saben qué decir y se quedan en silencio también.

—Pero alcancé a despedirme—continúa la mamá de Ricardo—El día anterior tuve una sensación. Esas cosas que sólo sienten las mamás. Tuve un presentimiento y un peso aquí en el pecho que me indicó que esto no tenía vuelta. Le tomé la mano y le dije al oído “descansa, mi niño, dejemos de sufrir”.

—¿Y cuál es su sentimiento ahora?—dice Rodrigo.

—Estoy triste. No lo puedo negar, pero tranquila. Ricardo hizo cosas buenas en la vida y bueno... por algo sucedió lo que sucedió. Y ahora te veo a ti y me doy cuenta que la vida da oportunidades. Yo pensaba que algún día vendrías, pero no te podía imaginar. Eres muy parecido a Ricardo, de hecho hablas como él y a pesar de tu carita hinchada veo en tus ojos emoción, esperanza, una vida nueva y eso me reconforta y me alegra.

—Yo estoy contento de haber venido y así conocerla y, a través de usted, conocer a Ricardo también. Usted es muy cálida y si Ricardo fue un buen hijo es porque usted lo hizo muy bien.

Rodrigo se pone de pie y se acerca a la señora abrazándola con fuerza. Francisca está conmovida también y se queda de pie siendo testigo en silencio de esa escena. Luego de esto los dos jóvenes se despiden de la mamá de Ricardo llevándose un registro de mucha paz consigo.



Rodrigo y Francisca caminan por las calles del cementerio. Averiguaron dónde está sepultado Ricardo y Rodrigo le pidió una vez más a Francisca que lo acompañara. Van leyendo los letreros de cada uno de los pasajes con un mapa en la mano. De vez en cuando, Rodrigo le pide a Francisca descansar, siente que le falta un poco el aire. La chica le pregunta una y otra vez si se siente bien a lo que el joven le responde que no se preocupe, que quiere continuar.

—Por aquí es—dice Francisca al llegar a una esquina.

Revisan con calma cada mausoleo buscando el nombre de Ricardo hasta que lo encuentran. Ahí frente a la tumba se detienen.

—Llegamos—dice Rodrigo y se sienta en una jardinera a descansar.

—Las flores están frescas—dice Francisca.

—Sí, se nota que vienen muy seguido a visitarlo.

Francisca se sienta al lado de Rodrigo. Éste se acerca a la lápida y recorre las letras con sus dedos.

—Yo sé que no estás acá, Ricardo—dice como hablando a su interior—Pero necesitaba tener un contacto físico contigo. ¿Sabías que tu corazón vive en mí? Rodrigo cierra los ojos y posa sus dos manos sobre la lápida y se conecta casi entrando en trance.

—¿Estás bien?—le pregunta Francisca, pero Rodrigo no contesta.

—¿Qué pasó con tus planes, amigo mío? ¿Cuáles eran tus esperanzas?—Rodrigo hace otra pregunta--¿Cómo es allá donde estás?

Francisca está preocupada, es como si Rodrigo estuviese conversando con ese chico. Hace preguntas y luego espera la respuesta, siempre con los ojos cerrados y apoyado en la tumba.

—¿Hay algo que quedó pendiente?—continúa hablando Rodrigo—¿Ella está contigo?

—Rodrigo—Francisca trata de interrumpirlo y lo zamarrea con sus manos en los hombros. Está un poco asustada.

—Estuve con tu mamá—el chico no se inmuta—Me pareció una mujer espectacular, muy cálida, muy tierna. Está triste pero ha aprendido a aceptar la situación. Te extraña y creo que la reconfortó el conocerme. Ella está y seguirá estando orgullosa por siempre.

Rodrigo se queda en silencio. Luego echa su cabeza hacia atrás y emite un sonido interno como una profunda exhalación y se queda sin aire. Francisca palidece y lo toma con las dos manos desde la espalda abrazándolo. Rodrigo ahora se agacha y respira muy rápido, de pronto vomita un líquido viscoso incoloro. Francisca lo ayuda a sentarse, saca pañuelos desechables desde su mochila y le limpia la boca a Rodrigo.

—Ya estoy bien—dice él—Tranquila.

—No, no estás bien. ¡Vámonos al tiro!—ordena ella.

Francisca lo toma del brazo y lo obliga a ponerse de pie y emprender el rumbo de retorno.

—¿Qué te pasó?—le pregunta ella.

—No lo sé. De pronto me quedé en blanco y me faltó el aire. Estoy un poco mareado.

—¿Te duele algo?

—Siento un malestar como de la guata.

Los jóvenes deciden volver en taxi a la casa de Rodrigo. Al llegar, Francisca le cuenta a Verónica que Rodrigo no se siente bien. La mamá del chico se preocupa y decide llevarlo al servicio de urgencia tal cual como lo indicó el doctor. En el intertanto avisó a Nelson de la situación para que se dirija directamente al hospital. Ya en el servicio de salud, lo

atienden de inmediato. Los doctores dicen que son síntomas de rechazo y aparentemente es el hígado que presenta problemas. Deciden dejarlo hospitalizado. Los padres de Rodrigo están muy preocupados y tristes porque parecía que todo andaba bien, aunque los doctores les habían puesto de sobre aviso que era muy probable que sucediese esto, estaba todo demasiado bien.

Francisca los acompaña hasta que Rodrigo queda instalado en una habitación. Los padres le agradecen todo lo que ha hecho en los últimos días y tratan de tranquilizarla porque ella se siente un tanto culpable de la situación. Le explican que no tiene nada que ver con las salidas de Rodrigo. Ahí quedan los padres y el chico solos. Rodrigo está despierto, pero siente náuseas permanentemente y está incómodo. No tiene ganas de comer, ni de tomar líquidos.

Al día siguiente ya se siente mejor, pero el doctor determinó que le dieran suero para que no se deshidrate. Aún no tolera tragar algo. Lo cambiaron de habitación, ahora la comparte con otra persona. Se trata de un hombre joven, mayor de treinta. Él ha estado leyendo todo el tiempo y parece no importarle la presencia de Rodrigo. Cuando cambiaron a Rodrigo sólo se saludaron y nada más.

—¿Cómo te llamas?—le pregunta Rodrigo.

El hombre interrumpe su lectura y lo mira.

—Daniel ¿Y tú?

—Rodrigo—hace una pausa y pregunta—¿Qué es lo que tienes?

—Nada. Estoy bien. Me internaron para hacerme un chequeo completo. Hace seis meses me extirparon un tumor de la cabeza y, al menos durante un par de años, tendré que repetir el trámite cada seis meses.

—¿Era cáncer?—pregunta Rodrigo.

—No. Era un tumor benigno, pero hay que estar seguro de que no habrá un rebrote.

Daniel deja el libro en la mesita del costado y le pregunta a Rodrigo...

—¿Y qué hay de ti?

—A mi me transplantaron del corazón hace dos meses. Pero he tenido algunas complicaciones. El hígado está rechazando la intervención.

—¡Ah!—exclama Daniel—Me acuerdo haber visto en televisión la noticia de tu operación. ¡Mira tú! Tengo a una celebridad de compañero de habitación.

—¿Cuánto tiempo tendrás que estar acá?—pregunta Rodrigo.

—Sólo hasta mañana. Lo que pasa es que me tienen que hacer un escáner y otros exámenes así que el doctor me recomendó internarme y quedarme acá una noche.

—Yo no sé cuánto tiempo estaré acá. Desde ayer que no como nada. Por eso el suero.

—¿Qué edad tienes?—le pregunta Daniel.

—Tengo 17 años.

—¿Vas al colegio?

—No. No he podido continuar. Ya el año pasado tuve complicaciones y este año los doctores recomendaron que me quedara en casa. De hecho estaba conectado todo el día a un respirador electrónico.

—Eres muy joven.

—Sí ¿Y tú? ¿Qué edad tienes? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—Tengo 38 años. Sí y sí. Estoy casado y tengo dos hijos.

—¿Tú pololeas?—Daniel le pregunta a Rodrigo.

—No. No he tenido tiempo para el amor. Todo ha sido cuidado, reposo, operación, recuperación y achaques nuevamente.

—Pero te cambió la vida con el trasplante.

—Sí, ha sido como revivir. Mi muerte era inminente. De hecho si no hubiese habido trasplante, en unas semanas habría muerto.

—¿Y ahora cuáles son tus esperanzas de vida?

—De dos a diez años. De todas maneras mis defensas casi no existen así que igual hay riesgos permanentemente.

—Igual es poco tiempo—reflexiona Daniel.

—Sí, pero en comparación a un par de semanas, es otra vida.

—Tienes razón—responde Daniel.

—¿Y tú cómo te diste cuenta que tenías un tumor?

—Comencé con mareos, sensaciones muy raras. Un día me desmayé, me hicieron un escáner y descubrieron algo raro en mi cabeza. Me operaron en los días siguientes al tiro.

—¿Qué pasó por tu cabeza esos días?

—¡Buuuuu!—exclama Daniel—Me pasó de todo. Me cuestioné la vida, el sistema en que vivimos, todo, absolutamente todo y descubrí cosas.

—¿Qué cosas?

—Descubrí el sentido. Cada pisada que das, cada mano que estrechas, cada mirada que se cruza con la tuya tiene un efecto en ti y en el otro. Una vida coherente, sin contradicciones, sin cargas del pasado va formando un ser poderoso, eterno, que ni siquiera la muerte lo detiene.

—¿Y cómo llegaste a obtener esas respuestas?

—Preguntando a mi interior—responde Daniel—En nuestro interior habita un ser sabio, creativo y creador que tiene respuestas para todo lo que uno quiera saber. A veces se demora el huevón en responder, pero siempre está ahí. Hay que tener paciencia y saber preguntar también.

—A veces he sentido algo parecido a los que describes—dice Rodrigo—Trato de comunicarme con alguien, con un ser querido, con el ángel de la guarda, pero al final me doy cuenta que las respuestas las doy yo mismo. Bueno, a lo mejor es ese viejo chico que habita nuestro interior según tú.

Daniel sonríe ante el comentario de Rodrigo.

—No me había imaginado un viejo chico, pero por ahí va la cosa—le dice.

En ese momento entra una enfermera con el almuerzo. Atiende primero a Daniel. Éste se acomoda en la cama y acerca la bandeja aprestándose

a comer. Luego se dirige a Rodrigo.

—¿Usted cómo se siente? ¿Podrá comer ahora? Le traje sólo cosas livianas y líquidas.

—No lo sé ¿Y el suero?—responde Rodrigo.

—El suero está cortado. Le suministramos algo en la mañana solamente.

—Bueno, probemos algo.

Los dos internos se quedan degustando su desabrida comida y, de vez en cuando, reanudan la conversa, pero ya de cosas más cotidianas y no tan profundas como las que acaban de intercambiar.



Ha pasado un día. Rodrigo ha quedado solo en la habitación, su temporal acompañante se fue en la mañana. Conversaron toda la tarde y parte de la noche hasta que se agotaron y decidieron ver un poco de televisión y dormir. Ya se siente mejor y está aburrido de estar en cama. Le pide permiso a la enfermera para salir a caminar. Ésta, previa consulta a una superiora, le responde positivamente. Rodrigo se pone una bata y sale a recorrer los rincones de la clínica. Todas las enfermeras y auxiliares lo saludan, lo conocen debido a las semanas de estadía antes, durante y ahora después de la operación. Llega a una sala de estar, se sienta en unos sillones y toma una revista de farándula de una mesita de arrimo y se apresta a leer. Al paso de unos minutos, la sala se llena con personas, aparentemente conocidas entre sí. Hablan de una persona que están operando. De vez en cuando desvía su atención hacia las conversaciones de dichas personas y luego reanuda su lectura.

Piensa cómo los mundos difieren, pero las preocupaciones son las mismas. Se imagina a su familia en la sala de espera mientras lo operaban. Las conversaciones deben haber sido similares. De alguna manera todos ellos se conectan con su familiar, él cree haber sentido la fuerza de toda la gente que lo apoyaba.

Por el pasillo divisa a Francisca caminando hacia su pieza. Rodrigo le hace señas para que ésta lo vea. Logra su objetivo y la chica se dirige hacia la sala donde permanece Rodrigo. Éste sale a su encuentro y la abraza efusivamente.

—¿Cómo estás?—le pregunta ella.

—Bien, al menos eso creo.

—¿Qué haces aquí?

—Nada. Salí para cambiar de aire. Estaba un tanto aburrido en la habitación y pedí permiso para dar una vuelta.

—Si te dejaron es porque estás mejor.

Los jóvenes caminan por los pasillos de la clínica, llegan a una terraza cubierta y salen a disfrutar de la panorámica.

—Ayer pensé mucho en ti—le cuenta Francisca.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque quedé preocupada. Nos juntamos con Vicente y Pablo. Ellos invitaron a más gente y llegó un chico que nos propuso hacer una ceremonia.

—¿Ceremonia? ¿De qué?

—Le llamó ceremonia de bienestar. Nos hizo ponernos en círculo y nos recomendó cerrar los ojos. Luego, inició una lectura en la cual nos invitaba a pensar en nuestros seres queridos y en sus dificultades. Después teníamos que pensar en la situación en que nos gustaría que ellos estuvieran. Finalmente, la ceremonia termina recordando a las personas que ya no están con nosotros.

—Pero es más una reflexión que una ceremonia—comenta Rodrigo.

—Es una ceremonia porque tiene una estructura y te conecta con lo que se está diciendo.

—Bueno y ¿Cuál era la idea?

—La idea era hacer esta ceremonia pensando en ti. Este tipo nos explicaba que era una ceremonia que se hacía a pedido y especialmente dedicada a alguna persona que estaba pasando por un momento difícil.

—¿Es algo religioso?

—No lo sé. Él habla de una ceremonia del Mensaje pero no nos explicó mucho.

—¿Y tú pensaste en mí?—pregunta Rodrigo.

—Sí, poh. Si para ti fue pedida.

—¿Y qué situación de bienestar me deseaste?

—Una situación donde estés sano, vital, vigoroso. Te vi contento, riendo y compartiendo con todos nosotros.

—¿Cómo me ves ahora?

—Yo siempre te he visto súper fuerte, incluso en los momentos más críticos de tu enfermedad, por eso creo que te falta la salud solamente.

—No sólo eso me falta.

—¿Qué más?—pregunta Francisca.

Rodrigo la mira a los ojos por unos segundos, luego rehuye y mira hacia el exterior buscando las montañas.

—Me falta el amor.

—¿El amor?—pregunta ella sorprendida--¿Y todo el amor que tienes no te deja satisfecho? Tus padres, tus hermanos y amigos te quieren mucho.

—No me refiero a ese amor. Yo sé que ese amor lo tengo y de sobra. Yo hablo del otro amor, ese amor que te hace cosquillas, el amor que te pone nervioso, que te inmoviliza a veces, que te hace sonrojar.

—Pero ese amor también lo tienes—dice Francisca interrumpiéndolo.

Rodrigo agacha la cabeza y luego la gira hacia ella.

—¿De qué hablas?—le pregunta a la chica.

—Tú siempre me has gustado. Desde chicos, cada vez que salías a la calle yo estaba atenta y salía también, pero tú no me mirabas. Yo buscaba excusas para acercarme pero no me pescabai. Y pasaban los años y yo no podía siquiera robarte una mirada. ¿Cómo tan breaa...?

—¿Qué?!—exclama Rodrigo.

—Sí, poh ¡Demasiado quedao!

—Ya, ya, ya—Rodrigo se aleja muy avergonzado—¡Lo acepto! ¡Lo acepto! ¡Pero no sé por qué! ¡Si tú también me has gustado siempre!

Rodrigo dice esta última frase casi gritando y se toma la cara con las dos manos. Francisca se ríe nerviosa y lo toma del brazo. Rodrigo se reincorpora con los ojos cerrados y sus manos en la barra metálica del borde de la terraza.

—¿Ahora es el momento del beso?—pregunta Rodrigo apretando los dientes.

—¡Ya!—exclama Francisca y le pega una palmada en el brazo—¡Déjate, por favor!

Rodrigo se pone serio, suelta la baranda y se da vuelta quedando de frente a Francisca.

—Está bien—le dice y le toma las manos—Perdóname por toda esta pérdida de tiempo. La verdad es que te agradezco todo lo que has hecho en estos días. Te has portado extraordinaria y, a pesar de mi torpeza, creo que nunca es tarde, sobre todo ahora con una nueva oportunidad en la vida. Francisca, me gustas mucho.

Rodrigo y Francisca se quedan en silencio, mirándose a los ojos, tomados de la mano. Rodrigo se acerca y le da un beso muy suave y Francisca lo recibe con timidez inicialmente y luego lo responde con más pasión. El corazón de Rodrigo se acelera. El joven se separa de la chica y respira hondo.

—Ricardo quiere conocerte.

—¿Qué?

—Mi corazón late como si quisiera salir y verte, por eso digo que Ricardo quiere conocerte.

—Ricardo tenía a Victoria.

—Sí, me cuesta asumir mi nuevo cuerpo. Pero de verdad, el corazón se me sale de alegría.

—Yo también estoy contenta. Me siento muy bien, porque con todo lo que has pasado y pensando que tu círculo de valores después de esto también es diferente y en esto estoy yo, me deja por allá arriba—Francisca apunta al cielo con su dedo de la mano derecha.

Los jóvenes se abrazan y se quedan así durante varios minutos hasta que los interrumpe una enfermera, quien le dice a Rodrigo que debe volver a su habitación. Allí se encuentran con Verónica y Nelson quienes se ponen muy contentos con el ánimo de Rodrigo y porque lo ven junto a Francisca. Pero el doctor no le da el alta a Rodrigo y deberá seguir internado hasta que se estabilice.

Es de noche. Ya está todo calmo en la clínica, la luz baja y el silencio



predomina. Rodrigo no se siente bien, tiene fiebre y nuevamente tiene intolerancia a la comida. Se da vueltas y vueltas en la cama, no puede dormir. En un momento decide quedarse quieto y concentrarse profundamente. Cierra los ojos y relaja su frente. Siente sus ojos palpar y percibe unas ondulaciones como si fuera cayendo en un abismo oscuro. Poco a poco entra en un estado de semisueño primero y luego de sueño profundo.

Comienzan a aparecer imágenes en su cabeza. Está en una playa de noche. A la distancia, divisa un grupo alrededor de una fogata y se acerca. Se trata de un grupo de jóvenes cantando al son de una guitarra que toca uno de ellos. Se sienta con ellos, no parecen percatarse de su presencia. Mira uno a uno sus caras, todos están ensimismados en las llamas y cantando. De pronto se fija en uno de ellos que le parece familiar. Es Ricardo Fuentes y al lado de él está Victoria. Los dos son muy jóvenes, como él. No se miran, sólo están uno al lado del otro. De pronto aparece un jinete como de la nada. Es un lugareño evidentemente ebrio quien le dice al guitarrista que le toque una canción. Los chicos lo tratan de echar, pero no hace caso y se pone violento. La reunión termina abruptamente y el jinete se enfurece a tal punto que comienza a perseguir a los jóvenes tratando de golpearlos.

Rodrigo arranca sin rumbo fijo irracionalmente. Corre y corre, sin parar. De pronto tropieza con Victoria quien cae al suelo quejándose del tobillo. Ricardo acude a ayudarla y la levanta no sin poca dificultad. Luego, una vez lejos de la trifulca se detienen y se sientan en unas rocas. Rodrigo se acerca y recién ahí ellos lo quedan mirando.

—Hola—le dice Ricardo— ¿Quieres ayudarnos? Victoria se torció el tobillo y no puede caminar.

—Claro—responde Rodrigo.

Entre los dos jóvenes toman a la chica y la llevan en andas. Avanzan una decena de pasos y luego descansan.

—¿Cómo te llamas?—le pregunta Victoria.

—Rodrigo.

—Gracias, Rodrigo, por tu ayuda—le dice Ricardo.

—No hay por qué. Yo estoy agradecido de ti.

—¿De mí?—responde Ricardo.

—Sí. Yo necesitaba un trasplante de corazón y...

Rodrigo se queda callado, porque no puede decirle a Ricardo que es él quien ahora porta su corazón.

—No te preocupes—le dice Ricardo—ya lo sé. Yo estoy muerto y mi corazón es el tuyo.

Rodrigo está confundido. Ricardo y Victoria lo miran fijamente. Sonríen y se ven luminosos.

—Quiero pedirte un favor—le dice Victoria.

—Dime—responde Rodrigo.

—Visita a mi madre y dile que yo estoy bien.

–Pero no me creará.

–Por favor. Es lo único que te pido.

Rodrigo siente que se aleja del lugar. La figura de la pareja se achica rápidamente. Despierta abruptamente y vomita sobre las sábanas de la cama. Aprieta el botón llamando a la enfermera. Ésta llega unos segundos después. Al percatarse de lo sucedido se acerca a Rodrigo y comienza a limpiarlo. En seguida pide ayuda. Lo levantan y le cambian de ropa y de camilla. Rodrigo ya no tiene fiebre pero aun se siente mal. En su cabeza tiene grabada las caras de Ricardo y Victoria y recuerda una y otra vez la frase de Victoria.

–Visita a mi madre y dile que yo estoy bien.

–¿Cómo podré hacer eso?—comenta en voz alta—Me lo pidió en un sueño. Es sólo mi cabeza la que me hace malas jugadas.

Al otro día, Francisca lo visita nuevamente. Rodrigo ha estado permanentemente recordando el sueño de la noche anterior y se lo comenta a Francisca.

–¿Qué opinas?—le pregunta.

–No lo sé. Es sólo un sueño. No puedes hacerle caso a un sueño. Imagínate que no te reciba bien la señora. La mamá de Ricardo nos contó que no había quedado bien, y no es para menos. Se te muere una hija tan joven repentinamente.

–Tienes razón. Puedo empeorar las cosas y le dejo la cagá en la cabeza a la señora.

Francisca toma la mano de Rodrigo y lo mira tiernamente. Lo que pasó el día anterior los dejó a ambos en las nubes. Francisca pasó toda la tarde y parte de la noche pensando en Rodrigo. Por su mente pasaron imágenes de un futuro prolongado con él. Hasta se vio junto al joven ya ancianos ambos. Pero ella sabe que no será así y que esta eventual prolongación de la vida de Rodrigo debe ser aprovechada cada segundo.

Francisca trae un bolso pequeño colgado en forma cruzada. Mete su mano en su interior y saca un libro.

–Mira—le dice a Rodrigo. Te traje este libro.

–¿Un regalo? ¿De qué se trata?

–¿Te acuerdas de la ceremonia que te conté ayer?—Rodrigo asiente con la cabeza-- Bueno, esa ceremonia sale en este libro.

Rodrigo lo toma y lee su nombre “El Mensaje de Silo”.

–¿Quién es Silo?

–No lo sé—le responde Francisca—Cuando volvía a la casa después de estar acá, me encontré con el chiquillo que hizo la ceremonia el día anterior y le conté que había estado contigo. Le pregunté algunas cosas y él me regaló el libro.

–¡Oye, no se estará pasando rollos contigo!

–¡No! Nada que ver, si apenas lo conozco. Además hablamos sólo del libro. Me contó que tiene tres partes. La primera, es directamente el libro y se llama La Mirada Interna, la segunda es La Experiencia, en

ella sale una serie de ceremonias entre las que está la de bienestar y la tercera parte es El Camino, que es como una reflexión. En la noche lo estuve leyendo y está bonito, por eso te lo traje de regalo.

–Gracias. Me ayudará a pasar los tiempos muertos acá, siempre y cuando no esté con malestares.

–¿Cómo te has sentido hoy?

–Bien. Ayer estuve mal. Coincidió con el sueño que te conté antes. Dejé la escoba acá, me tuvieron que cambiar hasta de cama.

–¿En serio? ¿Qué dice el doctor?

–No he hablado con él, pero mientras no se calme este hígado de porquería que tengo no podré volver a casa.

–Yo vendré todos los días a verte para que te sientas mejor.

–Me siento mejor contigo aquí.

Francisca apoya la cabeza en el pecho de Rodrigo y se queda así durante minutos. Rodrigo la abraza como arrullándole. Ambos se sienten muy bien y contentos y se fortalecen mutuamente.



Verónica y Rodrigo están juntos en la habitación. Francisca se fue hace unos minutos y Rodrigo tiene ganas de conversar de ella con su madre.

–Mamá ¿Qué te parece Francisca?

–Me encanta. La encuentro una niña encantadora, es linda y se ha portado súper bien todos estos días.

–¿Y qué te parece que pololee con ella?

–Me parece bien. Tu enfermedad ha postergado muchas cosas normales para tu desarrollo y una de ellas es la relación con las mujeres. Además si tú estás feliz, yo también. Claro que si ella no me gustara sentiría cosas diferentes, pero no es así.

–Y yo ¿Qué te parezco?

–¿A qué te refieres?

–¿Qué opinión tienes de mí? Yo sé que soy tu hijo y además he estado enfermo, pero trata de ser lo más objetiva posible.

–Mi niño. Eres una persona maravillosa y de verdad estoy tratando de ser lo más objetiva que pueda. Eres un niño muy fuerte, yo no sé si otra persona hubiera podido soportar lo que has pasado tú. Y hablo de lo físico y de lo psicológico. Yo creo que no fue una casualidad que se diera la oportunidad de tu trasplante. Es un premio a tu fortaleza, tu alegría y tus ganas de vivir.

–A veces pienso, que no estoy tan preparado para la muerte. Lo digo porque yo he tenido una fe casi ciega de que todo va a salir bien y nunca

puse a la muerte como posibilidad. Eso está mal.

—¿Por qué dices eso hijo?

—Porque uno puede ser fuerte, puede ser alegre y tener muchas ganas de vivir y tener resuelto el tema de la muerte y creo que yo no estoy preparado. Es más, reniego de ella. Y resulta que estuve a punto de morir y no he hecho nada para comprenderla.

—¿Por qué comprenderla?

—Comprenderla, porque todo este esfuerzo tiene que valer la pena. Esto no es placentero. Me gustaría salir con Francisca, ir a un colegio como todos los jóvenes de mi edad, ir a la universidad, jugar a la pelota, correr, correr y correr. Estoy aquí postrado con unas ganas permanentes de vomitar y eso no es agradable.

—¿Estás perdiendo la fe?

—No lo sé. Todos me dicen que soy fuerte y que me admiran por eso, y creo que éste es un momento de debilidad, porque estoy cuestionando esta lucha.

—A lo mejor, te haría bien conversar con alguien que sí le ha dado vuelta al tema

—Daniel—responde Rodrigo.

—¿Daniel? ¿Lo conozco?

—No. Fue mi compañero de habitación por un día cuando llegué ahora.

—¡Ahh! Ya lo ubico.

—A él le extirparon un tumor en la cabeza y por lo poco que conversamos me dio la impresión que él avanzó mucho, de hecho me dejó pa' dentro con algunos comentarios.

—Pero ¿Cómo piensas ubicarlo?

—A lo mejor acá nos pueden dar alguna información.

—Primero, hagamos fuerza para que pasemos este trance y vuelvas luego a la casa.

La madre y el hijo continúan conversando de otros temas, luego llega Nelson quien se suma a la plática. Los tres pasan la tarde hasta que se acaba el horario de visitas. Rodrigo se queda solo. Mira televisión unos momentos y luego se acuerda del regalo que le trajo Francisca. Toma el libro que dejó en la mesita del costado y comienza a hojearlo. Las primeras páginas no las entiende mucho y avanza deteniéndose en algunas frases que le llaman la atención. Prosigue página por página leyendo sólo los títulos. Llega a la parte de las ceremonias. Lee la ceremonia de bienestar que Francisca y sus amigos hicieron hace dos días. Descubre una ceremonia de la muerte, le llama la atención y la lee con atención. "La vida ha cesado en este cuerpo. Debemos hacer un esfuerzo para separar en nuestra mente la imagen de este cuerpo y la imagen de quien ahora recordamos...

Este cuerpo no nos escucha. Este cuerpo no es quien nosotros recordamos...

Aqué! que no siente la presencia de otra vida separada del cuerpo,

considere que aunque la muerte haya paralizado al cuerpo, las acciones realizadas siguen actuando y su influencia no se detendrá jamás. Esta cadena de acciones desatadas en vida no puede ser detenida por la muerte. ¡Qué profunda es la meditación en torno a esta verdad, aunque no se comprenda totalmente la transformación de una acción en otra! Y aquél que siente la presencia de otra vida separada, considere igualmente que la muerte sólo ha paralizado al cuerpo; que la mente una vez más se ha liberado triunfalmente y se abre paso hacia la Luz... Sea cual fuere nuestro parecer, no lloremos los cuerpos. Meditemos más bien en la raíz de nuestras creencias y una suave y silenciosa alegría llegará hasta nosotros...

¡Paz en el corazón, luz en el entendimiento!”

Medita al respecto. El cuerpo y quien es uno realmente son dos cosas diferentes. La vida se puede sentir separada del cuerpo. Las acciones realizadas siguen operando y no se detienen jamás. La mente se libera y se hace paso hacia la luz ¿Qué es la luz?

—Mi cuerpo es el enfermo, no yo—dice en voz alta—Hay otros que tienen un cuerpo sano, pero son malas personas.

Rodrigo se siente demasiado joven, con una vida muy corta y, por lo tanto, con acciones poco significativas que continúan operando ¿Esto es bueno o malo? No tiene respuesta.

Lentamente se va quedando dormido. En su estado de sopor, se encuentra con Ricardo otra vez. Es la misma playa en la que estaban en el anterior sueño, pero ahora es de día. Ricardo está sentado en la arena mirando el mar.

—Hola—lo saluda Rodrigo--¿Puedo sentarme contigo?

—Por supuesto.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Qué se siente estando muerto?

—No lo sé ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú estás muerto.

—¿Yo muerto? ¿Estás loco? ¿Tú estás muerto?

—No.

—Entonces ¿Cómo estás conversando conmigo si yo estoy muerto?

—Tienes razón. Pero ¿Cómo es que yo tengo tu corazón?

—No has entendido. Tú tienes mi corazón, pero yo sigo viviendo.

—¿Cómo es posible?

—Así es no más. Cada cosa que haces no la deshaces, sigue actuando como una prolongación de uno.

—¿Y la muerte qué es?

—La muerte es sólo una ilusión, como ilusión ha sido tu cuerpo.

Rodrigo queda más confundido con la conversación, pero como los sueños no son historias con comienzo ni fin, las respuestas no las obtendrá porque no habrá una segunda parte. Rodrigo despierta, apaga la luz de

la habitación que aún permanecía encendida y se queda pensando varios minutos antes de dormir definitivamente y para no recordar los sueños. Al día siguiente despierta muy temprano, todavía con el mismo tema dándole vueltas en la cabeza. Medita mirando hacia la ventana de la habitación que muestra los primeros rayos del sol del día. Si la muerte es el fin de la vida y el cuerpo sin vida es el fin del ser, no tendría sentido tanto esfuerzo y soportar tantos malestares. Sí tendría sentido el cuidar el cuerpo para prolongar el tiempo que se tiene para fortalecer eso indescriptible que no deja nunca de vivir, según lo que dice el libro. Toma nuevamente el libro y vuelve a hojearlo. Llega a la última parte donde se plantean las siguientes propuestas:

“No dejes pasar tu vida sin preguntarte: “¿quién soy?

No dejes pasar tu vida sin preguntarte: “¿hacia dónde voy?”

No dejes pasar un día sin responderte quién eres.

No dejes pasar un día sin responderte hacia dónde vas.

No dejes pasar una gran alegría sin agradecer en tu interior.

No dejes pasar una gran tristeza sin reclamar en tu interior aquella alegría que quedó guardada.

No imagines que estás solo en tu pueblo, en tu ciudad, en la Tierra y en los infinitos mundos.

No imagines que estás encadenado a este tiempo y a este espacio.

No imagines que en tu muerte se eterniza la soledad.”

—¿Quién soy?—se pregunta en voz alta--¿A qué se refiere? ¿Hacia dónde voy? ¡Qué complicado! Me estoy enrollando mucho.

Rodrigo deja el libro en la mesa y se queda pensando un buen rato en silencio. Finalmente exclama:

—¡Ya oh! Quiero vivir porque es entretenido y porque quiero hacer muchas cosas. ¿Qué tanto estar buscando la quinta pata al gato? La vida es más sencilla de lo que se plantea acá.

Enciende el televisor y trata de poner en blanco su cabeza. No quiere continuar en la divagación que le ha estado perturbando y le genera una sensación de descontrol. Mejor es no pensar, de otra manera se va a angustiar.



Rodrigo fue dado de alta, después de seis días internado puede volver a casa. Sus padres lo acompañan mientras Rodrigo se despide del personal ya totalmente familiar para él. Cuando llegan al hall de entrada de la clínica, Rodrigo divisa a Daniel. Por un momento duda de acercársele o no, pero finalmente se arma de valor y lo aborda.

—Hola ¿Te acuerdas de mí?

—Claro ¿Cómo estás?—le responde Daniel.

—Bien, recién me dieron el alta ¿Y tú?

—Bien también vine a buscar los resultados de los exámenes y está todo normal.

—Qué bueno—Rodrigo hace una pausa y le dice—¿Sabes? Con lo poco que conversamos me dejaste marcando ocupado en muchas cosas y me preguntaba si no te molestaría que nos juntáramos, me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Por supuesto, cuando quieras.

—¿Cómo lo podemos hacer?

—Mira, podríamos juntarnos en un lugar tranquilo para que no nos distraigan tanto, porque en mi trabajo sería imposible, no sé si tu casa, depende si puedes salir a la calle también. No lo sé, dime tú.

—Yo creo que lo mejor es que nos juntemos en un lugar fuera de nuestras casas y tu trabajo. Dame tu teléfono y nos ponemos de acuerdo.

—Ok.

Los dos se intercambian teléfonos, correos electrónicos y se despiden. Rodrigo retorna a casa con sus padres. Ya en su hogar entra a su pieza y revisa sus cosas como si las hubiese echado mucho de menos. Vanesa y Sebastián no están y Verónica le prepara un jugo a Rodrigo.

—¿Estás bien?—le pregunta ella.

—Sí. Ya estaba cansado de la clínica.

—Te vi conversando con ese joven.

—Sí, acordamos juntarnos. Quiero conversar con él.

—¿Todavía estás inquieto?

—Sí, aunque un poco menos. He estado haciéndole el quite a los temas trascendentales.

—¿Quieres conversar al respecto?

—No, mamá, gracias. Quiero estar aquí en la pieza un poco. Hace tiempo que no disfruto de mi guarida.

—Está bien.

Verónica sale de la habitación y deja a Rodrigo solo viendo televisión. Así pasa toda la tarde hasta que llega Sebastián del colegio. Éste sabía que su hermano estaría en casa por lo que pasa directo a su habitación.

—¡Hola, hermano!—le dice Rodrigo, mientras se abrazan.

—Hola ¿Cómo estás?

—Bien, de otra manera no me habrían dejado venirme. Esta vez tampoco fuiste a verme.

—No, no me gustan las clínicas.

—¿Todavía estás enojado conmigo?

—No, pero tú sabes que es difícil romper con años de costumbres y cualquier cosa que genere sorpresa en los demás, molesta.

—¿Cómo van tus cosas?

—Bien, no me quejo.

—¿Has hablado con los viejos respecto a tus sentimientos?—le pregunta Rodrigo

—¿Cuáles sentimientos? ¿Los de la postergación? No, no me atrevo.

—Sería bueno que lo hicieras. Yo creo que los papás ni se imaginan lo que has estado pasando. Además, que si no te abres con tus viejos ¿Con quién? Si quieres yo te ayudo.

—No, no creo que valga la pena. Además ya se me ha pasado, de hecho todos los días estuve pidiendo que te recuperaras, que volvieras a casa y eso me hace sentirme bien, porque ya no tengo esa sensación de rabia.

—De todas maneras es bueno que lo converses con alguien más, quizás con Vanesa, porque igual creo que las cosas no se han llevado del todo bien. Por más que yo esté enfermo, los papás deben estar atentos a lo que les pasa a cada uno de sus hijos.

—Mira, yo no quiero reprocharles nada. Yo sé que estoy mal, la contradicción está en mí. A lo mejor me ayude comentárselos, pero cuando me atreva.

—Está bien. Cuando estés preparado probablemente te nacerá de adentro.

Sebastián trata de poner al día a Rodrigo de los acontecimientos durante su estadía en la clínica, luego se suma Vanesa y finalmente los padres. Ahí están los cinco compartiendo, conversando y riendo. Más tarde llega Francisca y los amigos de Rodrigo y se arma una mini fiesta de bienvenida. Incluso hubo tiempo para bailar y cantar. Los amigos obligan a Rodrigo a oficializar el pololeo con Francisca, ya que como esto sucedió mientras estaba internado, varios no se enteraron.

—Pero, Rodrigo no me ha pedido pololeo—exclama Francisca riendo con sus mejillas rosadas.

—¡Uuuuuuh!—responden todos—¡Que se declare! ¡Que se declare!

—¡No!—responde Rodrigo tapándose la cara con un cojín del sillón.

—¡Ya poh!—dice Pablo—no puede ser, si no le pides pololeo no están pololeando entonces.

—Pero, ¿Por qué tiene que ser el hombre y no la mujer la que pide pololeo?—se defiende Rodrigo.

—Porque así es la tradición—responde Vicente.

—La tradiciones ya no van—insiste Rodrigo.

—Sí, para mí sí—dice Francisca avivando el fuego.

—¡Aaaah! ¡Viste, viste!—gritan Pablo y Vicente al unísono.

—¡Ya poh! Pero eso es un asunto privado, no lo voy a hacer aquí.

—¡No seai fome poh, Rodrigo! ¡Mira, si la Francisca está esperando que se lo pidas!—dice Vicente, mientras Francisca mira de reojo con sus dos manos juntas entre las piernas apretadas.

Rodrigo está hundido en el sofá con el cojín en la mano usándolo como escudo. Verónica y Nelson sólo ríen mirando la situación como espectadores. Vanesa y Sebastián también avivan dándole ánimo a Rodrigo.

—¡Está bien! ¡Está bien!—dice Rodrigo poniéndose de pie.

—¡Eeeeeh!—vitorean todos.

—¡De rodillas!—grita Pablo.

—¡Sí!—apoya Vicente.

—¿En serio?—pregunta Rodrigo y todos asienten sólo moviendo la cabeza—Bueno.

Rodrigo se rasca la cabeza y se hinca apoyando una de sus rodillas en el piso. Aún no se atreve a mirar a los ojos a Francisca, quien permanece tal cual con sus manos entre las piernas evidentemente muy tensa y nerviosamente sonriente. Rodrigo le extiende la mano derecha pidiéndola la de ella.

—Francisca...—comienza a hablar ante el silencio de los presentes—Quiero decir en este momento que estoy muy contento de estar contigo.

Al decir esta última palabra le sale un gallito que provoca la risa contenida de sus amigos. Vanesa pide silencio.

—Bueno, prosigo ante esta inoportuna interrupción. Repito que estoy muy contento y me gustaría preguntarte si quieres pololear conmigo.

Todas las miradas convergen en Francisca, esperando lo que va a decir. La chica ríe de nervios, se lleva la mano a la boca repetidamente tratando de controlarse.

—Sí—responde—Quiero pololear contigo.

—¡Bravo!—gritan todos y aplauden fervorosamente—¡El beso! ¡El beso!

Rodrigo se pone de pie y se sienta al lado de Francisca, la abraza y le da un beso ante el júbilo de los presentes.

—Ya, ya, fue mucho—dice Rodrigo tratando de poner calma.

—Oye, pasó hartoo tiempo para que te atrevieras—dice Pablo.

—Sí—Vicente reafirma el comentario—Todos cachábamos que se gustaban y no pasaba nada ¿Qué onda?

—No lo sé—responde Rodrigo—Son tonteras de pendejo. Uno no se atreve.

—Pero, él tan fuerte, afrontando momentos duros en la vida y no se atreve con una mujer—habla Vicente.

—Así es no más—contesta Rodrigo—No soy tan fuerte como se ve, o dame la posibilidad de tener momentos de debilidad.

—Estaba distraído con su enfermedad—lo defiende Verónica.

—No, tía, no diga nada, si era de puro cortado—insiste Vicente.

—Ya, déjenlo tranquilo—interviene Francisca—También es responsabilidad mía. Cuando una mujer se decide a lograr lo que quiere, lo hace y yo también estuve ahí dando jugo.

—Bueno, lo importante ahora es que disfruten juntos el tiempo perdido—dice Nelson—y te quiero decir Francisca, que estamos muy contentos, porque a Verónica y a mí, nos encantas y aprovecho la instancia también para agradecerte todo el apoyo que le has brindado a Rodrigo en las últimas semanas.

—No me agradezca—responde Francisca—Ha sido súper lindo acompañar

a Rodrigo en estos días y darle toda la fuerza que necesita para salir de este momento.

Los asistentes brindan por el retorno de Rodrigo y por la naciente relación con Francisca. La reunión prosigue hasta bien entrada la noche. Los amigos y Francisca se van y los de la casa se retiran a dormir así también como Rodrigo.

Al día siguiente, Rodrigo encuentra el teléfono de Daniel entre sus cosas y decide llamarlo. Al contactarlo concertaron un encuentro en una cafetería. Los dos llegan muy puntuales. Rodrigo pide un jugo de frutas y Daniel, un café.

—¿Cómo has estado?—le pregunta Daniel a Rodrigo.

—Bien, por el momento. Aunque debo estar en guardia permanentemente porque puedo tener problemas en cualquier instante.

—Cuéntame un poco de lo que tienes—le pide Daniel.

—Yo tenía una insuficiencia cardíaca. Mi corazón trabajaba como si hubiese sido el de un anciano y, por lo tanto, era incapaz de hacer su función como corresponde.

—¿Cómo te lo diagnosticaron?

—Desde chico me cansaba mucho. Corría un poco y quedaba lona de inmediato. Me acuerdo que me llevaron un par de veces al doctor pero no detectaron nada malo. Una vez me desmayé en el colegio y ahí sí supimos lo que era.

—¿Cuáles son las causas?

—Pueden ser diversas, pero la más típica es congénita, es decir, nací con la falla. Algo no funcionó en mi desarrollo embrionario.

—Entonces, naciste con un corazón agotado.

—Más o menos. El asunto es que como el bombeo es insuficiente algunos órganos empiezan a mal funcionar. A mí me afectó a los pulmones. Un poco más y hubiese necesitado un trasplante pulmonar también.

—Bueno, cuéntame ¿En qué te puedo ayudar?

—Yo tenía ganas de conversar contigo porque creo que, aunque por motivos distintos, ambos nos enfrentamos a la muerte. La otra vez que conversamos me dio la impresión de que tu situación fue súper fuerte y tuviste grandes aprendizajes. Yo en estos momentos estoy tratando de sacar algunas conclusiones, porque siento que me faltan algunas comprensiones. Por ejemplo, un tercio de mi vida he estado tratando de evitar la muerte. Cuidando este cuerpo que me alberga, prolongando la vida lo más que se pueda, pero nunca me pregunté ¿Para qué? La muerte me ha estado acompañando todos estos años, pero aun no la comprendo. Es ese integrante de la familia que vive contigo pero con quien no has conversado en serio nunca. Es como aquel esquizofrénico que se sabe enfermo y trata de no hacerle caso a sus alucinaciones, porque no es que seas indiferente a ella, sino que le haces el quite, tratas de no pensar en ella y te aferras a la vida huyendo de algo que en realidad no conoces.

—Entiendo—dice Daniel—Mi caso ha sido diferente. Mi vida tuvo

acercamientos a la muerte sólo a través de seres queridos. Mi padre murió cuando yo era un niño y mi madre murió hace menos de un año. Esas muertes se registran como una sensación de pérdida y te duelen mucho. Extrañas a esas personas porque ya no las ves a diario y, de una u otra forma, uno se siente desamparado. Respecto a mi propia muerte, era un tema ausente. Yo siempre he sido súper sano, incluso no me resfrió hace años, por lo tanto no era parte de mis preocupaciones. Justo antes de que me diagnosticaran el tumor, yo estuve cuestionando nuestro sistema de vida y lo que hacía y no hacía yo respecto a eso. De hecho, deseé no enfrentarme a ningún trauma para hacer cambios profundos en mi vida. Al principio pensé que tenía que ver con las cosas, con las actividades, con las prioridades. Y bueno, sí tiene que ver, pero al final tiene que ver con el sistema de creencias que lleva uno consigo en una mochila pesada que condiciona todas tus decisiones.

—¿Y qué pasó cuando te detectaron el tumor?

—Bueno, me quedó la cagá en la cabeza. Justo lo que no quería estaba pasando, pero ya no había más que hacer y debía enfrentar la situación. Ahí estaba yo y la muerte junto a mí. Típico que la gente se pone a solucionar los problemas tratando de preparar el escenario inminente y averigua acerca de asuntos previsionales, financieros, los seguros de desgravamen y la situación de tu familia. Que tu señora y los hijos queden asegurados, que la casa, que los estudios, etc. Todo eso que la gente dice es prepararse para la muerte. Pero todo eso es externo, compensatorio. Uno se siente más aliviado si siente que los suyos van a quedar “bien”.

—¿Tú hiciste eso?

—No, no tuve tiempo. A lo mejor si hubiese tenido tu enfermedad o si hubiese sido maligno el tumor habría dedicado lo que queda de vida para preparar todo. Pero un día me dijeron tienes un tumor en la cabeza, dos días después me operaron y pasaron una par de semanas de incertidumbre y ya está. No alcancé.

—¿Y qué pasó en ese par de semanas en que no sabías si era cáncer o no?

—Fue muy loco, porque entre reflexiones concientes, alucinaciones y sueños tuve algunas revelaciones.

—¿Como cuáles?

—La muerte no existe—Daniel dice esto y se queda en silencio con una sonrisa en su cara mirando fijamente a Rodrigo.

—Pero, la muerte, ésa en que dejas de respirar y tu corazón se detiene, te entierran hasta quedar en huesos ¿Qué es entonces?

—Hay que diferenciar entre la muerte del cuerpo y la muerte de quien realmente eres.

—¿Tú crees que hay un cielo y un infierno?

—El cielo y el infierno están aquí con nosotros. Pero ese es otro tema. Yo no hablo de la vida que continúa como nosotros la sentimos con este cuerpo. De hecho esta figura que tú estás viendo no es más que una holografía.

El cuerpo muere, es un envase desechable. Uno lo puede cuidar lo que más se pueda y extender su vida útil, pero esa es la muerte inminente e irrefutable, si es que hay algo irrefutable respecto a este tema. Mira, si no hubiésemos coincidido en la misma habitación en la clínica, no estaríamos aquí conversando de estos temas. Me explico, conversamos, vimos que nuestras historias tenían algo en común y enganchamos. Algo te llamó la atención de lo que te dije y ese pequeño detalle, no digamos que te cambió la vida, pero condicionó los días que siguieron y quizás quién sabe lo que va a pasar con lo que está sucediendo ahora.

—Pero ésa es la trascendencia de las acciones, lo del efecto mariposa y esas cosas.

—Es lo mismo. Mucha gente que cree en la trascendencia tiene la ilusión de que existe una vida después de la muerte donde uno sigue siendo. Yo creo que el contenido de nuestro envase se está vertiendo permanentemente, pero como no puede quedar en el aire, se trasvasija. Hay envases más llenos que otros, los más llenos, más se vierten. Y eso sigue eternamente desarrollándose y cuando uno se desprende en vida del cuerpo tiene la experiencia de sentir lo que estoy diciendo. Cuando veo a mi hijo que camina como yo, que tiene gestos míos, que dice frases completas dichas por mí, digo...ahí estoy yo en el cuerpo de mi hijo.

—Tiene sentido, pero no es fácil de digerir—comenta Rodrigo.

—Claro que no. De todas maneras, eso es lo que me pasó. Tú eres otro ser y tu proceso puede ser diferente. Yo no estoy tratando de convencerte, sólo te cuento mis comprensiones.

—Sí, así lo tomo. De todas maneras me hace sentido. ¿Qué hay del infierno y el cielo?

—El infierno es un estado de contradicción profunda, absolutamente contaminado. Es como que el envase no se llena nunca y por lo tanto no se vierte y se vive en eterno sufrimiento. La vida es un martirio, hay odio, temor, envidia, resentimiento, sin sentido. El cielo por lo contrario, es un estado de fortaleza, de mucha energía cinética y potencial. Tu envase se desborda permanentemente y, por lo tanto, su tamaño debe aumentar. El envase va creciendo cada vez más y el contenido con él. La vida es el paraíso, hay paz, alegría, mucho amor, generosidad. Es como el lado oscuro y luminoso de la fuerza en Star Wars.

—¿En serio?—Rodrigo ríe ante la comparación.

—Sí, no es chiste.

—Oye ¿Cómo llegaste a esas conclusiones, en un par de semanas?

—Fueron un par de semanas, pero la dimensión del tiempo es relativa, porque cada segundo dura una eternidad. Además, estamos hablando de un sistema de creencias. Si yo tuviese otra formación, mis reflexiones habrían sido diferentes.

—Bueno, en la muerte el envase se desecha ¿Qué pasa con ese envase grande y desbordado y el otro chico vacío?

—Buena pregunta. Ese vaso grandotote vacía su contenido en otros

envases. Cuando es una muerte lenta, ese proceso incluso puede ser dirigido, pero cuando es repentino se aferra a los envases más próximos que normalmente corresponden a la familia y a veces anda dando vueltas un tiempo en un espacio distinto al nuestro. El vaso vacío desaparece, pero como no tiene contenido no pasa nada, pasa sin pena ni gloria.

—Pero ahora, que tú ya crees todo esto puedes usarlo para desparramar jugo a diestra y siniestra—dice Rodrigo.

—¡Exacto!—contesta Daniel riendo—No es necesario esperar hasta que la muerte se acerque para ir derrochando nuestros contenidos. Así que como ya vez, dar jugo no es malo. No dejes pasar un momento de contradicción, reconcíliate de inmediato.

—No dejes pasar un día sin responderte quién eres—dice Rodrigo.

—Para eso, hay que preguntarse quién soy.

—Eso es lo que dice un libro que me regalaron.

—Pues bien, respóndete esas preguntas.

—Ha sido muy bueno conversar contigo—dice Rodrigo.

—Yo creo lo mismo—responde Daniel—Tú eres una de las primeras personas con las que converso de estos temas y me siento muy bien por eso. Espero que te haya servido.

—Sin duda. Seguiré buscando más respuestas.



Rodrigo entra junto a sus padres al colegio. Las autoridades del establecimiento autorizaron que Rodrigo se reintegrara, aunque no formalmente, como oyente a las clases. Sus compañeros están en 4º medio y probablemente nunca más se juntaría con ellos si no es por esta oportunidad que le han otorgado.

Verónica lo lleva de la mano.

—¿Estás nervioso?—le pregunta.

—Un poco—responde Rodrigo.

—Tranquilo—dice Nelson—Son tus amigos, tus profesores. Muchos de ellos han estado con nosotros todo este tiempo.

—Lo sé, papá. No es por eso, yo creo que la situación es extraña, es como viajar en avión a pesar de no ser la primera vez o subir a un escenario a cantar a pesar de ser profesional. No es más que eso.

Van pasando por todas las oficinas, reciben el saludo y la bienvenida de los funcionarios del colegio. Finalmente arriban a la oficina del Rector. La secretaria los hace esperar unos minutos y luego el mismo Rector sale a recibirlos.

—¿Cómo están?—los saluda afectuosamente.

—Muy bien—responde Nelson. Queríamos agradecerle el gesto de permitir que Rodrigo pase estos últimos meses con sus compañeros.

El Rector los hace pasar al despacho y los invita a tomar asiento.

—Es lo menos que podemos hacer. La verdad es que pensamos cómo podríamos premiar el valor de Rodrigo para afrontar todo lo que le ha pasado y esto parece perfecto.

—Yo estoy muy agradecido, señor—interviene Rodrigo—Para mí es muy importante estar con mis compañeros de curso, aunque yo no pueda egresar de 4º, pero así podré retomar los estudios después de tanto tiempo.

—Me alegro—responde el Rector—Bueno, los chicos ya entraron a clases así que cuando gustes te puedes integrar.

Los cuatro se ponen de pie y los padres de Rodrigo insisten en los agradecimientos. Luego emprenden rumbo a la sala de clases.

—¿Quieres que te acompañemos hasta la sala?—le pregunta Verónica.

—No. Déjenme aquí—responde el chico—Quiero entrar solo.

—Está bien—responde ella.

Nelson y Verónica le dan un fuerte abrazo y se despiden. Rodrigo sigue caminando por los pasillos hasta llegar a la sala de su curso. Se detiene delante de la puerta y golpea, inicialmente con algo de timidez y luego con más intensidad.

La profesora dirige su mirada hacia la puerta y divisa a Rodrigo tras la mirilla de ésta. Se acerca y le abre.

—Hola, Rodrigo. Pasa—la profesora lo invita.

Sin duda ella estaba enterada de todo. Rodrigo entra muy tímidamente y recibe el abrazo de su profesora jefa, ante lo cual los compañeros saltan de sus asientos y se abalanzan sobre él.

—¡Cuidado!—suplica la profesora—¡Cuidado!

Los chicos y chicas abrazan efusivamente y zamarrean a Rodrigo de un lado a otro.

—¡Cuidado, por favor!—insiste la profesora un tanto preocupada.

—Está bien, profe—le dice Rodrigo—Estoy bien.

—Ven, siéntate por acá—le dice la maestra rescatándole del ataque de efusividad de sus compañeros y le indica un banco disponible.

Rodrigo se sienta y sigue recibiendo palmadas en la espalda y en la cabeza que lo despeinan una y otra vez. Cuando vuelve la calma, la profesora retoma el control de la clase y se dirige a Rodrigo.

—Estamos muy contentos todos de que puedas venir a clases junto a tus compañeros ¿Cierto?—se dirige a los compañeros.

—¡Síiii!—responden todos al unísono.

—Ojalá puedas estar con nosotros en lo que queda de año y participar de todas las actividades.

—Rodrigo—interviene una de sus compañeras—Queremos decirte que estamos súper contentos de que estés aquí. Te echamos mucho de menos

y estuvimos muy pendientes, todo este tiempo, de ti y tu operación. En reunión de padres y apoderados en la cual participamos todos, decidimos hacer una vaca y pagarte el pasaje y todos los gastos del viaje de estudios que haremos con el curso a fin de año.

Todos irrumpen en un aplauso estruendoso con vítores y silbidos. Rodrigo está muy emocionado y no sabe qué decir. Se pone de pie y se para a un lado de la profesora.

—Estoy un poco nervioso—dice y luego de tragar saliva, continúa retorciendo sus dedos entre sí—Les doy las gracias por este recibimiento, así también por el gesto del viaje de estudios. Ya veremos si el doctor me autoriza para ir con ustedes. Yo estoy feliz de volver a estudiar. Aunque yo no egresaré con ustedes, para mí era súper importante compartir estos momentos con todos. Con la mayoría de ustedes estamos desde muy chicos acá en este colegio y me habría dado mucha pena no ser protagonista en esta última etapa de nuestra vida escolar.

Los compañeros lo interrumpen con un aplauso.

—Me han pasado cosas súper fuertes—prosigue—Estuve muy cerca de la muerte, al menos por ahora, me he librado de ella. Aunque ahora no sé si la muerte es ese momento en que uno deja de respirar y el corazón de latir. Parece que la vida es más larga de lo uno cree. Si yo hubiese vuelto a este colegio y entrado en esta sala y ustedes no me hubiesen pescado, habría pensado que todo termina con la muerte. Los abrazos y palmoteos que estuvieron un poco fuertes...

Rodrigo se soba la cabeza en muestra de dolor ante la risa de sus compañeros.

—Esos abrazos y palmoteos—continúa—me demuestran que yo estuve acá a pesar de mi ausencia física. Muchas gracias a todos y a usted, profesora.

Rodrigo abraza a la profesora. Ésta lo hace pasar a su puesto y continúa con la clase.

Dos días después, Rodrigo ya no siente la misma emoción. La novedad de encontrarse con sus compañeros y profesores lo mantuvo entusiasmado, pero lo desmotiva la no posibilidad de egresar junto con ellos. Piensa que a lo mejor debería asistir a las clases del curso inferior, así se podría ir acoplando a sus nuevos compañeros, con los que tendrá que estudiar el año entrante. Es la clase de historia y el profesor entra serio y erguido, saluda formalmente y se sienta en el escritorio abriendo el libro de clases. Sin mirar un instante al curso, pasa lista anotando la asistencia. Después, levanta la cabeza por primera vez y dice:

—Saquen su libro y abran la página 78, capítulo 4.

El movimiento de los compañeros, abriendo sus mochilas, haciendo sonar las sillas y el murmullo de los chicos molesta al profesor quien hace una mueca de desagrado.

—Señorita Villaseca—dice el profesor—por favor lea los dos primeros párrafos del texto.

—¿De pie?—pregunta Pamela.

—No, no es necesario—responde el profesor.

Rodrigo sigue la lectura junto a su compañero de banco, quien comparte con él el libro. Una vez que Pamela termina de leer, el profesor selecciona a otro alumno y le pide que lea los dos párrafos que siguen. Esto contraría a Rodrigo quien esperaba algún comentario del profesor o un espacio para intercambiar. Cuando le pide a un tercer estudiante continuar con la rutina, Rodrigo le pregunta a su compañero de banco:

—Oye ¿Las clases son todas así?

—Sí—su compañero hace un gesto metiéndose los dos dedos a la boca.

—¿Qué cuchichean ahí?—pregunta el profesor.

—Nada, profesor—responde Nicolás, el compañero de Rodrigo.

—¿Usted no trajo su libro?—le pregunta a Rodrigo.

—No, señor, no tengo. Yo estoy sólo de oyente.

—Oh, sí. Me informaron al respecto ¿Y cómo se ha sentido?

—Bien—responde sucintamente Rodrigo.

—Me alegro—dice el profesor—bien, sigamos ¿Quién estaba leyendo?

La aburridera continúa hasta el final de la clase. Rodrigo esperaba algún cierre, alguna síntesis final, pero nada. El profesor cierra el libro de clases, menciona que en la próxima clase continuarán con la lectura a partir de la parte en que quedaron ahora. Ya había sentido algo raro Rodrigo en otras clases, en relación a la orientación de las clases y la metodología de los profesores. Él recuerda que siempre ha sido así, pero ya se le había olvidado después del receso al cual estuvo obligado.

Durante el recreo, Rodrigo conversa con sus compañeros.

—¿Cómo soportan este tipo de clases?

—No lo soportamos—responde uno--¿Tú crees que estamos despiertos durante ellas?

—Sí, pero eso es aceptarla implícitamente.

—¿Pero qué hacemos?—pregunta otro—Los apoderados ya lo han conversado en la reuniones y no se ha llegado a nada.

—Pero los apoderados no son los que están en las salas aburriéndose y bostezando—insiste Rodrigo.

—Lo hemos conversado con la profe jefe—dice Pamela—Ella dice que conversa con los otros profesores respecto a esto, pero no pasa na'. Se producen cambios temporales, pero luego volvemos a lo mismo.

—Hay profesores que intentan hacer cosas diferentes—agrega un cuarto—Hacen trabajos en grupo, promueven más el intercambio y esas clases son un poco más entretenidas.

—Pero les han preguntado a los profesores ¿Para qué les sirve lo que están enseñando?—pregunta Rodrigo y obtiene un no silencioso.

—¿Sabes Rodrigo?—dice Pamela—Nos falta tan poco para salir, que no nos preocupa mucho. Estamos un poco ansiosos, queremos salir luego. La mayoría tiene ya decidido lo que va a estudiar.

—¿Estás segura?—pregunta Rodrigo—Podríamos hacer la prueba y juntarnos

como curso y conversar acerca del tema, porque me parece preocupante que estemos aquí todos los días, casi todo el día y no sepamos por qué ni para qué.

Un día después de la conversación de Rodrigo con sus compañeros acerca del sentido de las clases se encuentran en plena clase de matemáticas. El profesor está explicando las propiedades de los logaritmos. Los estudiantes toman nota y escriben todo lo que el profesor escribe en la pizarra. Fórmula tras fórmula, desarrollos matemáticos extensos y enunciados de teoremas, axiomas y demases. Finalmente, el profesor distribuye una guía con cerca de una treintena de ejercicios, cada uno muy parecido al anterior, con mínimas diferencias que probablemente tienen un impacto en los resultados.

—Señor profesor—Rodrigo pide la palabra levantando la mano.

—Dime—responde el profesor.

—¿Qué aplicaciones prácticas tienen los logaritmos?

—Bueno—el profesor titubea—los logaritmos son de mucha utilidad en ingeniería, hay muchas escalas de valores que son logarítmicas.

—¿Por ejemplo?—pregunta otro compañero de Rodrigo.

—Por ejemplo...—responde el profesor—la escala con la cual se mide la intensidad de los temblores es logarítmica.

—¿Profe?—pregunta un tercero—Yo quiero estudiar otra cosa y no ingeniería ¿Me servirán los logaritmos?

—¡Pero claro! Todo lo que ustedes aprenden en clases les servirá en algún momento de la vida.

—Pero, profesor—lo interrumpe Rodrigo—el otro día leí un artículo en el que se decía que un porcentaje altísimo de contenidos que se enseñaban en los colegios no se usaban jamás en la vida cotidiana.

—Bueno, hay cosas que probablemente no usen jamás, pero el aprender estos contenidos les ayudará a desarrollar el pensamiento.

Eso es interesante, piensa Rodrigo en silencio, aunque el profesor haya recurrido a esa oración sólo para salir del paso. Claro, no todo tiene que ser tangible, el problema es que no se explicita qué se busca o cuáles son los objetivos de cada una de las clases y claro, después de una clase de lenguaje, seguida de otra de ciencias y finalmente coronada por una somnolienta clase de historia, la mañana transcurre dejando un profundo registro de sin sentido en los estudiantes y Rodrigo, que ha pasado por momentos tan trascendentales en su vida, lo siente con mayor sensibilidad que sus propios compañeros.

Al día siguiente, se realiza una asamblea de estudiantes en el patio. No hay un auditorio que albergue a todos los jóvenes del colegio. Están todos ahí, sentados en el suelo, mientras los directivos se dirigen a ellos. Los comentarios de Rodrigo se han propagado por los pasillos del colegio y han despertado la curiosidad y el interés de sus compañeros. Por eso, lo han invitado a participar de la asamblea y exponer sus ideas acerca del sentido de las clases.

El presidente del centro de alumnos lo anuncia y le pide que se dirija a sus compañeros. Rodrigo se sienta frente al micrófono, se acomoda y mira hacia el frente encontrándose con la mirada de todos sus compañeros quienes esperan sus palabras en silencio. Rodrigo se conmueve y no pronuncia palabra alguna.

—¡Déjà vu!—dice en voz alta, sin darse cuenta que el micrófono ya está abierto y todos escuchan la frase--¡Hola! Dije déjà vu, porque por alguna razón que desconozco, esta situación me parece haberla vivido, aunque sé que jamás ha sucedido. Es raro.

Rodrigo hace un silencio y luego comienza su discurso.

—Hace algunas semanas, retorné al colegio después de meses en que he estado ocupado en mi salud. Probablemente muchos de ustedes sabrán mi historia, pero ésa no es la cuestión. Después de esta experiencia tan intensa, todo lo que vivo ahora me parece de una valiosa importancia. Quizás por mirar todo con una perspectiva fresca y renovada, es que me siento súper extraño con el tipo de clases que tenemos. Yo sé que son las mismas clases que dejé de tener hace alrededor de un año, pero ahora yo no entiendo cómo lo soportamos. Es una secuencia de materias inconexas entre sí, en las cuales no se nos explica por qué tenemos que aprender y para qué nos servirá en el futuro. Cuando preguntamos o cuestionamos esto, los profesores se sienten atacados y en vez de orientarnos al respecto, responden con frases hechas y tendientes a cerrar la conversación. Desde que tengo uso de razón, nos enseñan a conjugar el verbo to be en inglés. Con doce años de enseñanza del inglés debiéramos conversar fluidamente con cualquier nativo de habla inglesa. Si ustedes me preguntan para qué sirven las raíces o los logaritmos, no lo sé ¿Qué saco con desarrollar ecuaciones químicas, si yo quiero estudiar leyes? O ¿Para qué aprendemos a hacer discursos públicos si estudiaremos ingeniería? ¿Y qué pasa con los que desean estudiar arte, música o educación física? Hasta la clase de educación física no tiene sentido. Nos hacen pruebas de saque en el voleibol sin practicar voleibol...

Los compañeros de Rodrigo se ríen reconociendo todo lo que está diciendo.

—¿Quiénes de aquí ya están totalmente decididos en lo que van a hacer después de salir de 4º medio?—pregunta Rodrigo.

Sólo unos cuantos levantan la mano.

—¡Oye!—interrumpe uno—Pero ¿Qué propones tú?

—¿Yo?—Rodrigo se sorprende—Yo no propongo nada, pongo un tema de discusión sobre la mesa, yo creo que es deber de todos ver si esto es o no importante y si consideramos que da lo mismo, continuamos día a día siguiendo disciplinadamente las instrucciones de los profesores. Pero, si acordamos darle un giro a esta dinámica pobre, mecánica y aburrida, tendríamos que buscar respuestas con otros, los profesores, compañeros de otros colegios, la dirección y ¿Por qué no? Las autoridades del país. Ellos nos metieron en este cuento de la reforma educacional.

Rodrigo termina su intervención y sus compañeros lo aplauden, aunque no con vítores, con gestos de coincidencia.



—Hoy me dirigí a mis compañeros—le dice Rodrigo a Francisca, mientras ven televisión en el living de la casa de ella.

—¿Cómo es eso?

—Se realizó una asamblea de estudiantes para discutir el famoso tema de la calidad de la educación y me invitaron porque yo he estado hablando que las clases son malas y aburridas.

—¿Y qué dijiste?—le pregunta Francisca.

—Eso, las clases no van pa' ningún lado. Son una aburridera.

—¿Y cómo te sentiste ahí hablándoles a todos?

—Bien. Tuve una sensación extraña, sí. ¿Te ha pasado que hay situaciones que crees haberlas vivido antes?

—Sí, varias veces—responde ella.

—Eso me pasó hoy. Cuando me senté frente a mis compañeros y todos me miraban, sentí como si eso hubiera pasado anteriormente.

—¿Y tu discurso también?

—No, eso no, fue la situación inicial. Además no fue un discurso, fue algo así como un testimonio.

—Quizás sean imágenes de vidas pasadas. Al menos hay gente que dice eso.

—¿Tú crees que haya imágenes de Ricardo en mí?—pregunta Rodrigo.

—Puede ser.

—Sería raro, porque el corazón no tiene memoria.

—¿Estás seguro?

—No lo sé, me gustaría saber más al respecto.

—Oye, y ¿Esos sueños que has tenido donde Victoria te pide que le digas a su madre que está bien?

—Ha pasado tiempo. De a poco mi vida se ha tornado más normal y ya no tengo esos sueños. Además, la mamá de Ricardo nos dijo que ella no estaba bien y me da miedo. ¿Si nos echa de la casa?

—Yo creo que puede ser un alivio, aunque sea un poquito. Vamos a la casa de Ricardo y pedimos su dirección.

—Está bien—responde Rodrigo convenciéndose de la propuesta.

—Pero ¿En qué terminó la asamblea?—pregunta Francisca con expectación.

—Nada. Se decidió formar una comisión de estudio que elaborará una propuesta.

—¡Una comisión!—exclama la joven—Se parecen al gobierno. Al menos los pusiste en tema.

—Al menos—responde Rodrigo.

El fin de semana siguiente van juntos a la casa de la madre de Ricardo. Ella los recibe atendiéndolos con mucha calidez.

—¿Cómo has estado, Rodrigo?—le pregunta la señora.

—Bien. Volví al colegio ya.

—¿¡En serio!?—responde ella sorprendida— ¡Ha sido súper rápida tu recuperación!

—Sí, aunque no sin problemas—responde Rodrigo—Estuve hospitalizado por un cuadro de rechazo.

—Ah, pero eso era de suponer—comenta la mamá de Ricardo.

—Era seguro que sucediese—responde el joven.

—¿Y qué los trae por acá?

Rodrigo mira a Francisca. Ella le hace un gesto como animándolo a contar lo que pasaba.

—Lo que pasa es que me gustaría visitar a la familia de Victoria. ¿Qué ha sabido de ellos?

—No están muy bien. Se resisten a aceptar la situación. Al principio la mamá iba todos los días al cementerio. Ahora, por lo menos esto se redujo a los fines de semana solamente.

—¿Usted ha conversado con ellos?—le pregunta Francisca.

—Sí, nos hemos juntado un par de veces, pero no es fácil.

—Rodrigo ha tenido sueños con su hijo y con Victoria—dice Francisca.

—¿En serio?—exclama la señora—¿Cómo son esos sueños?

Rodrigo le da un empujón suave a Francisca con un gesto de reproche. Ella lo impulsa a contar.

—Bueno...en el sueño veo una situación en la cual pareciera que Ricardo y Victoria se conocen. Usted nos contó que se conocieron en la playa. Ellos están cantando alrededor de una fogata junto a más chicos. De pronto, aparece un huaso medio curado y se arma una batahola y todos arrancan.

La mamá de Ricardo escucha atenta y a medida que Rodrigo continúa en su relato, abre cada vez más los ojos sorprendida.

—Yo corro tras Ricardo y Victoria—prosigue Rodrigo—Ella se ha caído torciéndose un tobillo, al parecer por culpa mía.

La señora se pone de pie y se lleva una mano a la boca un tanto compungida.

—¿Está bien?—Francisca trata de atenderla.

—Sí, sí, no se preocupen—responde ella—lo que pasa es que no lo puedo creer...

—¿Qué cosa?—pregunta Rodrigo.

—Es exactamente así como se conocieron los niños.

Rodrigo mira a Francisca y sus ojos se cruzan también sorprendidos.

—¿Alguien te contó la historia?—pregunta la señora.

—No. Sólo lo que nos contó usted cuando vinimos la primera vez, ahí nos dijo lo del viaje de estudios pero no entró en detalles.

—Es increíble—comenta la mamá de Ricardo y se vuelve a sentar—¿Y qué pasa después?

—Ellos no se percatan de mi presencia—prosigue Rodrigo—Pero de pronto se sientan, Ricardo la atiende y ahí me quedan mirando y comienzan a conversar conmigo.

—Victoria le pide a Rodrigo que hable con su madre y le diga que ella está bien—Francisca completa la historia.

A la mamá de Ricardo se le llenan los ojos de lágrimas. Permanece unos segundos en silencio.

—Yo no sé si sea prudente que hablen con ella—les dice a los jóvenes—Yo les recomendaría que esperasen un tiempo.

—Pero, ¿Si Victoria está realmente comunicándose con Rodrigo y efectivamente puede aliviar el sufrimiento de sus padres?—pregunta Francisca.

—A lo mejor habría que consultarle a algún experto—dice la señora.

—La verdad es que yo no estaba muy convencido—dice Rodrigo.

—¿Saben?—dice la señora—Vayan no más, pero hagan una visita como la primera que me hicieron a mí y vean ahí en el momento si conviene y le cuentan esto. Yo puedo llamarles por teléfono y contarles que tú quieres conocerlos.

—Tiene razón—dice Rodrigo—No hay para qué darle detalles. Puedo decirle que en sueños, creo ver a Victoria y me dice eso.

—Algo así—dice la mamá de Ricardo.

La señora y los chicos siguen conversando. La mamá de Ricardo insiste una y otra vez en que Rodrigo le cuente detalles del sueño. Cada vez ella vuelve a emocionarse. Finalmente acuerdan concretar la cita con los padres de Victoria, para ello tendrán que viajar a Viña del Mar.



Ahí están Don Gustavo y la señora Eugenia, los padres de Victoria, en el umbral de la puerta de su casa recibiendo a Rodrigo y Francisca. La mamá de Ricardo los llamó y les preguntó si estarían dispuestos a recibir a los chicos porque éstos los querían conocer. Ellos no contestaron de inmediato, lo pensaron, lo conversaron y decidieron aceptar a los visitantes. Calcularon la hora que demorarían en llegar a la ciudad de Viña del Mar y ubicar la casa. Permanecieron cerca de media hora en la puerta esperando.

—Hola—saluda Rodrigo—¿Son los padres de Victoria?

—Sí—se acerca Eugenia—¿Tú eres Rodrigo?

Ella lo abraza efusivamente, mientras Gustavo y Francisca observan como testigos. Luego, Gustavo también abraza a Rodrigo y a Francisca y los hacen pasar a la casa. El matrimonio los invita a sentarse y les ofrece bebida y galletas.

—¿Cómo te has sentido?—le pregunta Eugenia a Rodrigo.

—Bien, muy bien.

—¿Ustedes son pololos?—pregunta Gustavo.

—Sí—asienten los dos jóvenes.

—¿Has podido reiniciar tu vida?—pregunta Eugenia.

—Sí, en parte. Todavía debo cuidarme mucho, mis defensas no son las mejores. Hay riesgos de rechazo aún.

—¿Estás yendo al colegio?—pregunta Gustavo.

—Sí, como oyente—responde Rodrigo—Los directivos del colegio me permitieron compartir con mis compañeros por lo que queda del año. Pero mis estudios formales los retomaré el próximo año.

—Qué bueno eso—comenta Gustavo.

—Marta me comentó que querías conocernos—dice Eugenia.

—Bueno sí, así es. Yo creo que es normal que uno tenga interés en conocer un poco de la historia de su donante. Ricardo es un enigma para mí y él estuvo tan enamorado de Victoria. Ella era parte de su vida y ahora él es parte de mi vida. Todos me dicen que no es bueno hacer esto, pero en mi interior sentía la necesidad de buscar un acercamiento con los padres de Ricardo y con ustedes.

—La pérdida se siente muy fuerte—dice Eugenia—Victoria era nuestra hija menor y la regalona de todos.

—¿Y cómo era su relación con Ricardo?—pregunta Francisca.

—Excelente—responde Eugenia—Era como nuestro hijo también. Era un niño muy bueno y nosotros como tenemos dos hijas, era como el hijo varón que no tuvimos.

—Don Gustavo, señora Eugenia—dice Rodrigo—La principal motivación para venir es porque, en un sueño...Victoria me pidió que viniera y les dijese que ella estaba bien. Yo sé que es sólo un sueño, pero fue tan real y yo he vivido momentos tan intensos, que no podía no venir y decirles esto.

La pareja se queda en silencio mirando fijamente a Rodrigo. Luego, Eugenia baja la mirada y retuerce sus dedos entre sí.

—Gracias—dice muy suavemente sin levantar la cabeza—Necesitaba escucharlo.

Rodrigo se levanta y se acerca a ella. Le toma las manos y se las aprieta con fuerza. Es un momento conmovedor y Rodrigo se siente satisfecho de haberse atrevido a ir. De alguna manera esa visita les cambiará la vida a los padres de Victoria.

Compartieron toda la tarde, tomaron té y finalmente los jóvenes se despiden para no volver tan tarde a Santiago.

Ya en el bus de regreso, Francisca nota que Rodrigo está ensimismado y

un tanto recogido.

—¿Estás bien?—le pregunta.

—Tengo escalofríos—responde Rodrigo.

Francisca pone su mano en la frente de Rodrigo y se da cuenta que está muy caliente. Rodrigo está afiebrado y eso es un mal síntoma. Francisca le saca el polerón y se separa de él para no acalorarlo más.

Cuando llegan a casa, parten raudos a la clínica junto con los padres de Rodrigo. Ahí lo atienden de inmediato y le hacen una serie de exámenes. Es una infección urinaria, probablemente por una falla del sistema renal. Rodrigo se irrita un poco porque pensaba que ya estaba mejor y no quiere quedarse hospitalizado, pero los doctores insisten y deciden dejarlo internado.

—Piensa en Victoria y Ricardo—le dice Francisca al oído al despedirse— Hoy hiciste una muy buena acción. Todavía le puedes cambiar la vida a mucha gente. A mí también...

La chica le da un beso y un abrazo. Rodrigo intenta conectarse con el registro que le dejó la visita a los padres de Victoria y decide convencido que no se dejará vencer.



Rodrigo está solo en la habitación. Desde que sus visitas se fueron, los doctores le permitieron ver televisión. La fiebre está controlada con medicamentos y se siente bien.

Pronto el sueño comienza a dominarlo y no puede soportar más. De a poco se va sumergiendo en la oscuridad de la habitación y entra en un sueño profundo. Así comienzan a aparecer imágenes en su cabeza. Se encuentra en un paraje montañoso y desolado. Es un día soleado y el cielo se ve con un celeste oscuro intenso, sin nube alguna. De pronto, tras Rodrigo aparece un tubo metálico muy grande, de unos 4 a 5 metros de altura que incluso tapa parcialmente el Sol. Tiene una inscripción difusa, al parecer corresponde a un número de año. Rodrigo lo mira desde abajo hasta la punta y lo rodea lentamente tocando tímidamente su superficie que se muestra fría y muy lisa. Este objeto genera una atracción que le impide a Rodrigo separarse de él. Mira a su alrededor y está totalmente solo, pero ese lugar le produce una sensación de potencia, una fuerza que lo inmoviliza.

Rodrigo despierta producto del ruido que se genera en el pasillo de la clínica. Está contrariado, ese lugar le parece extraño y desconocido pero, al mismo tiempo, le generó una profunda sensación de paz interior. Luego

de unos minutos vuelve a su estado de sopor hasta el día siguiente. En la mañana despierta nuevamente con fiebre. Se siente muy mal, no puede moverse, se le nubla la vista. Apenas logra alcanzar el botón para llamar a la enfermera. Al final lo logra y la enfermera entra en segundos.

—¿Qué le pasa?—le pregunta.

—Me siento muy mal—responde Rodrigo.

La enfermera lo examina y nota el alza de temperatura. Toma un termómetro desde el bolsillo de su delantal y lo usa para tomarle la temperatura. Espera unos minutos y le retira el instrumento.

—Tienes 39 y medio. Es mucho. Te voy a dar algo para bajar la temperatura ¿ya?

—Haga algo porque me siento pésimo—responde Rodrigo.

La enfermera le suministra el medicamento oralmente y le dice que esperará un momento para ver si da resultado y que volverá en minutos. Rodrigo se queda mirando el cielo de la habitación. Éste se acerca y aleja, situación que lo marea. Decide cerrar los ojos.

En ese estado, Rodrigo comienza a tener imágenes aleatorias que luego se focalizan. Se encuentra en el lugar de las montañas nuevamente. Está parado en el mismo lugar donde se interrumpió el sueño anterior. Ahora ya no opera la fuerza que lo atrae a ese enorme tubo plateado. Recorre el lugar, lo hace tranquilo con cierta lentitud. Pareciera que todo transcurriese más lento, no tiene apuro, sólo disfruta del paraje. Frente a él hay una colina y un sendero dibujado en su ladera. Camina hacia él, mirando de vez en cuando hacia atrás al monumento tubular que se aleja. Recorre el sendero, con poca dificultad. Es un terreno pedregoso, un tanto resbaladizo. Tiene dificultad para respirar también, probablemente por la altura en la que se encuentra y la menor densidad del aire. Llega a la parte más alta en donde el paisaje montañoso se yergue imponente frente a su mirada. Enormes cumbres nevadas se precipitan frente a él. Un cauce de agua se divisa a la distancia que cubre los recovecos entre los cerros multicolores, algunos grisáceos, otros azulados y otros rojizos. El viento helado golpea su cara y la entumece aunque no le genera la sensación de frío. Cierra sus ojos echando la cabeza hacia atrás como sumergiéndose en el ambiente. Luego se restablece, abre los ojos y al darse vuelta se encuentra de frente con Ricardo y Victoria. Se asusta frente a la aparición repentina y su corazón se sobresalta dificultándole la respiración.

—Ése es mi corazón—dice Ricardo como dándose cuenta de lo que sucede con Rodrigo—No te preocupes, ahora es tuyo.

—No te asustes—le dice Victoria—Queremos agradecerte.

—¿Agradecerme por qué?—responde Rodrigo.

—Por haber atendido mi solicitud—contesta Victoria—Siento que mis padres ahora están más calmos.

—Tus padres son muy buenos—le dice Rodrigo—Sólo están tristes por lo

que pasó. El sentimiento de pérdida es fuerte. Espero que realmente estén más tranquilos después de mi visita.

—Estoy segura de ello—le dice Victoria.

—Ahora yo no estoy bien—dice Rodrigo.

—Lo sabemos—le contesta Ricardo—Pero no desfallezcas, no es más que una dificultad.

—Pero estoy un poco agotado ya—responde Rodrigo—Quiero estar bien definitivamente.

—¿Qué es estar bien definitivamente?—pregunta Ricardo.

—Fuerte, alegre. Con la salud que me permita hacer lo que yo quiero hacer—dice Rodrigo.

—¿Tú sabes que esto no es más que una prolongación? Es una nueva oportunidad—dice Ricardo.

—Lo tengo absolutamente claro—responde Rodrigo—Por eso quiero estar bien, para iniciar mi vida, ni siquiera reiniciarla.

—Tómalo con calma—le responde Victoria—Sólo debes estar más atento.

—¿Atento?—pregunta Rodrigo.

—Sí, más atento a lo que pasa a tu alrededor, atento a los tuyos, atento a lo que pasa contigo.

—¿Qué pasará con ustedes ahora?—pregunta Rodrigo después de una pausa prolongada.

—Nosotros seguiremos expandiéndonos—responde Ricardo— Hay un instante en que no sabes que estás muerto, luego se produce una sensación de expansión. Una sensación que nace desde el corazón y crece, crece sin límites.

—¿Y uno sigue siendo?—pregunta Rodrigo.

—Sigues siendo, aunque no como eres ahora—responde Ricardo—Si te imaginas tal cual como eres ahora, aun no has comprendido todo acerca de la vida y de la muerte.

—¿Y ustedes cómo siguen siendo tal cual?—pregunta Rodrigo.

—¿Esto?—Ricardo muestra su cuerpo—No somos nosotros, es la imagen nuestra en ti que sigue actuando.

Victoria se acerca, levanta su mano derecha y la posa sobre la mejilla de Rodrigo. Éste, siente el calor de esa mano y recibe el cariño con placer.

—Eres muy lindo, Rodrigo—le dice ella—Continúa dándole sentido a tu vida y a la vida de los que te rodean y nunca morirás.

Rodrigo cierra los ojos y se siente como si estuviera flotando cual pluma volando por efecto del viento. Se eleva hasta las nubes y mira desde allí la majestuosa montaña. Vuela, vuela como un cóndor con las alas desplegadas en su máxima extensión. Cierra los ojos y se deja llevar por el viento.

—¡Rodrigo!—escucha una voz que lo saca del trance.

Rodrigo abre los ojos y se encuentra con Francisca quien tiene posada su mano derecha en su mejilla. Rodrigo pone la suya sobre la de ella.

-Hola—le dice Rodrigo—¿Estás hace mucho aquí?
-No, llegué hace unos minutos. Me quedé a tu lado mientras dormías.
¿Estás bien?—le pregunta
-Sí, estoy bien. La fiebre pasó parece —le dice Rodrigo, y luego de una pausa, le dice—Francisca...
-Dime.
-Te quiero mucho...Gracias por estar aquí.
-Yo también te quiero—le responde ella.



Han pasado 15 años. Cinco más del mejor pronóstico que tenía Rodrigo después de su operación. El corazón que tomó prestado de Ricardo se agota y una vez más está en la clínica, pero ahora agoniza. Ahí están todos, sus padres, sus hermanos, sus mejores amigos y Francisca. Con ella hizo una vida y nunca se separaron. Formaron una familia y llevaron una vida comprometida con ellos y los demás. Rodrigo trató cada momento de su vida de cumplir con el pedido que le hizo Victoria y le dio sentido a su vida y ayudó a los suyos a darle un sentido a sus vidas. Francisca está a su lado y tiene su mano con la suya. Rodrigo está en estado de sopor desde hace ya varias horas. De pronto despierta y le dice a Francisca.

-Hola, mi negra.
-Hola—responde ella acercándose a su oído.
-¿Estás asustada?
-No. ¿Me ves asustada?
-No lo sé. No veo bien.
-Me sientes ¿Verdad?
-Sí, te siento como siempre te he sentido—Rodrigo hace una pausa y dice—Llegó el momento ¿Verdad?
-Ya has superado otras crisis—responde ella.
-No. Esta vez, no. Ya está bueno. Estuvo bueno ¿Cierto?
-No pienses en tonteras—dice Francisca.
-¿Tonteras? Si sabíamos que no sería eterno.
-Sí, pero no tiene por qué ser ahora...
-Ya estoy preparado. El problema es que uno se prepara para la propia muerte, pero no para la muerte de un ser querido. Eso es más difícil.
-Bueno, no pensemos más en eso.
-Te escribí una carta—le dice Rodrigo.
-¿En serio?
-Sí. Cuando cumplí 18 años, te escribí una carta pensando en este

momento. Quiero que cuando mi corazón deje de latir la busques y la leas.

—No será necesario. Falta tiempo.

—Está en el librero. En la primera página del libro “Juan Salvador Gaviota”.

—Bueno. Cuando sea la ocasión, la buscaré.

—¿Has sido feliz conmigo?

—Muy feliz y lo seguiré siendo por siempre.

—De eso estoy seguro.

—Descansa—le pide ella—No hagas esfuerzos.

Rodrigo cierra los ojos y se queda dormido. Francisca está compungida. Rodrigo tiene razón, uno puede resolver el problema de la muerte propia, pero la de un ser querido es más difícil. Decide salir a tomar aire. En la recepción se encuentra con toda la familia y los amigos. Todos la acosan preguntándole cómo está Rodrigo, qué dice, qué siente. Francisca les cuenta detalles de la situación y lo que dicen los doctores. La situación es difícil, a pesar de lo que le decía a Rodrigo, los doctores ya avisaron que no hay mucho que hacer. Pero no pudo evitar negarle la situación a Rodrigo.

Luego, sale al jardín de la clínica. Ahí está Vanesa, la hermana de Rodrigo.

—¿Cómo estás?—le pregunta Vanesa.

—Tranquila—responde Francisca—Es tiempo de que descanse.

—Cierto. Es raro...pero no creo que en este momento haya alguien que no piense que Rodrigo merece un descanso.

—Ha tenido una vida intensa—agrega Francisca.

—¿Cómo te ves sin él?

—Hay algo que aprendí de él...Siempre estaré con él.

Vanesa se da cuenta que no es el momento para abordar esos temas, por lo tanto evita seguir con la conversación. Minutos más tarde, se suma Sebastián a la conversación abrazando a Francisca.

—¿¿Cómo está mi cuñadita linda?!

—¡¡Bieeeeeen!!—responde Francisca acurrucándose en los brazos de Sebastián.

—¿Cómo viste al negro?—le pregunta refiriéndose a su hermano.

—Está bien. Él es el que está mejor de todos nosotros. Tiene otro nivel de comprensión. A pesar de lo que le digo yo, él sabe exactamente lo que está pasando.

—Me pareció lo mismo cuando entré a la habitación en la mañana—menciona Sebastián.

—Son años de proceso—agrega Francisca—Cuando lo conocí, Rodrigo ya era una persona diferente a los demás. Con una escala de valores propia, sus prioridades también eran diferentes y esa fuerza que radia y lo ilumina todo...

—Esta cabra sigue enamorada—comenta Vanesa-- ¡Mira cómo le brillan los

ojos cuando habla de Rodrigo!

—Tú tienes mucho de él—dice Sebastián—Cuando él flaqueó, ahí estuviste tú apuntalándolo. Rodrigo tuvo suerte de encontrarse contigo.

—Estoy de acuerdo—agrega Vanesa.

—Yo pienso que yo fui la afortunada—responde Francisca.

Luego de un rato retornan al interior y se juntan con el resto de la familia y amigos continuando con el conciliábulo.

Pasan un par de horas. En un momento, se acerca uno de los doctores.

—¿Señora Francisca?

—¿Sí?

—Tengo que contarle que su marido ha entrado en un estado de sopor profundo. Es un momento en que nosotros ya no podemos hacer mucho. Me imagino que usted querrá estar en estos momentos con él. Más allá de las creencias que tenga, me parece que será bueno para él y usted, estar juntos. El desenlace es inminente.

Para Francisca se detiene el tiempo. La frase le resuena en la cabeza con mucha intensidad. Los padres de Rodrigo están cerca y escuchan al doctor. Se abrazan y luego se acercan a Francisca y la integran. No lloran, no dicen nada, no se miran, sólo se abrazan.

Francisca pregunta si puede entrar con los padres de Rodrigo, a lo cual el doctor asiente. Los tres entran a la habitación de manera sigilosa, como no queriendo despertarlo. Se quedan a su lado un instante. Francisca lo mira fijamente.

—Hola, amor—dice con voz suave y posa su mano en su cara.

Rodrigo no se mueve, está sumido en el silencio absoluto.

—¿Quieres que te lea un cuento?—pregunta Francisca.

Se queda esperando una respuesta implícita. Recuerda que en su bolso tiene un libro de ceremonias. Lo toma y busca entre sus páginas un texto. Al encontrarlo, se sienta en la camilla y lee en voz alta, suave pero temblorosa.

—Los recuerdos de tu vida son el juicio de tus acciones. Puedes, en poco tiempo, recordar mucho de lo mejor que hay en ti. Recuerda entonces, pero sin sobresalto y purifica tu memoria. Recuerda suavemente y tranquiliza tu mente...—hace una pausa.

—Rechaza ahora el sobresalto y el descorazonamiento...Rechaza ahora el deseo de huir hacia regiones oscuras...Rechaza ahora el apego a los recuerdos...Queda ahora en libertad interior, con indiferencia hacia el ensueño del paisaje...—Francisca toma aire y prosigue.

—Toma ahora la resolución del ascenso...La Luz pura clarea en las cumbres de las altas cadenas montañosas y las aguas de los mil colores bajan entre melodías irreconocibles hacia mesetas y praderas cristalinas... No temas la presión de la Luz que te aleja de su centro cada vez más fuertemente. Absórbela como si fuera un líquido o un viento porque en ella, ciertamente, está la vida...Cuando en la gran cadena montañosa encuentres la ciudad escondida, debes conocer la entrada. Pero esto

lo sabrás en el momento en que tu vida sea transformada. Sus enormes murallas están escritas en figuras, están escritas en colores, están “sentidas”. En esta ciudad se guarda lo hecho y lo por hacer...—Hace una nueva pausa.

—Estás reconciliado...Estás purificado...Prepárate a entrar en la más hermosa Ciudad de la Luz, en esta ciudad jamás percibida por el ojo, nunca escuchada en su canto por el oído humano...Ven, prepárate a entrar en la más hermosa Luz...

Francisca, terminada la lectura, deja el libro a un costado, se acerca a Rodrigo, lo besa en los labios suavemente y le dice:

—Hasta pronto, mi amor. Yo te recibo y te llevaré conmigo siempre...

El cuerpo de Rodrigo se mueve ligeramente, se siente cómo inspira profundo y luego suelta el aire en forma lenta y suavemente, hasta que lo hace por última vez y todo queda en silencio.



Francisca está de vuelta en la casa. La acompañan sus hijos, los padres y hermanos de Rodrigo. Después de conversar hasta muy tarde, recordando y riendo con las anécdotas que cada uno había tenido con Rodrigo, se van algunos y otros deciden acompañar a Francisca y los niños. Ya estando todos en sus habitaciones, Francisca recuerda lo que le dijo Rodrigo antes de morir. Va al librero, busca el libro Juan Salvador Gaviota hasta encontrarlo, abre sus hojas y encuentra un sobre cerrado con su nombre. Lo toma y lo abre con la ayuda de un abrecartas. Se sienta en un sillón y lee:

“Hola amor:

Al leer la presente, se supone que ya estaré muerto. Decidí escribirte, hoy en el día de mi cumpleaños número 18, porque no sé si este momento llegará en unos meses o en años más. Probablemente todo lo que dice esta carta te lo dije en vida, pero al escribirla refuerzo mi intención de quererte hasta el último momento que estemos juntos. Aunque ya sé que la separación es sólo de los cuerpos, porque estoy seguro que no nos separaremos nunca.

Quiero cambiar mi vida y quiero que cuando leas esto, mi vida haya cambiado. Y no sólo eso, quiero que tu vida y la de todos aquellos que toqué, haya cambiado aunque sea un poquito, obviamente para bien.

No sólo te quise a ti, también quise a mis padres, a mis hermanos, a tus padres y tus hermanos, mis amigos y tus amigos.

Siento la muerte cada día y está bien, porque la muerte es parte de la vida, así lo decía la mamá de Forrest Gump.

Vuelo por el cielo azulado, sobre las cimas de las montañas, como una

gran ave con sus alas desplegadas y me fundo en mí mismo, me fundo en ti, en los que serán nuestros hijos, mis padres y todo el mundo. Me fundo y dejo de tener el aspecto que veo cada mañana al enfrentarme al espejo. Porque yo no soy quien se ve en él. Yo soy algo más, alguien que se siente y se prolonga en el tiempo y en el espacio. Vuelo y me disuelvo, pero existo por siempre.

Cuando esté a punto de morir, te preguntaré si has sido feliz conmigo y tú responderás... “Muy feliz y lo seguiré siendo por siempre”.

Yo existo en ti y tú existes en mí.

Gracias por existir. Te amo.

Rodrigo”

Francisca da un suspiro, cierra la carta, la mete en el sobre y la deja en el libro en el mismo lugar del librero. Se retira a su habitación, se acuesta y cierra los ojos para dormir en paz con una tranquila alegría.



Fin



Esta es una obra de Arteactivo

ArteActivo es un Frente de acción artístico y cultural, cuyo objetivo es sentar las bases de un movimiento artístico organizado comprometido con la paz y la no-violencia. Hoy en día vivimos en una sociedad de consumo, en la cual nos regimos por las leyes del mercado y donde el poder del dinero lo compra y lo vende todo. En este escenario, el arte y la cultura no se escapan a esta lógica.

Nos oponemos y rebelamos a un sistema violento, al cual no le interesan las personas si no, las utilidades que puede obtener de ellas.

Educar, informar y entretener son parte de nuestro motor impulsor, de una acción dirigida a promover el desarrollo integral del ser humano. Un ser humano que sabe de ciencia, arte y tecnología. Un ser humano al cual no le meten el dedo en la boca, que no le cuentan cuentos, que es protagonista, transformador de sí mismo y del Mundo.

Un Ser Humano que sabe que su vida está en sus manos y no en la de un grupo minoritario que desea controlarlo todo y decidir por nosotros. Un ser humano que practica y enseña la No Violencia como una forma de enfrentar al Mundo.

PAZ ES FUERZA.....NO VIOLENCIA





Acerca de la vida y de la muerte

Ricardo, Daniel y Rodrigo son tres jóvenes que, en distintas circunstancias, se ven enfrentados a la muerte. Esas mismas circunstancias son las que los unen, entrelazando las tres historias.

Ricardo es un novel profesional que se compromete en matrimonio con su amada Victoria. Debido a un accidente automovilístico, queda en estado de coma. En ese estado se mueve en tres espacios: el presente, en el cual percibe todo lo que sucede a su alrededor a pesar de su inconsciencia; el pasado, al cual se traslada a través de continuos flashbacks evocando momentos de su vida; y finalmente un mundo imaginario, con alucinaciones que se entremezclan con las imágenes del presente y el pasado.

Daniel es un destacado publicista que posee una familia modelo y una vida tranquila y segura. Una serie de eventos lo desestabilizan emocionalmente y lo llevan a cuestionar su sistema de creencias. Ayudado por el amigo imaginario que lo acompañó desde la niñez irá en busca del sentido de la vida.

Rodrigo es un adolescente lleno de ilusiones con una insuficiencia cardiaca congénita que lo mantiene encadenado a tratamientos médicos que exigen urgentemente un trasplante de corazón. Después de meses de espera, la oportunidad llega. Luego del trasplante ve la vida de distinta manera y se conecta física y emotivamente con su donante.

El sentido de la vida, el guía interno, la imaginación, la reflexión simple y profunda son temas que se plantean a partir de historias cercanas, ingenuas, pero ficticias frente a las cuales el lector podrá o no identificarse. Es una excusa para comenzar a pensar acerca de la vida y de la muerte.